

© Luis Alberto Romero, 2007
Derechos reservados

© Ariadna Ediciones
Laguna La Invernada 0246, Estación Central, Santiago
Fono: 748 05 45
ce: ariadna.ediciones@gmail.com
www.ariadnaediciones.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 163.663
ISBN 978-956-8416-08-9

Fotografía de portada: Interior de un conventillo, calle Brasil, entre Mapocho y Baquedano, comienzos del siglo XX. Lámina 02, Archivo Fotográfico Chilectra MEMORIAS DE SANTIAGO

Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa del editor.

LUIS ALBERTO ROMERO

¿QUÉ HACER CON LOS POBRES?

ÉLITES Y SECTORES POPULARES EN

SANTIAGO DE CHILE

1840-1895



Ariadna Ediciones

2007

Índice

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CHILENA	7
INTRODUCCIÓN	15
I. LA CIUDAD	25
La ciudad de Martín Rivas	26
La ciudad de Vicuña Mackenna	34
La ciudad de Balmaceda	43
II. GENTE ROTA Y GENTE DECENTE	61
El testimonio	65
“La maquina de aprender”	74
III. LIBERALES Y ARTESANOS	79
Viejos y nuevos artesanos	81
Crisis política y convocatoria popular	83
Más socialista que democrática	89
El ariete liberal	94
El motín de Santiago	97
Los sectores populares y la política	100
IV. ROTOS Y GAÑANES	107
Migraciones y población urbana	109
Cambios en la estructura ocupacional	112
Entre el campo y la ciudad	119
En la ciudad: circulación y ocasionalidad	126
Los empleadores: una nueva actitud	133
Los trabajadores: hábitos y formas de vida	140

V. ARRABALES, VIVIENDA Y SALUD	159
El negocio de la vivienda popular	159
Los servicios urbanos	164
Casa y hogar	169
La sociedad en peligro	175
La enfermedad y los pobres	180
Cura y prevención	184
Los pobres y la enfermedad	189
¿Qué hacer con los pobres?	194
VI. ¿CÓMO SON LOS POBRES?	211
La mirada paternal	212
La ruptura del equilibrio	214
La mirada horrorizada	218
La mirada calculadora	223
La mirada moralizadora	227
Miradas e identidades	231
VII. SANTIAGO Y BUENOS AIRES	237
La constitución de la identidad	240
Santiago de Chile: la nueva mirada de la élite	244
Buenos Aires: identidad “trabajadora” y “popular”	250
Identidades y proceso social	257

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CHILENA

No es frecuente que un historiador extranjero logre captar la problemática histórica de un país en el que no se educó, la complejidad de una sociedad similar en muchos aspectos a la suya, pero profundamente diferente en otros. Sin embargo, cuando un autor logra sobreponerse a este *handicap* inicial, lo que en un momento fue una dificultad puede convertirse en una ventaja respecto de los colegas del país estudiado. La visión comparativa con su propia sociedad o con otras realidades históricas, puede iluminar su obra aportando elementos nuevos, sugerentes, que se constituyen, a fin de cuentas, en valiosos aportes a la historiografía.

Es lo que ocurre con la “obra chilena” de Luis Alberto Romero.

Hace ya bastantes años, en 1976, este investigador argentino comenzó a trabajar sobre Chile junto a su padre José Luis Romero, que acababa de publicar *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Y aunque el proyecto inicial de ambos historiadores fue estudiar los sectores populares de distintas ciudades latinoamericanas del siglo XIX, la muerte de su progenitor, ocurrida muy poco después, obligó a Luis Alberto a acotar su pesquisa al caso de Santiago de Chile. Desde entonces, y hasta 1989, con intensidad y dedicación variables, prosiguió sus investigaciones sobre este tema.

El libro que presentamos es el fruto de esos años de labor y fue editado por primera vez en Buenos Aires en 1997. Esta obra reúne siete estudios, seis de ellos publicados previamente en distintas revistas académicas —con pequeñas revisiones anteriores— y uno inédito

hasta entonces (“La ciudad”). El autor advierte que no procedió a actualizarlos, es decir, no consideró la abundante producción de los años más recientes, lo que a su parecer, puede relativizar ciertas conclusiones. Pero ello no conspiró mayormente para que su alcance y aporte fuera considerable.

¿Qué hacer con los pobres? es el provocador título de este libro que se edita por primera vez en Chile.

Esta fue también la pregunta que se planteó la elite santiaguina (y chilena en general) durante gran parte del siglo XIX, interrogante que sigue conservando toda su actualidad. En uno de estos estudios, Luis Alberto Romero nos cuenta que:

“Los desbordes del Mapocho eran habituales en la estación de lluvias, sin que sirvieran para impedirlo los modestos diques de madera o piedra con que intentaban contenerlo quienes vivían en los ranchos de las orillas. Cuando la “avenida” era grande, también desbordaba el Zanjón de la Aguada como ocurrió en 1877 y 1888. En esos casos, el agua arrastraba el mobiliario de los ranchos e incluso la vivienda misma, y también a la gente, si la sorprendía durmiendo; en esos casos aparecían en el río los cadáveres de los ahogados, especialmente los niños. Las autoridades organizaban hospederías y asilos para los “inundados”, quienes así sufrían una segunda desventura, pues para evitar que se convirtieran en agentes propagadores de epidemias, se les impedía abandonarlos. Los periódicos esgrimían con frecuencia el tema de las inundaciones, denunciando el escaso interés de las autoridades por tomar medidas de prevención, que contrastaba con el celo puesto en remodelar el casco central. Sólo en 1888, luego de la gran avenida que destruyó el puente de Calicanto, se concluyó la canalización del Mapocho”.

Las similitudes con el presente son impactantes.

No es necesario un gran esfuerzo comparativo para establecer un paralelo con los desastres acaecidos cada año a raíz de los temporales e inundaciones. El siglo y tanto transcurrido desde el período historiado por Romero ha sido testigo de reiteradas catástrofes que han tenido como denominador común la imprevisión de los sectores dirigentes, la incompetencia administrativa y la desgracia y fragilidad de la condición popular. Hoy ya no se habla de “inundados” sino de “damnificados”; muchos ranchos siguen existiendo, otros han sido reemplazados por casas SERVIU-COPEVA, “Chubi” u otras indignas “soluciones habitacionales”; las hospederías y asilos se llaman albergues, pero -a diferencia de lo ocurrido en la centuria antepasada- ya no es necesario obligar a los pobres a permanecer en ellos ya que ante la inexistencia de alternativas donde cobijarse, los damnificados ven en esos improvisados refugios la única solución inmediata a su problema habitacional.

Este sólo hecho bastaría para justificar el gran interés que concita en nosotros el libro de Luis Alberto Romero.

Pero además de sus evidentes puntos de contacto con la actualidad, que ponen de relieve problemas de larga data de la sociedad chilena, esta obra constituye un aporte muy significativo para nuestra historiografía.

A pesar de tratar temas muy variados, que van desde el proceso de urbanización del Santiago decimonónico hasta la estructura ocupacional de la ciudad, pasando por las miradas de la elite hacia los pobres y algunas aproximaciones a la cuestión de la incorporación de los sectores populares a la actividad política, los trabajos reunidos en este volumen constituyen una unidad ya que a través de todos ellos Romero da cuenta de una larga y multifacética transición.

Transición de Santiago (y podría agregarse, de la sociedad chilena) por obra del crecimiento demográfico, del desarrollo económico, de la diversificación de funciones y de las formas de vida. Pero también transición representada por el gran movimiento que llevó a la sociedad santiaguina de la integración a la segregación y, como

sostiene Romero, “de ésta a una nueva y conflictiva reintegración de los sectores populares a lo largo de la cual el pueblo de los rotos se convirtió en la clase trabajadora”.

La vieja ciudad colonial fraccionada pero integrada, en la que ricos y pobres ocupaban su lugar, se mezclaban pero no se confundían, compartiendo espacios, gustos y hasta diversiones comunes, dio paso a una urbe en rápido crecimiento que concentró a una población nueva proveniente del agro, sin contar con los servicios y la infraestructura necesaria para acoger a ingentes olas de nuevos habitantes. El desempleo, la existencia de numerosos trabajadores “informales”, una elevada rotación en los empleos, el hacinamiento en ranchos, “cuartos redondos” y conventillos, la proliferación de enfermedades y epidemias, la enorme mortalidad de los pobres, en especial de sus niños, el alcoholismo y la prostitución, se constituyeron en los grandes males de la condición del “bajo pueblo”, a la par que en los principales componentes de la visión de la clase dominante sobre el mundo popular.

Luis Alberto Romero analiza esos temas.

Su empresa es ambiciosa puesto que ha escogido una exploración en múltiples frentes: en el plano de la estructura (cuando analiza la evolución de la economía y la inserción en ella de los trabajadores); en el nivel de la política (al estudiar las convocatorias de la elite al “bajo pueblo” durante las primeras décadas republicanas y la forma cómo éste respondió iniciando su propio proceso de politización); y en el ámbito de las mentalidades (prácticamente a lo largo de todo el libro), especialmente cuando aborda las miradas de la clase dirigente hacia el pueblo llano y la manera como estas percepciones van configurando identidades que se construyen y reconstruyen permanentemente.

Siguiendo mis inclinaciones me detendré sólo en este último punto, que por lo demás constituye el hilo central de toda la obra.

¿Cómo son los pobres?, es precisamente el título de uno de sus acápites.

Más que intentar una respuesta “objetiva” (contarlos, describir qué hacen, cómo viven y actúan), el historiador centra su esfuerzo en mostrarnos la manera cómo la elite santiaguina percibía a los pobres ya que él advierte que entre ambos campos -el de las situaciones y el de su representación- se constituyen los sujetos del proceso social o de la vida histórica.

La pregunta merece entonces ser reformulada: ¿cómo creía la elite santiaguina que eran los pobres?

Hacia mediados del siglo XIX, cuando Santiago era aún una ciudad escindida pero integrada, con conflictos pero en equilibrio, prevaleció la *mirada paternalista*. Pero cuando el equilibrio se rompió -nos explica Romero-, a partir de las décadas de 1860 y 1870, producto de las migraciones campo-ciudad, y surgieron incontenibles los problemas sociales de una urbanización para la cual la capital no se encontraba preparada, la visión de la elite se descompuso en varias. Una de ellas, probablemente la que predominó durante mucho tiempo, fue la *mirada horrorizada*. La miseria material en que vivían los pobres alimentó en la elite la imagen de desmoralización del mundo popular. La unidad de la sociedad se había hecho añicos. A poco andar, la clase dominante descubrió que en Chile había aparecido la temida “cuestión social”.

También hubo *miradas calculadoras*, que percibieron en los pobres una importante fuente de lucro. Algunos lo hicieron en términos tradicionales, meramente especulativos, y obtuvieron pingües beneficios del arriendo de piezas de conventillos o de terrenos para que los desheredados instalaran sus míseros ranchos. Otros, al parecer menos numerosos, se inspiraron en un concepto más moderno y consideraron a los pobres como fuerza de trabajo, base de la riqueza de la nación. La higiene, la educación y otras medidas fueron concebidas como inversiones para mejorar la condición de la fuerza laboral. A pesar de algunos avances en esta dirección, dicha mirada no prevaleció. Durante largo tiempo imperaron los prejuicios de las visiones tradicionales, condicionados -sin duda- por una estructura

económica que no estimulaba la calificación de la mano de obra, puesto que para obtener beneficios inmediatos bastaba contar con una abundante y ojalá dócil fuerza de trabajo.

¿Qué hacer entonces con los pobres ?

Romero nos explica que como la respuesta tradicional consistente en obras de caridad no estaba a la altura del tremendo desafío que planteaba la “cuestión social”, la clase dirigente buscó una solución en la moralización y la “regeneración del pueblo”. La *mirada moralizadora* se propuso educar, instruir, inculcar hábitos y reglas prácticas y una ética del mejoramiento individual. Pero esta mirada -al igual que la calculadora- careció de convicción. Para la elite los “rotos” siguieron inveteradamente viciosos, imprevisores, rateros, vagabundos, disipados. “Falta de convicciones y soluciones de fondo -nos señala el historiador-, pero urgida por la crisis, la mirada moralizadora se vuelca al control”. Signo de la misma crisis, “la moralización deseada concluye en acción policial y la mirada horrorizada conserva su primacía”.

Existió a nuestro juicio otra mirada que Luis Alberto Romero no menciona, pero que también inspiró importantes reflexiones sobre la “cuestión social” durante el último cuarto del siglo XIX y en los albores del siglo XX: la *mirada patriótica*, la de ensayistas como Augusto Orrego Luco (*La cuestión social*, 1884), que expresaron sentimientos de patriotismo herido por el espectáculo de “degeneramiento de la raza” que proyectaban las terribles condiciones de vida, las epidemias, la elevadísima mortalidad y los vicios de los “rotos”, los mismos que habían conquistado para Chile, con su sangre, sacrificio y coraje, las ricas provincias de Tarapacá y Antofagasta durante la “Guerra del Salitre”. La mirada patriótica se entrelazó con la mirada horrorizada y la reforzó, pero sin disolverse en ella, proponiendo algunas de las soluciones más estructuradas a la “cuestión social” desde la posición de las clases dominantes, aunque sin mayores consecuencias prácticas durante mucho tiempo.

Por el momento, da cuenta Romero, la elite se preguntó qué hacer con los pobres, y en realidad no encontró respuesta. Carente de soluciones que mediaran el conflicto social, la mirada de la clase dirigente se desplegó libremente, alimentando las políticas duras y la represión. Contribuyó a que los “rotos”, en acelerada transformación en “trabajadores”, se hicieran más duros, combativos e inflexibles, configurando su clasismo característico del siglo XX.

La sugerente explicación de Luis Alberto Romero por el complejo camino de las mentalidades, de las imágenes y las representaciones del otro, abre nuevas perspectivas para la historia social de Chile, ya que aporta elementos claves para entender qué tipo de percepción de los trabajadores ha tenido la elite, cómo esta visión ha repercutido en los sectores populares influenciando la imagen de si mismos, alimentando los comportamientos de exclusión y confrontación que han caracterizado la relación entre dominantes y dominados durante el último siglo y medio de vida de la nación chilena.

El libro culmina con un estudio comparativo entre Santiago y Buenos Aires que merece ser destacado por la maestría desplegada por el historiador trasandino para explicar los complejos juegos de la constitución de identidades populares en ambas ciudades: identidades en plural y no en singular, identidades cambiantes como lo son las condiciones sociales y las experiencias de vida, con tendencias a la integración y a la fragmentación; en relación compleja, variable y conflictiva con los sectores dirigentes. Se trata, sin duda, de una refutación de alto nivel de las posiciones populistas y esencialistas que se han manifestado en la historiografía chilena y latinoamericana, visiones maniqueas que empobrecen a la disciplina y, ¿por qué no decirlo?, se convierten en obstáculos involuntarios para la acción social y política de los propios sujetos populares.

En resumidas cuentas, entre los grandes méritos de este libro se cuenta su aporte al enriquecimiento de una ya abundante historiografía social chilena, referida tanto a la sociedad popular como a la ciudad de Santiago.

Pero también debe destacarse que a través de su lectura es posible percibir que la historia, por lejana que aparezca para quienes no pertenecen a la cofradía de los historiadores, puede ser un tema de palpitante actualidad. En tanto ciudadanos, el libro de Luis Alberto Romero nos estimula a preguntarnos en qué medida las visiones del otro y de si mismo que él describe han permanecido o cambiado en el Chile de nuestros días: en la prosaica vida cotidiana, pero también en los momentos más álgidos, cuando los antagonismos sociales se manifiestan abiertamente, rompiendo los límites del consenso hegemónico.

Sergio Grez Toso
Santiago, invierno austral de 2007.

INTRODUCCIÓN

¿Qué hacer con los pobres? En Santiago de Chile, a fines del siglo XIX, la pregunta no tuvo respuesta clara. Ni siquiera se la formuló muy explícitamente. No obstante, estoy seguro de que la cuestión estuvo allí, acuciante y angustiante, y se impuso como problema en la conciencia de la élite. Este libro se ocupa de las condiciones en que esa pregunta fue concebida, de manera imperativa; estudia la relación de la élite con el vasto mundo de los sectores populares, en un período prolongado pero relativamente preciso, que se extiende aproximadamente desde 1840 a 1895, y en un ámbito específico: la ciudad de Santiago. A lo largo de esas seis décadas largas, los pobres se transformaron para la élite en un actor ajeno y amenazante. Probablemente estaban, a su vez, en camino de convertirse en los trabajadores.

Esta historia se inicia en los apacibles años de la década de 1840. Por entonces, cualquiera podía distinguir la “gente rota” de la “gente decente”, aunque entre los primeros era común a su vez diferenciar entre los artesanos y los verdaderos rotos. Unos y otros convivían en una sociedad claramente escindida —no había dudas sobre quién era quién— pero a la vez fuertemente integrada. Sarmiento descubrió el inestable equilibrio y las secretas tensiones de esa sociedad de patricios y plebeyos. A principios de la década de 1850 los artesanos definieron su fisonomía, y se convirtieron en objeto de la atención política y social de una parte de la élite, que los convocó a organizarse políticamente en la *Sociedad de la Igualdad*.

De ahí en más, los artesanos tuvieron una historia singular dentro del conjunto de los sectores populares de la ciudad. Este libro no

se ocupa de ella, pero de alguna manera la supone. Los artesanos crecieron al ritmo de la expansión urbana; se desarrollaron los talleres, y algunos llegaron a convertirse en manufacturas, alcanzando su madurez a mediados de la década de 1870, cuando culminaba la primera gran etapa de crecimiento de la economía chilena. A la vez, se desarrollaron las asociaciones mutuales y gremiales, y en ellas fue conformándose una identidad definida, que maduró hacia la misma época. Los conflictos que generó la creciente concentración económica, y las nuevas tensiones entre propietarios y oficiales, muestran el camino por el que ese mundo artesanal se fue disolviendo en el marco de las nuevas relaciones que imponía el capitalismo.

Paralelamente, desde 1850 y sobre todo desde 1860, creció de manera notable el mundo de los que los censos denominan “gañanes”, y el habla corriente llama “rotos”: trabajadores no especializados, empleados ocasionales, atraídos por una demanda fuerte pero estacional, que organizan un ciclo laboral entre la ciudad y el campo, combinando la ocupación con la desocupación, la recolección de la cosecha, las obras públicas, y algunos de los múltiples modos de supervivencia que la ciudad ofrece. En los censos, imprecisa fotografía de una estructura ocupacional resistente a la clasificación, esta masa es considerable en 1865 y 1875, y luego se va reduciendo, a medida que cada trabajador se instala, al menos preferentemente, en alguna de las actividades que crecen en la ciudad: la industria, los servicios, el comercio, o quizá se traslada a las pampas salitreras. El desarrollo de las relaciones capitalistas fue dando forma a esa masa inorgánica y los transformó en trabajadores. A la vez, ellos mismos se organizaron, para la acción gremial y política. En 1895, fecha en que este estudio se detiene, están próximos a incorporarse al escenario principal, vertebrarse con otros segmentos de trabajadores chilenos, en suma constituir una clase obrera, de notable significatividad a lo largo del siglo XX.

Esa identidad trabajadora en formación incorporó, junto con las prácticas y hábitos laborales, sus experiencias de la vida cotidiana, la que transcurre en el ámbito de la familia y la vivienda, donde

muchas veces se confunde con la vida del trabajo. En las décadas finales del siglo XIX, fue una experiencia muy intensa, pues la acelerada urbanización desbordó las posibilidades de la vieja ciudad y generó gravísimos problemas de tipo edilicio. Se trataba de algo más que de cuestiones técnicas o de administración municipal: las desigualdades, equilibrios y conflictos de la sociedad se materializaron en cada discusión sobre acequias o epidemias, y sobre todo en las políticas con que las autoridades las enfrentaron. Se trató sin duda de un aspecto central y unificador en la experiencia de una masa de trabajadores que en lo laboral era muy heterogénea. Fue también una manera singular por la que esta masa urbana adquirió visibilidad a los ojos de la élite.

Creo que esta percepción de los pobres tuvo prelación sobre cualquier otra: en 1872 Vicuña Mackenna estigmatizó “esa suerte de Cairo infecto” que eran los arrabales populares y en 1884 Orrego Luco percibió en el “misterio insondable del rancho” el centro mismo de la “cuestión social”. Se trataba, en primer lugar, de los problemas de salubridad generados por una masa humana que desbordaba el casco de la vieja ciudad: las acequias que derramaban inmundicias, la basura que se acumulaba en las calles siempre sucias. Una serie de epidemias recordó lo peligroso de la cuestión: la peste se incubaba en los arrabales populares y atacaba toda la ciudad, inclusive la “propia”. Cuando la élite miró cómo vivían los pobres, sumaron los problemas sanitarios con los morales: todo era allí un horrendo revoltijo de miseria y corrupción, al punto que no podía saberse —así lo creían— quién era hijo de quién. La prostitución y el alcoholismo —nuevos o recién descubiertos— completaron a sus ojos el cuadro de degradación.

Se trataba, sin duda, de una manera de mirar las cosas, nutrida de experiencias pero también teñida de prejuicios e ideología. Me parece que hacia 1870 ya se ha configurado esta mirada y el “otro” ha adquirido existencia firme. Es un otro ajeno, extraño, degradado, peligroso, muy distinto de aquellos rotos con los que en los viejos tiempos se compartían la chingana o los festejos del Dieciocho.

Alguien que era mirado con un horror no controlado por ideas más amplias y equilibradas, aquellas que hablan del bien común, de los derechos naturales, y que en otros contextos son elaboradas y sistemáticamente difundidas por el Estado. Esa mirada se integró con otras complementarias, que atendían en unos casos a la racionalidad capitalista —los trabajadores eran una mano de obra potencial, y también una fuente de ingresos— y en otros a la moralización: los pobres, al menos algunos, quizá podrían ser redimidos e integrados. Pero en lo esencial, fue una mirada dominada por el horror.

Tal mirada de la élite suponía una nueva imagen global de la sociedad. Tradicionalmente, unos y otros la habían visto integrada y escindida, como muchas otras sociedades patricias. En las décadas finales del siglo la élite percibió que su mitad popular no sólo estaba segregándose de manera espontánea, sino que debía serlo aun más, deliberadamente. El Camino de Cintura es paradigmático de ese proyecto de separación física y moral, que sin embargo a fines del siglo no había llegado a definirse totalmente, como lo testimonian los “recuerdos olvidados” de Augusto D’Halmar.

A la larga, creo que hubo un juego recíproco entre el horror de la élite y la tendencia a la confrontación de los trabajadores. Es un proceso que no he estudiado pero que en sus aspectos generales me parece evidente. Al menos, he creído que podía encontrarse allí una parte de la explicación sobre las diferencias en las identidades de los trabajadores de Santiago y de Buenos Aires a principios de este siglo. En 1895, cuando las instituciones que vertebrarán la identidad de la clase obrera son todavía incipientes, en Santiago la mirada horrorizada se despliega libremente, explicando y juzgando, antes que actuando. La élite se pregunta qué hacer con los pobres, y en realidad no encuentra respuesta.

Empecé a trabajar sobre Santiago de Chile en 1976, junto con mi padre. Él acababa de publicar *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, y nos proponíamos estudiar globalmente, en un proyecto de largo plazo —adecuado para los tiempos que se iniciaban en la Argentina—, los

sectores populares de distintas ciudades latinoamericanas en el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Mi padre murió muy poco después, y yo me limité, más modestamente, a Santiago, el caso que había encarado inicialmente. Aunque luego mi investigación siguió por caminos variados, hoy me parece clara la marca de aquellas ideas iniciales de mi padre —que entonces no entendía del todo—, particularmente su concepto de ciudad y sociedad urbana, y sus ideas sobre las sociedades “patricias” y “burguesas” del siglo XIX.

Trabajé con intensidad entre 1977 y 1983, y algo más esporádicamente entre 1983 y 1989, pues en esos años también me dediqué a estudiar los sectores populares de Buenos Aires, con Leandro Gutiérrez e Hilda Sabato. Mi última actividad formal y creativa en relación con el tema de Santiago fue la conferencia inaugural, que en 1989 me invitaron a pronunciar en las VII Jornadas de Historia de Chile, realizadas en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación de Santiago. A lo largo de esos años, mis preguntas y perspectivas fueron variando, en parte por el desarrollo de nuevos intereses historiográficos, y en buena medida por una actitud más realista acerca de las posibilidades de mi trabajo: me preocupó cada vez más qué es lo que un argentino, trabajando principalmente en Buenos Aires, podía decir de nuevo sobre Santiago de Chile.

Mi propósito inicial era reconstruir de manera integral el proceso por el que rotos y artesanos se convirtieron en trabajadores y clase obrera. Aspiraba a tener en cuenta, a la vez, los aspectos objetivos y subjetivos: los cambios en la estructura económica y ocupacional, el mercado de trabajo, los distintos tipos de trabajadores, las condiciones de trabajo y las de la vida material, las instituciones y los discursos, las prácticas y las experiencias, la formación de identidades, y también la influencia que las clases propietarias tenían, por acción y reacción, en ese proceso.

Desde el principio fui consciente de las dificultades de esta historia interna de los sectores populares. Mi primer trabajo, sobre la Sociedad de la Igualdad, me llevó a unas conclusiones inesperadas, com-

pletamente diferentes de mis hipótesis, al punto que aún hoy dudo de que corresponda legítimamente poner ese episodio en una historia de la clase obrera salvo por el hecho —sin duda importante— de que ha sido incorporado a la memoria colectiva en esos términos. Lo cierto es que ese episodio hablaba mucho más de los liberales que de los artesanos.

De ahí en más, trabajé con ahínco sobre la cuestión de los artesanos y los obreros, pero en realidad entendí bastante poco, y finalmente no he incorporado a esta versión casi nada de ese tema. Algo grueso se me escapaba en la historia de los trabajadores que intentaba construir apoyándome en censos y estadísticas industriales, listas de establecimientos, mano de obra ocupada y jornales pagados. Eran los “gañanes”, casi un tercio de la mano de obra masculina ocupada, quién sabe dónde, de los cuales no sabía siquiera si eran urbanos o rurales. Con el apoyo del estimulante libro de Gabriel Salazar y de la excelente tesis de Ann H. Johnson, pude adentrarme un poco en ese ámbito, y llegar tanto a lo que me parece el meollo del mundo del trabajo en el siglo XIX —ocasional e inestable— como a la cuestión de sus condiciones de vida.

Había investigado sobre esas condiciones —la vivienda y la salud— bastante antes de incursionar en el tema de rotos y gañanes, pero sólo entonces vislumbré qué podían significar para ellos el rancho y la acequia, el empleo y la migración, y comprendí que no podría conseguir mucho más que vislumbrarlo. Fue un descubrimiento importante: simultáneamente entendí qué difícil era para mí avanzar por ese camino, y cuál era el verdadero centro de mi trabajo, que había estado rondando sin saberlo. Más que los sectores populares, vistos “desde abajo”, eran los pobres, es decir ese otro extraño y amenazante, construido con los miedos y los prejuicios de la élite. Acepté que ésta era una cuestión legítima e interesante, más acorde con mis posibilidades, y que seguía formando parte de la cuestión inicial. Pude entender a los autores con los que había estado trabajando —Sarmiento, Vicuña Mackenna o Nicolás Palacios— en su doble calidad de testigos de una realidad y testimonios de una manera de mirarla. Pude también

relacionar esta investigación, iniciada con supuestos diferentes (y en realidad bastante imprecisos), con la perspectiva sobre cultura y formación de identidades que estábamos desarrollando con Leandro Gutiérrez para estudiar los sectores populares porteños. Creo que también terminé de entender la fuerza explicativa de algunas de las hipótesis de mi padre.

Luego de revisar los textos, escritos entre hace diez y veinte años, las distintas partes de un trabajo sin duda parcial e incompleto se me aparecieron con la suficiente unidad como para justificar reunirlos en un libro. Salvo el primer capítulo, todos han sido publicados, y los incluyo sin revisiones sustantivas, con algunas correcciones de edición, sobre todo para eliminar las superposiciones más notorias. No me sentí con fuerzas para actualizarlos, y hacerme cargo de la amplia producción aparecida desde entonces, parte de la cual ha sido relevada recientemente y con amplitud por Jorge Rojas Flores. Debo mencionar algunos de los trabajos más sobresalientes, que ciertamente relativizan mis conclusiones. Dos grandes historiadores, en los cuales me he apoyado ampliamente, han seguido produciendo textos importantes: Armando de Ramón ha publicado su *Historia de Santiago*, una obra definitiva, y Gabriel Salazar varios sólidos trabajos, tan llenos de ideas como de empatía con su tema. Cristián Gazmuri ha publicado dos libros excelentes sobre Santiago Arcos y “el 48” chileno, Alvaro Góngora su estudio sobre la prostitución, y María Angélica Illanes sus trabajos sobre las sociedades de socorros mutuos y la salud pública. Sergio Grez, por último, está terminando precisamente el libro que yo hubiera querido escribir, y que él ha sabido hacer de manera espléndida, sobre los artesanos y los obreros en el siglo XIX.

Entre 1976 y 1983, años particularmente difíciles, pude llevar adelante estas investigaciones gracias al apoyo material, pero sobre todo moral, de varias instituciones. En 1976 el Social Science Research Council nos otorgó, a mi padre y a mí, un *grant* para desarrollar el proyecto inicial. En 1978, y por iniciativa de Ezequiel Gallo, realicé una breve estadía en el Instituto Torcuato Di Tella, que por diversos

motivos fue decisiva para mi continuidad en esta investigación y en general en la historia. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) me apoyó en distintas ocasiones, a través de sus programas de becas; debo agradecer a tres personas que ya no están con nosotros: Jorge Enrique Hardoy, a quien debo tantas otras cosas, Jorge Federico Sabato y Mario dos Santos, y también a Waldo Ansaldi, que en esos años puso un gran esfuerzo en ayudar a quienes pudieron quedarse en el país. El Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA) ofreció el marco institucional y el ámbito intelectual para el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), que varios historiadores creamos en 1977, precisamente cuando comenzaba esta investigación. Todos ellos me permitieron sobrevivir como historiador independiente, e incorporarme en 1984 a la Universidad de Buenos Aires y al CONICET, instituciones donde concluí esta investigación.

Mis deudas con el PEHESA son grandes, y son también muy específicas con algunos de sus miembros. Cualquiera podrá reconocer las ideas —y sobre todo las preguntas— de Leandro Gutiérrez en el capítulo sobre vivienda y salud. No hubiera podido abrirme paso en las cuestiones demográficas del capítulo IV sin la experta ayuda de Juan Carlos Korol. El capítulo sobre rotos y gañanes está ampliamente inspirado en las ideas de Hilda Sabato sobre el mercado de trabajo en Buenos Aires y las formas del trabajo ocasional, las mismas que informan el libro que hicimos juntos sobre los trabajadores de Buenos Aires entre 1850 y 1880. Sin proponérselo particularmente, Beatriz Sarlo —por entonces integrante del PEHESA— me ayudó mucho a entender los problemas culturales con los que elaboré la perspectiva de la identidad y de la “mirada”. En Chile, Isabel Torres me ayudó, hace ya mucho tiempo, a recoger material de los periódicos. Recibí el apoyo solidario de María Elena Langdon, Cristián Gazmuri, Sol Serrano, Rolando Mellafé, Alvaro Góngora, Patricia Arancibia, Eduardo Devés, Gonzalo Cáceres y muchos otros. La generosidad con que recibieron a un argentino que incursionaba en su historia me hizo pensar que había algún enorme malentendido en las imágenes

más comunes que recíprocamente tenemos argentinos y chilenos, y que valía la pena hacer algo por modificarlas. Me animó mucho, a principios de los ochenta, recibir un lejano eco de mi trabajo sobre la Sociedad de la Igualdad, proveniente de ignotos colegas chilenos. Por esa misma época, la revista *Nueva Historia*, que editaba en Londres un grupo de historiadores chilenos, me invitó a publicar un trabajo; creo que es la invitación más honrosa que haya recibido nunca, y la agradezco en particular a Leonardo León y Luis Ortega. A Sergio Grez, muy especialmente, debo el aliento y la confianza que me dio para reunir estos trabajos en un libro.

En 1977, cuando empezaba a trabajar en el tema, conocí a Armando de Ramón. Fue en Asunción, en una reunión del grupo de Historia Urbana de CLACSO. En ese momento, oyéndolo, tuve la primera percepción, ya clara y plena, de lo que serían finalmente los ejes de este trabajo: los arrabales de Santiago y la mirada de Vicuña Mackenna. A lo largo de los años, no sé si he hecho otra cosa que desarrollar aquellas ideas tuyas. Pero además, en todo este tiempo, de manera esporádica pero intensa, me aproveché de su calidez y generosidad, y admiré su señorío, una palabra que usualmente no utilizo pero que le cuadra perfectamente. Creo que nunca he reflexionado sobre estos temas sin pensar de alguna manera en Armando. Me siento feliz de poder dedicarle este libro.

Enero de 1997

NOTA

Con excepción del capítulo I, los trabajos que integran este volumen han sido publicados en revistas académicas, que se mencionan a continuación. Sólo introduje cambios mínimos, de edición. “Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895; vivienda y salud”, *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, n° 9, Londres, 1984. “Liberales y artesanos en la vida política de Santiago de Chile”, *Siglo XIX, Revista de Historia*, n° 3, Monterrey, segundo semestre de 1986 (una versión anterior en *La sociedad de la igualdad. Los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Di Tella, 1978). “Sarmiento, testigo y testimonio de la sociedad de Santiago”, *Revista Iberoamericana*, 11, n° 143, Pitts-burgh, abril-junio 1988. “Rotos y gañanes: trabajadores no calificados en Santiago de Chile, 1850-1895”. *Cuadernos de Historia*, 8, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago de Chile, diciembre de 1988. “¿Cómo son los pobres? Miradas de la élite e identidad popular en Santiago hacia 1870”, *Opciones, Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, 16, Santiago de Chile, mayo-agosto de 1989. “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 27, n° 106, julio-septiembre 1987. Incluido en *Andes. Quadrimestrale Iscos di Política e Cultura sull'America Latina*, 10, Roma, diciembre 1990.

Sobre la comparación entre Buenos Aires y Santiago he publicado varios trabajos, que amplían o matizan esta primera versión: “Questioni urbane, immigrazione e identità: i lavoratori a Buenos Aires e Santiago de Cile verso il 1900”, en *La Riscoperta delle Americhe. Lavoratori e sindacato nell'emigrazione italiana in America Latina 1870-1970*, a cura di Vanni Blengino, Emilio Franzina, Adolfo Pepe. Milano, Teti Editore, 1994. “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas a principios de siglo: una aproximación a su estudio”, en Eliane Garcindo Dayrell y Zilda Márcia Gricoli Iokoi (orgs.), *América Latina Contemporánea: Desajios e Perspectivas*. Sao Paulo, EDSUP, 1996. “Entre el conflicto y la integración: los sectores populares en Buenos Aires y Santiago de Chile a principios del siglo XIX”, en Alicia Hernández Chávez, Marcello Carmagnani y Ruggiero Romano (coords.), *Para una historia de América Latina*, El Colegio de México (por aparecer).

I

La ciudad

Para reconstruir la historia de la élite y los sectores populares de Santiago en el siglo XIX es necesario imaginar los lugares materiales donde vivieron, trabajaron, se divertieron y se enfrentaron aquellos que conformaban esta sociedad urbana, aún suficientemente compacta como para identificarse con su habitat. La ciudad física fue, naturalmente, el escenario de esta relación; pero también fue otras muchas cosas: el conjunto de los espacios creados por quienes la habitaron, de acuerdo con sus necesidades y proyectos, los lugares que generaron o transmitieron experiencias e imágenes, propias de algunos o compartidas por todos. Así ocurrió, a lo largo del siglo, con la Plaza, el Mercado, la Alameda, o el Parque Cousiño, que antes fue la Pampilla, lugares donde unos y otros estuvieron y fueron vistos, donde por acción y reacción se constituyeron las identidades de la élite y de los sectores populares. Podemos conocer bastante bien aquélla; de ésta sólo quedaron rastros dispersos, aunque sabemos que, a lo largo del siglo XIX, su imagen le fue resultando a la élite extraña y peligrosa.

A lo largo del medio siglo, entre aproximadamente 1840 y 1895, ciudad y sociedad cambiaron mucho. Santiago se transformó físicamente, por obra del crecimiento demográfico, de la diversificación de funciones y de la evolución de las formas de vida. Pero sus cambios fueron también la expresión de las transformaciones generales de la sociedad; particularmente, de ese amplio movimiento que llevó de la integración a la segregación, y de ésta a una nueva y conflictiva reintegración de los sectores populares, a lo largo de la cual el pueblo de los rotos se convirtió en la clase trabajadora. Se tratará de mostrar

la transformación del escenario en tres momentos. A mediados de siglo Martín Rivas, el personaje de Blest Gana, presencia los inicios de un proceso que sale plenamente a la luz en 1875, en tiempos del intendente Vicuña Mackenna, desgarrado testigo de la crisis y a la vez impulsor de un profundo intento de reforma. Ese cambio se ha completado en lo esencial veinte años después, luego de los años de euforia del presidente Balmaceda, y de la crisis económica y política que rodeó su caída.

LA CIUDAD DE MARTÍN RIVAS

A principios de la década de 1840 Domingo Faustino Sarmiento, que hacía sus primeras armas como periodista, descubrió los precoces indicios del crecimiento de la capital. Nuevas casas, calles y barrios, y sobre todo rancherías, revelaban “el exceso no acostumbrado de población que se aglomera día a día en Santiago”.¹ Por entonces, para muchos la ciudad se había convertido en polo de atracción: el minero enriquecido, el terrateniente hidalgo, el artesano extranjero, el gañán movedizo y el joven decente pero pobre de provincias, ansioso por abrirse camino en aquella capital fascinante y atemorizadora a la vez. Tal era el caso de Martín Rivas.²

Santiago tenía por entonces unos 90.000 habitantes. Su crecimiento en las tres décadas anteriores, aunque menor que el de otros centros urbanos de Chile, es sin embargo significativo en relación con el de la mayoría de las capitales hispanoamericanas, y tuvo que ver con el temprano afianzamiento de un Estado centralizado. También, de manera menos directa, con la prosperidad de la economía chilena, sobre todo porque en Santiago residían terratenientes, comerciantes, mineros y hasta “capitalistas”. La riqueza venía sobre todo del Norte Chico, de la minería. En 1832, el descubrimiento de plata en Chañarcillo inició un pequeño *boom* argentífero, renovado en 1847, mientras que el cobre, menos espectacular pero más sólido, comenzó a explotarse a fines de la década de 1840. Los pioneros de la minería, aquellos que localizaban los “alcances” fabulosos, fueron pronto dominados por comerciantes y habilitadores de Valparaíso

o Santiago, “capitalistas” que los proveían de crédito y terminaban adueñándose de las minas. Tal era la historia del padre de Martín Rivas, y de su socio santiaguino don Dámaso. También prosperó el comercio, por la posición dominante que Valparaíso había alcanzado —junto con otros puertos chilenos— en todo el Pacífico Sur. Hasta en el tradicional mundo rural del Valle Central, no muy dinámico, hacia mediados de siglo podían percibirse algunos signos de nueva actividad: en los extensos fundos, los canales y las obras de riego iban ampliando las tierras aptas. La producción se exportó, durante unos pocos años, al esplendoroso y efímero centro minero de California, pero en su mayoría era consumida por la densa masa de campesinos, inquilinos o gañanes, que allí se concentraban.

La prosperidad se asentó en la temprana consolidación de un Estado centralizado y sólido, verdadero modelo en Hispanoamérica, que controlaban terratenientes y militares y gobernaba una burocracia capaz de asegurar estabilidad y autoridad republicanas. La estabilidad no excluyó los conflictos, sobre todo cuando los intereses de la élite se diversificaron: hacia 1850 se consolidó una nueva oposición liberal, con base en las zonas mineras, cuyo choque con la vieja sensibilidad conservadora pudo apreciar Martín Rivas en los salones de sus protectores. También asistió a los motines callejeros de 1850, cuando los liberales de la Sociedad de la Igualdad pretendieron definir el conflicto apelando al artesanado santiaguino.

Por entonces Santiago era una ciudad residencial y burocrática. No cumplía ningún papel esencial en la vida económica chilena, pero lo mejor de los frutos del crecimiento del país revertía sobre la capital, donde habitaban viejos y nuevos ricos. Grandes hacendados, como los Larrain, comerciantes como los Cousiño o Matte, mineros de éxito reciente como los Ossa o Subercaseaux y funcionarios o militares, como Bulnes o Blanco Encalada, todos aspiraban a tener casa en Santiago y a pasar en ella la mayor parte del año. Influyó en parte la cercanía del poder político, pero sobre todo la posibilidad de desarrollar un estilo de vida que deslumbraba a los provincianos como Martín Rivas. Como observaba Sarmiento, ese género de vida

“que aspira a imitar, o más bien a parodiar la aristocracia europea, consistía en hacerse arrastrar ostentosamente por los atronadores empedrados en un brillante rodado, tirado por fogosos caballos y dirigido por un cochero de librea galonada (y en) vivir en casas de habitaciones numerosas, empapelados costosos, muebles de caoba y mármoles”.³

La élite apenas comenzaba su europeización, y este incipiente refinamiento no debe ser exagerado. Por entonces fue creciendo un sector de pequeños comerciantes, funcionarios y artesanos que dependía de ella y la tomaba como modelo, a riesgo de ganarse el calificativo de “siútico” por su comportamiento algo grosero o chabacano. Martín Rivas los conoció en algunas remoliendas, y también en las barricadas de abril de 1850.

El crecimiento urbano estimulaba la diversificación de la sociedad e impulsaba una módica movilidad, entre los artesanos extranjeros, que poseían algún conocimiento poco difundido, o los jóvenes decentes pobres, como Martín, capaces de ganar una posición con su propio esfuerzo. La ciudad también atraía a una masa de rotos y gañanes, que en muchos casos pasaban transitoriamente por allí, de la que salían vendedores ambulantes, sirvientes, peones y hasta policías.

Hacia 1850, la planta urbana registraba los signos de la expansión, desbordando los límites de la vieja ciudad colonial.⁴ La ciudad “propia”, como significativamente comenzaba a ser llamada, se concentraba en el triángulo delimitado por el Mapocho, la Cañada—transformada por O’Higgins en Alameda, y en cuyo vértice se erguía el agreste peñón del Santa Lucía— y el callejón de Negrete, al oeste, por donde corría la mayor acequia de la ciudad. En unas cien manzanas se encontraban la Plaza Mayor y la del Mercado, los edificios públicos, las grandes casas residenciales y los principales comercios. La ciudad antigua se prolongaba en dos suburbios, al norte y al sur, mientras que al oeste el indiviso llano de Portales frenó durante mucho tiempo el crecimiento. La Chimba, al otro lado del Mapocho, era por entonces una zona casi suburbana, en la que se alternaban

espaciosas quintas y cuarterías baratas. Al sur de la Alameda, y más allá de una barrera formada por una serie de hospitales, monasterios e iglesias, se extendía el nuevo arrabal popular.

La ciudad comenzó a crecer rápida y desordenadamente al sur. Hacia 1850 casi todas las calles habían alcanzado el Canal San Miguel, abierto en 1822 para servir a una zona todavía rural. En 1843, según la queja de unos vecinos, se surtía de su agua “una infinidad de infelices situados a las orillas y una gran población formada nuevamente en esos contornos”. Para el editorialista de *El Progreso*, que recogió la queja, tales viviendas eran “más bien pocilgas de marranos que habitaciones de gente racional”, y todo el nuevo arrabal “un miembro postizo de la ciudad, al que jamás se ha tomado en cuenta”.⁵ En 1847 la instalación del Matadero, junto al Zanjón de la Aguada, creó un nuevo elemento de asentamiento en esta barriada, que hacia el oeste se extendía hasta el callejón de Castro. Más allá, en una zona de chacras, el gobierno adquirió en 1842 una extensión destinada al Campo de Marte.

Hacia 1841, luego de dividirse el mayorazgo Portales, algunos herederos proyectaron una urbanización, y la ciudad comenzó a crecer hacia el oeste. Así surgió el pueblito de Yungay, “una hermosa villita, con calles alineadas y espaciosas con su correspondiente Plaza de Portales, su capilla y sus cientos de edificios, que se están levantando todos a un tiempo”.⁶ Este arrabal creció más ordenadamente que el sur, pero con menos empuje; algunas propiedades eclesiásticas obstruyeron durante mucho tiempo las calles que debían comunicarlo con el centro. Hacia el norte, la calle de San Pablo, que se prolongaba en el camino de Valparaíso, separaba este barrio, modesto pero decente, de las rancherías que se extendían hasta los pedregales del Mapocho, como la de “Guangualí... que vendría a ser como un arrabal”.⁷ Simultáneamente con la traza de Yungay el gobierno compró las tierras de la Quinta Normal y abrió, entre éstas y el nuevo barrio, la Alameda de Matucana, que con sus fangales y pastizales constituyó el nuevo límite oeste de la ciudad.

Menos notoriamente, la ciudad también creció hacia el norte a lo largo de los tres caminos de acceso: la Cañadilla, que llevaba a las provincias del norte, la Recoleta, que conducía al Salto, y el más reciente callejón de las Hornillas, que llevaba a Renca. En la Cañadilla, de intenso tránsito de arreos y carretas, fueron apareciendo “algunos cuartos pertenecientes a diversas chacras, arrendados a gente pobre, y muchas posadas de carretas”.⁸ Cuarterías y rancheríos también surgieron en algunos callejones que atravesaban las chacras y quintas —los de Carrión, Dávila, los Olivos— y en la ribera del Mapocho, donde ya se insinuaban los arrabales del Arenal y el Campamento. Estas calles se abrieron paso lentamente entre las quintas, y la Chimba conservó por bastante tiempo su aire entre rural y urbano, entre popular y residencial.

Pese a este crecimiento, Santiago conservaba su fisonomía colonial. Predominaban las casas bajas de adobe —en parte por temor a los terremotos—, extendidas a lo largo de tres patios. En la década de 1840 algunos propietarios empezaban a agregar sobre el cuerpo delantero un segundo piso, e incluso se vio sobre la Alameda “en uno u otro de sus costados algún bonito edificio de dos pisos, con balcón corrido al exterior y con celosías cubiertas”.⁹ En esa década se construyeron algunos edificios públicos de importancia, como la Penitenciaría, el Instituto Nacional, el cuartel de la Recoleta o los Mataderos. Pero los puntos emblemáticos de la ciudad seguían siendo los heredados de la Colonia: los Tajamares, el Puente de Calicanto, la inconclusa Catedral, el palacio presidencial o el espléndido palacio de La Moneda, sede del gobierno desde 1845.

Tampoco cambiaron demasiado el equipamiento y los servicios, cuyas deficiencias se notaban a medida que la ciudad crecía. El rústico empedrado de las calles, adecuado para caminantes o cabalgantes, torturaba los carruajes, particulares o de alquiler, y molestaba más a quienes habían conocido las obras de adoquinado ya iniciadas en Valparaíso. Los barrizales desaparecieron de las calles del centro, y las plazas de Armas y de Abastos tuvieron su empedrado, pero en los accesos —especialmente el de Valparaíso— se formaban grandes pantanos, y los viajes entre ambas ciudades resultaban azarosos. A la

espera de la luz de gas, la ciudad seguía siendo oscura, a excepción del centro, pues el intendente instaló faroles de aceite “en todas las esquinas del sector más favorecido”.

Los mismos problemas se producían con la acequias. Atravesaban zonas mucho más pobladas, acarreaban grandes cantidades de desperdicios y frecuentemente aparecía el “taco”, el anegamiento y el desparramo de basura. Desde entonces, el tema de las acequias se discutió permanentemente, en parte porque mucha gente empleaba esa agua para beber o para la limpieza. El agua potable no abundaba en Santiago. La de la cascada de Ramón alimentaba las “Cajitas” —un depósito ubicado al este— y las pilas de las plazuelas. Dos nuevas pilas se establecieron en las plazuelas de San Diego y San Isidro, pero de todos modos en el barrio Sur el agua era escasa y cara. De ahí que se recurriera a las acequias, o al Canal San Miguel, donde éstas desembocaban, con el consiguiente peligro de infecciones, que por entonces empezaban a preocupar a las autoridades sanitarias.

A mediados de siglo los conflictos que emergerían en la década de 1870 estaban todavía lejanos, y la vida de la ciudad, ajena al bullicio de Valparaíso, transcurría apacible y digna: intensa por la mañana, tranquila a la hora del almuerzo o la siesta y nuevamente animada al atardecer. El centro de la vida social y política de la gente decente era la Plaza Mayor, rebautizada de la Independencia. Apenas a dos cuadras se encontraba la Plaza de Abastos, corazón de la ciudad popular, donde se mezclaban arrieros, carreteros, labradores, carniceros o verduleros con vendedores de ropa o zapatos baratos, cacharros de barro, monturas o sombreros, y también vendedores de “picarones, sopaipillas y empanadas fritas... mote y huesillos, empanadas calduas y... tortillas de rescoldo”. En los bordes de la plaza, animando a tan variada concurrencia, se instalaban “bodegones de arpa y guitarra, chiribitiles de poncho y cuchillo, corrales, caballerizas y posadas de carretas”.¹⁰

Diseminados por la ciudad, los bodegones abastecían de azúcar, yerba, grasa seca o vino, y servían también de centro de reunión social.

Pero el pequeño comercio tenía su sede sobre todo en la calle: artesanos que ofrecían sus propios productos, vendedores de alimentos y frutas. Las autoridades procuraban desalojarlos, sin mucho brío. La instalación del Matadero permitió eliminar los puestos callejeros de matanza, y muchos vendedores fueron alojados en el nuevo mercado de la plazuela de San Diego, pero la venta callejera siguió enseñoreada hasta en la misma Plaza de Armas, donde los tradicionales baratillos, “los representantes del bajo comercio” asentados en los arcos de los portales, se mezclaban con las “tiendas aristocráticas”.¹¹

Éstas se concentraban en los alrededores de la Plaza. En el viejo portal de Sierra Bella, semidestruido en 1848, o en el más moderno de Tagle, así como en las calles vecinas —Estado, Compañía, Huérfanos o Ahumada—, se reunían los negocios de telas, vestidos, sombreros, perfumes o joyas. Mucho de lo ofrecido era de importación, pero una parte provenía de un sector de artesanos locales, que comenzaba a prosperar.

Un cierto impulso animaba la actividad comercial a mediados de siglo. El nuevo ritmo se advertía en las especulaciones comerciales o financieras de los santiaguinos, como don Dámaso, patrón y protector de Martín Rivas. Muchos hacendados empezaron a abastecer desde la ciudad las pulperías y bodegones de sus haciendas; sobre la artesanía urbana de calzado y ropa, observó Sarmiento que “satisfacen en muchos casos no sólo sus propias necesidades sino las de toda la república”.¹² En parte se debía a la mejora en las comunicaciones de la capital con el resto del territorio —construcción de puentes, reparación de caminos— que en poco tiempo más colocaría a Santiago en el centro de los intercambios nacionales.

Las actividades artesanales fueron también estimuladas por el cambio de hábitos de consumo de una élite que empezaba a imitar las modas europeas. Así, una modista francesa o un sastre alemán podían convertirse en árbitros de la moda:

“La señora se compra un elegante sombrero, que la hace sentir sumamente parisién, mientras que el marido se co-

loca un tieso y alto corbatín y se siente en el pináculo de la cultura europea”.¹³

Por allí pasaba la prosperidad de muchos sastres y modistas, sombrereros, perfumistas, joyeros, ebanistas, estucadores o carroceros, con tienda abierta en el centro, claramente diferenciados de un sector artesanal tradicional, que sin embargo también se benefició con el crecimiento de la ciudad. Este nuevo pulso de la vida urbana, más sensible a los estímulos externos, se advierte en otras esferas. Los periódicos, como *El Progreso*, que comenzó a editarse en 1842, pusieron a los santiaguinos al tanto de los acontecimientos europeos, y acercaron a la ciudad tradicional las nuevas corrientes intelectuales: el romanticismo, el liberalismo. Una polémica acerca de la literatura nacional conmovió en 1842 al mundo intelectual, animado por exiliados rioplatenses, y la sociedad se sacudió cuando Francisco Bilbao publicó en 1845 *Sociabilidad chilena*, inspirada en Lamennais. Monvoisis y Rugendas hicieron conocer la pintura romántica y proveyeron de retratos a las familias que podían pagarlos, mientras que en el teatro se divulgaban algunas óperas —las primeras que se escuchaban en Santiago— y las obras de Zorrilla o Bretón de los Herreros. El Instituto Nacional y la Universidad, fundada en 1843, dieron un sólido impulso a la educación pública —ampliamente estimulada en el nivel primario— y formaron numerosos profesionales: algunos médicos, y sobre todo muchos abogados, que ingresaron en la administración pública o incursionaron en la política.

El episodio en torno de Bilbao, en 1845, muestra que esta transformación no se produjo sin conflictos y resistencias. La Iglesia ocupaba un lugar central en la vida social, cuyos acontecimientos cotidianos eran la misa o las tertulias. También aquí llegaron los nuevos aires: las señoras discutían sobre George Sand y una mayor formalidad comenzaba a reemplazar el trato tradicional y campechano. En realidad, la gente decente vivía en un equilibrio, una suerte de compromiso entre lo viejo y lo nuevo, entre una convivencia europeizada y definitivamente urbana, y un modo tradicional, que afloraba por ejemplo cuando la familia entera se trasladaba al

fundo rural en el verano, para vigilar las cosechas y disfrutar de la vida campestre.

Ese mismo equilibrio se mantenía en la relación entre las dos partes de la sociedad urbana, la decente y la plebeya, pese a que aquélla comenzaba a adoptar un estilo de vida propio y exclusivo, y a que ésta, nutrida por migraciones cada vez mayores, se iba diferenciando de la conocida y pintoresca plebe colonial. Pero unos y otros seguían compartiendo un mundo de hábitos, gustos, actitudes y concepciones del mundo y de la vida. Tal la imagen de una sociedad urbana que Sarmiento percibió con precisión: nadie ignoraba quién era quién, y todos se sentían pertenecientes a un mundo común.

LA CIUDAD DE VICUÑA MACKENNA

El cónsul inglés Horace Rumbold, que en 1876 redactó un prolijo informe acerca del “progreso y condición general de Chile”, se asombró del contraste entre la pujanza y dinamismo de la República y la “atmósfera de holgura aristocrática” que dominaba en su capital. Le sorprendían las “largas y tranquilas calles”, flanqueadas por residencias que recordaban las parisinas; la “apariencia somnolente”, apenas animada por el rodar de elegantes carruajes, las cuidadas veredas y las elegantes mujeres que transitaban por ellas, la concentración del comercio en algunas calles del centro, y sobre todo “la ausencia de grandes muchedumbres” en los barrios centrales. Se preguntaba si no estaría acaso en “la residencia de una corte soñadora y tranquila, ortodoxa y amante del lujo, antes que en el centro de un Estado democrático, agitado y laborioso”. Sin embargo, agregaba, “es también un país de violentos contrastes, pues al costado de las construcciones principescas se ven los zaquizamís de la más lúgubre apariencia, la miseria agitando sus andrajos a cada paso, a pleno sol, en lugar de estar relegada a los suburbios alejados del centro”.¹⁴

Rumbold percibió los contrastes de esta ciudad que había crecido al calor de la sostenida expansión económica. Una coyuntura mundial favorable, cuyo carácter excepcional se reveló hacia 1875, impulsó el

desarrollo de las exportaciones agrícolas y mineras. La incorporación al mercado mundial, consolidada a partir de la década de 1860, permitió el desarrollo de un vigoroso sector empresarial nacional y de sectores trabajadores modernos, y repercutió en la sociedad toda. Los minerales aportaron casi las cuatro quintas partes del total de las exportaciones. La industria fundidora del cobre llegó a abastecer una parte sustancial de la demanda mundial y estimuló la explotación carbonífera. Empresarios chilenos empezaron a incursionar en los terrenos salitreros del norte, en territorio boliviano y peruano, mientras que la plata sostenía esporádicos pero espectaculares picos de prosperidad, como el iniciado en 1871 con el descubrimiento de Caracoles. También la agricultura aportó a ese crecimiento. Los sucesivos *booms* de California y Australia, aunque efímeros, dejaron como saldo una industria molinera que exportaba a los países vecinos y satisfacía el creciente consumo interno. Desde mediados de la década de 1860 el trigo chileno alcanzó los mercados ingleses —por una combinación de altos precios y baja en los fletes— y las exportaciones crecieron hasta 1874.

Los efectos internos de esta expansión fueron amplios. El ferrocarril de Santiago a Valparaíso fue concluido en 1862 por Henry Meiggs, y el que salía de la capital hacia el sur, en 1863 llegaba a San Fernando, instrumentos y herramientas para la minería y la fundición, molinos, arados o repuestos para las diversas maquinarias comenzaron a ser fabricados en Valparaíso, Santiago o Concepción, y muchos talleres artesanales se convirtieron en pequeñas manufacturas de camisas o zapatos, mientras que en las cercanías de Santiago aparecían los primeros viñedos y bodegas. Bancos y sociedades anónimas proliferaron en estos años de inversión y especulación: la fundación de la Caja Hipotecaria —destinada a servir a los propietarios rurales— inauguró la era bancaria y en 1873 se estableció, de manera efímera, la Bolsa de Santiago.

Basada en las exportaciones y en el flujo financiero externo, esta expansión era sensible a los ciclos económicos del mundo capitalista. Así se vio en la crisis de 1857/61, en medio de la cual estallaron

los conflictos revolucionarios de 1859, y luego durante la Gran Depresión, que se notó desde 1875 y estuvo agravada por el retroceso chileno en los mercados del cobre y el trigo. Hubo años muy duros, de penuria financiera y conflicto social, que concluyeron al finalizar la Guerra del Pacífico, con el auge del salitre.

La vida política se hizo compleja y la lucha fue intensa, aunque circunscripta a la élite. Se multiplicaron los periódicos de partido y también los grandes diarios informativos, como *El Ferrocarril*, que empezó a editarse en Santiago en 1854. Con la presidencia de Montt culminó el autoritarismo modernizador, que impulsó la transformación económica y alentó las posiciones laicas. Las fuerzas de la derecha se dividieron, y el nuevo Partido Conservador se identificó con la Iglesia, mientras en la oposición liberal, fuerte en las zonas mineras, se separó un grupo radical, que reclamó la democratización política. La reforma constitucional de 1871 y la electoral de 1874 jalonaron el fin del autoritarismo y la transición hacia una gradual liberalización, mientras el Estado seguía extendiendo su autoridad, apoyado en el ejército, la burocracia, el ferrocarril y el telégrafo.

Sede y centro de ese Estado era Santiago. El cónsul Rumbold había percibido el contraste entre el Chile pujante y “la capital ociosa, costosa y artificial... de un país activo y productivo”. Advertía que “el acrecentamiento ambicioso y el lujo de la ciudad estaban (fuera) de proporción con el poder y los recursos del país del cual es capital”.¹⁵ Por entonces Santiago había alcanzado los 150.000 habitantes, incluyendo los arrabales, lo que significaba un crecimiento significativo, aunque todavía inferior al de otras ciudades: Valparaíso —el emporio financiero, comercial e industrial—, Concepción o Talca. Santiago seguía siendo el lugar de residencia predilecto de hacendados, mineros, comerciantes, militares o políticos, que querían vivir, educar a sus hijos y casarlos de una cierta manera, y también estar cerca del lugar de las decisiones políticas. Las cosas no habían cambiado mucho al respecto, salvo que la élite era mucho más rica, gastaba mucho y cultivaba un género de vida más refinado.

En torno de ella había crecido un vasto sector dependiente: artesanos especializados en productos suntuarios, comerciantes de grandes y pequeñas tiendas, sirvientes, cocheros, albañiles... Con ellos, comenzaban a esbozarse unos sectores medios más modernos, compuestos de pequeños empresarios industriales, empleados calificados, educadores, profesionales o militares, muchos de ellos mantenidos por el Estado y diferentes del tradicional “medio pelo”, cara inferior de la vieja sociedad decente. Pero lo más notable fue el desarrollo explosivo de los sectores más pobres, acrecidos por una fuerte emigración del campo.

Como lo percibía Rumbold, la sociedad santiaguina fue por entonces, cada vez más, una sociedad segregada. Mientras la élite abandonaba las viejas formas de convivencia, los hábitos y modos de pensar tradicionales, éstos se mantenían con firmeza en unos sectores populares que, por otra parte, soportaban durísimas condiciones de existencia. Santiago conoció entonces, simultáneamente, los problemas típicos de un crecimiento urbano acelerado e imprevisto y los primeros conflictos sociales, planteados al anunciarse la crisis económica. Hacia 1875 Santiago era, a los ojos de la élite y de su enérgico intendente Benjamín Vicuña Mackenna, una ciudad peligrosa.¹⁶

Los nuevos arrabales constituían la principal preocupación de Vicuña Mackenna. Hacia el sur, superaron el Canal San Miguel y la avenida de los Monos, prolongándose hasta el Matadero y el Zanjón de la Aguada. Al intendente le parecieron “una inmensa cloaca de infección y de vicio, de peste y crimen, un verdadero ‘potrero de la muerte’”, contra el cual dirigiría su enérgica acción.¹⁷ La prolongación del asentamiento, más allá del Zanjón, obligó a llevar el límite departamental hasta el camino de Ochagavía. Más allá, la transformación del llano de Subercaseaux en finca viñatera y bodega estimuló el aumento de población del lugar, lo mismo que la de “los vecindarios, que se poblaban y subdividían”.¹⁸ También había mucha gente en la zona del Matadero, aunque menos densamente agrupada.

Algo más hacia el oeste, casi pegado a este sórdido arrabal, desde

fin de la década de 1860 comenzó a formarse otro, que fue lugar de residencia de la élite santiaguina. En el sur de la Alameda, en las calles que llevan al Campo de Marte y al futuro Parque Cousiño –Dieciocho, Ejército Libertador, Campo de Marte– comenzaron a organizarse loteos, se abrieron calles regulares, se reservó espacio para plazas y se aseguró el suministro de agua y el alumbrado de las calles. Los lotes se vendieron a buen precio, y pronto comenzaron a construirse residencias de categoría. Hacia 1875 las dos poblaciones surgidas con el primer impulso –la de Ugarte y la de Montt Albano– quedaron unidas cuando Henry Meiggs, el magnate ferroviario, loteó los terrenos que las separaban. Significativamente, a muy poca distancia de este suburbio aristocrático, comenzó a formarse, junto a la nueva Estación Central del Ferrocarril construida en 1856, lo que con el tiempo sería el más célebre arrabal popular de Santiago: el barrio Estación.

En el oeste el barrio Yungay, que había crecido rápidamente, tendió a estancarse. Hacia 1872 la avenida Matucana, límite oeste, era un “insondable fangal” y sus vecinos no tenían mayor interés en mejorarla. Por allí se construyó el Ferrocarril Urbano y por mucho tiempo esa avenida constituyó el límite oeste de la ciudad, sólo rebasado por los terrenos de la Quinta Normal. Más rápida fue la expansión del bajo Yungay, en la zona extendida entre la calle de San Pablo y el Mapocho. Allí creció otro gran arrabal de Santiago –“especie de Cairo infecto”–, la llamada población Portales.

Al norte del Mapocho el crecimiento fue más lento. En la Chimba, las grandes residencias solariegas seguían alternando con abigarrados rancheríos, concentrados en algunas calles y sobre todo junto a la rampa del Puente de Calicanto, donde se extendían los ya célebres barrios del Arenal y el Campamento.¹⁹ Entre la Cañadilla y la calle de las Hornillas surgió, a principios de la década de 1870 la población Ovalle, y al este de la Recoleta la ciudad se extendió a lo largo de las calles de Loreto y Purísima y de la Recoleta Dominicana. En la parte central, entre Cañadilla y Recoleta, las grandes quintas aún le daban al arrabal su aire semirural, aunque también se abrieron nuevas

calles, como la de Rosario de la Viña o la del Cementerio, trazada por Vicuña Mackenna para solucionar el acceso al Panteón.

En los veinticinco años transcurridos desde que Martín Rivas llegara a Santiago el paisaje urbano había cambiado notablemente. La vieja ciudad colonial, cuyos primeros signos de transformación comenzaban a advertirse a mediados de siglo, había renovado buena parte de su casco central según las modas arquitectónicas europeas. Mineros, terratenientes y banqueros —los Errázuriz, Ossa, Cousiño o Meiggs— construyeron por entonces los “suntuosos palacetes, verdaderamente parisenses, que Santiago ha visto levantarse en sus barrios centrales”²⁰. Los primeros, como el del almirante Blanco Encalada, que vivió en el París imperial, o del ex presidente Bulnes, se levantaron en la década de 1850. En la siguiente, el arquitecto Manuel Aldunate construyó para Francisco Ossa el extravagante Palacio de la Alhambra, que incluía una imitación del Patio de los Leones. De comienzos de la década siguiente son la casa de Meiggs, en estilo bostoniano, en el lado sur de la Alameda, el portal Mac Clure —donde antes estaba el Portal Tagle—, destinado a negocios, oficinas y vivienda, el palacio Errázuriz, luego adquirido por la familia Edwards y el edificio de *El Mercurio*. En el casco central, en las inmediaciones de la Alameda y en las nuevas calles del arrabal del suroeste surgían esas nuevas “fachadas presuntuosas, dibujadas en alto estilo según las reglas de Vitrubio y Vignola”²¹; las líneas renacentistas se mezclaban, en desordenado eclecticismo, con las francesas y hasta las moriscas, gracias a la ductilidad del yeso y el estuco, que imitaban los más nobles materiales de los originales.

El Estado acompañó a los particulares en la renovación del casco central. A mediados de la década de 1850 se construyó el Teatro Municipal, destruido en 1870, y se inició el Palacio del Congreso, de azarosa ejecución, concluido veinte años después. En la década siguiente se levantó el nuevo edificio de la Universidad; también, los cuarteles de la Recoleta, la Moneda y la Artillería, junto al presidio urbano, y algunos nuevos edificios de sanidad y beneficencia. La Iglesia se asoció a la renovación con la construcción de los nuevos templos de la Recoleta, Capuchinos, el Salvador y el Sagrario.

Entre 1870 y 1875 Santiago vivió un momento de euforia. Recordándolo, escribía Ramón Subercaseaux:

“Se veía que las cosas de lujo entraban con facilidad en Santiago, donde el momento era propicio para los buenos negocios de minas y por las riquezas, reales o aparentes, que venían trayendo a circular los propietarios, capitalistas o especuladores de las diferentes partes del país”.²²

La euforia se manifestó en un nuevo impulso de la construcción pública y privada. En 1869 se levantó el portal Fernández Concha, con una gran arcada en su frente, amplias bodegas y tres pisos. El inferior se destinó a comercio y los dos superiores fueron ocupados por el Hotel de Santiago, que “más que hotel, parece un palacio regio... hace recordar al Louvre de París”.²³ El Palacio Arzobispal, aún sin terminar, fue arrendado a comerciantes; se concluyeron en cambio las iglesias de San Ignacio y del Sagrado Corazón de María y el Hospital de San Vicente de Paul. Un nuevo teatro, “muy superior a todos los que se han visto en Sudamérica”,²⁴ reemplazó al anterior. El Club de la Unión inauguró su propia sede en 1869. y la Sociedad Hípica tuvo su sede y su Cancha de Carreras junto al Campo de Marte. Parte de éste fue convertido en parque público por Luis Cousiño, mientras la Municipalidad urbanizaba y convertía en paseo el peñón de Santa Lucía. En 1872 se inauguró el Mercado Central, con el que se introducía en Santiago la arquitectura metálica, utilizada también para levantar los puentes ferroviarios sobre el Mapocho. Finalmente, en la Quinta Normal se construyó el magnífico Palacio para la Exposición Internacional de 1875. Un ciclo expansivo llegaba a su culminación, y empezaban a manifestarse los primeros signos de la crisis. Por entonces el cónsul Rumbold llamaba la atención sobre la magnitud de los gastos destinados a la construcción, y especialmente los de la Municipalidad, que en cuatro años había duplicado su deuda.

La renovación arquitectónica no alcanzó a toda la ciudad: había muchas viviendas de estilo colonial, muchas casitas modestas y so-

bre todo los abigarrados rancheríos en los nuevos arrabales. Similar desigualdad se advertía en los servicios urbanos. Vicuña Mackenna, designado intendente en 1872, emprendió un plan de empedrado de las calles y de mejora de las veredas del centro, que facilitó la circulación de los carruajes particulares, los coches de alquiler y los “carros urbanos”, que comenzaron a circular en 1857 y unieron el centro con los barrios más alejados. Santiago conoció la luz de gas, *summu* de la modernidad, pero en los arrabales seguía habiendo lámparas de parafina y calles de tierra.

Lo más grave era el agua potable y los desagües, convertidos en cuestión de debate por las epidemias de 1868 y 1872. En 1864 se instaló un servicio de agua potable, traída de las vertientes de Ramón y Vitacura, pero seis años después la mayoría de los habitantes seguía abasteciéndose en las pilas públicas, con agua del Mapocho o hasta del Canal San Miguel. Las acequias se nivelaron, sin que desaparecieran los anegamientos, y se incrementó el servicio de recolección de basura, que no se arrojaba ya en la caja del Mapocho sino un poco más lejos.

Hacia 1875 quedaba poco de la ciudad rural y semiadormecida de 1850. La actividad comercial y artesanal se desenvolvía a ritmo sostenido y había una euforia financiera y constructiva. Se discutía de política con entusiasmo, y al final empezó a hablarse con preocupación de la “cuestión social”. Las carretas desaparecieron de la Plaza Mayor, y el comercio de lujo se concentró en los portales, mientras joyeros, sombrereros y modistas se instalaban en los bajos de las residencias cercanas. En la Plaza, y en las calles de Bandera y Ahumada se formó una pequeña *cuy*: el banco Ossa, el Agrícola, el Mac Clure, el Mobiliario, el Edwards, el Nacional, y en 1872 la Bolsa Comercial. También se transformó la ciudad popular. En la Plaza de Abastos, los galpones y cuarterías fueron reemplazados por el nuevo edificio del Mercado. Proliferaron esquinas, almacenes y baratillos, y también fábricas de licores, de cerveza, curtidurías, zapaterías o fábricas de velas. Entre muchos pequeños establecimientos emergían algunos mayores: una fundición en Yungay, una fábrica de carruajes

en Población Ugarte o una de paños en la aldea de Salto, al norte. Al sur y al oeste surgieron los viñedos, bodegas y fábricas de licores, como la de Subercaseaux o Macul. Sin embargo, buena parte de los talleres seguía instalada en la zona central, pese a los esfuerzos por alejar a los más insalubres, como las curtidurías.

También cambió la convivencia. La élite adoptó con entusiasmo las formas de vida europeas, practicadas y aprendidas en las tertulias elegantes, en los nuevos cafés y restaurantes, en el Club de la Unión o en los palcos del Teatro Municipal. Se embellecieron la Alameda, el cerro Santa Lucía y el Parque Cousiño, que pretendía ser una “imitación del universalmente famoso Bois”²⁵. Cada vez más alejados, física y culturalmente, crecieron los arrabales, receptáculo transitorio o definitivo de los gañanes que venían de las zonas rurales vecinas. Los problemas urbanos se impusieron y la élite se convenció de que debía encararlos.

Benjamín Vicuña Mackenna, intendente entre 1872 y 1875, realizó el primer esfuerzo urbanístico sistemático. Embelleció los paseos públicos, mejoró las calles, el suministro de agua y la iluminación, y también limpió a fondo las acequias. Abrió nuevas calles y nuevas plazas —como las del Panteón, San Diego, el Mercado o el Congreso—, para que la ciudad tuviera más espacios abiertos, e intentó solucionar el problemas de las calles “tapadas” por alguna gran propiedad.

Lo que define con más claridad su acción —inspirada en el barón Haussmann y en varios de sus émulos latinoamericanos— fue el trazado del Camino de Cintura. Debía cumplir varias funciones: descargar el tráfico de los barrios centrales, marcar un límite apropiado para el establecimiento de fábricas, crear un paseo alrededor de la ciudad. Pero en lo esencial, ese paseo definía

“la ciudad, estableciendo los límites propios de ésta, demarcación que hoy en día forma una de sus más imperiosas necesidades... creando la ciudad propia, sujeta a los cargos y beneficios del municipio, y los suburbios, para

los cuales debe existir un régimen aparte, menos oneroso y menos activo”.

Preocupado principalmente por el problema sanitario, agregaba que el Camino

“establece alrededor de los centros urbanos una especie de cordón sanitario, por medio de sus plantaciones, contra la influencia pestilente del arrabal”²⁶.

Sus palabras son elocuentes, y sus ideas transparentes. La obra de Vicuña Mackenna constituye un deliberado y sistemático intento por concretar en términos jurídicos y ordenancistas algo que ya formaba parte de las actitudes de la élite: el deseo de deslindar la “ciudad opulenta y cristiana” de sus arrabales populares, lo que expresaba en términos edilicios el proceso de segregación social que por entonces se operaba. Aunque su proyecto tropezó con múltiples dificultades y no llegó a completarse, quedó trazado conceptualmente: la ciudad propia terminaba en la avenida Vicuña Mackenna por el este; por el sur en las avenidas Matta y Blanco Encalada, a la altura de la vieja avenida de los Monos; en la de Matucana por el este y en una línea menos precisa al norte. Tenía implícito un proyecto de segregación social, esbozado pero no completado. Según decía Rumbold, Santiago, pese a ser “llamada por sus habitantes la París de América del Sur ... (se) parece más a trozos de París arrojados aquí y allá en un grande y poco poblado pueblo indio”²⁷.

LA CIUDAD DE BALMACEDA

Theodore Child, que visitó Santiago en 1890, poco antes de la caída del presidente Balmaceda, escribió:

“Al presente, (Santiago) pasa por un período de transición. El pavimento de la mayoría de sus calles es viejo e irregular; palacios y casuchas están pared por medio; el poco cuidado que se presta a paseos y jardines es indigno de una gran ciudad: salvo excepciones, los edificios públicos

no pueden ser citados como modelos de arquitectura; los hoteles no son, por cierto, lo que deberían y sus casas de comercio carecen de las comodidades y del *cachet* que exigen las modernas ideas comerciales. Y sin embargo, Santiago es una verdadera capital. Desde muchos puntos de vista, es el París de Chile, la ciudad a la que todo chileno vuelve sus ojos, adonde todo el que tiene fortuna viene a establecerse, tarde o temprano. Basta para convencerse el observar el número y magnificencia de las casas particulares, la gran cantidad de coches, la animación y elegancia que reinan en las calles”²⁸.

Esta visión, menos segura y optimista que la de Rumbold, comparte con ella la moderada y matizada valoración de los cambios de la capital. Para Child, Santiago quiere ser París pero no logra desprenderse del todo de su pátina provinciana.

Su apreciación era justa. La transformación de Santiago, anunciada años atrás por Vicuña Mackenna, sólo se había concretado a medias. Algo parecido había ocurrido con el país: el consistente avance de las décadas centrales del siglo XIX fue interrumpido a mediados de los años setenta por una larga depresión. El crecimiento posterior, sostenido en el enclave salitrero, tuvo picos brillantes pero también pozos y convulsiones. La expansión, intensa y endeble a la vez, parece traducirse en la imagen de Child de una ciudad en transición, a mitad de camino.

El enclave salitrero alimentó una espectacular expansión, de la que se beneficiaron en primer lugar los inversores extranjeros; los locales lo hicieron sobre todo a través de las regalías percibidas por el Estado, cuyo control empezó a ser asunto vital. La masa considerable de recursos que éste manejaba se volcó de una u otra manera en la sociedad: los vastos planes de obras públicas de Santa María y Balmaceda —camino, ferrocarriles, puentes y canales—, los programas de educación, el desarrollo de una burocracia con la que se alimentaba a las clientelas políticas o el sustento a los bancos que, como la Caja

Hipotecaria, prestaban a los terratenientes con garantía de sus tierras. Cada uso de los recursos fiscales suponía un efecto social distinto: aumento de la ocupación, desarrollo de un estrato de empleados o educadores, o grandes disponibilidades para los terratenientes, que se trasladaban al mundo urbano, bajo la forma del consumo ostentoso, las inversiones especulativas o la adquisición de empresas industriales.

La prosperidad salitrera también revertía en el conjunto de la sociedad. En las pampas se ocupaba mano de obra, incluso mucha de la cesante en el Norte Chico, y se requerían productos manufacturados. La industria, que se concentró de manera notable, creció por esa demanda y por la de los mercados urbanos, las obras públicas e inclusive la agricultura, que requería de arados o trilladoras. La agricultura, apartada de los mercados externos, conservó su prosperidad abasteciendo un mercado interno en expansión. Sin embargo, fue una prosperidad fluctuante, al ritmo de los ciclos económicos mundiales. A los periodos expansivos seguían otros de depresión, ya fuera por la saturación de los mercados como por las maniobras del monopolio exportador. En esos momentos se revelaba la fragilidad de tanto rumboso esplendor: tal lo ocurrido en 1895, cuando culminó la prosperidad iniciada en 1880 y comenzó un ciclo depresivo que se extendió a los primeros años del siglo XX.

El Estado siguió afianzando su presencia: incorporó todo el Norte Grande y pacificó la Araucanía, mientras la legislación laica clausuraba las cuestiones pendientes con la Iglesia. En cambio, fueron más conflictivas las relaciones entre el Ejecutivo y las distintas facciones políticas, lo que culminó con la guerra civil de 1891. El nuevo régimen parlamentario diluyó la autoridad presidencial y transformó la escena política en el campo de un desembozado reparto de beneficios, que revelaba cuánto la prosperidad de cada uno dependía de lo que el Estado pudiera suministrar. La mayor novedad fue la aparición de nuevos actores: en 1887 se organizó el Partido Democrático, de sólida base popular; al año siguiente encabezó una gran manifestación de protesta en Santiago, la primera luego de las jornadas de 1850.

Por entonces, el movimiento obrero daba sus primeras e inequívocas señales de existencia, en las pampas salitreras, en Valparaíso y también en Santiago.

En el clima de la bonanza salitrera, Santiago creció de manera notable. Ciudad predilecta de la élite, se multiplicaron las residencias lujosas, los clubes y paseos. El desarrollo de la red ferroviaria transformó a la capital en el principal centro de distribución de una extensa área, e hizo de Valparaíso un centro comercial subordinado. La industria santiaguina, apoyada en un consumo metropolitano en expansión, pudo alcanzar mercados cada vez más distantes y equipararse con otros centros industriales, como Valparaíso. La demanda urbana impulsó y diversificó la producción del área agrícola vecina. Tanto en la construcción, el servicio doméstico, las obras públicas, los servicios urbanos, el comercio o la industria, la capital ofreció múltiples posibilidades de empleo para los campesinos que emigraban del saturado Valle Central. En veinte años Santiago pasó de 150.000 a 262.000 habitantes, con una tasa de crecimiento que triplicó la de Valparaíso.

En el seno de la élite, ya no era fácil la distinción entre terratenientes, mineros, comerciantes, altos funcionarios o jefes militares: todos eran un poco de todo. No quedaban muchos de los pujantes empresarios de 1860 o 1870: el capital extranjero ocupaba las posiciones centrales en la economía y la élite autóctona usufructuaba sus rentas o créditos, especulaba y gozaba de una fortuna abundante pero veleidosa. Quizás por eso buscaron identificarse con un estilo de vida ostentoso y derrochador, copiado de la opulenta burguesía europea. De Francia tomaron como modelo la ropa, la cocina o la educación de los hijos, encargada a los padres franceses o a las monjas del Sacre Coeur; de Inglaterra, los modelos masculinos: el clubman y luego el sportman. La vida se desenvolvía exhibiéndose y circulando, del club a la tertulia, de allí al teatro o a la gran recepción, pasando quizá por la Bolsa o el Congreso. Algunos optaron por instalarse en París, y Blest Gana los llamó “los trasplantados”, pero en realidad todo su estilo de vida era en alguna medida trasplantado. Poco quedaba

de la vieja integración de la sociedad criolla y rara vez los de la élite se interesaban por unos sectores populares cada vez más extraños, salvo cuando, preocupados por la “cuestión social”, se proponían moralizarlos.

Hacia 1895, y con una población que ya superaba el cuarto de millón, el tejido urbano desbordaba ampliamente los viejos límites de la ciudad.²⁹ Nuevas poblaciones comenzaron a surgir en los linderos del sur, del oeste y hasta del este, al tiempo que algunas de las aldehuelas vecinas aparecían sorprendentemente cerca de los arrabales urbanos. “La ciudad de Santiago abarca un área muchísimo más extensa” que sus límites oficiales, reflexionaba hacia fines de siglo el médico higienista Adolfo Murillo:

“Habría que completarla con todos esos nuevos barrios que han surgido por el movimiento comercial y el tráfico de ferrocarriles, con los nuevos que se han edificado y con los que la expansión de su desarrollo le han ido incorporando. Para mí están dentro de Santiago la población Valdés y la de Chuchunco que circunda la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado; el barrio alto de Providencia; la población denominada de Miranda y aun hasta la de Ñuñoa misma, desde que no existe limitación que la divida y desde que vive unida por un agitado y perpetuo consorcio por un tranvía y por los carruajes de plaza de la capital”.³⁰

Lo más novedoso fue la expansión hacia el este, que caracterizó el crecimiento de Santiago en el siglo XX. Comienza a insinuarse, apenas, a lo largo del camino de Las Condes, y aunque el Alto de Providencia era apenas un embrión de población, y Apoquindo seguía siendo una aldea rural, una serie de establecimientos de carácter religioso se ubicaron en los primeros tramos del camino: el Hospital del Salvador, el templo de la Virgen del Carmen, la iglesia de la Compañía de María, y sobre todo el edificio de las monjas de la Divina Providencia, que terminaría dando su nombre a todo el barrio. Hacia 1876, la población instalada en esa zona justificaba la

erección de una nueva parroquia: la de Asunción. En 1895 se abrió la avenida Pedro de Valdivia y los loteos que pronto se realizaron anunciaban lo que sería el futuro de Providencia, convertida en comuna en 1897.

Algo similar ocurrió a lo largo del tradicional camino a Ñuñoa. La avenida Irarrázabal partía del ángulo sudeste de la ciudad: ruta de intensa actividad, atravesaba una zona de chacras y pequeños fundos, dedicados principalmente al abasto urbano. Más allá de Ñuñoa, un pueblo rural distante unos cuatro kilómetros de Santiago, y entre otros fundos más extensos —algunos dedicados a la vid—, se entrelazaban pequeños pueblos o simples caseríos, como Macul, Peñalolén o Tobaraba. Luego de atravesar el suburbio hortícola y rural de la ciudad, la ruta empalmaba con los caminos que llevaban a los pasos cordilleranos, lo que le daba una animación adicional, estimulando la aparición de posadas y almacenes.

En 1870 se estableció a lo largo de la avenida Irarrázabal un ferrocarril a sangre que llegaba hasta Los Guindos, a nueve kilómetros de Santiago. Estimuló el crecimiento del núcleo urbano, tanto desde los linderos de Santiago hacia el este como desde algunos de los caseríos rurales que, con el tiempo, se convertirían en núcleos suburbanos. Hacia 1895 este proceso comenzaba a insinuarse, pues por entonces ya existían dos poblaciones nuevas más allá de la avenida Oriente, convertida por Vicuña Mackenna en límite de la ciudad “propia”: la de García Ballesteros, a la altura de la actual avenida Condell y la del Salvador. El pueblo de Ñuñoa —un centro satélite de Santiago, que engrosó a lo largo del siglo pasado, congregando a pequeños artesanos y arrieros—³¹ se convirtió en Villa en 1895. Ese año se construyó la plaza, se lotearon los terrenos vacíos y se constituyó un núcleo de población que, con el tiempo, se uniría a ese extremo de Santiago que venía avanzando por la avenida Irarrázabal.

Hacia el sur continuó el crecimiento tumultuoso y anárquico de las décadas anteriores. Vicuña Mackenna tuvo éxito en su proyecto de eliminar las manifestaciones más cercanas y chocantes del “potrero de

la muerte”. Luego de arrasados muchos ranchos en las inmediaciones del Canal San Miguel y la avenida de los Monos, la reconstitución de la propiedad y su posterior división regular para la venta ayudaron al cambio de fisonomía de la zona. Así, aparecieron “poblaciones” más ordenadas, como la de Vicuña Mackenna, sobre la calle Santa Rosa, o la de Valdés Ramírez, en la calle Victoria entre San Diego y el Parque Cousiño.

Más allá, sin embargo, reaparecían los rancheríos, en algunas de las calles que corrían hacia el sur, o en torno del Matadero y del Zanjón de la Aguada. Del otro lado del Zanjón, algunas grandes propiedades, dedicadas a la viña, frenaban el crecimiento de una población que, sin embargo, desbordó los nuevos límites a lo largo de una franja limitada por las calles de San Diego —el viejo camino al sur— y Santa Rosa. Sobre la primera, una multitud de posadas, hospederías y pequeñas tiendas artesanales servían de apoyo al avance del tejido urbano. La segunda, así como el callejón del Traro, más al oriente, se perdía entre chacras y caseríos. Entre ambos ya se señalaban nuevas “poblaciones”, como las de Subercaseaux, Montiel y San Miguel. Para servir a una población tan acrecida, rural pero en buena medida urbana, en 1881 se creó la parroquia de San Miguel, sobre la jurisdicción de la antigua de San Lázaro.

La parroquia de San Miguel debía servir también a las poblaciones que empezaban a aparecer por el sudoeste de la ciudad, zona recorrida por el camino a Melipilla, y más hacia el oeste por los caminos y avenidas suburbanas que se internaban en las chacras vecinas: el de Chuchunco, que era prolongación de la Alameda, el antiguo camino a Chuchunco y la avenida de los Pajaritos, que describía un gran arco para desembocar en el camino de Melipilla.

Por el sudoeste, y detrás de la Estación Central, ya se desarrollaba el Barrio Estación, a la altura de las calles San Borja y Antonio Varas. Sobre las avenidas de Chuchunco, compitiendo con las zonas de huerta y chacra, aparecen los caseríos de Valdés, Chuchunco y los Pajaritos, “poblaciones relativamente numerosas y que aumentan

de día en día”.³² Más al oeste, por detrás de la Quinta Normal, comenzaban ya a esbozarse nuevas poblaciones.

El camino de Valparaíso, al que se salía por la calle de San Pablo, fue el gran eje de avance de la ciudad hacia el oeste. Al igual que en la calle de San Diego surgieron posadas, albergues, pequeñas tiendas y talleres de herrería, entre los que se esfumaba el límite entre lo urbano y lo rural. Las posadas eran lugar de encuentro de coches de viaje, recuas de muías, carretas, arrieros, vaqueros, capataces y todos cuantos, antes de entrar en la ciudad, acostumbraban hacer un alto allí. Las pequeñas chacras o quintas albergaban una población densa, y en ese camino, o en el vecino del Resbalón, era común encontrar, junto con aldeas rurales tradicionales, como la de Pudahuel, caseríos rurales, como El Blanqueado, o nuevos rancheríos alrededor de una parroquia, como la de San Luis Beltrán, en los que la paja y el adobe se mezclaban con la chapa de lata.

Desde el camino de Melipilla al de Valparaíso, las poblaciones y caseríos avanzaban con dificultad, en medio de una tierra intensamente trabajada, de chacras y quintas volcadas al abasto de Santiago. Desde el camino de Valparaíso, que continuaba a la calle de San Pablo, hasta el Mapocho la ciudad popular extendió otro vigoroso tentáculo. Libres de la competencia de usos más rentables, las viviendas miserables ocuparon las tierras bajas a ambos lados del camino del Carrascal, dando origen a algunas poblaciones nuevas, como Lo Prado y Villa Sana, y a infinidad de rancheríos de perfil todavía indefinido.

El lindero norte conservó más tiempo su carácter rural. Crescente Errázuriz recordaba haber visto allí “terrenos sembrados de trigo y ocupados otros por la viña”; también “la trilla, la vendimia, el lagar, en que a la caída de la tarde se pesaba la uva y la dulce lagrimilla”³³. Las zonas semirurales se fueron poblando lentamente, alternándose las viejas quintas, que impedían la apertura de calles, con las cuarterías baratas: la población Ovalle, que comenzó a lotearse en 1872, la Dávila Zilleruelo, junto a la Recoleta Dominicana, al pie del cerro Blanco, la Goycochea, en Purísima, y la Palma, al norte.

Un denso suburbio popular se constituyó junto al Mapocho, en las vecindades de la Vega, y extendiéndose a lo largo de los caminos de acceso al norte: la Cañadilla, Hornillas, que terminaba en Renca, y la Recoleta, que llevaba a Conchalí, Huechuraba y Salto. En 1874, cuando empezaron los trabajos del ferrocarril urbano, se empedró la Cañadilla: “A los ranchos de otros tiempos —anota Rosales hacia 1887— han sucedido elegantes construcciones y la calle de la Cañadilla es ya una de las más espaciosas y cómodas vías de salida de Santiago”.³⁴ En 1894, la creación de la nueva parroquia de la Viñita daba cuenta de la nueva densidad de un arrabal que, sin embargo, conservó por mucho tiempo su aire suburbano.

La situación de la Chimba cambió sustancialmente cuando en 1888 se concretó el proyecto de canalizar el Mapocho y regular así sus desbordes. Ese año una gran inundación se llevó el Puente de Calicanto, y con él un pedazo importante del Santiago tradicional. En su lugar, varios puentes metálicos integraron la ciudad con el suburbio ultramapochino, que fue perdiendo su aire suburbano. El cambio fue lento: las tierras ganadas al río, que debían convertirse en paseos públicos, fueron de momento sólo basurales y depósitos de “inmundicias”. Sobre el lado norte, en la Vega, punto de afluencia de las carretas de verduras y frutas, todas las mañanas había un animado mercado que complementaba el de la Plaza de Abastos. Más lejos, el Cementerio, el Hospital de San Vicente y la Casa de Locos marcaban un límite para la ciudad.

La canalización del Mapocho formaba parte de un proyecto de remodelación más amplio. Iniciado por Vicuña Mackenna, se interrumpió durante los años de la depresión, para reanudarse en la década de 1880 y sobre todo en los eufóricos años de la presidencia de Balmaceda. Un corresponsal inglés que visitó la ciudad durante la Guerra Civil anotó: “Otra cosa que me impresionó en mis viajes y paseos fue que casi todas las construcciones públicas eran nuevas o estaban a punto de terminarse”³⁵. Ensanchar las calles y avenidas y abrir las calles tapadas constituían uno de los principales aspectos de este programa, que la falta de recursos y la resistencia de los propie-

tarios obligaron a realizar con lentitud. El Camino de Cintura sólo se concluyó en algunos tramos. Las avenidas de acceso se rectificaron, y en algún caso se empedraron, según un plan de 1892, aunque la avenida Negrete, cuyo ensanche se aprobó en 1888, se terminó diez años después. Se abrieron nuevas calles, tanto en el viejo barrio Sur como en la Chimba, pero no desaparecieron las tapadas por algunas grandes propiedades.

Hacia 1895 la luz de gas iluminaba aceptablemente las calles céntricas, algunas empedradas con adoquines y otras con piedras del Mapocho. Pero el problema principal de los santiaguinos seguían siendo las acequias, por los “olores pestilenciales” y porque se encontraba en ellas el origen de todas las enfermedades. La nivelación, en la que se había confiado, no solucionó el problema, y en cierto sentido lo agravó; sólo con el alcantarillado, a principios del siglo siguiente, empezó a esbozarse una solución, que fue gradual y hasta lenta. Algo similar ocurría con el agua corriente, pese a que la Municipalidad se había hecho cargo del suministro.

“La comunicación dentro de la ciudad es cómoda y barata, las líneas de *Tranways* son numerosas y corren en todas direcciones”, anota Serrado, con un optimismo poco común en él.³⁶ Buena parte de la ciudad estaba servida por las líneas de carros urbanos que, partiendo de la Plaza Mayor, recorrían las calles de San Pablo, Catedral, el Carmen y la Alameda: se dirigían al alto de Providencia y al remoto suburbio popular del Matadero, mientras un ferrocarril a sangre alcanzaba la aldea de Ñuñoa. Según decían algunos, este sistema de carros urbanos “facilitaba la vida del pobre, permitiéndole vivir fuera, en condiciones ventajosas de salud... Hoy por diez y cinco centavos se puede andar la mitad de la población”³⁷. Otras referencias son menos entusiastas. El alza de la tarifa, dispuesta por la empresa de Carros Urbanos en 1886, provocó un verdadero estallido de furia popular. Además, los horarios eran irregulares y hasta imprevisibles; los coches, unos desvencijados carrromatos; los caballos que los tiraban fracasaban ante la modesta cuesta de la Providencia y el personal —el mayoral, la rústica “conductora”, el postillón— distaba de ser modelo

de urbanidad. Y sin embargo, posibilitaron una primera expansión de la ciudad, que completarían los tranvías eléctricos luego del 1900. Había también un nutrido servicio de coches de alquiler, tan sucios y desvencijados como aquéllos, que se estacionaban en las proximidades de la Estación o de la Plaza de Armas. Allí convergía todo el tránsito urbano, propio ya de una sociedad activa y agitada: carros y coches de punto chocaban con el aristocrático landó, la carretela que repartía cerveza, la pesada carreta que llevaba verduras a la Vega, caballos, muías y hasta peatones.

Todavía las cosas estaban un poco mezcladas en el viejo centro. La sociedad distinguida se encontró a sí misma, pura e incontaminada, en el nuevo barrio del Sudoeste, que a Rubén Darío le recordó el de Saint Germain. En 1878 doña Isidora Goyenechea de Cousiño terminó su palacio, en la calle Dieciocho. Proyectado por un arquitecto francés, decorado y amueblado por artesanos franceses, que reproducían en sus muros escenas de Longchamps o de la Place de la Concorde, parecía resumir los nuevos gustos de la élite, exhibicionista y algo *rasiaquoére*.

En las vecindades del Palacio se congregaron los nuevos elegantes. En las calles Ejército Libertador, Capital o República se multiplicaron las lujosas residencias, de gusto ecléctico: “Un señor tiene una casa al estilo de Pompeya, otro se ha hecho construir un edificio de un falso estilo Tudor y otro ha querido ser más original y ha pedido un palacete turco siamés con cúpulas y minarettes”. Algunos seguían apegados a las viejas costumbres: en el viejo centro perduraban “las verdaderas casas criollas”, con “el exterior severo y el interior impenetrable... techos desbordantes, puertas erizadas de clavos, ventanas de gruesos barrotes”, donde “los patios suceden a los patios, ocultando la intimidad de la vida de familia a las miradas indiscretas”³⁸.

El nuevo barrio distinguido creció en torno del Parque Cousiño, “quizás el paseo más hermoso de Sudamérica”³⁹. Sin embargo, para un extranjero “esta afirmación da risa y merece sólo tomarse a la chacota: caminos polvorientos, entredaderas y eucaliptos, un lago con

aguas descompuestas, parecían bastante distantes del Bois parisense, al que pretendían imitar”.⁴⁰ De cualquier modo, era el paseo preferido de los elegantes santiaguinos, aunque para su disgusto, no estaban solos en él. El Club Hípico, en cambio, se convirtió en un paseo exclusivo; con motivo de las carreras las mujeres podían exhibir sus *toilettes* y los hombres su *sport*.

En otros ámbitos, las nuevas formas de sociabilidad refinada luchaban con las tradicionales, sin terminar de imponerse. El hermoso Teatro Municipal, que podía “pasar por el segundo de América”, recibía a la Gaby o la Tetrzzini, pero la ciudad carecía de hoteles elegantes, con excepción quizá del Central. El Club de la Unión no poseía aún su suntuoso edificio, y el restaurante de Gage funcionaba en una “casa vieja, destartalada y sucia” cuyo “gran comedor nunca fue ‘gran’ sino ‘grande’”.⁴¹ Lo de “papá Gage”, el café de la Bolsa, con salones de billar y discretos reservados, eran los puntos de reunión habitual de quienes, sin embargo, no habían desterrado totalmente la vieja tertulia “en la que bebíamos cerveza, o alojamos con tortillas espolvoreadas que mandábamos comprar en las cercanías, donde la famosa Antonia Tapia”.⁴²

Salvo en los años de Balmaceda, de intensa actividad constructora, la arquitectura pública se renovó más lentamente. Junto a los edificios modernos —el Congreso, los Tribunales, el Teatro— había muchos antiguos y envejecidos. En la Plaza de Armas se levantó el edificio de Correos, de estilo monumental francés, que armonizaba con el recientemente remodelado Palacio Arzobispal o con los portales Mac Clure o Fernández Concha, mientras que en otro ángulo de la plaza se levantaba el edificio Edwards, de moderna arquitectura metálica.

El nuevo pulso de la ciudad, que entraba de lleno en la era de los negocios, podía advertirse en la presencia de postes y cables de teléfonos, “muy populares en Santiago”, o en la intensa animación de la calle Bandera, corazón de la *city*. En las tiendas y los negocios de los portales de la plaza y en los de las calles vecinas se ofrecían productos ingleses, alemanes y sobre todo franceses, a una ciudad

que “gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París”.⁴³ Aunque la mayoría “no brilla por su elegancia”, sobresalen algunas grandes tiendas, como la Casa Francesa, Novedades Parisienses o el Almacén Palacio de Casa Prá, suerte de Bon Marché. Sin embargo, los viejos baratillos que habían llamado la atención de Sarmiento cincuenta años atrás aún estaban en la Plaza, ofreciendo a los paseantes cigarros, flores, artículos de tocador o de mercería.

La renovación urbana conformó un pequeño centro cosmopolita. No desterró, sin embargo, aquel corazón de la ciudad hispano-criolla, aristocrático y popular a la vez, que latía en el Mercado, pese al moderno edificio metálico que lo encerraba. Entre los puestos de carnes, aves, pescado o verduras había “cocinerías para la cazuela de ave, al mediodía”; al amanecer, “robustas placinas” servían chocolate espumoso y tostadas con mantequilla rancia con los que se fortalecían los peones del mercado que comenzaban su jornada, o los elegantes que concluían su fiesta⁴⁴.

Para el público de recursos modestos, el pequeño comercio se había concentrado en las calles de más intenso trañín, como la de San Diego; allí se congregaban tiendas de abarrotes y baratillos que “ya que no pueden tentar con el lujo de sus instalaciones ni con el surtido de la mercancía atraen por la baratura de lo inverosímil”. Las nuevas recovas contribuyeron a descentralizar algo el Mercado y a posibilitar el control municipal sobre las mercancías en venta. Pero la venta ambulante —hostigada de mil modos por la autoridad municipal— seguía abundando “en los paseos más concurridos o en aquellos puntos donde por cualquier circunstancia hay reunión de gente”⁴⁵.

También en los paseos la sociedad santiaguina se separaba, aunque sin terminar de segregarse del todo. El cerro Santa Lucía, fruto acabado de la remodelación de Vicuña Mackenna, era un sitio elegante. Darío vio en él “una eminencia deliciosa, llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos... grutas, quioscos, fuentes y rosas”. Pero “desgraciadamente la Alameda no es, debemos decirlo, un paseo aristocrático”. Sólo en un tramo

abundan los coches, y los hombres y mujeres distinguidos se saludan al pasar. “El resto de la hermosa avenida es triste, mal pavimentada y completamente desierta..., salvo las vacas que lleva algún tambero o las cocinerías que se improvisan para los trabajadores”.⁴⁶

Algo similar ocurría en la Plaza de Armas, “el centro del movimiento santiaguino, el término de la carrera de los tranvías, la gran estación de los coches, el paseo de lujo de la tarde, mientras toca en el kiosco una banda de músicos”.⁴⁷ Puede verse allí el ritmo clásico de la pequeña ciudad; la capital que aspiraba a ser cosmopolita no lo había perdido, así como no había logrado separar, pese a proponérselo, a decentes de plebeyos: “Tocaba la banda, y el populacho rodeaba el tabladillo de la música, entre tanto la ‘high life’ paseaba frente al arzobispado y al templo metropolitano...”.⁴⁸ A las diez de la noche todo acababa. Las puertas de hierro de la plaza se cerraban, por temor a los ladrones, y la sociedad se refugiaba en las tertulias, donde “ríe el gas en la seda y chispea la charla”, mientras la ciudad se vuelve triste y opaca.⁴⁹

Algunas noches no se dormía: la Nochebuena, el Año Nuevo, el Dieciocho, que comenzaba el quince y terminaba el veintiuno. Ese día, la fiesta empezaba en el Parque, y como antaño, las chinganas se improvisaban sobre carretillas, ahora adornadas con el retrato de Balmaceda, nuevo santo popular: “Cada una con su entarimado para bailar, o una discreta y entoldada alcoba para reposarse en cierta promiscuidad”. La costumbre era sin duda antigua, pero moderna la preocupación por la discreción, y la falta de inhibición para hablar de ello. Por la noche, la fiesta seguía en la ciudad, con ponche y aloja, que “las gentes tranquilas iban a tomárselos con alfajores y dulces chilenos donde la Antonia Tapia, a la entrada de la calle Dieciocho”, mientras las populares “seguían hasta el Mercado Central, abierto toda la noche y rebosante de animación”. Diez cuadras los separaban, mucho o poco según el punto de vista. Para el mismo D’Halmar, que recordaba los festejos con los nostálgicos ojos del adulto, todavía “éramos un país que conservaba sus tradiciones populares, en las cuales se fundían y confundían las diferencias de rango y de

fortuna. Los de arriba como los de abajo, todos constituían un solo pueblo”.⁵⁰

NOTAS

- ¹ “Santiago”, *El Progreso*, 19 y 22 de diciembre de 1842. El artículo no está firmado.
- ² La novela de Alberto Blest Gana Martín *Rivas* transcurre en Santiago hacia 1850. Fue editada en 1862.
- ³ Domingo Faustino Sarmiento. “La villa de Yungay”, *El Mercurio*, 3 de abril de 1842. *Obras completas de Sarmiento. I: Artículos críticos y literarios. 1841-1842*, Buenos Aires. Editorial Luz del Día. 1948.
- ⁴ Los principales testimonios sobre el Santiago de mediados de siglo son: James M. Gilliss, *The U.S. Astronomical Expedition to Southern Hemisphere during the years 1849, 1850, 1851 and 1852*, vol. I: *Chile*, Washington. 1855; los admirables artículos periodísticos de Sarmiento, casi todos incluidos en las *Obras completas* (con excepción del más notable: “Santiago”); también las memorias de vejez de Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Santiago, 1934, y de Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años*, 2 vols., Santiago, 1936, lógicamente menos precisas. Es útil Francisco Javier Rosales, *Apuntes sobre Chile*, París, 1849, destinada a fomentar la inmigración. Hay dos buenas novelas de Alberto Blest Gana, escritas en clave balzaciana: *Martín Rivas* y *El ideal de un calavera*, de 1863; en *El loco Estero*, de 1909, reconstruye sus recuerdos del Santiago de su infancia. Sobre la década de 1830, Juan Javier Guzmán, *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país, 1834*. y José Zapiola. *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, escrito hacia 1870. El mejor trabajo moderno es la *Historia de Santiago de Chile*, de Armando de Ramón, que subsume una abundante producción monográfica; de ella, es particularmente pertinente para esta sección “Santiago de Chile. 1850-1900: límites urbanos y segregación espacial según estratos”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, 42/43, Asunción, diciembre de 1978. Es sugestivo el ensayo de René Martínez Lemoine, “Desarrollo urbano de Santiago (1541-1941)”, *ibídem*. Abundantes referencias, expuestas de manera desordenada y acrítica, en René León Echaíz, *Historia de Santiago*. 2 vols., Santiago, 1975. Sobre las sociedades urbanas latinoamericanas: Tulio Halperin Donghi, “Las ciudades hispanoamericanas (1825-1914): el contexto económico-social”, en *Revista Interamericana de Planificación*, XIV, 55/56. setiembre-diciembre de 1980, y sobre todo José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno. 1976.

- ⁵ “Carta de unos vecinos del barrio Sur”, *El Progreso*, 19 de mayo de 1843.
- ⁶ Sarmiento, “La villa de Yungay”, *Obras*, I, p. 200.
- ⁷ *Ibidem*.
- ⁸ Errázuriz. *Algo de lo que he visto*, p. 19.
- ⁹ Sarmiento, *La villa...*
- ¹⁰ Daniel Barros Grez. *Pipiólos y pelucones. Tradiciones de ahora cuarenta años*, Santiago, 1876. I, p. 280.
- ¹¹ Sarmiento, “La venta de zapatos” (1841), *Obras*, I, p. 23.
- ¹² *Ibidem*.
- ¹³ C. Skogman, *Viaje de la fragata Eugenia (1851-1853)*, Buenos Aires, Solar, 1942, p. 211.
- ¹⁴ Horace Rumbold. *Le Chili. Rapport de M. Horace Rumbold, Ministre de la Grande Bretagne a Santiago; sur le progrès et la condition générale de la République. Traduit du livre bleu présenté aux deux chambres par ordre de Sa Majesté*, París, 1877. p. 45.
- ¹⁵ *Ibidem*, p. 46.
- ¹⁶ La principal fuente para este período son dos obras de Benjamín Vicuña Mackenna: *La transformación de Santiago*, 1872, y *Un año en la Intendencia de Santiago*, 1873. La primera es la memoria presentada a los tres meses de su gestión como intendente, donde hace un diagnóstico y propone un plan de transformación; la segunda es la memoria leída al año de su gestión, y está seguida por un volumen con abundante información adicional. Son muy útiles *Chile ilustrado*, de Recaredo S. Tornero, Santiago, 1872, y las citadas *Memorias...*, de Subercaseaux. Entre las obras modernas, además de las citadas, dos trabajos de Armando de Ramón: “Suburbios y arrabales en un área metropolitana: el caso de Santiago de Chile, 1872-1932”, en J. E. Hardoyy R. Schaedel, *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América latina*, Buenos Aires, Ediciones SIAP, 1978. y —con José Manuel Larraín— “Renovación urbana, rehabilitación y remodelación de Santiago de Chile entre 1780 y 1880”, en *Revista Interamericana de Planificación*, XIV, 55-56, septiembre-diciembre de 1980.
- ¹⁷ Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*, p. 24 y ss.
- ¹⁸ Subercaseaux, *Memorias...* I, p. 53.
- ¹⁹ Carlos Lavín. *La Chimba (del viejo Santiago)*. Santiago, Zig Zag, 1947.
- ²⁰ Vicente Grez. *El ideal de una esposa (1887)*, Santiago, Nascimento, 1971.
- ²¹ Subercaseaux, *Memorias...* I, p. 67.
- ²² *Ibidem*, p. 239-43.

- ²³ Tornero, *Chile ilustrado*, p. 20.
- ²⁴ *Ibidem*, p. 21.
- ²⁵ *Ibidem*, p. 29.
- ²⁶ Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*, p. 18 y ss.
- ²⁷ Rumbold. *Le Chili...*, p. 46.
- ²⁸ Theodore Child, *Les républiques hispanoamericaines*, París, 1891, p. 109.
- ²⁹ Además de las obras citadas sobre Santiago, véase Patricio Gross y Armando de Ramón. *Santiago en el período 1891-1918: desarrollo urbano y medio ambiente*. Instituto de Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983. Testimonios de la ciudad en Child, *Les républiques...*; Juan Serrado, *Visita a Chile en 1895*, Buenos Aires, 1898; Rubén Darío. “Santiago en 1886”, incluido en Ricardo Latcham, *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago, 1541-1941*, Santiago, 1941; Enrique Espinoza, *Geografía descriptiva de la república de Chile*, Santiago, 1897; Augusto D’Halmar, *Recuerdos olvidados*. Santiago, Nascimento, 1972.
- ³⁰ Adolfo Murillo. “La mortalidad en Chile”, en *Revista Chilena de Higiene*, V, Santiago, 1899. p. 38.
- ³¹ Carmen Arretx, Rolando Mellafe y Jorge L. Somoza. *Estimaciones de mortalidad en una parroquia de Santiago a partir de informaciones sobre orfandad. Ñuñoa, 1866-1867*, Santiago, Celade, 1976.
- ³² David Meza B., “Epidemia de cólera en el país. Estudio científico de esta epidemia en el departamento de Santiago”, en *Revista Médica*, XV, Santiago, 1886-1887, p. 481.
- ³³ Errázuriz, *Algo de lo que he uisto*, p. 19.
- ³⁴ Abel J. Rosales, *La Cañadilla de Santiago. Su historia y sus tradiciones. 1547-1887*. Santiago. 1887, p. 228.
- ³⁵ Maurice Hervey, *Días oscuros en Chile*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre. 1974. p. 59.
- ³⁶ Serrado. *Visita a Chile*, p. 43.
- ³⁷ La opinión, consignada pero no suscrita, en Daniel Riquelme, “Los urbanos”, en *Cuentos de la guerra y otras páginas*, Santiago, Biblioteca de Escritores Chilenos, 1931.
- ³⁸ Child, *Les républiques...* p. 123.
- ³⁹ Espinoza, *Geografía*, p. 217.
- ⁴⁰ Serrado, *Visita a Chile...*, p. 42.
- ⁴¹ Julio Vicuña Cifuentes, *Prosas de otros dios*, en Latcham, p. 244 y ss.
- ⁴² Julio Subercaseaux, *Reminiscencias*, Santiago, Nascimento, 1976, p. 211.

- ⁴³ Darío, *Santiago en 1886*, en Latcham, p. 256.
- ⁴⁴ D'Halmar. *Recuerdos...*, p. 58.
- ⁴⁵ Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino). "Incendiario", en *Obras escogidas*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969, p. 55.
- ⁴⁶ Darío, *Santiago...* p. 256. y Child, *Les républiques...*, p. 127.
- ⁴⁷ Child. *Ibidem*.
- ⁴⁸ D'Halmar, *Recuerdos...*, p. 57.
- ⁴⁹ Darío, p. 257.
- ⁵⁰ D'Halmar, *Recuerdos...*, pp. 59, 221 y 223.

II

Gente rota y gente decente

A fines de 1840, Sarmiento se instala en Santiago de Chile e inicia un exilio que habría de ser decisivo en su vida. Allí aprende los oficios de escritor, de pedagogo, de político, de reformador. Las ideas vagas, confusas, desmedidas que tiene en 1840, hechas de lecturas todavía no asentadas ni confrontadas con la realidad, ya se habían conformado en 1845, cuando escribe *Facundo* y formula una explicación de la “historia profunda” de la Argentina. Esos cinco años son, sin duda, fundamentales en la formación de sus ideas¹.

De las múltiples experiencias con que se conformó *una forma mentis* singular, hay una que creo poder identificar: la que surge de la vida en una ciudad relativamente importante, que era a la vez la capital de un Estado firme y asentado. Así como Valparaíso se reconoce en las ideas de Alberdi, me parece claro que Santiago lo está en las de Sarmiento. Hasta entonces no había conocido una ciudad importante: sólo pequeñas capitales provinciales como San Juan o Mendoza y una fugaz visita a Valparaíso. Por esos años, sus reflexiones acerca de la ciudad, que él asoció con la civilización, y que aparecen totalmente maduras en *Facundo*, tienen como soporte, junto con aquellas pequeñas ciudades agrícolas y virtuosas como las antiguas, a la más moderna, patricia y europeizada capital de Chile².

Esa experiencia está presente, de un modo u otro, en todos sus escritos de esa época, pero de un modo singular en los artículos periodísticos, aparecidos en *El Mercurio* de Valparaíso y *El Progreso*, primer periódico santiaguino, que él fundó. Muchos de ellos se ajustan a un género entonces prestigioso: el costumbrismo, impuesto por los españoles

Larra, Mesonero Romanos o Fray Gerundio, y desarrollado en el Plata y Chile por Alberdi, Echeverría, Jotabeche, Blest Gana y otros. En sus textos costumbristas, Sarmiento mantiene el equilibrio propio de Larra, entre el cuadro vivaz y pintoresco y la crítica social y política (que Jotabeche y Alberdi rompen, en uno y otro sentido), aunque con frecuencia avanza, sin transiciones bruscas, por la segunda línea en artículos declaradamente de análisis y tesis.³

Este tipo de textos le sirve para enfrentarse con una ciudad que, por esos años, empieza a crecer y transformarse. Sarmiento se revela como un testigo, más lúcido y perspicaz que sus contemporáneos, de unos cambios que sólo dos décadas después se impondrán en la conciencia colectiva, y también como un analista agudo de sus mecanismos recónditos. Es posible reconstruir esa transformación inicial de la ciudad con la guía de los textos de Sarmiento.

Pero, además, en ellos se dibuja la trama social y cultural de una de esas sociedades patricias características de las ciudades hispanoamericanas de mediados del siglo pasado. Aquí, el testigo lúcido es, a la vez, testimonio transparente de la imagen que las élites patricias tienen de la sociedad, de sus sectores populares, de los complejos lazos que los ligan y de los conflictos que los separan, conformando esa singular relación de escisión e integración. Su testimonio resulta atrayente y revelador porque, a la vez, Sarmiento es capaz de trascender la perspectiva de sus pares, iluminar con una mirada comprensiva y hasta simpática a los sectores plebeyos, entender los conflictos y trazar, por encima de ambas partes de la sociedad, el proyecto de otra, moderna y progresista. Así, esa singular mezcla de testigo y testimonio, de hombre de su mundo y de su siglo, convierten a este formidable escritor en una fuente, igualmente formidable, para el historiador.

Muchos contemporáneos de Sarmiento percibieron los cambios que experimentó Santiago hacia 1840 o 1850. La mercantilización de la sociedad, la europeización de sus costumbres y el impacto de las ideas románticas se registran extensamente en *Martin Rivas*, de Blest

Gana. Jotabeche percibió algunos aspectos de las migraciones y la formación de los nuevos suburbios. El intendente Miguel de la Barra, particularmente perspicaz, intuyó la magnitud de la migración rural y algunos de sus efectos sociales, pero en ningún caso, con excepción de Sarmiento, se encuentra una explicación que articule estos diferentes procesos y plantee sus relaciones profundas.⁴

Lo primero que llama la atención es la temprana percepción del crecimiento de la ciudad, que

“es aún más rápido de un tiempo a esta parte, dejándose percibir fácilmente en la aumentación espontánea de casas, calles, barrios enteros, que antes no existían. Por todos los ángulos de la ciudad se nota esta extraordinaria expansión de la población. Las chimbas se han extendido. las rancherías llamadas *buangulíes*, que hay en todos los suburbios, tienen multitud de casillas y callejuelas, como otros tantos villorrios”⁵.

Por esos años se estaban formando ya los abigarrados rancheríos del bajo Yungay y del barrio Sur, que por entonces ya alcanzaba el Canal San Miguel, pero su existencia, así como los problemas sanitarios, edilicios y sociales que implicaba, sólo aparece en la conciencia pública en los años sesenta, hasta que se instala definitivamente cuando, en 1872, Vicuña Mackenna la coloca definitivamente en el centro de las discusiones de lo que empezaba a llamarse la “cuestión social”.

Luego de las controversias de 1870 sobre la migración de jornaleros al Perú, y sobre todo a partir del clásico texto de Orrego Luco,¹⁵ este problema siempre se planteó –hasta hoy, inclusive– en relación con la situación de los inquilinos, las migraciones, los factores de atracción y, particularmente, los problemas de desocupación y ocupación en el campo y en la ciudad. Estas articulaciones ya están presentes, a veces desarrolladas y otras esbozadas, en los textos de Sarmiento. Una de las causas de la emigración que descubre son las expectativas generadas por la gran ciudad, pese a que ni la industria

ni el comercio pueden dar ocupación a todos. La ciudad atrae por “la multitud de pequeños modos de vivir, que son consiguientes a la complicación de necesidades que hay que satisfacer en ella” y “el atractivo del espectáculo variado de un pueblo grande, que por sí solo produce emociones”.⁷ Esta explicación se combina con otra, de carácter más estructural: la saturación del Valle Central. La tierra está ya totalmente ocupada, de modo que “la misma estagnación de las provincias es la causa del exceso de movimiento en la capital”. Se integra, finalmente, con otra que atiende a las características de los migrantes. Para De la Barra —el único que en este momento vio con claridad ese fenómeno—, éstos semejan a hordas hambrientas y desesperadas. Sarmiento, en cambio, destaca entre ellos el predominio de los jóvenes, subraya la importancia de una cierta aptitud o calificación para migrar y señala las etapas, en las aldeas o ciudades de provincia, en las que se agregan nuevas calificaciones:

“Si algún muchachón se desenvuelve en las provincias, si se le ve andar de calle en calle, en las carreras y en la chingana, y hallarse presente dondequiera que hay un grupo reunido; si es despierto, altivo, un tanto pillo, apenas tenga quince años que abandonará el lugar y se echará a la ciudad por antonomasia, que ha sido siempre el objeto de sus deseos y de sus castillos de felicidad”.⁸

¿Qué hacen los migrantes en la ciudad? De la Barra, que mirándolos como intendente, asume la visión clásica de lo que será luego la “cuestión social”, los asocia con el aumento de la vagancia, el vicio y el crimen. Sarmiento, en cambio, esboza el tema de la masa subocupada, el carácter ocasional de sus empleos, signado por la estacionalidad, y la rotación de estos puestos de trabajo, que permite una cierta subsistencia a cada uno en el marco de un crónico exceso de mano de obra.

“Hay en Santiago 300 hombres robustos que se ocupan de vender *mote*; 300 de vender *buesillos*; 2.000 de vender frutas; 1.000 de vender un par de zapatos cada uno. y

millares de hombres sanos que gastan su existencia en ocupaciones que el que las ve practicar se asombra de que puedan proporcionar medios de vivir”.⁹

Nuevamente, el enfoque global se complementa con la perspectiva de los sujetos: el migrante ingresa en la “clase de roto raso” y comienza

“el aprendizaje de la vida de Santiago; de allí pasará a tomar uno de los muchos oficios que se ha inventado el pueblo para hacer pasar a ser ayer el día presente. (...) Será *perero*, *cirguelero*, *uvero*, *duraznero*, en verano; *durcero*, *velero*, *bolero*, en invierno. (...) Un día llegará a ser *falte*, en cuya profesión, y a merced de su talento, de su viveza, de su elocuencia, podrá vender por diez lo que le cuesta uno y tener el domingo un par de pesos en el bolsillo”.¹⁰

Al final se esboza el tema de la movilidad, del pequeño ascenso posible que permite saltar un foso, sin embargo ancho, entre los “rotos rasos” y los “bodegoneros y artesanos”. Los textos de Sarmiento también abordan con precisión los problemas típicos de este mundo: el valor de la especialización, la competencia de los productos extranjeros, la cuestión de los salarios, la dignidad del trabajo, la integración de los artesanos en la sociedad decente.¹¹ En este punto, los textos entran en otra zona, pues al referirse a las características más generales de la sociedad, el tono se hace menos preciso y objetivo y las agudas percepciones comienzan a teñirse de ideas, valores, prejuicios y proyectos. El testigo se convierte en testimonio.

EL TESTIMONIO

Como en casi todas las sociedades urbanas de su tiempo, en la de Santiago convivían, mezclados pero separados, decentes y plebeyos. Las diferencias, profundas, casi insuperables y recíprocamente aceptadas, se establecían según criterios en los que, tanto como la fortuna, pesaban el linaje, la educación, las formas de vida. Ciertamente, ambos sectores no eran homogéneos: un decente pobre podía no ser

aceptable como yerno de alguien mejor establecido (como le ocurrió en San Juan a Sarmiento poco antes de emigrar) y nadie confundiría a un artesano con un roto raso. Sin embargo, esas diferencias eran menores: claramente escindidos, ambos sectores participaban de un mundo común, con tradiciones, costumbres, valores y espacios sociales compartidos —como las clásicas fiestas— y conformaban un complejo equilibrio, hecho de sumisiones y concesiones, acatamiento general y rebeldía esporádica.¹²

Aunque extranjero y pobre, Sarmiento se identifica en lo fundamental con la gente decente santiaguina, y su visión de la sociedad es, en primer lugar, la de aquélla. Pero lo que da valor singular a su testimonio —y a la vez lo convierte en un testigo excepcional— es su capacidad para trascender las limitaciones de esa visión originaria, desarrollar una pluralidad de perspectivas y articular en sus textos los diferentes puntos de vista.

Está en primer lugar el Sarmiento decente, hijo de una familia tradicional, que asume sus opiniones, sus valores, sus prejuicios. Está luego el Sarmiento reformador: el hijo de sus obras, capaz de distanciarse de los decentes, mirarlos irónica o críticamente y, armado con lo mejor del pensamiento europeo, formular un programa de transformación de la sociedad que, sin desechar sus valores y actitudes originarios, los desarrolla y transforma hasta identificarlos con un ideal de racionalidad y progreso universal. Extremando esta línea, hay, finalmente, un Sarmiento capaz de identificarse con ciertos valores económicos y políticos modernos (el trabajo o la democracia), al punto de modificar su visión originaria de los grupos populares y encontrar en ellos elementos progresistas. Es, sin duda, una distinción analítica: no sólo cada perspectiva está siempre unida a las otras, sino que en un mismo texto, párrafo y hasta frase, se modula de una a otra, a veces suavemente, a veces con deliberada brusquedad.

¿Dónde encontraría la democracia un Tocqueville sudamericano (el mismo que Sarmiento evocará luego en *Facundo*)?

“En la venta de zapatos del sábado, el pueblo llamado tal, el pueblo llano, el tercer estado, el pueblo pillo, trabajador e industrioso, en fin, por si no he dicho nada todavía, aquello que nuestras buenas y decentes gentes llaman canalla, plebe, vulgo, muchedumbre, populacho, chusma, multitud, qué sé yo qué otros tratamientos honrosos, se reúne al frente de aquel portal, que es su conquista, a vender sus artefactos, a comprar lo que necesita, a ejercer su industria, su capacidad y su malicia. (...) Allí es donde la democracia se ostenta, a la luz de mil antorchas, activa y orgullosa. ¡Qué estrépito! ¡Qué movimiento! ¡Qué confusión! Allí la igualdad no es una quimera, ni la libertad un nombre vano. Nada de fraques, nada de nobles, ni patrones, ni coches, ni lacayos con galones y penachos, ni clases, ni distinciones, ni calabazas. Igualdad, comercio, industria, todo es una sola cosa, un ser homogéneo, una síntesis; en fin, la república llena de vida y animación, el pueblo soberano, el pueblo rey”.¹³

El tono colorido y humorístico del costumbrista apenas disimula la crítica social, fuertemente teñida de progresismo democrático. El punto de vista político es subrayado por reiteradas alusiones a la Revolución Francesa (tercer estado, igualdad, libertad, pueblo soberano, república), que se oponen a nobles (¡en Santiago!, donde –ironiza– “somos más nobles que Alarico o Carlomagno”), lacayos, distinciones. El punto de vista económico apunta a los valores del nuevo capitalismo: frente a las formas de vida aristocráticas del ocio y el despilfarro, el pueblo se presenta asociado con la industria, el comercio, el trabajo, que es comparable en dignidad incluso con la más noble tarea del letrado: en Valparaíso “no se piensa, se trabaja”. Si bien estas virtudes son atribuibles a la capa superior del pueblo, los artesanos y tenderos, en algunos textos se extienden hasta a los “rotos rasos”, capaces de prosperar gracias a “su iniciativa”.

Pero en seguida, sin transición, aparece el antiguo punto de vista que, sin embargo, tomando distancia, atribuye a “nuestras buenas y decentes gentes”. Entre tantas apelaciones, evita la más tradicional y

denigratoria para “esos que injustamente llamamos rotos”.¹⁴ Esta forma tradicional de mirar al pueblo aparece corrientemente en muchos otros textos, dominados por la perspectiva decente o moralizadora, en los que, por ejemplo, se reprocha a “nuestra clase trabajadora” que “malgasté miserablemente el fruto de sus faenas en la disipación más vergonzosa”.¹⁵ Aquí, en cambio, domina el tono simpático y optimista: la moderna democracia (por ahora sólo social) y el trabajo productivo, que “son una misma cosa”, anticipan la imagen de una sociedad nueva, democrática y capitalista, que consolidará luego de su viaje por los Estados Unidos e incorporará definitivamente a su programa de reformador social.

Enfrente, o arriba, del pueblo está la gente decente. Veámosla en uno de sus escenarios preferidos: la Alameda, durante los festejos patrios del 18 de septiembre, “espectáculo digno de una capital europea”.

“No entraremos en detalles sobre el Te Deum, sobre las vulgarísimas exhibiciones pirotécnicas en la plaza principal, formación de tropas, paseo a la Pampilla y demás diversiones y ceremonias de regla en todos los aniversarios, que nadie ignora. Sí hablaremos de la mayor ostentación que ha hecho en estos días la capital de su creciente cultura y prosperidad y de las nuevas galas con que ha presentado en bailes y paseos. Es en estos lugares y en estos días donde se conoce el grado de civilización a que ha llegado Santiago”.¹⁶

He aquí manifiestos los valores —tradicionales y modernos— de una sociedad criolla que se europeiza rápidamente: el lujo del vestuario, las maneras refinadas, la conversación inteligente, todo lo que, despertando el espíritu de emulación, contribuye al refinamiento y marca el grado de cultura y civilización alcanzado por una sociedad. Su ubicación en una fiesta pública, en la que el pueblo, a los costados de la Alameda, es identificado por su apego a las formas criollas, subraya el valor social de la ostentación en una sociedad en la que el espectáculo es parte de la ligazón social.

Sin embargo, el cuadro tiene dos caras, pues “de estas causas nacen, como en todo, bienes y males”. Si la ciudad estimula el refinamiento, también “se desarrolla un lujo excesivo, los rentistas dan la ley y tienen que seguirlos por imitación, para no ser menos, los comerciantes, los que viven de un empleo y las familias más acomodadas..¹⁷” La ciudad ostentosa distrae energías que deberían dedicarse a la actividad productiva y el progreso. Si bien resuena en el fondo la antinomia básica entre la España hidalga y la Europa progresista, más presente está la contraposición entre Santiago y Valparaíso, donde “los efectos europeos exhalan un olor a civilización que, esparciéndose por el aire, imprime a toda actividad y movimiento”.¹⁸ A diferencia de Alberdi, Sarmiento elige vivir en Santiago y no en Valparaíso – “esta vida me sería imposible”–, pero el pasaje le permite establecer un término de comparación para fundamentar, puesto en progresista y reformador, su crítica de los valores y formas de vida tradicionales de la gente decente.

Si es aceptable que hacendados y comerciantes asuman los valores hidalgos, esto es inadmisibles para el grupo de aquellos pobres que forman las dos terceras partes de la población decente de Santiago. Viven al día; en el mejor de los casos, con un modesto empleo de dependientes o escribientes; en el peor, de expedientes, como a su juicio lo prueba la proliferación de casas de usura. Por su educación, deberían volcarse a las artes y oficios, o por lo menos a aquellos “dignos”, como la imprenta, “si no hubiese un vicio radical en sus ideas, que estorba adquirir los medios de industrias honestamente. (...) Hemos visto madres desvalidas desdeñar para sus hijos un aprendizaje en el noble arte de la imprenta, por no desdecir de su pretendido rango, que a fe era muy subalterno”.¹⁹ El “hijo de sus obras”, que no desdeñó ser minero, reivindica aquí el valor del trabajo, virtud característica de la moderna ética económica, aunque no ausente de la tradición progresista ilustrada; el mismo trabajo, que enaltecía a su madre, aunque –debe señalarse– también el mismo que confirmaba la degradación moral de Quiroga. A partir de él establece sus distancias con la gente decente, pero también indica dónde encuentra el sector

capaz de transformar la sociedad: el progreso no vendrá de la masa de artesanos rutinarios ni de los “rotos avisados”, sino de los decentes que, como él mismo, superando las limitaciones de su educación y de los valores arraigados, emprendan el camino del progreso. Por esta vía indirecta, lo que empezaba siendo un rechazo frontal de la vieja sociedad concluye con una reforma que, en definitiva, confirma las jerarquías y reafirma sus principios fundamentales.

Este juego, bastante complejo, entre la imagen tradicional y la moderna y crítica, se manifiesta sobre todo ante los modos de relación y conflicto entre ambas partes de la sociedad. El tradicional control de los decentes, que combina fuerza y coerción con variados mecanismos simbólicos, deja sin embargo a la plebe zonas de libertad y espontaneidad: “Aquí —en la venta de zapatos— las distinciones sociales no le humillan, no lo insulta la riqueza ni esbirros lo incomodan, ni lo celan importunos vigilantes”.²⁰ El dominio cotidiano, sólido aunque no omnipresente, se fortalece con momentos de escape periódicos y previsibles, cuando las tensiones se alivian: son las clásicas fiestas en las que, por una noche al menos, las diferencias pueden olvidarse. Este tema —por otra parte clásico— aparece en cuanto novelista, costumbrista, viajero o periodista escribió sobre Santiago: son las chinganas populares, concurridas por los decentes, quienes al igual que los señoritos madrileños gustan mezclarse con chulos y majas; son los juegos de volantines, los festejos del Dieciocho en la Pampilla o la fiesta de Nochebuena. Aun cuando escribe en festivo tono costumbrista, Sarmiento no oculta su desagrado por estas fiestas, enraizadas en una tradición hispana que el progreso, la educación y la moralización deben hacer desaparecer: “Allí —en la Nochebuena—, el populacho cometía mil desórdenes, no se veían más que pleitos, las pedradas silbaban en todas direcciones, arrebataban los pañuelos del cuerpo de las mujeres, sin que las patrullas y serenos fuesen bastante a contener tan horribles desórdenes”.²¹

Frente a esta forma de encuentro, tumultuosa, desarreglada y deplorable, le resulta ejemplar la que encuentra, sorprendido, en un teatro popular. Aunque se representa una singular versión de misterio sagra-

do *ad usum populi* (en la que un anacrónico alcalde aparece en la corte de un no menos anacrónico Herodes con turbante y media luna), el contexto es el adecuado a la idea de Sarmiento de una relación educativa y progresista entre ambas partes de la sociedad. Los participantes también se comportan adecuadamente: “En una concurrencia de más de quinientas almas, en que el poncho y el fraque se andan rozando, vimos no sin mucha complacencia reinar el mayor orden, y entre los *dandys* del lugar, compadritos y artesanos, notábamos un conato asiduo por mostrarse a cuál más civil y complaciente.” Si hubo una nota discordante, que requirió de la intervención policial, ésta provino “con vergüenza nuestra (...) de alguno de fraque”. Esta convivencia morigerada y pedagógica está muy distante del revoltijo de Nochebuena: no sólo los policías aseguran el orden, sino que una serie de palos y una reja, colocados en la platea, “para separar la gente rota de la gente decente”, recuerda a cada uno su verdadera ubicación en la sociedad.²²

Este equilibrio de la sociedad escindida, hecho de identidades asumidas y atribuidas, de protección y concesiones, de humillación y deferencia, de prédica y espectáculo y también de discreta coacción, que se refuerza con espasmódicas liberaciones, también incluye otra dimensión —cuyo registro es menos común— de sordas y cotidianas resistencias, de apropiaciones y avances sobre el campo del otro, siempre dentro del marco de lo aceptado y permitido. “Nos han dicho que esos que injustamente llamamos rotos se mostraron altamente desagradados en la noche del 17 porque los fuegos no estuvieron buenos; como si los fuegos formaran un derecho político o envolviesen una de esas cuestiones de salarios o de pan que suelen agitar a John Bull.”²³

La misma dimensión conflictiva de lo cotidiano y de los cambiantes equilibrios de la sociedad patricia aparece en la escena de la venta de zapatos. “¿Cuánto valen las botas?... Pregunta indiscreta (...) Las botas no tienen valor intrínseco. En cuanto a calidad y obra, se traen de noche para que mejor se examinen; mas ¿el precio?, el precio está escrito en vuestro semblante.” Los términos generales de la

relación entre el comprador decente y el vendedor plebeyo no están en cuestión, pero las condiciones precisas de un equilibrio concreto —el precio de las botas— son la resultante de una relación tensa, en la que la parte popular, dueña del terreno, está lejos de llevar la peor parte. Cada bota tiene un precio distinto, que el vendedor descubre oyendo una simple frase del comprador o con una “mirada de los pies a la cabeza”. No hay dudas de que la venta se hará, pues una vez establecida la relación “ya tiene derecho a unas cuantas pesetas, las que se están aglomerando en su bolsillo. Os ha fijado, y os ha de dar sogas hasta que os aburráis de regatear”. En otros ámbitos —la plaza, la Alameda, la fiesta patria— la relación entre decentes y populares se establecerá de otro modo, pero en la pila de los zapateros, sin duda, el equilibrio favorece al pueblo, “porque la plaza de Santiago es *el forum* romano, donde el pueblo es el que manda, el que tiene y el que puede.”²⁴ Alberto Blest Gana —a quien suele considerarse el Balzac chileno— presentó, dos décadas después, una escena casi igual en *Martín Rivas*, que impresiona, frente a ésta, como sosa y superficial. La comparación revela no sólo la singular sensibilidad social de Sarmiento, sino, sobre todo, su capacidad expresiva.

Este regateo no deja de divertirlo; pero los desbordes de las fiestas populares horrorizan a quien carece de la tradicional tolerancia de los decentes. ¿Han de tolerar los jóvenes decentes los “actos de prostitución” de la Alameda, la “fiesta de algazara” en lugar de la misa y el “rolar entre gente sumida en la embriaguez”? “¡No! —clama admonitorio el reformador—. Abolid tan aldeana costumbre, dejad para la plebe la Nochebuena hasta que la policía tome medidas activas para prohibir tamaños desórdenes”.²⁵ La segregación del bajo pueblo, la separación de los ámbitos de recreación decentes y populares, el encierro de aquéllos en la “ciudad propia”, que caracterizará las actitudes de la élite santiaguina en la década del setenta y que corporizará Vicuña Mackenna con su Camino de Cintura, aparecen *in nuce* en estas líneas.

Por entonces era una voz aislada. Seis años después, en 1849, esa misma voz denuncia problemas sociales más modernos. Por entonces,

los ecos del 48 francés han conmovido a los santiaguinos, entusiasmados con la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine. Jóvenes radicales, impulsados por una cierta agitación de los artesanos, comenzaron a pensar en nuclearios en la Sociedad de la Igualdad y, a la larga, en utilizarlos como ariete contra el gobierno pelucón. Sarmiento —que ya había hecho su experiencia europea y norteamericana y actuaba defendiendo al Ministerio— intenta minimizar el problema:

“Estamos muy lejos de considerar este asunto como una lucha de clases, como la disidencia entre el rico y el pobre, ni como la aparición entre nosotros de las perturbaciones que agitan hoy a otras sociedades, a menos que el espíritu de partido no quiera forzar meras disidencias entre patrones y oficiales y darles un carácter social que no tienen”.

Pero más allá de la especiosa argumentación política, se manifiesta su percepción de la emergencia de los problemas sociales modernos, que enfrentan a trabajadores y empresarios, la que confirma con una exposición totalmente ortodoxa de la teoría liberal de los salarios que estaría fuera de lugar si el autor creyera realmente en su afirmación anterior: por más que las coaliciones de los trabajadores logren mejoras salariales, por más que el gobierno proteja el trabajo nacional, el mercado inexorablemente impondrá sus reglas.²⁶ El reformador social adopta un discurso conservador, pero conoce perfectamente el problema que enfrenta. Los dirigentes radicales e igualitarios, en cambio, parecen no saberlo: en su célebre carta a Francisco Bilbao —considerada el más lúcido análisis de la sociedad chilena de mediados de siglo—, Santiago Arcos, inspirador de la Sociedad, ignora, sin embargo, los problemas de ese artesanado, que debía haber constituido la sustancia misma de su partido.²⁷

En sus formas antiguas - el tumulto de las fiestas - o modernas —el reclamo salarial—, el desgajamiento de los sectores populares era una amenaza, que se agravaba con la acumulación de rancherías y *huangu-líes*. Sarmiento reflexiona en términos clásicos: es necesario religar la sociedad, moralizar la parte popular, “hallar un medio de poner en

contacto a las clases inferiores de la sociedad con aquellos ciudadanos que se interesan por mejorar su condición: establecer corrientes por donde descendan hasta ellos las ideas que están ya difundidas en la parte culta, y que un dique insuperable contiene en límites por desgracia muy estrechos”.²⁸ Por el momento, sus propuestas son las tradicionales: enseñanza de artes y oficios, difusión del ahorro, cursos, periódicos, representaciones teatrales. Se entusiasma inclusive con la propuesta del diputado Palazuelos de refloatar las viejas cofradías y usarlas para educar a los artesanos. Pero a la espera de que madure su gran programa de educación popular, su imaginación le hace concebir formas nuevas: la fiesta del 18 de septiembre, que “ha perdido mucha parte de su carácter político”, puede servir para “estimular el talento y el amor a la gloria en las clases más bajas de la sociedad”. Una combinación de reafirmación de los valores patrios —la que había reclamado al iniciarse en la prensa chilena— con actividades inspiradas en la tradición grecorromana, como los juegos, certámenes y premios, permitiría transformar la “fiesta semanal en la que sólo se satisfacen y promueven los instintos groseros... dándole un objeto de utilidad pública”.²⁹

“LA MAQUINA DE APRENDER”³⁰

“Premunido del conocimiento de las teorías sociales” —que leía ávidamente—, pero también mirando a su alrededor, este Tocqueville sudamericano ha alcanzado una visión general de la sociedad, sus partes, conflictos y tendencias, y ha elaborado, a partir de ellos, el programa de una sociedad nueva, democrática, industriosa y progresista, en la que los distintos sectores se integren sobre bases nuevas y más firmes. Con ambos ha de escribir *Facundo*, y luego ha de viajar, para volver a mirar y terminar de dar forma a unas ideas que —me parece— ya están *in nuce*.

Muchas veces se ha señalado cuánto leyó Sarmiento para lograrlo. Él mismo ha dejado todas las indicaciones necesarias. Aunque obvio, debe destacarse el trabajo del observador cuidadoso, que va colocando cada cosa recogida en el lugar que la teoría va preparando, y que extrae

de cada cosa lo necesario para seguir dando forma a su teoría. No hay situación, persona, objeto o episodio observados que carezcan de algún sentido. Más aún, cada hecho minúsculo está a tal punto cargado de sentido, que toda una realidad muy vasta se expresa en él. Es, sin duda, el historicismo romántico el que lo impulsa, pero es la seguridad de una construcción teórica ya madura, unida a una singular agudeza en la mirada, lo que le permite tales alardes. Así, el portal de la plaza de Santiago encierra todo el sentido de la historia pasada y de la sociedad por construir, pero al mismo tiempo lo muestra a él mismo ubicado entre el pasado y el futuro. “Con la forma mampata de un vejete español de bragas”, sus “arcos redondos y chatos” le recuerdan “las ideas que cobijaba una empolvada peluca; pero que se dejaba estar ahí, como se han dejado estar entre nosotros las aplastadas ideas y costumbres de aquella España venerada”. Un día, “el hacha y la azada revolucionaria” lo demolieron, como a todo el antiguo orden, y en su lugar se elevó otro, “deslucido e inconcluso, como la práctica de un proyecto de mejora; y por añadidura ruinoso a los diez años, como todas nuestras instituciones; mas, por otra parte, útil para el momento presente, que es lo que lo constituye eminentemente democrático”.³¹ Con motivo de un modesto portal, el teórico y reformador desnuda aquí su educación y prejuicios y expone la voluntad de superarlos, sin resignar su espíritu crítico.

Si esa capacidad de encontrar sentido en todo, de hacer aparecer la “historia profunda” en lo trivial, de desnudarse en un objeto, convierten a Sarmiento en un testimonio apasionante, no es menos cierto que esa cabeza ordenada y estructurada ha desarrollado una agudeza y perspicacia llamativas, que le permiten ver lo que otros no ven y así aprender permanentemente. El movimiento inicial, que buscaba el sentido en lo mínimo, se invierte, y Sarmiento avizora la realidad profunda, todavía escondida, aun para observadores sensibles e inteligentes. Ha visto mejor que el intendente De la Barra el incipiente crecimiento de Santiago y la incorporación de los migrantes a la sociedad; ha entendido mejor que Jotabeche la vida de los nuevos suburbios; ha intuido mejor que Blest Gana los conflictos presentes

en la trivial venta de zapatos y ha comprendido mejor que Santiago Arcos la naturaleza de los problemas gremiales de los artesanos y sus potencialidades políticas. Es de sobra sabido que es un gran escritor. Para un historiador, también es una fuente excepcional.

NOTAS

- ¹ Así lo destaca Allison William Bunkley en *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires. EUDEBA. 1966, p. 120.
- ² Sobre esta influencia, véase el excelente trabajo de Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984. Para Botana la comprensión cabal de la sociedad moderna sólo será fruto de los viajes a Europa y, sobre todo, a Estados Unidos, mientras que la imagen de la sociedad presente en *Facundo* se ha elaborado sobre la experiencia de la ciudad agrícola.
- ³ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento, éducateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, París, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine. 1963. p. 91.
- ⁴ Alberto Blest Gana, *Martin Rivas*, primera edición, 1862. y *Costumbres y viajes. Páginas olvidadas* (escritas entre 1853-1864), Santiago de Chile. Difusión, 1947; José Joaquín Vallejo (Jotabeche). “El provinciano”, “El provinciano en Santiago” y “El provinciano renegado”, en *Artículos y estudios de costumbres chilenas (1842 1847)*, Santiago de Chile, Biblioteca Chilena. 1885; *Memoria del intendente de Santiago Miguel de la Barra*, Santiago. 1846. Dice el intendente De la Barra: “Es una peculiaridad de este departamento la atracción que la capital ejerce sobre todos los puntos de la República. Por este medio pone a contribución no sólo a los departamentos de la provincia, sino a las provincias en general, que vienen a vaciar en los alrededores de la capital una inmensa superabundancia de población. Esta aglomeración de gentes miserables y sin industria para procurarse medios honrados de subsistencia aumenta el número de criminales y hace necesaria una particular contracción de la Intendencia para prevenir y perseguir sus atentados.”
- ⁵ “Sociedad de industria y población. IV: Santiago”, en *El Progreso*, 19 y 22 de diciembre de 1842 (en adelante: “Santiago”). Este artículo no aparece en las *Obras completas*, compiladas y editadas entre 1885 y 1903. Tampoco es registrado por P. Verdevoye en su bibliografía de Sarmiento, confeccionada sobre la base de las *Obras completas* y de los artículos periodísticos inicialados por Sarmiento en sus ejemplares de los periódicos. Sin embargo, la edición de las *Obras* incluye el primer

artículo de esta serie (vol. XXIII. p. 189). Me parece que la autoría de Sarmiento es indudable, no sólo por su estilo, sino por ideas y hasta párrafos similares a los que se encuentran en “La villa de Yungay”, “Aprendices de imprenta” y otros.

- ⁶ Augusto Orrego Luco, *La cuestión social en Chile*. Santiago. 1884.
- ⁷ “Santiago”, cit.
- ⁸ “La villa de Yungay” (1842), en *Obras completas de Sarmiento. I: Artículos críticos y literarios. 1841-1842*. Buenos Aires, Editorial Luz del Día. 1948. p. 201.
- ⁹ “Santiago”, cit.
- ¹⁰ “La villa de Yungay”. p. 201.
- ¹¹ Véanse “Las maderas” (1842). “El salario” (1849). “Aprendices de imprenta” (1849), todos en *Obras. X: Legislación y progresos en Chile*.
- ¹² Sobre esta imagen de la sociedad patricia, véase José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno. 1976.
- ¹³ “La venta de zapatos” (1841). en *Obras. I*. pp. 50-51.
- ¹⁴ “Las fiestas del 18 de septiembre en Santiago” (1842), I, p. 367.
- ¹⁵ “Un tribuno de la plebe” (1844), X, p. 338.
- ¹⁶ “Las fiestas del 18 de septiembre en Santiago”, I, p. 365.
- ¹⁷ “La villa de Yungay”. I, p. 202.
- ¹⁸ “Un viaje a Valparaíso” (1841), I, p. 133.
- ¹⁹ “Santiago”. El tema es retomado en “Aprendices de imprenta”, cit. En “Durante el té”, al defender el derecho de un artista a ganarse la vida con su arte y no perder por ello el de ser invitado en una reunión social, reitera su crítica a los prejuicios contra el trabajo. I, p. 160.
- ²⁰ “La venta de zapatos”. I, p. 51.
- ²¹ “Fiestas de la Nochebuena” (1841), I, p. 163.
- ²² “Los misterios de la calle de San Francisco” (1845). II: *Artículos críticos y literarios. 1842-1853*. pp. 253-264.
- ²³ “Las fiestas del 18 de septiembre en Santiago”. I, p. 367.
- ²⁴ “La venta de zapatos”. I. p. 52.
- ²⁵ “Fiestas de la Nochebuena”, I. pp. 164-165.
- ²⁶ “Salarios”, X. p. 220.
- ²⁷ Santiago Arcos. *Carta a Francisco Bilbao* (1852), en Gabriel Sanhueza. *Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera*. Santiago, Editorial del Pacífico. 1956.
- ²⁸ “Un tribuno de la plebe” (1844). X, p. 338.
- ²⁹ “Las fiestas del 18 de septiembre en Santiago”, I, p. 367. El tema del

patriotismo había sido planteado en su primer artículo chileno: “12 de febrero de 1817” (1841).

³⁰ La frase es de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, quienes subrayan el valor dado por Sarmiento a la lectura. “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires. CEAL, 1983.

³¹ “La venta de zapatos”, I, p. 50.

III

Liberales y artesanos

La creación de la Sociedad de la Igualdad en Santiago de Chile en 1850, y la posterior participación de sus miembros en el “motín de Santiago” de ese año —episodio que a su vez se inscribe en una guerra civil más extensa— son parte del cuadro de agitaciones que hacia mediados del siglo pasado sacudieron muchas capitales hispanoamericanas y afectaron la estabilidad de los regímenes autoritarios constituidos en las décadas posrevolucionarias. En la mayoría de los casos, los agitadores se identificaron con el liberalismo y tacharon de conservadores a sus adversarios quienes, en ocasiones, asumieron tal calificación. Su existencia política tuvo que ver, a veces, con fracciones identificables dentro de un patriciado que se homogeneizaba lentamente: mineros norteños en Chile, comerciantes costeños en Ecuador, financistas de paupérrimos estados en varias partes; pero generalmente su núcleo se componía de abogados, periodistas o simplemente políticos —la versión decimonónica de los antiguos letrados— sin ubicación en un régimen administrativo dominado por militares o grandes propietarios.

Menos difusa que su raigambre social era su identificación política: el liberalismo constituía una filosofía y un programa para emprender la reforma de la sociedad y sacarla de su atraso, más visible por la permanente comparación con Europa. La inspiración era heterogénea: desde el utilitarismo de Bentham hasta el romanticismo social. También variaban las propuestas políticas: los cañones se enfilaban alternativa o simultáneamente contra la Iglesia, los militares o los grandes terratenientes. Pese a eso, el liberalismo ofrecía un conjunto de soluciones mucho más coherente que las que aplicaban los adversarios,

simplemente consagrados a defender de manera pragmática el orden establecido. Sobre todo, el programa liberal, cuando era predicado desde la oposición, reforzaba la identidad de facciones lanzadas hacia el poder, aunque, una vez conseguido, hacían adecuaciones igualmente pragmáticas de sus principios. De cualquier modo, una política programática, aunque inconsecuente, ya era una novedad en la Hispanoamérica de mediados de siglo, como lo eran otras formas nuevas o remozadas de hacerla. Fueron casi siempre los liberales quienes percibieron los cambios que se estaban produciendo en las principales sociedades urbanas y los aprovecharon con fines políticos.

Aunque con lentitud, los puertos y capitales crecieron y prosperaron en las décadas posteriores a la Independencia. Sus sociedades se diversificaron y sus élites se modernizaron en hábitos, costumbres y formas de consumo. Una población urbana acrecida, y sobre todo una élite exigente, impulsaron el desarrollo de una vasta capa de artesanos e hicieron la fortuna de algunos, dueños de capacidades y conocimientos poco frecuentes en un medio rústico. Prósperos y seguros de sí, respetables pero todavía marcados por el estigma que, en sociedades aun fuertemente hidalgas, representaba el trabajo manual, estos artesanos tuvieron con las élites relaciones ambiguas, signadas alternativamente por el deseo de incorporación, el rechazo o la confrontación. Por otra parte, las diferencias que separaban a maestros de oficiales, o las que dividían a las ramas prósperas y retrasadas de los artesanos, crearon conflictos y tensiones en el sector. Todos estos factores seguramente estimularon distintos tipos de acciones de estos nuevos sectores y los convirtieron en potenciales protagonistas de una escena política que comenzaba a agitarse y complicarse.

No fue raro, entonces, que quienes eran sus protagonistas tradicionales aspiraran a aprovechar esta fuerza, movilizarla y encuadrarla. Lo hizo Rosas en Buenos Aires, en un contexto autoritario y conservador; lo hizo Belzú en Bolivia y también los liberales neogranadinos, que aprovecharon las tensiones ocasionadas por la política librecambista; quizá también lo hizo el caraqueño Antonio Leocadio Guzmán. La constitución de la Sociedad de la Igualdad, y el motín que le siguió,

ocupan un lugar entre estos episodios: reveladores de una mayor diversidad de la escena política y de la aparición, bien que tímida, de nuevos sectores, muestran el intento de los grupos liberales de encontrar apoyos entre los sectores más respetables del pueblo, según la persistente tradición revolucionaria europea.

VIEJOS Y NUEVOS ARTESANOS

Un contemporáneo de Sarmiento, el economista Marcial González, escribía en 1848:

“Al mismo tiempo que se ven extenderse las poblaciones, formarse pueblos nuevos al lado de los antiguos, mejorarse las construcciones, levantarse la capital, y en las provincias templos y edificios públicos... vemos la ebanistería, la carrocería, la ferretería, la curtiduría y tantas otras artes, cuyo ejercicio era poco conocido, contribuir con sus útiles y perfectas creaciones a la comodidad de nuestras vidas y al progreso y embellecimiento de nuestras jóvenes ciudades.”¹

Efectivamente, en las tres décadas que siguieron a la emancipación, Santiago experimentó un crecimiento relativamente importante. Los hacendados del Valle Central, los mineros del Norte Chico y los comerciantes de la ciudad o de Valparaíso, radicados en la capital, requirieron una variada gama de bienes y servicios, y mucha gente emigró por entonces a la capital. Entre la masa de rotos sin profesión definida, que poblaban “las rancherías...”, que hay en todos los suburbios”, fue recortándose un sector artesanal de fisonomía cada vez más precisa.

La mayoría eran zapateros, carpinteros, panaderos, herreros, dueños de técnicas tradicionales y rudimentarias y limitados en sus posibilidades por la escasa capacidad adquisitiva de sus compradores. Algunas profesiones inclusive se hallaban en franco retroceso, como la de los tradicionales plateros o la de las tejedoras, víctimas de la competencia de los textiles importados.

Este tipo de artesano se encontraba, en mayor o menor medida, en cualquier pueblo o ciudad de entonces, grande o pequeña. Pero en las capitales, como Santiago y también Valparaíso, comenzó a emerger un grupo singular: ebanistas, carroceros, boteros, joyeros, modistas, constructores y decoradores, tipógrafos o litógrafos, un conjunto de profesiones vinculadas al consumo de las élites, que estaban adoptando los nuevos modos europeos. Su desarrollo estuvo ligado a la llegada de artesanos extranjeros, principalmente franceses y alemanes, portadores de técnicas novedosas y capaces de satisfacer unas exigencias que en ocasiones ellos mismos creaban.

Tan impreciso era el gusto y el juicio de las élites criollas, que carpinteros de ribera podían echar plaza de ebanistas. Tal era la diferencia de conocimientos, que mediante un “terrible monopolio” estos artesanos podían cobrar “precios exorbitantes” y hacer fortuna con rapidez.² Se dibujaron así dos sectores entre los artesanos. La división entre “dignos” e “indignos” se combinaba, y a menudo se superponía, con la de extranjeros y criollos y las tensiones que esto originó se sumaron a las que, en talleres de alguna envergadura, comenzaron a separar a patronos de oficiales.

Más allá de esas diferencias, el artesanado santiaguino comenzó a distinguirse del resto de los sectores populares y a adquirir una fisonomía propia. En distintos niveles de la sociedad comenzó a percibirse una cierta movilidad, como lo muestra el desarrollo del sector que Blest Gana llamaba del medio pelo, nutrido de pequeños empleados, rentistas modestos, militares o gente de posición venida a menos.

Las nuevas posibilidades beneficiaron a los artesanos, sobre todo a los más prósperos y a quienes, por ser extranjeros, afectaba menos la *capiti diminutio* del trabajo manual. Según el norteamericano Gilliss, singular testigo del Santiago de los igualitarios, “cualquiera que aprende un arte mecánico llegará a ser independiente si se dedica a su vocación con esmero”. Para Sarmiento —quien sin embargo consideraba vedados para los decentes esos oficios manuales— “un

hombre de pueblo, con economía, talento natural y constancia puede, ejercitándose en su oficio, llegar a la fortuna y enrolarse en el número de los capitalistas”.³

La fortuna estaba íntimamente asociada con la respetabilidad. El buen artesano no frecuentaba las chinganas sino el teatro popular o la iglesia. Algunos leían el periódico; otros vestían elegantemente.

“Hay un deseo de aseo y orden en su vida doméstica. Pero en público, su pasión es la ropa refinada, y un extranjero difícilmente sospechará que el hombre a quien encuentra con una capa de fina tela, acompañando a una señora envuelta en joyas y pieles ocupa en la escala social un rango no más alto que el de un hojalatero, carpintero o tendero...”⁴

A los ojos de los decentes, los artesanos adquirieron una fisonomía peculiar. Su presencia suscitó reacciones variadas, pero no fue ignorada, y los “trabajadores” fueron cada vez más claramente diferenciados del “populacho”. Los problemas relacionados con ellos se convirtieron en acuciantes, sobre todo a la luz de las experiencias europeas contemporáneas. Hubo quienes se preocuparon por su condición moral y procuraron inculcarles hábitos de ahorro o templanza. Otros se inquietaron por “las coaliciones... para hacer subir los salarios” y por la escasez de trabajadores calificados, que permitía a los más capaces cobrar salarios desmedidos. Algunos creyeron que era posible comprometer a los más respetables en la conservación de un orden que temían amenazado, “ligándolos ya por medio de la propiedad, ya por medio de una pequeña fortuna”. Hasta se pensó que era importante autorizar la expresión de las inquietudes del sector y permitir el funcionamiento de las “válvulas de seguridad de las sociedades democráticas”. Hubo quienes, finalmente, advirtieron en ellos una fuerza capaz de ser volcada en la política.⁵

CRISIS POLÍTICA Y CONVOCATORIA POPULAR

Hasta mediados de la década de 1840 es difícil distinguir entre los artesanos una acción política diferente de la del conjunto tradicio-

nalmente denominado como “pueblo de Santiago”. Éste constituyó, desde los movimientos iniciales de 1810, una masa potencialmente utilizable en la lucha política, hacia la que ocasionalmente se dirigieron los distintos bandos que se disputaban el poder; sin embargo, sólo lo hicieron en momentos de crisis, cuando su acción podía desequilibrar una situación irresoluta, y en general los conflictos posrevolucionarios se mantuvieron dentro del ámbito de la élite.

Ocasionalmente estos grupos participaron, en favor o en contra de los españoles; luego apoyaron al partido carrerino y más tarde a pipiolo o pelucones. Más que objetivos de largo plazo, los guiaba la perspectiva del saqueo u otros beneficios inmediatos: “Pululan como lobos en las calles, en la expectativa del saqueo, cuando se ofrece alguna reyerta o revolución”.⁶ Los pipiolo los usaron para montar una maquinaria electoral en la que se combinaban la compra de votos con la “acción directa”. Los pelucones, que incluyeron a los artesanos en cuerpos armados para respaldar el orden, en la oposición utilizaron a los grupos más bajos para provocar desórdenes y socavar la autoridad del gobierno pipiolo. Luego de la batalla de Lircay, que inicia el largo predominio conservador, estos grupos fueron naturalmente reprimidos y el gobierno abandonó toda idea de movilización. Los artesanos fueron incluidos en la Guardia Cívica, bajo el mando de oficiales del Ejército, y de allí en más este tipo de iniciativas quedó exclusivamente en manos de los pipiolo.

En 1840, en vísperas de la renovación presidencial, hubo posibilidad de una breve agitación. Estos episodios se repitieron en 1844, durante el entierro del dirigente pipiolo José Miguel Infante, y poco después, cuando fue juzgado Francisco Bilbao por su *Sociabilidad chilena*. También durante la campaña electoral de 1845, en el juicio al periodista opositor Pedro Godoy. En los tumultos, “si bien... dominaban los jóvenes estudiantes, se encontraban algunos caballeros de otras condiciones y muchos hombres del pueblo de la clase de artesanos”⁷.

La capacidad de los pipiolo o liberales para ganar la calle era un elemento original en la escena política santiaguina. Otra novedad,

más importante, era la incorporación a la oposición liberal de un grupo de intelectuales y universitarios que se unían a los antiguos opositores profesionales e introducían algunos elementos ideológicos nuevos. La vida intelectual santiaguina estaba cobrando por esos años una gran intensidad. La acción de destacados maestros —como Bello o Mora—, la del grupo de emigrados argentinos —Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, López o Mitre— y sobre todo la intensificación de los contactos de todo tipo con Europa despertaron nuevas inquietudes, que adquirieron forma orgánica cuando en 1842 se creó la Sociedad Literaria. El influjo de las nuevas ideas no se limitó a los círculos intelectuales; aunque simplificadas y convertidas en apenas algo más que una moda, fueron recibidas por toda la sociedad decente santiaguina.⁸

El romanticismo había llegado a Santiago. No solamente el de Lamartine o Hugo, sino el de los pensadores sociales. Francisco Bilbao siguió a Lamennais en su *Sociabilidad chilena*; pese a lo confuso de sus ideas, el libro impresionó tanto que se ordenó su quema pública, con lo que Bilbao terminó convirtiéndose en el mentor de todos los jóvenes con inquietudes. Uno de los componentes de esta nueva sensibilidad romántica era la actitud de acercamiento al “pueblo”, al que se debía instruir e interesar en la vida política. La apelación al pueblo de la década del cuarenta —y sobre todo a su capa más ilustrada, los artesanos— fue en buena medida una consecuencia de esa actitud de filiación romántica.

Durante la elección presidencial de 1846 este tipo de apelación creció y la agitación popular pareció incrementarse, al punto de preocupar a los grupos adictos al gobierno que constituyeron una Sociedad del Orden (su presidente, Ramón Errázuriz, sería paradójicamente el candidato presidencial liberal en 1850). La oposición liberal, por su parte, constituyó la Sociedad Caupolicán, que debía “atraer a su seno a la gente de la clase obrera”. La apelación al pueblo seguía siendo de estilo tradicional. Se lo convocaba para una coyuntura electoral, sin fines ulteriores, aunque sus enunciados “filantrópicos”, en los que se afirmaba la necesidad de sacar “el sufragio popular de

la afrentosa tutela que lo encadenaba y envilecía”, permitían adivinar la incipiente influencia del nuevo pensamiento social. El resultado fue mediocre, pues apenas medio centenar de artesanos concurrieron a la Sociedad. De cualquier modo, resuelta la elección, la agitación desapareció totalmente.⁹

A lo largo de los años que van desde la Independencia hasta 1846, los distintos sectores políticos recurrieron, en lo más agudo de la confrontación, a los sectores populares. Lo hicieron generalmente quienes estaban en la oposición y trataban así de equilibrar los recursos de que disponían quienes gobernaban: la policía o las clientelas electorales formadas por guardias cívicos o empleados públicos. Sin embargo, y pese a que no hubo respuestas importantes de los artesanos, comenzaba a percibirse en esa apelación la presencia de otras motivaciones, inspiradas en el pensamiento social europeo. Ésas son las tendencias que maduraron en el período siguiente.

Hacia 1849, una sucesión presidencial muy compleja, una situación económica deteriorada como consecuencia de la crisis europea de 1847-48, y además las repercusiones locales de la marea revolucionaria europea, crearon en Santiago, y en menor medida en otras ciudades, las condiciones para la emergencia de una situación política nueva en la que, por primera vez, los artesanos fueron llamados a desempeñar un papel importante.

En los años anteriores a 1851, el grupo que rodeaba al presidente Bulnes se enfrentó con motivo de su sucesión; la presencia de dirigentes liberales, fuerte en el próspero Norte Chico minero, agudizó una división que, sin embargo, era interna al grupo dirigente. Desde 1846 era jefe del gabinete Manuel Camilo Vial, quien organizó una suerte de clan político familiar, nutrido principalmente con jóvenes. Frente a él, Manuel Montt aspiraba también a la sucesión.

En las elecciones de 1849, aunque en general Vial pudo imponer sus candidatos, sufrió derrotas en cuatro distritos importantes, a manos de candidatos liberales pero también conservadores: Francisco Tocornal, hijo del jefe del Partido Conservador, triunfó en

Valparaíso, con el apoyo, siempre errático, de los artesanos. Bulnes reemplazó a Vial por Montt y aquél pasó a la oposición, uniéndose a los liberales en una activa campaña parlamentaria y periodística. Edward Vives describió esta “fronda liberal” como el producto de la unión de los clanes Vial y Errázuriz. Se trataba realmente de una fronda aristocrática: el Club de la Reforma, fundado a fines de 1849, languideció pronto, cuando sus jefes marcharon a sus fundos a dirigir las tareas de la cosecha.¹⁰ La designación de Antonio Varas, mano derecha de Montt, como ministro del Interior, auguraba no sólo el fin de la “fronda” sino la segura elección de Montt.

No obstante, la división entre sectores oficialistas había sido mucho más profunda que en ocasiones anteriores, y los grupos liberales, antiguos o recientes, no se resignaron a ceder el terreno sin dar una batalla. La crisis económica contribuía a crear un clima de intranquilidad propicio para la propaganda electoral. Por entonces, la economía chilena tenía con las metropolitanas vínculos comerciales lo suficientemente importantes como para que recibiera los efectos de la crisis de 1847-48. Primero se sintió la disminución del comercio de tránsito, que alimentaba la actividad de Valparaíso: luego, la declinación de las exportaciones de cobre y trigo, aunque muy poco después la apertura del mercado californiano restableció la prosperidad. Momentáneamente la preocupación era general y los periódicos dedicaban largos artículos a examinar las posibles repercusiones de la declinación del comercio de tránsito sobre la economía interna. El principal de ellos fue la disminución de las rentas de Aduana y, consecuentemente, de los ingresos del Estado. Aunque es difícil precisar sobre quiénes repercutió esta crisis, es indudable que el clima de intranquilidad que se generaba estuvo presente en toda la coyuntura política de 1849.

Sin embargo, el factor más importante fue de otro tipo. “La revolución francesa de 1848 tuvo en Chile un eco poderoso”. Estas palabras, con las que Benjamín Vicuña Mackenna inicia su libro *Los jirondinos chilenos*, parecen resumir la intensidad del impacto ideológico del proceso revolucionario francés. Los demócratas republicanos

que triunfaron en las jornadas de febrero tuvieron sus émulos en el Club de la Reforma:

“Se ha dicho que en Chile no había patriotismo ni opinión y se ha engañado —escribían en el número inicial de *La Reforma*—; faltaba solamente una palanca que la removiese, un acontecimiento grande y sublime que nos sacudiera, para presentarnos tan patriotas y republicanos como cualquier otro pueblo de la tierra. Los últimos acontecimientos de la Francia... han dispuesto aquel entusiasmo ambiente, que se sintió en los grandes y gloriosos días de nuestra revolución de Independencia”.

Con moderación y aparente ingenuidad, el conservador *El Comercio de Valparaíso*, redactado por Alberdi, respondía que, aunque esos propósitos eran loables, Chile ya había superado la etapa recién cumplida por la Francia, pues hacía varias décadas que tenía un gobierno republicano.”

No era sólo hipocresía lo de *El Comercio*. Las noticias de Francia conservaban todavía la confusión y ambigüedad que durante las etapas iniciales tuvieron para sus propios protagonistas, y legítimamente podían extraerse distintas consecuencias. Los sectores más jóvenes del liberalismo, y especialmente los universitarios, se sintieron atraídos por la aureola romántica de los sucesos y recibieron, entremezclados, todos los mensajes de la revolución de febrero. De la *Historia de los girondinos* de Lamartine, que llegó a Chile por entonces, se vendieron muchísimos ejemplares, “a seis onzas cada uno”, y sus temas estuvieron de moda durante 1849 y 1850. Gustaban los jóvenes liberales de llamarse entre sí con los nombres de los principales protagonistas de la Revolución Francesa: hubo un Danton, un Brissot, un Mirabeau; Eusebio Lillo, el poeta, fue Lamartine; Bilbao, el orador fogoso, fue Vergniaud; Santiago Arcos, Marat. Y así como tomaron los nombres, repitieron sus actos y apelaron al pueblo, a quien convocaron, para que se ilustrara primero y luego para que participara activamente en política, resolviendo en favor de los jóvenes liberales la lucha por el poder que entonces se estaba librando.

Difícil sería exagerar la importancia de este impacto ideológico sobre los jóvenes liberales. Santiago Arcos, uno de los fundadores del Club de la Reforma, había estado en París hasta 1847. En febrero de 1850 volvió a Santiago Francisco Bilbao, exiliado desde la condenación de su *Sociabilidad chilena* en 1844: no sólo había convivido en París con Quinet, Michelet y Lamennais sino que en 1848 había asistido activamente a las gloriosas jornadas de febrero y las más trágicas de junio. El ejemplo estaba demasiado a la vista para que no se sintiera tentado de buscar, en el apacible Santiago, al pueblo que debía educar y conducir y, sobre todo, a su parte más culta, el artesanado.

También los moderados defensores del orden coincidían en atribuir importancia a la experiencia francesa, y atacaban, con ironía mezclada con preocupación, a “los que están viendo en todas partes *jornadas de febrero, barricadas, balazos*, como la intención o el principio de una revolución...; (los que) han hecho alianza con la masa bruta del pueblo, enarbolando la chaqueta roja, símbolo del comunismo roto y también de la *mashorca* de Rosas”¹².

MÁS SOCIALISTA QUE DEMOCRÁTICA

El núcleo inicial de la Sociedad de la Igualdad¹³ estuvo integrado por Arcos, Bilbao, Recabarren, el poeta Eusebio Lillo y Benjamín Vicuña Mackenna, separados todos del Club de la Reforma. En las reuniones iniciales, de marzo de 1850, quedó definido el propósito básico: “Atraerse al pueblo, es decir, a la clase obrera... y esto por medio de sus más recomendables jefes de taller”. El texto de Vicuña Mackenna sintetiza admirablemente el proceso intelectual seguido por un sector de la élite en su percepción del elemento popular; también define los medios seguidos por este grupo de jóvenes intelectuales y políticos para acercarse a las clases laboriosas. Los maestros artesanos o jefes de taller, es decir, la capa superior de los trabajadores, aquellos que se distinguían por “su afición a la lectura de diarios” o por “cierto tinte de ilustración”,¹⁴ serían los convocados en primer término, correspondiéndoles a ellos traducir las enseñanzas recibidas al lenguaje

más sencillo de los trabajadores comunes. Los jóvenes igualitarios contaban con capitalizar la organización del trabajo existente, y también con aprovechar el ascendiente de los jefes de taller, pero al mismo tiempo proyectaban aprovechar el otro ámbito donde los artesanos estaban organizados, la Guardia Cívica, de la que muchos maestros eran sargentos.¹⁵

En el núcleo fundador había “seis obreros, jefes de taller” (los términos eran considerados equivalentes), a quienes se agregaron otros cuando se organizó la primera Junta Directiva. Entre estas diez personas (que constituyeron el grupo artesanal inicial de la Sociedad) había cuatro sastres, un zapatero, un sombrerero, un talabartero, un carpintero, un tipógrafo y un músico. En algunos casos, se aclaraba que eran jefes de taller, y en un caso se especificaba que se trataba de un sargento de la Guardia Cívica. Con excepción del tipógrafo, y en cierta medida del músico, todos los demás pertenecían al artesanado tradicional y al conjunto de profesiones que, en mayor o menor medida, se encontraban en cualquier ciudad chilena. Este carácter tradicional del núcleo artesanal de los igualitarios está reforzado por el hecho de que entre ellos no había ningún nombre extranjero. Podría agregarse que, posiblemente, no se tratara de artesanos muy prósperos, o por lo menos que hubieran realizado alguna de aquellas brillantes carreras propias de los extranjeros especializados.

El resultado inicial de la convocatoria no fue muy exitoso. En la primera reunión del grupo fundador, en el mes de marzo, se intercambiaron noticias acerca de la disposición en que se hallan los obreros de Santiago. “Solo oímos palabras desconsoladas —comenta Zapiola— que hubieran desalentado a los más entusiastas, pero no a nosotros, que teníamos fe en nuestra obra”.

Aunque la Sociedad creció mucho en los meses siguientes, nunca atrajo a un número considerable de artesanos ni logró dar a los pocos que concurrieron formas organizativas sólidas, capaces de resistir la represión gubernamental. A fines de 1850, uno de los dirigentes

renegaba de la “soñolienta capital”, donde con la excepción de veinte jefes de taller “no había prácticamente pueblo”.¹⁶

La misma convocatoria había sido limitada, pues los igualitarios recortaron claramente a su interlocutor dentro del conjunto de los sectores populares santiaguinos, y en ningún momento pensaron en acudir a los *rotos*; por el contrario, hay evidencias posteriores del deseo de evitar con cuidado su participación, especialmente durante el motín del 20 de abril de 1851. Luego de su fracaso, Santiago Arcos, el más lúcido de los dirigentes igualitarios, reconoció que “los que por entonces estuvieron en contacto con usted (Bilbao) fueron muy pocos”, aunque a diferencia de los que participaron en otros movimientos en ese año, se trataba de “pobres inteligentes”.¹⁷

Santiago Arcos había sido precisamente quien inició el viraje de los grupos más jóvenes del Club de la Reforma hacia posiciones novedosas. Según recuerda Zapiola, en una de las sesiones del Club, a fines de 1849, manifestó que “nuestros trabajos no sólo deben tener por objeto el triunfo de un candidato progresista sino también sacar al pueblo de la vergonzosa tutela que lo tiene sujeto”. En febrero de 1850 regresó de París Francisco Bilbao; su personalidad vigorosa, el prestigio que le daba su emigración de 1845 y su experiencia en las jornadas de 1848 hicieron que sus vagas y confusas ideas se convirtieran en el programa inicial de la Sociedad. El Estatuto que preparó incluía tres puntos lo suficientemente generales como para que pudieran ser aceptados por cualquier liberal, y sólo suscitaban roces en el aspecto religioso.¹⁸

El programa de la Sociedad adquirió expresión más clara con la publicación del periódico *El Amigo del Pueblo*, dirigido por Eusebio Lillo; Vicuña Mackenna lo definió como “más socialista que democrático, más revolucionario que político”. En los editoriales de *El Amigo del Pueblo* se advierte la combinación de la antigua problemática política con la nueva perspectiva social. El objetivo inmediato seguía siendo la reforma electoral y la lucha por la libertad y la justicia; pero apartándose de la vieja tradición pipiola, *El Amigo del Pueblo* desechaba

la vía electoral o golpista, se definía como revolucionario pero no violento y, reafirmando su fe en las ideas y la propaganda, proponía “una revolución pacífica y santa, que nos dejara bienes inmensos y con un horizonte político sereno y bien extendido”.

Para lograrlo, era necesario acceder a quien debía ser el agente de esa transformación: el pueblo, llevando hasta él aquellas ideas que, en su seno, habrían de fructificar. “Liguémonos al pueblo”, proclamaba el periódico, “abrámonos paso con nuestras ideas hasta el corazón del pueblo, dejando allí el germen vivificador de los buenos principios...”¹⁹ Organización y educación eran los caminos para una reforma pacífica pero profunda de la sociedad y para ello era necesario “ilustrar al pueblo, dándole una instrucción gratuita; inculcar el principio del amor y la fraternidad”. Esa función docente se habría de cumplir en forma sistemática, por medio de cursos, pero también a través de la convivencia entre los “caballeros” y la “gente del pueblo”, como lo expresaba con entusiasta ingenuidad el mismo José Zapiola:

“Los resultados (de la Sociedad) correspondieron a sus miras, pues el hombre culto modelaba por él su porte, con tanta mejor voluntad cuanto que era tratado con consideraciones que le eran desconocidas hasta entonces”.

Santiago Arcos expresó con más claridad que ninguno de sus compañeros los contenidos programáticos del grupo societario. En su *Carta a Francisco Bilbao*, escrita en 1852, separó claramente a la Sociedad del viejo partido pipiolo, al afirmar que éstos diferían de los pelucones sólo en matices. Es curioso sin embargo que, en el vasto programa de transformaciones del país que proponía, y que incluía el reparto de los latifundios y la inmigración en gran escala, no se hiciera la menor mención a los artesanos y a sus eventuales intereses.²⁰ Los artesanos, cuya voz apenas se oía, fueron convocados a apoyar un programa de objetivos generales, que no incluía sus reivindicaciones específicas.

Los jóvenes igualitarios dieron a la organización de la Sociedad más importancia que a las formulaciones programáticas. Sus reglas se

establecieron con toda formalidad. El grupo inicial, que integraban cinco intelectuales y seis artesanos, decidió adoptar una organización descentralizada, fomentando la constitución de distintos grupos barriales, donde se discutirían los problemas, aportando iniciativas que debía canalizar la Junta Directiva. Cada grupo podía tener un máximo de 24 miembros, procurando así facilitar la participación de los integrantes; cada uno de ellos recibía del secretario del grupo una credencial como socio, que le permitía concurrir a las reuniones plenarias de toda la Sociedad, que se celebraban quincenalmente. Éstas eran coordinadas por la Junta Directiva central y en ellas se discutían las proposiciones elaboradas por los grupos.

Dos eran las tareas principales de la Sociedad y ninguna de ellas se relacionaba con la política práctica o con la lucha de partidos. La primera consistía en discutir diversos proyectos que hacían a la reforma política o al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. La segunda, en el dictado de cursos en los que cada uno de sus miembros aportaba sus conocimientos, sin distinciones ni jerarquías. Manuel Recabarren enseñaba economía política, Bilbao filosofía, Arcos tocaba temas políticos; junto con ellos, Zapiola enseñaba música, el sastre Rojas costura y “un negro... Mr. Moore, inglés a los ciudadanos de poncho”.

Para los igualitarios estos cursos satisfacían varios objetivos. Además de cultivar a los artesanos y prepararlos para su misión trascendente, los apartaban del vicio, del juego y la bebida. Finalmente, obreros y artesanos instruidos no podrían ser captados por los partidos oficialistas u opositores mediante los tradicionales mecanismos del soborno o el alcohol.²¹ Esta confianza en la pedagogía y en los resultados que se podían obtener a largo plazo se acompañaba de un rechazo a la posibilidad de constituir un movimiento masivo, que pudiera obtener rápidos resultados electorales. Ambas notas caracterizaron esta primera fase de la Sociedad, que en los términos de la época puede calificarse de socialista.

EL ARIETE LIBERAL

En sus primeros meses de vida la Sociedad se mantuvo dentro de los lincamientos trazados por sus fundadores y procuró mantenerse por encima de la lucha de partidos, que arreciaba a medida que se acercaba la elección. La Sociedad, que inicialmente había absorbido al Club de la Reforma, tenía cada día más miembros y adherentes, aunque entre los nuevos, antes que los artesanos, predominaban los jóvenes de buena familia. Hacia el mes de julio los concurrentes a las reuniones desbordaban el patio de la casa que servía de sede y salían a la calle; entre los sectores adictos al gobierno crecía el temor de que la Sociedad, inicialmente no comprometida en la lucha política inmediata, fuera absorbida por la oposición liberal.

La coyuntura política influyó en el cambio de orientación de la Sociedad. La designación de Varas en el Ministerio del Interior y la ya segura candidatura de Montt llevaron a Vial, los liberales y sus seguidores, a acercarse a la Sociedad, “único elemento de poder que le queda a la oposición”²². Esto desató conflictos entre los directivos originales de la Sociedad y los nuevos adherentes liberales. Momentáneamente los primeros mantuvieron el control, gracias al apoyo de los artesanos, como se reveló en el cuestionamiento que los liberales hicieron a Bilbao por la publicación de sus *Boletines del Espíritu*, en los que, siguiendo a Lamennais, atacaba algunos dogmas del catolicismo.

Sin embargo, no pudieron mantenerse fuera de la lucha política partidista. A principios de agosto los miembros de la Sociedad comenzaron a concurrir en grupos a la Cámara²³. El 19 de agosto, un grupo policial, al que se unió gente reclutada en los barrios bajos, asaltó la sede de la Sociedad, donde había finalizado una de las reuniones plenarias, “rompiendo algunos huesos en la disputa que se produjo, magullando a unos cuantos y capturando a algunos para enviarlos a prisión”. La noticia conmovió a la ciudad y en pocos días la Sociedad triplicó sus adherentes, que pasaron de 600 a 2.000. Fue necesario alquilar para las reuniones un local descubierto en la calle Duarte, a pocos pasos de la Alameda. Buena parte de los nuevos

adherentes provenía de la oposición liberal y de la fracción de origen conservador de Manuel Camilo Vial, que ingresaron masivamente en la sociedad. Tal como lo dejó testimoniado Blest Gana en *Martín Rivas*, la politización de la ciudad alcanzó un punto muy elevado, que no decrecería sino a mediados de 1851.²⁴

Desde el mes de octubre la Sociedad apareció volcada definitivamente a la lucha política. Apoyaron la candidatura presidencial de Ramón Errázuriz, figura difícilmente identificable con un programa progresista. En octubre, el poeta Eusebio Lillo componía una marcha, La Igualitaria, al estilo de las de la Francia revolucionaria, llamando al pueblo a la lucha. El periódico *La Barra*, abandonando la prédica pacifista y reformista de los primeros tiempos, desafiaba al gobierno con lenguaje encendido: “¿Queréis hacer fuego sobre el pueblo? ¡Cuidado! Porque el pueblo obrero os cargará las víctimas de una cuenta terrible y sangrienta”.²⁵ A mediados de octubre, luego de una de las sesiones plenarias, se organizó un desfile por la Alameda hasta el Cuartel de Artillería, ubicado en el extremo este del paseo; en respuesta el gobierno decidió prohibir las manifestaciones públicas. Un par de semanas después se realizó lo que sería la última reunión pública de la Sociedad, a la que asistieron unas 1.500 personas, “entre las cuales había no menos de 200 personas de distinción”; a su término hubo una nueva procesión por la Alameda, realizada por “200 personas decentes... y algunos artesanos”, reclamando que el gobierno declarara formalmente que no auspiciaba la candidatura de Montt. Poco después se produjo el motín de San Felipe; llegado ese punto, el gobierno decidió declarar el estado de sitio y ordenó la disolución de la Sociedad.

El gobierno había demorado varios meses en decidirse a tomar esa medida, a lo largo de los cuales su preocupación fue en aumento, al igual que la de los sectores altos de la sociedad santiaguina: “Un buen pueblo debe contentarse con el derecho de divertirse en las festividades públicas y no meterse en lo que no entiende. Si cada artesano da su opinión en política, no veo la utilidad de estudiar”, dice uno de los personajes de *Martín Rivas*.²⁶ A los fantasmas de igualitarismo

y el comunismo se unía el temor de una sangrienta insurrección, que prepararían los jóvenes igualitarios “con apoyo de las masas, a las que darían los despojos del saqueo de las casas de los ricos”.²⁷

En los primeros meses, el grupo político que ocupaba el gobierno pudo pensar en disputar la calle a los liberales e igualitarios, pero en ese terreno fue totalmente derrotado.²⁸ Se preocupó en cambio por controlar los aspectos más peligrosos de la situación, depurando la Guardia Cívica, de la que fueron excluidos algunos suboficiales que simpatizaban con los igualitarios, y reforzando la vigilancia. Como se vio, el 19 de agosto, un grupo organizado y protegido por oficiales de la policía había asaltado el local de la Sociedad. El ataque fracasó porque otra partida policial, que desconocía el suceso, entró al edificio y arrestó a los asaltantes. La integración del grupo atacante muestra el intento del gobierno de movilizar a otros grupos populares, tanto de artesanos como del bajo mundo, para oponerse a los igualitarios. Había en él gente de la calle de la Bandera (todavía una de las zonas peligrosas de Santiago), y también dos zapateros, un carpintero y un jornalero. Su jefe era Isidro Jara “El Chanchero”, de variadas profesiones: herrero en Valparaíso, bodeguero en Santiago, y luego agente electoral del gobierno, “enganchador de reclutas mediante los garitos tolerados” y en ese momento sargento de la Guardia Cívica. El fracasado asalto resultó contraproducente: aumentó las adhesiones a la Sociedad y despertó fuertes críticas entre los sectores altos santiaguinos, sobre todo por su poca eficacia.²⁹

Luego del frustrado asalto el gobierno se mantuvo a la expectativa, limitándose a circunscribir las manifestaciones callejeras. Pero el mitin producido en la vecina capital departamental de San Felipe, donde participaron igualitarios y artesanos, lo llevó a declarar, el 7 de noviembre, el estado de sitio y la disolución de la Sociedad, deteniendo a muchos de sus dirigentes. Según el gobierno, los responsables de los desórdenes eran los políticos, intelectuales y periodistas, culpables de “explotar la ignorancia y malas pasiones de la clase acomodada”³⁰.

La acción del gobierno, muy rápida, evitó cualquier posible opo-

sición, pero la Sociedad tampoco fue capaz de ensayar resistencia alguna. La mayoría de los dirigentes apresados fueron deportados, a Lima algunos, al penal de Magallanes los menos afortunados. “Las prisiones de artesanos continúan a destajo —anota Vicuña Mackenna en su *Diario*— y no pasa día sin que tomen a diez o doce de estos infelices, de los cuales muchos han sido enviados a Valparaíso.” Los que quedaron, vieron con amarga desilusión que la esperada reacción popular no se producía y que, de los 5.000 artesanos con que Bilbao declaraba poder contar, sólo había algunos grupos pequeños, impotentes y faltos de organización.

Por unos días, imaginaron que era posible asaltar el Cuartel de Artillería, “armar al pueblo, reunido tocando a rebato en el campanario y generala en los cuarteles... y esperar al enemigo en la Alameda”. Sin embargo, las noticias que fueron llegando resultaron desalentadoras: las partidas, mucho más reducidas que lo supuesto, optaban por disolverse por falta de elementos para combatir, o habían sido delatadas a las fuerzas del gobierno. De los 300 artesanos que, según se decía, estaban reunidos en San Miguel (el suburbio del sur), sólo quedaban partidas sueltas, que se disolvieron “por no tener armas, ni siquiera piedras con que hacer frente a los granaderos y al (regimiento) Yungay, que se acercaba a dispersarlos.” Similares noticias llegaban de las partidas que el sastre Rojas tenía (o debía haber tenido) en el Tajamar, o de la de Melchor Ugarte al sur de la Alameda.

A estas anotaciones de su *Diario*, Vicuña Mackenna agregaría, años después, amargos comentarios sobre la capacidad y el valor de algunos dirigentes, que gastaron todo su talento en encontrar insólitos escondrijos para eludir la detención. La Sociedad, dueña hasta entonces de la calle, fue rápidamente derrotada por un gobierno que, además, se benefició con la llegada del verano y el fin del año político.

EL MOTÍN DE SANTIAGO

Lentamente, a medida que el verano concluía, los dirigentes radicales

reanudaron la actividad con la esperanza de una nueva confrontación con el gobierno. La posibilidad de movilizar y organizar a los sectores populares que habían simpatizado con la Sociedad de la Igualdad no había sido descartada; Vicuña Mackenna recorrió los talleres, hablando con los artesanos y repartiendo ejemplares de *La Barra*. Sin embargo, la mayoría se inclinaba por lograr el respaldo de alguna unidad militar e intentar un golpe contra el gobierno, para lo cual consiguieron el apoyo del coronel Urriola, jefe del Regimiento Valdivia, la unidad militar más importante de Santiago, a quien se comprometió la adhesión de “cinco mil igualitarios”.³¹ Pese a que se insistía en las ideas originarias de movilización del pueblo al estilo de las *jornadas* parisinas, el apoyo a un golpe militar que, en definitiva, sólo reclamaba la renuncia del ministerio y el retiro del apoyo a Montt, significó empero un apartamiento considerable respecto de los postulados iniciales de la Sociedad.

En la madrugada del 20 de abril de 1851, el Regimiento Valdivia ocupó la Plaza de Armas; en ese momento el gobierno no disponía de una fuerza militar equivalente. Rápidamente se juntó en las inmediaciones una enorme cantidad de gente; las esquinas “estaban atestadas de curiosos y de paseantes, especialmente de sirvientes domésticos, que iban al recaudo del abasto”. Urriola y los dirigentes igualitarios arengaron a la muchedumbre pero con escaso éxito: la mayoría optó por irse, aunque muchos se quedaron a presenciar un espectáculo que prometía ser animado. Un grupo reducido se incorporó al movimiento, pero entre ellos escaseaban los obreros y artesanos quienes, según se supo después, en su mayoría estaban en ese momento acudiendo al llamado de los cuarteles de la Guardia; abundaba, en cambio, “el populacho de los arrabales”. Por entonces, los civiles armados eran escasamente doscientos.

Con lentitud, Urriola ocupó el Cuartel de Artillería, decisivo para el triunfo de cualquier motín. Los civiles llegaban a cuatrocientos, aunque muchos sólo estaban armados con adoquines. El motín comenzó a tomar la apariencia de una *jornada* parisina, con barricadas cerrando la Alameda y tiradores en los techos de las casas vecinas.

Pero poco pudieron hacer cuando dos regimientos gubernamentales, y compañías de la Guardia Cívica, asaltaron el cuartel.

La derrota militar del levantamiento estaba de algún modo prenunciada por el fracaso en la movilización del artesanado. Muchos permanecieron indiferentes y otros, incluso, acudieron a la convocatoria de los regimientos de la Guardia Cívica y terminaron combatiendo contra los igualitarios. Los jóvenes dirigentes, que soñaban con conducir al pueblo al poder, se vieron así enfrentados con una realidad bien distinta. Un liberal puro, como José Victorino Lastarria, con escasas veleidades populares, atribuía esta defección del pueblo a “su imbecilidad” innata y a los errores de conducción³². Vicuña Mackenna lo atribuyó, en cambio, a la falta de convicciones ideológicas profundas de los obreros, tocados sólo superficialmente por la prédica de la Sociedad. Ésta había sido eficaz mientras todo se limitara a escuchar conferencias o, incluso, a ganar la calle, pero no resultó lo suficientemente fuerte como para que tomaran las armas.

Sólo les quedó a los igualitarios la adhesión de “cincuenta o cien hombres resueltos, la mayoría jefes de taller o aprendices”. En cambio, descubrieron en la jornada de abril un aliado tan sorprendente como poco deseado.

“En cuanto a la turbamulta que nos había venido siguiendo desde los arrabales —escribe Vicuña Mackenna—, ésta sólo pedía dinero; pero al mismo tiempo pedía fusiles. Ésta era la leva revolucionaria del motín, la carne de cañón de las batallas. Ésos querían pelear”.

El rechazo al “bajo pueblo”, a los “rotos”, es aquí bien explícito.

La represión que siguió al motín fue lo suficientemente intensa como para que, en momentos en que la guerra civil agitaba todo el país, Santiago no volviera a ser escenario de hechos de importancia. En mayo se proclamó en Concepción la candidatura del general Cruz, militar y conservador, pero hombre del sur. Los liberales santiaguinos y los propios igualitarios sobrevivientes la apoyaron, aunque muy poco

del programa del general tenía que ver con la tradición igualitaria. En Santiago las elecciones fueron canónicas y triunfó Montt, con la colaboración de la maquinaria electoral integrada por los habituales “apretadores”, “discutidores”, “compradores” y “banqueros”.

A la oposición liberal sólo le quedó realizar una manifestación frente al periódico *El Progreso*, atrincherándose “detrás de las montañas de tierra de un edificio en construcción, y combatir a pedradas con la policía”, es decir, poco más o menos lo que había podido hacer en 1840 o 1845. Luego del triunfo de Montt se inició en el norte y el sur el vasto levantamiento que encabezó el general Cruz y que culminó con su derrota en Loncomilla. Durante esos agitados días nada ocurrió en Santiago, celosamente vigilada por la policía, y muchos de los jefes igualitarios y liberales prefirieron trasladarse a otros lugares para desarrollar su acción. Así culminó esta experiencia, la primera de importancia, de convocatoria política del artesanado santiaguino.

LOS SECTORES POPULARES Y LA POLÍTICA

Estos episodios permiten sacar algunas conclusiones acerca de la vida política de la capital chilena y la acción de los grupos liberales. También, aunque en menor medida, sobre la historia de los sectores populares santiaguinos.

La creación de la Sociedad de la Igualdad marca una separación entre dos maneras de convocar a los sectores populares para dirimir conflictos políticos en el seno de la élite. Tradicionalmente, en los momentos de crisis alguno de los dos sectores convocaba al temido y despreciado populacho. Lo hacían generalmente quienes estaban en la oposición, y si tenían éxito se apresuraban a desprenderse de tan incómodos aliados. El periodo 1849-51, cuando se decidió la sucesión del general Bulnes, tuvo todos los ingredientes para estimular estas formas tradicionales de convocatoria.

Pero la apelación de 1850 fue distinta. En parte contribuyó a ello la experiencia de quienes advirtieron el desarrollo del artesano san-

tiaguino. Objetivamente, los artesanos eran más numerosos, se los encontraba en más lugares, suscitaban más comentarios y preocupaciones, mostraban más aristas conflictivas. Pero también influyó otra experiencia de naturaleza más ideológica: el impacto del proceso revolucionario europeo, en cuya vanguardia siempre podía encontrarse a los herederos de los míticos *sans culottes* transformados en los más modernos trabajadores. Con él, la influencia de muchos escritores: románticos, republicanos, demócratas, socialistas, utópicos, cuyas ideas, rara vez leídas de primera mano, podían sin embargo encontrarse en la profusa literatura de divulgación que circulaba por las manos de cualquier joven ilustrado. Es difícil saber hasta qué punto esta experiencia intelectual aumentó, a los ojos de los jóvenes igualitarios, la visibilidad social y política de los artesanos.

La convocatoria de 1850 incluyó dos vetas diferentes, que acabaron mezclándose. La primera se inspiraba en el pensamiento social europeo de avanzada, aunque recogía motivos de la más tradicional Ilustración. A través de la Sociedad se pensaba realizar una lenta y paciente tarea de educación, en la que lo político era sólo una de las dimensiones. La segunda se vinculaba con necesidades más inmediatas: encontrar apoyos para jaquear a una facción adversa que, con el monopolio del poder, estaba asegurándose los beneficios de la sucesión. Esta segunda veta que suponía una cierta manipulación de la movilización popular, también reconocía precedentes europeos, como el reformismo británico de 1832 o la revolución parisina de 1830.

Así, el proceso político de esos años transformó la naturaleza de la Sociedad, convirtiéndola en el ariete de la oposición liberal que se adueñó de su dirección. A ella ingresaron todos los dirigentes opositores, quienes la utilizaron para reeditar en Santiago una *journée* parisina. Luego, el grupo dirigente se apartó cada vez más de las líneas originarias: jugó sus cartas a un “pronunciamiento” a la española, en el que la participación popular fue escasa e inútil, y luego las depositó en manos de un general conservador. Todo culminó en un fracaso inmediato pero dejó sus huellas. La escena política se hizo

más compleja que antes; por otra parte, y por caminos diversos, el advenimiento de Montt inició una larga transición, que dos décadas después llevaría a la presidencia a un liberal definido, Federico Errázuriz, cualquiera que sea el significado que tal denominación política tenga.

El episodio también dice algo, si no mucho, sobre la historia de los sectores populares santiaguinos. Los sucesos tienen un carácter menos épico que lo que la tradición ha presentado habitualmente. La Sociedad no movilizó a demasiados artesanos. Aunque no lo sabemos con seguridad, parece que quienes respondieron a la convocatoria se encontraban entre los grupos más rezagados y menos beneficiados con las transformaciones económicas generales, de modo que su participación pudo haber expresado algún tipo de disconformismo generado en esa situación. Pero no se manifestaron ni objetivos propios ni formas autónomas de organización. Más aún, la Sociedad no pudo romper las formas tradicionales de encuadramiento: los artesanos respondieron en buena medida a la convocatoria a la Guardia Cívica y participaron en la represión de los igualitarios.

Y sin embargo, este movimiento ocupa legítimamente un lugar en la historia, fragmentaria y discontinua, de unos sectores populares que medio siglo después serían protagonistas principales de las luchas sociales y políticas de Santiago y de Chile. Algunos de los artesanos que hicieron sus primeras experiencias en la Sociedad aparecen, en las décadas siguientes, animando los movimientos mutualistas, antecesores de las formas más modernas de sindicalismo. Pero sobre todo, la experiencia de la Sociedad pasó a convertirse en algo así como la piedra inicial de una historia, más mítica que real, de estos sectores. En ella, lo real se combinó con lo imaginado, aprovechando episodios realmente ocurridos con otros que forjaron *a posteriori* sus protagonistas y otros proyectados por quienes se sentían sus sucesores. La validez de estas tradiciones no tiene necesariamente que ver con la opinión de los especialistas acerca de su veracidad, pero establecer qué hay de cierto y qué hay de mítico en ellas —como se trató de hacer en estas páginas—, ayuda a entender los aspectos más

específicamente ideológicos a través de los cuales los sectores populares van construyendo su identidad.

NOTAS

- ¹ Marcial González, “Situación económica”, *Revista de Santiago* I 1848, p. 36.
- ² Domingo F. Sarmiento, “Las maderas”, *Obras Completas*, X, Santiago, 1887, p. 190.
- ³ James M. Gilliss, *The U.S. Astronomical Expedition to Southern Hemisphere during the years 1849. 1850. 1851 and '852*, vol. I: Chile. Washington, 1855, p. 214. Sarmiento. “Santiago”, *El Progreso*, 19 de diciembre de 1842.
- ⁴ Gilliss, *Chile*, p. 219.
- ⁵ Sarmiento, “El salario”, *Obras*, X, p. 232; “El crédito en manos del pueblo”, *El Comercio de Valparaíso*, 12 de enero de 1849; “Las válvulas de seguridad”, *Ibidem*. 19 de febrero de 1849.
- ⁶ Richard Longeville Vowell, “Campañas y cruceros en Venezuela y Nueva Granada y en el océano Pacífico, de 1817 a 1830”, en J. T. Medina y G. Feliú Cruz, *Viajes relativos a Chile*, IV, Santiago, 1962, p. 261.
- ⁷ Diego Barros Arana, “Un decenio en la historia de Chile, 1840-1851”, *Obras completas*, XTV, Santiago, 1913, pp. 99-100.
- ⁸ En *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana, doña Francisca es lectora de George Sand y entusiasta feminista; el joven Felipe Solama incluye en su lenguaje algo oscuro expresiones como “democracia”, “almas huérfanas” o “ciudadanos”.
- ⁹ Barros Arana. “Un decenio...”, pp. 81-90.
- ¹⁰ La afirmación corresponde a uno de sus más jóvenes y activos miembros, Benjamín Vicuña Mackenna, en su *Historia de la jornada del 10 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*, Santiago, 1878.
- ¹¹ *Artículos de El Comercio de Valparaíso a propósito de la Revolución Francesa de 1848*. Valparaíso, 1848.
- ¹² *El Comercio de Valparaíso*. 2 de mayo de 1849.
- ¹³ Los testimonios referidos a la Sociedad de la Igualdad son escasos. Una de las fuentes principales es el folleto *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*, Santiago, 1850, escrito por uno de sus principales miembros, el músico José Zapiola, quien firmó con las iniciales E. A. La otra fuente importante es la citada *Historia de la jornada del 10 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*, de Vicuña Mackenna. La obra

fue escrita en 1878 y el historiador analiza los hechos de los que participó, con una perspectiva influida por los años transcurridos. Muchas de sus apreciaciones contrastan con las de su *Diario*, escrito entre 1850 y 1851, que usó como base para su historia. Cf. “Diario de don Benjamín Vicuña Mackenna desde el 28 de octubre de 1850 hasta el 15 de abril de 1851”, en *Revista Chilena de Geografía e Historia*, I, 2 a 4, Santiago, 1911. También es de interés el “Diario de don José Victorino Lastarria desde junio de 1849 hasta marzo de 1852”, en *Revista Chilena*, I, 1 y 2, Santiago, 1917-1918.

- ¹⁴ Barros Arana, “Un decenio...”, XV, 383.
- ¹⁵ Sobre el movimiento de San Felipe escribió Vicuña Mackenna: “Existe en la clase obrera (de San Felipe) cierto poderoso y noble núcleo de unión, cuyo centro era, no el taller sino las cuadradas de sus compañías en los cuarteles de la guardia nacional. Los artesanos de más valor eran las ‘clases’ del batallón cívico de San Felipe”, *Historia*, p. 249.
- ¹⁶ *Ibidem*, p. 249.
- ¹⁷ En los levantamientos de Concepción y La Serena—afirmaba Arcos— los pobres se habían movilizado por los jefes tradicionales, con consignas y métodos tradicionales: “los soldados que pelearon en Loncomilla pelearon por el patrón Bulnes o por el patrón Cruz, pelearon por la comida, vestuario y paga”. Santiago Arcos, “Carta a Francisco Bilbao”, en Gabriel Sanhueza, *Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956.
- ¹⁸ Los puntos eran “Reconocer la independencia de la razón como autoridad de autoridades. Profesar el principio del deber y el amor como vida moral.” Posteriormente Bilbao volvió a insistir en sus ideas religiosas, publicando los polémicos *Boletines del Espíritu*.
- ¹⁹ Los textos de este periódico están tomados de Julio Cesar Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad. Un socialista utopista chileno*, Santiago, Editorial Cultura, 1942, p. 121. El artículo parece haber sido escrito por Arcos. En todo el texto, el único sinónimo de “pueblo” que se emplea es “artesano”.
- ²⁰ Ni siquiera recoge los proyectos, vagos y poco coherentes, que en alguna ocasión se discutieron en las reuniones de la Sociedad—baños públicos, escuelas gratuitas, un Montepío— y su preocupación se limita a señalar el impulso que el consumo de productos importados recibiría merced a la reforma agraria.
- ²¹ “Era un espectáculo hermoso el que presentaban aquellos vastos salones, llenos de hombres que acababan de salir de sus trabajos y en lugar de ir a pasar el tiempo en la ociosidad o de un modo aún más perni-

cioso, lo consagraban al cultivo de su inteligencia con una atención y esmero que enternecía a los espectadores. Muchas veces nos preguntamos: ¿dónde pasan este tiempo *ahora* gran parte de estos hombres? La respuesta es desconsoladora para nosotros, pero debe llenar de regocijo a los enemigos del pueblo, a los hombres que el año 46 costeaban casas, donde se repartía gratis toda clase de licores exquisitos con el único objeto de corromper a la clase obrera”. Zapiola, *La Sociedad*, p. 29.

²² Lastarria, *Diario*, II, p. 215.

²³ Así ocurrió en agosto, al discutirse en la Cámara un incidente ocurrido en San Felipe entre el intendente y un grupo de Igualitarios. Los miembros de la Sociedad acudieron en grupo a las sesiones haciendo notar ruidosamente su presencia. Por entonces, el vocero de la Sociedad había adoptado el nombre de *La Barra*.

²⁴ “Vio entonces el pacífico ciudadano tornarse en foro de acalorados debates a su estrado, abrazaron los hermanos diversos bandos los unos de los otros; hijos rebeldes desobedecieron la voluntad de sus padres, y turbó la saña política la paz de gran número de familias. En 1850, y después en 1851, no hubo tal vez una sola casa en Chile donde no resonara la descompuesta voz de las discusiones políticas, ni una sola persona que no se apasionara por alguno de los bandos que nos dividieron”. Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*, Santiago, Zig Zag, 1965, p. 58.

²⁵ Los textos de *La Barra* están tomados de Vicuña Mackenna, *Historia*.

²⁶ Según un personaje de *Martín Rivas*, la Sociedad de la Igualdad es “una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestras fortunas”; su peor culpa es “estar enseñando a ser caballeros a esa pandilla de rotos”. Alguien le replica: “¡Pero si son tan ciudadanos como nosotros! ... Sí —responde—. Pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos”. Blest Gana, *Martín Rivas*, p. 34.

²⁷ Según Gilliss, “un club compuesto de artesanos y rotos, encabezado por unos pocos individuos de la mejor clase, se ha reunido... según decían, para cambiar ideas sobre la igualdad de derechos o el socialismo, pero en realidad tomaban medidas para derribar el gobierno legal... Los jefes de los igualitarios (socialistas) eran hombres relacionados con familias de la más alta situación”. *Chile*, p. 478.

²⁸ El periódico opositor *El Comercio de Valparaíso* comentaba: “Cuando subió últimamente al gobierno el círculo Montt con el apoyo de numerosos clubes, podía reunir en la plazuela de la Moneda procesiones de 500 ciudadanos, Hoy, al frente de los 300 hombres del Club de la Igualdad, el Partido Conservador no puede reunir ni media docena de votos”. 4 de noviembre de 1850.

- ²⁹ Vicuña Mackenna, *Historia*, p. 139. Abel Valdés A., “El asalto a la Sociedad de la Igualdad en 1850”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, II6, Santiago, 1950.
- ³⁰ “Imitando ejemplos recientes de otros países, se creó y organizó un club bajo el nombre de Sociedad de la Igualdad... En las reuniones de esos clubes se hacen predicaciones subversivas y se explota la ignorancia y las malas pasiones de la clase poco acomodada. Los sufrimientos inseparables de quienes viven del trabajo de sus manos ... se han exacerbado para perturbar los espíritus e incitar a otros con palabras fascinadoras, con promesas irrealizables, se ha tratado de despertar preveniciones odiosas y preparar los ánimos para llevar a la práctica la insurrección que la prensa predica y aconseja”. Texto del decreto de disolución de la Sociedad de la “Igualdad e implantación del estado de sitio. *El Comercio de Valparaíso*, 13 de noviembre de 1850.
- ³¹ “Habíase prometido (a Urriola) el consenso universal del pueblo de Santiago (esa entidad que nunca había sido definida) y especialmente la cooperación eficaz, animada y resuelta de los eternos ‘cinco mil igualitarios’, pesadilla de la Moneda y frase que la prensa de uno y otro partido había estereotipado... El pueblo y la Sociedad de la Igualdad en armas iban, en consecuencia, a ser las bases, la bandera, la cúspide de la revolución, o para ser más explícitos, la revolución misma”. Vicuña Mackenna, *Historia*, p. 456.
- ³² “Desde luego advertí que aquel movimiento estaba mal dirigido, que no llevaba trazas de acuerdo y que el pueblo no acudía al toque de rebato ni le prestaba apoyo. El pueblo, consecuente a su imbecilidad, se había dirigido a los cuarteles y de allí era conducido a la Moneda en auxilio del gobierno”. Lastarria, *Diario*, p. 316.

IV

Rotos y gañanes

A mediados de la década de 1840 un testigo excepcional, Domingo Faustino Sarmiento, señaló los primeros indicios del crecimiento de Santiago, su relación con las migraciones rurales y la formación de un amplio sector de “rotos rasos”. En las décadas siguientes las implicaciones sociales de este crecimiento fueron imponiéndose en la conciencia de la élite santiaguina, así como la progresiva escisión entre las dos sociedades, antaño integradas: la de la ciudad “propia, cristiana y opulenta”, y la de los arrabales populares, “suerte de Cairo infecto”, según la expresiva caracterización del intendente Benjamín Vicuña Mackenna.

Dos imágenes, tan fuertes que se prolongan hasta hoy, dominaron la caracterización de estos sectores. Por una parte, era el mundo de los “rotos”, el de ño Cámara y la casi tan mítica Antonia Tapia, el reducto de las formas criollas de convivencia, que aflora en las chinganas o en los festejos del Dieciocho; en fin, la contracara plebeya de la sociedad patricia cuyas armonías y conflictos percibía agudamente Sarmiento. Por otra, el mundo de los pobres, hacinados en rancheríos o conventillos, víctimas de la viruela o el tifus, inermes espectadores de la muerte de sus párvulos, fuente de la prostitución o la mendicidad, *summmum* de la desmoralización y objeto de las sociedades filantrópicas y cristianas, tal como aparecen en la vasta literatura de la “cuestión social”. Una tercera imagen surgirá de allí: la de los trabajadores, agremiados y politizados, galvanizados por el socialismo o el anarquismo y lanzados a la lucha por sus reivindicaciones.

Es difícil conectar estas imágenes. Conocemos relativamente bien el mundo de la pobreza de las décadas finales del siglo pasado pero sabe-

mos muy poco de ellos mismos en cuanto trabajadores, fuera de que, como en la mayoría de las ciudades hispanoamericanas, integraron el vasto contingente de población subocupada y mal paga, poseedora de habilidades laborales mínimas y muy generales. Casi podría decirse que constituyen una suerte de agujero negro en el conocimiento. Hay, por una parte, una amplia literatura acerca del mundo rural, los inquilinos, los peones y los terratenientes, sus relaciones en el marco de las haciendas y las causas de su emigración a la ciudad o al norte.¹ Más recientemente se ha insistido en los elementos de atracción por parte de ciudades de actividad económica expansiva: se ha señalado el peso de la obra pública, de la construcción privada, de las nuevas industrias, pero no se ha estudiado particularmente el problema de la mano de obra.² Se ha estudiado bastante a los artesanos y también a los obreros industriales³; pero no se ha indagado sobre la masa de trabajadores no calificados que poblaban la ciudad. Más aún, podría decirse que este vacío de conocimiento prolonga el silencio de las fuentes más conocidas e inclusive el de los censos: la mayoría de estos trabajadores aparecen subsumidos en la omnicompreensiva categoría de gañanes. Dos trabajos más recientes han avanzado de manera incisiva sobre el tema. Ann H. Johnson esclarece ampliamente el asunto de las migraciones internas y Gabriel Salazar incluye el mundo de los trabajadores urbanos no calificados en un cuadro más vasto de formación del proletariado chileno.⁴

Se intentará aquí caracterizar ese sector, constituido a la par del crecimiento de Santiago, de trabajadores no calificados, de empleo inestable, con frecuencia subocupados, que se prolonga sin una ruptura categórica tanto en el mundo de los trabajadores especializados (que no lo son tanto como para formar un mundo definitivamente apartado) cuanto con el de la pobreza marginal, la prostitución, la delincuencia. Fueron llamados rotos, gañanes o simplemente pobres, sin que las tres denominaciones se superpusieran con exactitud. Dominaron ampliamente el mundo del trabajo, en el período que se abre quizás hacia los años cuarenta con los primeros signos del crecimiento de la ciudad y se cierra de modo más impreciso hacia finales de siglo. Por entonces, como ha mostrado De Shazo, se ha constituido un

sector industrial significativo, de pequeños talleres y grandes establecimientos, cuya presencia cambia los datos del problema, no sólo en cuanto a la dimensión ocupacional sino, más en general, en cuanto a las características de los sectores populares como sujeto social. La segunda mitad del siglo pasado parece un momento adecuado para estudiar a estos sectores antes de que los cambios derivados de la presencia del nuevo sector industrial incidan fuertemente en ellos.

En primer lugar, se tratará de puntualizar la relación entre ese sector y los movimientos migratorios, así como su ubicación en la estructura ocupacional urbana. Luego, se procurará reconstruir sus características como trabajadores, destacando particularmente el problema de la circulación en los empleos. En tercer lugar, se mostrará que esta circulación generó, hacia la década de 1870, nuevas respuestas y actitudes por parte de la élite, que conllevaron la formación de una nueva imagen de los trabajadores. Finalmente, se plantearán algunas ideas sobre la posible incidencia de esta situación entre los propios trabajadores, sus hábitos y actitudes.

MIGRACIONES Y POBLACIÓN URBANA

Pese a que los contemporáneos se sintieron tempranamente impresionados por los migrantes rurales que se amontonaban en los nuevos suburbios, el crecimiento de la población de Santiago, aunque mayor que el de la mayoría de las capitales hispanoamericanas, fue al principio inferior al de otras ciudades chilenas. Hasta 1854 fue inferior, incluso, al de la población total del país; luego de esa fecha superó esas tasas, pero permaneció por debajo de las de la población urbana, manteniéndose esa situación hasta 1885. Por entonces, las ciudades que más crecieron fueron Concepción, Valparaíso y muchos centros provinciales de tamaño intermedio. A partir de los datos de 1885, se manifiesta el fuerte crecimiento que convertirá en el siglo XX a la capital en una gran ciudad metropolitana.

La evolución de la población santiaguina guarda una relación bastante estrecha con la de la zona rural aledaña: el departamento de Santiago

y la provincia del mismo nombre. Hasta 1875 la ciudad parece haber tomado más población de la zona rural más próxima, como indica la fuerte pérdida del departamento, mientras que la provincia retuvo población, probablemente tanto en áreas rurales como en otros centros urbanos y aldeas. Desde 1875 también la población de la provincia disminuyó, en parte en beneficio de la capital, al tiempo que empezó a absorber población extraprovincial, de origen más distante, que también en parte, al menos, contribuyó al crecimiento de Santiago.⁵

La composición por sexo y edad de la población de Santiago y de la rural vecina ilustra sobre algunas de las características de estos movimientos⁶. En primer lugar, existe un desbalance, fuerte y permanente, entre mujeres y hombres: desde los primeros datos disponibles (1836) la tasa de masculinidad en la capital ronda el 80%, y es inversa en las zonas vecinas, lo que sugiere una migración permanentemente mayor de mujeres que de hombres. Por otra parte, en la población rural se observa un mayor peso de niños y ancianos, y de personas en edades activas en la ciudad; esta situación, que tiende a disminuir, sugiere que la ciudad absorbe principalmente trabajadores jóvenes del campo, aunque en la última década la movilización parece ser general.⁷ Esto aparece muy claro en el caso de las mujeres; entre los varones, las diferencias en las edades activas son sólo levemente superiores en la ciudad, y se estrechan de manera visible hacia 1895.

Cuadro N° I. Población de Santiago. Tasas anuales de crecimiento de Santiago, Población urbana y población total de Chile

	Población de Santiago	Tasas anuales de crecimiento %		
		Población Santiago	Población urbana	Población de Chile
1836				
1854	c. 90.000	1,0		
1865	120.047	2,6	2,2	
1875	149.395	2,2	1,3	3,4
1885	186.710	2,3	2,0	3,9
1895	262.303	3,5	0,6	1,4
1907	332.724	2,0	1,6	1,2

Fuentes: censos de población.

Sobre la población de Santiago, ver notas I5 y I6.

En suma, la población santiaguina tiene, como muchas en su época, una base muy ancha, propia de una población joven y con una natalidad vigorosa (aunque pronto erosionada por una fuerte mortalidad). Se ensancha en las edades medias, particularmente entre los 15-24 años, y de forma mucho más ostensible entre las mujeres. El predominio de las mujeres se mantiene en las edades de la ancianidad.

El crecimiento de Santiago está ligado en forma estrecha a los movimientos demográficos del Valle Central. La población creció allí en forma sostenida desde fines del siglo XVIII: en 1865 se ubicaba en sus zonas rurales más del 50% de la población de Chile, y si se suma la urbana correspondiente, la proporción casi alcanza el 70%.⁸ El crecimiento vegetativo de la población es alto (un 2% anual) y los nuevos grupos de población pueden asentarse en tierras libres, ya sea como campesinos en pequeñas parcelas en los bordes de las fincas, como inquilinos o también como trabajadores ocasionales alojados por éstos⁹. Ello configura una masa de población móvil, pero que circula dentro de un radio limitado: en los meses de demanda máxima busca trabajo en la cosecha e incluye en su itinerario las aldeas y ciudades.

Cuadro N° 2. Distribución de la población por sexo y grandes grupos de edad. Santiago y depto. de Santiago (excluida la ciudad). 1865 y 1895

		Edad			1865			1895		
		Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total			
Ciudad de Santiago	0-14	15,8	16,6	32,3	16,2	17,6	33,8			
	15-24	9,9	12,3	22,2	9,8	12,3	22,1			
	25-50	15,6	19,6	35,2	15,0	20,0	35,0			
	50 y más	4,0	6,3	10,3	3,5	5,6	9,1			
	Total	45,3	54,7	100,0	45,5	55,5	100,0			
Depto. de Santiago (excl. ciudad)	0-14	19,1	17,9	37,0	18,0	18,3	36,3			
	15-24	10,4	9,5	19,9	10,7	9,4	20,1			
	25-50	15,3	13,3	28,6	17,9	15,5	33,4			
	50 y más	5,1	9,4	14,5	6,4	3,8	10,2			
	Total	49,9	50,1	100,0	53,0	47,0	100,0			

Fuente: censos de población.

Este crecimiento culmina hacia la década de 1860, cuando se completa la llamada saturación del Valle Central, y comienza lentamente el movimiento inverso. Esto se relaciona con el aumento demográfico, pero también con la reducción de las tierras libres donde los nuevos contingentes de población puedan instalarse. Según señala Bauer, antes que reflejar un congelamiento de la situación rural, esto es la paradójica consecuencia del desarrollo de la agricultura comercial, que torna valiosas las tierras hasta entonces poco apreciadas y que, en alguna medida, estimula la racionalización en el uso de la mano de obra, tornando innecesaria una reserva tan abundante.

Esto ocurre en momentos en que surgen nuevos puntos de demanda de mano de obra: ferrocarriles, obras públicas, construcción y otras actividades urbanas. Así, la movilización de los trabajadores rurales comienza por una ampliación de los circuitos ya recorridos, que incluyen —junto a las aldeas cercanas— a las ciudades, como Santiago, donde mantienen la práctica del trabajo estacional. Desde 1880 el mercado de trabajo se estabiliza. Las haciendas tienden a fijar la mano de obra necesaria, como inquilinos o peones inquilinos. Es significativo que el Censo de 1885 señale que, por primera vez, la población rural sin hogar no es un obstáculo serio para los censistas. Se reduce la masa de los trabajadores flotantes (que pueden hilvanar trabajos urbano-rurales cercanos), se desinflan las aldeas y ciudades menores y la inmigración se dirige, definitivamente, al Norte Grande, al Sur y a las grandes ciudades como Santiago. Las cifras de Hurtado son expresivas: la población rural del Valle Central es en 1895 casi igual en números absolutos a la de 1865, y representa sólo un 37% de la población de Chile. Una cantidad de personas, aproximadamente equivalente a su crecimiento vegetativo, ha abandonado el Valle Central¹⁰.

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL

¿Encuentran trabajo los hombres y mujeres que emigran a Santiago? La pregunta, que se relaciona con las grandes explicaciones ensayadas para la cuestión de las migraciones (los factores de expulsión o de

atracción), no tiene, desde el punto de vista del análisis histórico, una respuesta fácil ni tampoco única. Los datos censales, pese a todas sus limitaciones, permiten trazar algunos parámetros muy gruesos acerca de la población potencialmente activa y ocupada y también sobre los cambios en la distribución del empleo.¹¹

Cuadro N° 3. Tasas de crecimiento por sexo de la población, la población potencialmente activa (PPA) y la ocupada (POc) del depto. de Santiago, la ciudad y el depto. excluida la ciudad, 1865-1895

	Departamento			Santiago			Depto. exc. Stgo.		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Total	2,0	2,2	2,1	2,6	2,7	2,6	0,2	-0,3	-0,1
PPA	2,0	2,0	2,0	2,5	2,6	2,6	0,4	-0,4	0,0
POc	2,3	1,9	2,1	s/d			s/d		

Fuente: censos de población. Ver nota II.

Cuadro N° 4. Participación de la población potencialmente activa (PPA) en el total de la población en el depto. de Santiago, la ciudad de Santiago y el depto. excluida la ciudad. Participación de la población ocupada (POc) en el total de la población potencialmente activa en el depto. de Santiago (en porcentajes), 1865 y 1895

		1865			1895		
		H	M	Total	H	M	Total
Departamento	PPA/total	64,0	70,1	67,2	64,1	67,2	65,7
	POc/total	78,6	38,5	56,6	85,6	37,0	58,8
Ciudad	PPA/total	65,1	69,8	67,7	63,6	68,1	66,1
Depto. excluida ciudad	PPA/total	61,8	64,3	63,0	65,9	61,1	63,7

Fuente: censos de población. Ver nota II.

Entre 1865 y 1895 se observa en Santiago una leve declinación proporcional de los hombres en edades activas, y consecuentemente un aumento de los niños, y por otro lado un aumento, de magnitud no determinada, de los hombres ocupados¹². Aunque imprecisa, esta imagen difiere de la tradicional de masas subocupadas y fortalece

aquella otra que enfatiza la expansión urbana y los factores de atracción, aunque ciertamente nada dice de la cuestión de la ocupación temporaria.

Entre las mujeres el panorama es distinto. Se advierte claramente que la zona rural continúa expulsando mujeres en edades activas; la ciudad absorbe todo el crecimiento vegetativo de la zona aledaña y la incorporación de otros contingentes, con mayor proporción de niñas, hace disminuir levemente la presencia total de las mujeres activas en la ciudad y se reduce la diferencia, al principio bastante marcada, con los hombres. Igualmente clara es la disminución de las mujeres que declaran ocupación, y la diferencia en este aspecto, respecto de la población masculina, es marcada; la oferta de empleos femeninos en la ciudad es globalmente estática y crece menos que la población.

Las cifras de los censos intermedios revelan un fuerte aumento en la ocupación, de manera muy particular entre las mujeres (tan alto que quizás incluya algún error, especialmente en las costureras). Puede ser que esto se relacione con los ciclos expansivos que culminan, respectivamente, en 1873 y 1890 y que son registrados, en diferente medida, por los censos de 1875 y 1885. La imagen de la población de la ciudad en 1895 comienza a parecerse a la de las metrópolis de crecimiento acelerado: los niños aumentan de manera más rápida que los adultos; los potencialmente activos más que los ocupados, y ambas cosas de modo más marcado entre las mujeres que entre los hombres. La ciudad, receptora de inmigrantes expulsados de distintas áreas —y ya también de lugares lejanos de la capital—, no puede dar ocupación a todos los que llegan a ella, y en especial a las mujeres.

¿En qué trabajan los ocupados? En treinta años la estructura ocupacional muestra cambios significativos, que reflejan el crecimiento urbano, la diversificación de actividades y, en general, la expansión y diversificación de la estructura económica de la ciudad y del país. El sentido de estos cambios es diverso según el tipo de trabajadores, pues en algunos casos está clara la dimensión de la atracción

de trabajadores a actividades expansivas; por otra parte se reducen drásticamente algunas actividades tradicionales, significativas como fuente de empleo.

Según los datos de 1865, las tres cuartas partes del empleo estaban distribuidas en tres grandes sectores: actividades artesanales, servicio doméstico y gañanes (luego se analizará el significado de esta categoría). Estas dos últimas, típicamente no especializadas, cubren la mitad del empleo. La proporción es mucho más alta entre las mujeres, concentradas entre el servicio doméstico y algunas artesanías.

Cuadro N° 5. Distribución porcentual de la población ocupada por grandes sectores, depto. de Santiago, 1865-1895, y tasa de crecimiento, 1865-1895

	1865			1895			Tasa crecim. 1865-95
	H	M	T	H	M	T	
Activ. primarias	5,1		5,1	5,5	0,2	5,7	2,4
Artes, e industria	15,4	12,9	28,3	19,3	9,4	28,8	2,2
Comercio	6,9	1,1	8,0	10,6	2,0	12,6	3,7
Transp. y comunic	1,4	–	1,4	2,7	–	2,7	4,4
Servicios	7,5	0,7	8,2	12,9	2,2	15,0	4,2
Serv. doméstico	5,0	22,6	27,6	3,0	20,9	23,9	1,6
Gañanes	21,3	–	21,3	11,2	–	11,2	0,0
Total	62,6	36,6	100	65,2	34,7	100	2,1

Treinta años después, domésticos y gañanes reducen fuertemente su participación (17 puntos del total), mientras que las actividades artesanales manufactureras mantienen una posición estable. El servicio doméstico –mayoritariamente femenino, aunque con una participación no despreciable de hombres– declina algo en su posición, mientras los gañanes retroceden notablemente. Crecen en cambio actividades especializadas y, en general, más modernas, como el comercio, servicios varios, transporte y comunicaciones. Entre los empleados particulares y de comercio se registra una creciente participación de mujeres, al tiempo que declina su presencia en actividades artesanales tradicionales, como el tejido. La estabilidad del sector manufacturero incluye una importante transformación –la maduración de la producción artesanal y el inicio de la producción

fabril (no registrado cabalmente en estas cifras)—, lo que supuso un importante aumento del empleo masculino.

Para evaluar más cabalmente estos cambios es necesario observar en detalle las principales actividades que emplean trabajadores no calificados.¹³ En primer lugar el servicio doméstico, que incluye casi un 30% de los ocupados, y 2/3 partes de las mujeres que trabajan. A diferencia de lo que pueda observarse en otras ciudades en esa época,¹⁴ no hay aquí una tendencia clara y definida a la reducción: a la leve caída de 1895 seguirá una recuperación en el censo siguiente de 1907. En parte, esto se debe al sostenido aumento de la demanda, tanto por la expansión de la élite cuanto por la más lenta expansión de las capas medias: quienes querían ostentar un mínimo de decencia debían tener uno o dos sirvientes. Sobre todo, se debe a la amplitud de la oferta, por la fuerte migración de mujeres sin muchas otras alternativas de trabajo, aunque el servicio doméstico está lejos de poder absorber toda la inmigración femenina.¹⁵ En parte, ambas tendencias empezaron a ser contrarrestadas por nuevas posibilidades laborales, especialmente para los hombres (de ahí la fuerte reducción), aunque también para las mujeres, que pueden emplearse por ejemplo como “conductoras” de los carros urbanos o empleadas de comercio. Dos cambios se observan en la composición del sector: el desarrollo de un grupo especializado (cocineros, mayordomos) y el crecimiento de los servicios externos (lavado, planchado, costura a domicilio), que suponen una relación laboral bastante diferente.

Entre los hombres, las principales fuentes de empleo son la construcción y las obras públicas. Es muy difícil determinar el número de personas ocupadas en ellas. La actividad está sujeta a fuertes fluctuaciones, que acompañan en general los ciclos de prosperidad o retracción económica, pero sobre todo, en lo que hace al Estado, las de la balanza comercial y de pagos.¹⁶ Así, en la década de 1850 las inversiones urbanas fueron escasas —sólo algunos edificios—, aunque el Estado capitalizó los años de bonanza construyendo canales, ferrocarriles y caminos rurales. En los sesenta se emprendieron tareas mayores —la Universidad, el Mercado Central, agua potable,

iluminación— que culminaron en el período 1870-75, de intensísima actividad, que incluyó toda la obra de remodelación de Vicuña Mackenna. También fue muy importante la construcción privada: el ostentoso barrio del sudoeste o los palacios y portales del centro, y también la vivienda popular, cuyo auge está testimoniado por el desarrollo de las poblaciones periféricas. Según anota Tornero, entre 1870 y 1872 se construyeron 1.000 nuevas viviendas, que se sumaban a las 7.000 ya existentes.¹⁷ Estos ciclos estuvieron cortados por las crisis económicas como las de 1849-51, 1859-61, 1867 y 1875-79. La expansión de los ochenta culmina en la época de Balmaceda, con la cima más alta de la obra pública, interrumpida en 1891 por la guerra civil y la crisis. Los períodos de expansión significaron naturalmente gran aumento del empleo y los de crisis provocaban una inmediata desocupación.

La expansión fue modificando la organización de las actividades. En la construcción, el trabajo más bien artesanal del maestro albañil, sus oficiales y peones, fue dejando paso a organizaciones más complejas, de empresarios de la construcción (así figuran en el censo, junto con muchos “arquitectos”) y contratistas, que trabajan tanto para clientes privados como para el gobierno. Por otra parte, se desarrolló e hizo más complejo el sector especializado de la construcción, registrado minuciosamente por el censo.

El del transporte es también otro ámbito en expansión. En treinta años los cocheros pasaron de 400 a 1.200. Esto incluye a los domésticos, que aumentan con el uso generalizado de carruajes, a los que conducen coches de alquiler, propiedad de pequeños empresarios, y los de los Carros Urbanos. Esta empresa llegó a tener hacia 1890 unos doscientos carros, que ocupaban conductor, guarda (generalmente mujer) y mayoral, amén del personal de mantenimiento. Los carretoneros también se multiplicaron: según el censo (que los subvalúa), pasaron de 400 a 1.000. Los vehículos eran empleados en múltiples usos: llevar y traer carga a las estaciones ferroviarias (el ferrocarril multiplica su uso), repartir cerveza o pan (había 200 de los panaderos), recoger la basura de las calles y acequias (la Muni-

cipalidad empleaba hasta 200) y muchos usos más. El número de arrieros y carreteros que llegan del campo aumenta con el desarrollo del consumo urbano de alimentos; con ellos viene un séquito de boyeros, picadores y otros, que integran la población fluctuante entre el campo y la ciudad. Aunque los trabajadores ferroviarios —estables y calificados— no integran este mundo, las estaciones son punto de reunión de peones, changadores o carreros.

El abasto de la ciudad, que da vida a la Plaza y luego a la Vega, se prolonga en multitud de vendedores ambulantes de fruta, verdura o carne. A veces son repartidores, otras habilitados y algunos comerciantes ínfimos por cuenta propia. Junto a ellos, quienes elaboran alimentos: amasanderas, empanaderas y tantas otras cocinerías. Difícilmente cuantificable, se trata de un sector cuya densidad, a juzgar por los testigos, no cede. Si bien su expansión se relaciona con la fuerte migración, pues es una actividad adecuada para quien no tiene nada mejor que hacer, no puede desconocerse que ciertos aspectos del crecimiento urbano estimulan su crecimiento: el aumento mismo de la población popular, la circulación entre ocupaciones y la estrechez de la vida del rancho o el conventillo, que estimula a comer en la calle, o la distancia de los mercados, que hace útil al vendedor ambulante.

Los trabajadores no calificados aparecen en otros sectores de la ocupación menos esperados, como la policía de aseo o la de seguridad, y también en el sector artesanal manufacturero, que hacia el final del período comienza a incluir a un sector de trabajadores inestables y no calificados. Los talleres artesanales crecen sostenidamente desde mediados de siglo; hacia mediados de la década del setenta —punto culminante de un largo ciclo expansivo— se los encuentra en ese estado de madurez que se advierte en las páginas de *La Industria Nacional*. Debe distinguirse del conjunto de estos trabajadores a las casi 7.000 costureras, entre las que quizás haya muchas escasamente especializadas y ocasionales. También es probable que los talleres emplearan, en alguna medida, peones para limpieza y acarreo, pero su significación no debe de haber sido mayor. Desde mediados de la

década del setenta comienzan a aparecer establecimientos fabriles de alguna importancia, que crecen considerablemente después de 1880, de modo que hacia 1895 ya hay constituido un grupo de fábricas de magnitud. Además de los trabajadores específicamente fabriles, empieza a emplearse allí un número importante de trabajadores no calificados, a menudo mujeres o incluso niños, para tareas de empaque y distribución. Así, las cerveceras, como Ebner o Gubler, emplean casi 800 personas, las fábricas de conservas tienen importantes requerimientos estacionales, mientras que las de galletitas (Ewing, Mac Kay) o la de fideos (Arancibia) requieren muchas empacadoras. La presencia de este sector indica los inicios de un cambio importante del trabajo no calificado que, junto con otros muchos elementos, permite pensar en una nueva etapa de la vida laboral de Santiago.¹⁸

ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD

En este recorrido por las principales actividades en que se concentran los trabajadores no calificados, ha quedado fuera la categoría censal más numerosa: los llamados gañanes. En 1865 uno de cada tres trabajadores varones se definía así. Desde entonces, y en los censos siguientes, su número se mantiene estable en torno de los 13.000 y consecuentemente su participación declina, de modo que en 1895 sólo uno de cada seis trabajadores varones está así definido.

Para los censistas, gañán es “el que se ocupa de toda clase de trabajo a jornal, sin residencia ni destino fijo”. Esta definición, tan poco precisa, obedece en parte a los criterios generales del censo en materia de ocupaciones,¹⁹ pero también a la característica principal de estos trabajadores, muy particularmente en las áreas urbanas: su gran movilidad locacional y ocupacional, manifiesta en su circulación por diversas actividades, tanto rurales como urbanas. Así, la categoría gañán se ubica en el centro de la masa de trabajadores no calificados que domina en la ciudad y que probablemente se prolongue, sin cortes categóricos, entre quienes figuran como domésticos, cocheros o albañiles. La cifra censal indica el mínimo pero no el máximo. Su reducción puede deberse a algunos procesos generales (como

el vaciamiento relativo del Valle Central, o la diversificación de la estructura productiva), pero también a un afinamiento del criterio de los censistas, o incluso al momento del año en que se levanta el censo.²⁰ Lo cierto es que los gañanes nos conducen al centro de nuestra pregunta —los trabajadores no calificados— y nos obligan a echar una mirada previa sobre el mundo rural.

¿Quiénes son los que emigran del campo a la ciudad? Tradicionalmente se ha discutido si eran inquilinos o peones.²¹ Tal como ha mostrado Bauer, no sólo la sociedad rural del Valle Central era más compleja que eso sino que las causas del proceso de migración, también complejas, deben buscarse en las formas de asentamiento durante el proceso que lleva a la saturación del Valle Central y en el impacto del desarrollo de la agricultura comercial. La absorción de población pasó por el crecimiento del sector de inquilinos minifundistas o inquilinos peones (un grupo intermedio entre los dos tradicionalmente señalados), así como por el de los allegados, instalados más o menos precariamente en las tierras de aquéllos. Ese equilibrio precario se rompe cuando se produce el desarrollo de la agricultura comercial: la apetencia de tierras antes no valoradas y “la tendencia del patrón a ser el trabajador único y universal de todo el fundo” llevaron al congelamiento o disminución del número de inquilinos y a la aparición de una masa de sin tierras que “son el excedente que el mal sistema de inquilinaje arroja”.²²

Cuando se acaban las posibilidades de fragmentación de la tierra familiar o de alojamiento de allegados, quienes sufren las consecuencias son las nuevas generaciones, ya sea de inquilinos o de peones-inquilinos, incapaces de reproducir la situación de sus padres.²³ La situación es mucho más dramática entre las mujeres, pues a su falta de lugar en tareas para las que sobran hombres se agrega la desaparición de las artesanías textiles tradicionales.²⁴ Así, el inmigrante típico no se define tanto por la posición que él o sus padres ocupan como inquilinos o peones cuanto por su edad y sexo: tal como lo confirman los datos de población de la ciudad, son los jóvenes, y sobre todo las mujeres, entre el comienzo de la edad laboral (10 a 15 años) y los 24 años

(para tomar los parámetros del censo). Ése es el momento en que los hombres jóvenes comienzan a “rodar tierras” y a elaborar una forma de comportamiento que tradicionalmente se había considerado atávica. Mientras la mujer se instala rápidamente en la ciudad, los hombres comienzan a deambular entre distintos empleos, rurales o urbanos, situación que reflejan los censistas y que constituye una de las claves de la existencia de los trabajadores no calificados.

Estos movimientos, que involucraban a trabajadores asentados en los bordes de los fundos, en aldeas y caseríos y en las ciudades, tienen su momento culminante durante la cosecha de verano. Claudio Gay, luego de clasificar los peones o gañanes entre “los que no se ocupan más que de los trabajos de la ciudad y de las chacras y los que se ocupan de los trabajos de las haciendas”, agrega en seguida: “Aunque con frecuencia pasan de las unas a las otras, sobre todo cuando llegan las épocas de la cosecha”.²⁵ Al concluir ésta, se inicia el reflujó a un núcleo de ocupaciones más problemáticas. Visto desde la ciudad, suele asociarse con preocupaciones por desórdenes y robos: “Parece que la falta de trabajo y la llegada de ciertas gentes después de sus correrías por las aldeas y campos nos han traído una plaga de aquellos malos ciudadanos cuyos audaces atentados se repiten en las calles más centrales”. El episodio corresponde al mes de junio, al iniciarse el receso invernal.²⁶ Pero la movilidad es más amplia que la marcada por el ciclo general. Falto de arraigo ocupacional, el gañán está presto a ir de aquí para allá, buscando un trabajo o una diversión, empujado por una enfermedad y aprovechando el ferrocarril para multiplicar su capacidad de movilización²⁷.

El ciclo rural movilizaba fundamentalmente a los trabajadores no calificados, pero también a mucha otra gente, tanto por la atracción de los salarios ofrecidos cuanto por la parálisis de las actividades urbanas. Los dueños de los fundos marchaban a vigilar la cosecha y sus familias a pasar el verano. Los hijos de los agricultores, que estudiaban en Santiago, eran retirados por sus padres en verano para que colaboraran. Gay indica que al comenzar el verano se mandaban mayordomos o empresarios, encargados de “separar a los obreros de

las ciudades para emplearlos en las labores del campo... y los artesanos abandonaban algunas veces sus talleres con sus mujeres e hijos, para dedicarse a un trabajo al que se hallan apenas acostumbrados.²⁸ Oferta y demanda, estacionalidad urbana y rural, contribuyeron a crear una pauta de vida de los trabajadores, reforzada por su escaso arraigo, que los hacía proclives al cambio de ubicación, aun ante incentivos no demasiado fuertes.

¿Cuánta gente atrae la cosecha y en qué momento? En el Valle Central la cosecha se desarrolla en forma escalonada, entre diciembre y marzo (con la viticultura se extendió un poco más). Dura en cada lugar unas tres semanas, siendo imperioso finalizarla en ese término. Bauer ha estimado que en los dos meses de demanda máxima (entre fines de diciembre y de febrero), se requieren unas 50.000 personas,²⁹ lo que supone movilizar, por un breve período, un fondo muy extenso de trabajadores que, junto con los residentes en Santiago, incluye a los inquilinos y a sus allegados, los pobladores de los caseríos periféricos de los fundos, los habitantes de aldeas y ciudades. Todos tienen como rasgo común la disponibilidad en el tiempo de la cosecha y una movilidad que no pasa necesariamente por Santiago³⁰.

Se trata de una masa laboral de reserva que es subutilizada, pese a que para los hacendados es “la época de los grandes apuros y de las grandes dificultades... cuando claman por la inmigración y por la abundancia de brazos, cuando se siente el peso de los altos jornales y... la obstinada ceguera que no ha permitido hacer adquisiciones de máquinas y herramientas...”³¹ Ann Johnson ha establecido que en 1874 se emplea en el Valle Central entre un 40 y un 60% de los jornaleros disponibles. La emigración femenina da cuenta precisamente de un reservorio de trabajo no utilizado. De modo que la escasez percibida, que da lugar a múltiples y reveladoras discusiones y que fundamenta toda una imagen del trabajador no calificado, tiene que ver, más que con una carencia absoluta, con la falta de trabajadores en los lugares y momentos adecuados, que son muy precisos debido a la premura de las tareas. Esta “anormalidad” del mercado de trabajo constituye una ventaja para los gañanes, que se transforma en

demanda y elevación de jornales.

La alternativa para estos trabajadores eran las obras públicas, habitualmente consideradas como competidoras por una mano de obra escasa y, por ende, responsables del alza de los salarios.³² La construcción de obras públicas tuvo dos cimas importantes: en 1870-73 y en 1887-90; fuera de esos momentos, lo verdaderamente significativo fue la construcción de ferrocarriles. El de Santiago a Valparaíso ocupa inicialmente, entre 1852 y 1855 (momento en que se paralizaron las obras), hasta 2.500 trabajadores. Entre 1861 y 1863 Meiggs empleó 2.000 al comienzo y 10.000 en la etapa final; luego, el requerimiento para mantenimiento y fin de la obra fue bastante menor: sólo eran unos 3.500 en 1865,³³ y luego esa cantidad seguramente disminuyó. En 1868 comienza la emigración de trabajadores al Perú (hecho, por otra parte, revelador de la sensibilidad al salario de estos trabajadores, habitualmente negada). Se ha estimado que entre 1867 y 1872 fueron al Perú unos 25.000 chilenos.³⁴

Los 10.000 trabajadores de 1861-63 representaban por lo menos un 20% de la mano de obra requerida en la temporada, y los 25.000 del Perú un 50%. Si tales cifras se tomaran literalmente, esto habría representado una catástrofe para los empleadores. Sin embargo, y más allá de las protestas y agitación, no tuvo consecuencia visible alguna en las tareas rurales.

La construcción ferroviaria no competía sino que se complementaba con las tareas agrícolas. Los trabajadores se reducían al mínimo en verano y se retomaban al terminar la cosecha; se trabajaba intensamente en otoño y primavera, y en noviembre ya decaía la actividad. Visto desde la perspectiva de los trabajadores, muchos se enganchaban en el ferrocarril al terminar la cosecha y volvían a ella en el verano siguiente. Sin cortar sus vínculos con el campo (en el medio podían incluso trabajar en sus pequeñas parcelas familiares) empalmaban las dos tareas, y eventualmente también otras. Los contratistas, por su parte, no intentaban competir —como lo muestran algunos datos de salarios, bastante dispersos pero relativamente equivalentes— y

aceptaban la reducción estival, manteniendo un equipo mínimo de trabajadores calificados.

Sumergido en este ciclo de actividades, el joven gañán enhebra distintas actividades, que lo llevan del campo a la aldea o a la capital provincial, la obra pública, quizás una mina del Norte Chico, y también a la gran ciudad, como Santiago, donde muchos un día recalán. Se trata de una imagen muy diferente de aquella de la ruptura súbita y total de alguien sólidamente arraigado en su comunidad, propia probablemente de otras sociedades, a la que quizá se asemeja más la migración femenina, que con frecuencia se instala en la ciudad en un solo movimiento. Entre los hombres, parece ser más bien el resultado de sucesivos ensayos e intentos, que terminan en parte por las mayores o menores posibilidades de encontrar empleo en los distintos puntos del periplo y, en parte, para cada uno, por el mero paso de los años y la natural fatiga.

Parece bastante seguro que en general los nuevos migrantes se instalan en los suburbios de la ciudad, donde los límites entre lo urbano y lo rural son imprecisos. Administrativamente, casi un quinto de la población de Santiago vivía en 1875 en subdelegaciones rurales. Los campos se despueblan —comenta en 1876 el periódico *La Industria Nacional*— y “las clases proletarias se aglomeran en los suburbios de las aldeas, villas y ciudades”.³⁵ Por esos años termina de conformarse la imagen de los arrabales peligrosos donde, según Vicuña Mackenna, “se vive en la más degradante miseria”, pero su larga gestación está ampliamente testimoniada, por ejemplo, en los frecuentes reclamos de los vecinos que piden mayor control policial sobre las zonas que las autoridades no terminaban de considerar como propiamente urbanas.

Es en ellas donde el proceso de emigración de los trabajadores, hecho de múltiples movimientos pendulares, comienza a condensarse. Era común que quienes se incorporaban a la ciudad como una escala de su ciclo estacional, se asentaran en la vivienda de parientes o amigos. Al igual que en las aldeas rurales, las viviendas de los arrabales urbanos

se inflan con gente que permanece en ellas una noche, un mes o un año, y que son parientes, allegados o simplemente conocidos de los dueños de casa. Naturalmente, hay muchas otras formas de asentarse de manera precaria. Cuando la decisión de quedarse es definitiva, el nuevo morador quizás alquile un terreno “a piso”, construya su vivienda y traiga a su familia³⁶.

Ese asentamiento no significaba cortar la circulación urbano-rural sino adquirir una nueva base de operaciones. Probablemente, mientras los trabajadores más calificados preferían instalarse en el centro, los gañanes elegían los arrabales o alguna de esas aldehuelas que luego el crecimiento de la ciudad iba incorporando,³⁷ no sólo a causa del costo de los terrenos sino por la persistencia de sus vínculos laborales con el campo; para las mujeres, en cambio, el asentamiento solía ser definitivo.

Esta circulación de corta distancia parece ir reduciéndose a lo largo de la década de 1870. Influyó el cambio de organización de las tareas rurales por parte de los hacendados —impulsado quizá por la imagen de la escasez de los 70—, quienes tendieron a reducir su dependencia de la mano de obra flotante, mediante el aumento de pequeños asentamientos, la utilización más intensiva del trabajo de inquilinos (y la reducción del espacio para la propia producción), así como —en menor medida— por la utilización de maquinaria para la cosecha y quizá la intensificación del trabajo y la racionalización de su organización.³⁸ Lo cierto es que, aunque entre 1870 y 1930 la población del Valle Central se mantuvo estacionaria, no se sintió falta de trabajadores. Por otra parte, el desarrollo de una serie de actividades urbanas, que incluían un fuerte impulso industrial y un ciclo importante de obras públicas, aumentó los elementos de atracción, sin que eso implique naturalmente afirmar que todos se emplearon. Pero sobre todo, aparecieron polos de atracción más distantes, como el Sur o el Norte Grande, responsables principales del vaciamiento del Valle Central y tentación permanente para los trabajadores urbanos.

EN LA CIUDAD: CIRCULACIÓN Y OCASIONALIDAD

Instalada transitoria o definitivamente en la ciudad, esta masa de trabajadores se reparte en diferentes actividades, de un modo tan fluido que la referencia censal a las ocupaciones no llega a dar cuenta ni remotamente de este mundo proteico. Dos miradas a esa realidad —el mundo de la calle y las actividades femeninas en su conjunto— permitirán introducirnos en su análisis.

Tipos muy distintos de trabajadores conviven en la calle, pero el espacio tiñe todo de una coloración común, facilita la circulación entre los distintos tipos de actividades y ayuda a empalmar períodos de trabajo y de desocupación. El grupo más visible son los vendedores callejeros. Se agranda o achica según estímulos estacionales o de otro tipo: es la actividad primera y más fácil para el gañán que llega a la ciudad y el más fácil refugio para quien pierde su empleo. Es el trabajo ocasional de muchos, los días de fiesta, en la Alameda o el Campo de Marte. Ni capital ni local ni habilidades especiales —sólo, quizás, un habilitador— son necesarios para vender frutas de la estación, helados y mote con huesillo. Algo más de destreza y ahorros requiere instalar, en el cuarto redondo a la calle o en un tenderete, una cocinería, fritanguería o chocolatería como las que tradicionalmente se multiplican en la Plaza de Abastos, la Alameda o la Estación, o para montar el Dieciocho una chingana en un carretón. Estos trabajadores ocasionales típicos se mezclan con otros estables: los repartidores o vendedores de alimentos —a menudo campesinos— o los faltos, comerciantes especializados pero ambulantes: aunque las diferencias son muchas, el mundo de la calle tiende a esfumarlas.

Otros protagonistas típicos son quienes conducen vehículos y caballos. Hay quienes transportan personas, mercaderías y basura; hay empleados de la Municipalidad, de la Empresa de Carros Urbanos, de una pequeña empresa de coches de punto o cocheros domésticos. Esas condiciones diversas son unificadas por una destreza simple y común y por un aspecto similar —“visten muchos el traje del roto: sombrero de anchas alas, generalmente de paja, y poncho”—, así como

por una tendencia también común a permanecer poco tiempo en sus empleos; atenuar la circulación de los cocheros de un empleo a otro, y uniformarlos —como si la distinción facilitara la adscripción— son dos aspiraciones permanentes de las autoridades.³⁹

Mucha más gente trabaja en la calle o espera para hacerlo: los peones, contratados cada día para la construcción o los trabajos públicos, y que entre tanto distraen sus ocios en la calle misma.⁴⁰ Los artesanos ínfimos, que tienen a la calle por taller y local, como los zapateros de la pila o los barberos, que se multiplican los sábados (hasta las costureras toman ese oficio ese día), improvisan “su tienda de arpillera, sostenida por puntales de caña, a la orilla de las acequias”, y “de yapa” dan a los parroquianos “en verano una tajada de melón y en invierno descocados de mote”⁴¹. Hay también policías, partícipes de la ronda, no sólo por su reclutamiento sino por las relaciones de camaradería —la vista gorda, el apañamiento, el pequeño soborno— establecidas con el mundo de la calle⁴². Por ellos llegamos a los desocupados ocasionales y turbulentos, a los vagos permanentes, a las prostitutas, a los pequeños rateros, que se prolongan sin solución de continuidad en el mundo de los trabajadores no calificados, y en quienes es posible incluso advertir las mismas pautas de estacionalidad y rotación.

Este mundo se alimenta a sí mismo, y así se reproduce y crece. Quien trabaja en el Matadero, en las plazas de Abastos o en las obras públicas o la construcción, es el cliente principal de los vendedores de fruta o comida. La calle permite superponer o empalmar en una misma persona actividades totalmente diferentes, como la del barbero-frutero citado. En general, la vida en la calle pone delante de los ojos de cada trabajador la alternativa de otro destino, y la perspectiva de ganar el día, cuando la obra se interrumpe, vendiendo frutas o helados, o de aprovechar la jornada de fiesta montando un tingladillo, así como crea la posibilidad y la tentación de abandonar el trabajo y pasar el día más agradablemente, dejando su ocupación a otro aspirante. La calle es el habitat laboral principal del trabajador no calificado y está instalada en el centro de su idea del trabajo.

La situación de la mujer es algo diferente. Cuando migra a la ciudad suele hacerlo de una vez y definitivamente, y no participa de los periplos rurales de los hombres. Tener o no tener hijos suele definir su destino laboral: las que no los tienen (o quizás consiguen quien se los críe) encuentran con más facilidad empleo como domésticas y salen del circuito ocasional, aunque la inestabilidad de los domésticos es frecuentemente denunciada. Quienes los tienen deben buscar una actividad compatible con su crianza y atención e ingresan en un ciclo ocasional peculiar, compartido con muchas que, sin ser madres, no pueden conseguir alguno de los no muy abundantes empleos domésticos.

El ciclo se desarrolla, en parte, en la calle. La elaboración o venta de alimentos —que requiere de habilidades tradicionalmente femeninas— es compatible con la crianza, sobre todo si se aprovecha el propio cuarto a la calle como local. Las cocinerías se prolongan en los despachos de bebidas y éstos en las chinganas. Por diversos motivos, todo esto es un ámbito casi exclusivamente femenino, en tomo del cual se reúnen no sólo la propietaria sino “cantoras”, “tamborileras” y “tañedoras”. ¿Hasta qué punto hay límites precisos con la prostitución? Es difícil afirmarlo, pues su percepción suele estar condicionada por las categorías morales del observador. Lo cierto es que, por esta vía u otras, la prostitución aumentaba a medida que crecía la ciudad y, a más de transformarse en una preocupación para las autoridades, fue con seguridad una alternativa ocupacional.⁴³

También eran compatibles con la crianza el lavado (sobre todo cuando, gracias al agua corriente, se traslada de las acequias al patio del conventillo) y el planchado, que requería de mayor destreza. Ambas actividades crecieron mucho, en parte por la abundancia de la oferta y en parte por la tendencia de las familias a reducir la planta permanente de domésticos.⁴⁴

A la vez, parece haber aumentado las posibilidades en la otra alternativa: la costura. Aquí la trabajadora popular se mezclaba y compartía con la decente pobre, para quien ésta era la única actividad

socialmente aceptable y no degradante.⁴⁵ Es posible que una y otra fueran preferidas por diferentes empleadores y para distintos tipos de trabajo.⁴⁶ Para la trabajadora popular, no solía ser un empleo permanente debido al ciclo estacional y otras alternativas imprevistas, de modo que probablemente pasara de una a otra actividad, incluyendo la prostitución, ejercida quizás en forma esporádica como parte de un ciclo más amplio de ocupaciones.⁴⁷

Estos encadenamientos laborales, que se adivinan tanto entre hombres como mujeres, confirman la existencia de una masa de trabajadores, que oscila entre distintas actividades, lícitas o no.⁴⁸ Como masa indiferenciada (los “rotos”, “la hez de la sociedad”) claramente distinguida de los trabajadores más estables y calificados (los “artesanos”), es percibida por la gente decente, que no suele encontrar diferencias, ni por sus ingresos ni por su aspecto o modo de vida, entre un doméstico, un peón, un cochero o un policía.⁴⁹ Se trata, naturalmente, de una visión tan prejuiciosa como poco interesada en los detalles, pero apoyada en dos elementos reales: ni la especialización ni el tipo de relación laboral establecen cortes definitivos en este conjunto de trabajadores; esa ausencia es la condición de su fluida circulación.

Pese a que las tareas del gañán eran sencillas, requerían de una cierta destreza o adiestramiento, normalmente adquiridos en el mundo rural de origen: habilidad para manejar caballos entre los cocheros, para cuidar niños, cocinar o coser entre las domésticas, para vender leche u hortalizas, para cuidar jardines. Hasta las habilidades delictivas eran útiles para desempeñarse en la policía.⁵⁰ Pero sobre todo el frecuente cambio de oficio, tanto en las etapas intermedias de la migración —las aldeas, el ferrocarril— como en la ciudad misma, ampliaba la gama de habilidades de los trabajadores. Esta ductilidad fue frecuentemente reconocida, antes de que se impusiera el estereotipo de la ignorancia del roto. También se señaló con frecuencia su capacidad para el aprendizaje, ligada también a ese tránsito por distintas actividades,⁵¹ de modo que la calificación, pequeña o real, requerida para las distintas tareas que podían integrar el ciclo del gañán, no constituían un límite para su circulación.

Tampoco los distintos tipos de relaciones laborales observables en ese conjunto de trabajadores parece determinar diferencias reales y asumidas como tales. Naturalmente, dominó con amplitud el trabajo a jornal (considerado como medida de contratación, independientemente del plazo de pago). Los contratistas que operaban en las obras públicas, la construcción o los ferrocarriles, probablemente mantuvieran un núcleo estable en sus cuadrillas, pero el resto debe haber fluctuado ampliamente, aun en los períodos de actividad, tanto en número como en sus mismos integrantes. También se contrataba al día, en la carga y descarga, en el transporte por carros... En todas partes dominaba el “gañán al día”, sustancialmente similar al rural, con el que se intercambiaba con fluidez. Los jornales urbanos solían mantenerse dentro de un cierto equilibrio: algo más altos en el campo durante la cosecha, y más parejos en el resto del año.

Existe, por otra parte, un grupo reducido pero significativo de trabajadores no calificados con empleos estables, generalmente del Estado: peones municipales, ordenanzas, policías. No parece advertirse que, por eso, gocen de una situación juzgada privilegiada o simplemente mejor, pues sus sueldos son muy bajos: hacia 1870, cuando un peón gana un jornal de 60 u 80 centavos, un peón municipal cobra 10 pesos por mes. En épocas expansivas es difícil para la Municipalidad reclutar policías, lo que indica que la estabilidad era juzgada una ventaja sólo relativa.⁵²

Están, por otra parte, quienes trabajan en forma independiente: lavanderas o planchadoras que cobran por pieza, artesanos ínfimos, a domicilio o en la calle, o vendedores callejeros. Sus gastos iniciales para comenzar a operar (jabón y almidón, herramientas sencillas, mercadería de estación) no significan una limitación grave: de ahí que, además de los que están permanentemente, sea ésta la actividad adecuada para los recién llegados o los que han perdido el empleo. El bolsón de reserva más característico del trabajo no calificado permite “vivir al día”, pero no deja margen para el ahorro. Más posibilidades tienen quienes poseen algún tipo de participación o habilitación, como los cocheros de punto, repartidores de pan o vendedores en

general. La distancia del patrón posibilita una pequeña ganancia extra, que le permite aspirar a un futuro mejor.⁵³

Éstas son algunas de las muchas situaciones que con seguridad existen. Lo llamativo es la escasa significación que estas diferencias parecen tener para los trabajadores: un cochero, sin cambiar de actividad, puede pasar de empleado doméstico (con todo lo que la domesticidad significa) a empleado de una gran empresa, como la de los Carros Urbanos, y de allí a habilitado como cochero de punto. Las ventajas e inconvenientes de cada situación no traban sus movimientos y su pasaje entre distintos empleos, ni, por otra parte, parecen existir variaciones sustanciales de ingresos en los diferentes tipos de actividad. En suma, situaciones muy diversas en términos analíticos no marcan cortes importantes en la masa de gañanes al día.⁵⁴

Posibilitada por los dos factores antedichos, la circulación de los trabajadores es a su vez estimada por la estacionalidad de las tareas urbanas, estrechamente ligada con la de las rurales. Así, la actividad de la ciudad se hace intensa en marzo o abril, en coincidencia con el fin de las tareas rurales estivales. Con la vendimia se multiplican los puestos de vino nuevo; para las costureras hay un máximo de actividad al comienzo de la temporada, cuando aumenta el trabajo de confección en las tiendas y de arreglo y adaptación en las casas particulares; aumenta la demanda de cocheros, tanto para el transporte público como para el servicio doméstico. En la construcción y en las obras públicas el período de trabajo intenso va de otoño a primavera (con una caída menor en invierno, por el mal tiempo), cuando la mano de obra es abundante; esto afecta a muchos otros trabajadores, como por ejemplo los fabricantes de ladrillos, los carreros o quienes venden comida en la calle. Con las fiestas del 18 de septiembre se alcanza un máximo de ocupación: las mujeres acostumbran a estrenar ropa, con el consiguiente trabajo de las costureras;⁵⁵ los propietarios suelen blanquear sus casas (y todos se hacen pintores) y muchos montan rudimentarias y transitorias chinganas o cocinerías, que requieren de personal auxiliar. Luego de las fiestas comienza el aquietamiento, que denuncia el éxodo al campo de diciembre: los patronos a vigilar la

cosecha, los gañanes a levantarla y el resto a pasar más amenamente el verano. Así, la mayoría de las actividades urbanas se paraliza, aunque la estación trae otras nuevas: “El grito del motero anuncia la entrada del verano, época en que principian sus ventas. ¿En qué se ocupa el motero en invierno? Nadie lo sabe”.⁵⁶ Probablemente se trate de las mismas personas que en invierno venden otras cosas, pero en cualquier caso los cambios de actividad que impone la estacionalidad abren la posibilidad de la rotación de empleos.⁵⁷

Además del ciclo anual, otros factores interrumpen, frecuente y hasta normalmente, las tareas. Las obras públicas eran actividades particularmente sensibles a las fluctuaciones: si en los momentos de alza, como lo fueron 1872 o 1889, la demanda era muy grande,⁵⁸ a la inversa la interrupción de las obras creaba de inmediato una masa de desocupados. Las crisis afectaban también de otras maneras: en 1887, probablemente urgidas por la necesidad de reducir los costos, las autoridades del Ferrocarril Urbano decidieron que sus empleados trabajaran, por turnos, sólo 15 días al mes. En otros casos las causas eran menores: si el Estado prefería comprar uniformes importados para los soldados, esto achicaba rápidamente el campo de ocupación de las costureras.

Pero más allá de estas causas generales, los distintos testimonios dejan la impresión de que, por muchos otros motivos, específicos y difíciles de clasificar, los trabajadores cambiaban con frecuencia de empleo y que nadie arraigaba firmemente en uno. Cocheros, domésticos, gañanes al día, vendedores ambulantes, todos parecen integrar una única rueda, que gira permanentemente. Esto explica la subsistencia de un gran número de trabajadores en una ciudad donde los empleos no eran suficientes y, también, por qué la ciudad sigue atrayendo a migrantes rurales.⁵⁹

La alta rotación de empleos permite que, en lugar de un amplio sector permanentemente desocupado, todos tuvieran, mínima o parcialmente, un empleo para subsistir. Esto es estimulado por la estacionalidad, que reubica grandes contingentes de trabajadores y

crea regularmente interrupciones en la ocupación, y es posibilitado tanto por el parejo reparto de destrezas y habilidades cuanto por la relativa equivalencia de las condiciones de trabajo.

Así se define una pauta para la ocupación, que se impone a empleadores y trabajadores. Para los empleadores, la amplia disponibilidad de trabajadores básicamente capacitados los lleva a contratar a quienes necesiten, en el momento en que los necesitan; indirectamente, a descartar las ventajas de un trabajador sobrio, moral y disciplinado, que resultaría de una acción relativamente sistemática y costosa. A su vez, esa abundancia en la oferta los lleva a pagar menos a los trabajadores estables, como policías o domésticos, que resultan así asimilados a la categoría de los gañanes.

Entre los trabajadores, por su parte, se observa también un acostumbramiento a la inestabilidad. En 1857 el médico Brunner anotaba: “Un criado se concierta y mañana se le antoja salir de la casa por un *quítame esas pajas* y nadie puede contenerlo. Un artesano viene a trabajar, pide plata adelantada, y se va a gozar de la vida, y el pobre patrón no le ve más la cara...”. Opinión desde la perspectiva de los patrones, sin duda, pero apoyada en una percepción compartida: normalmente los trabajadores encadenan las tareas, sin arraigar de manera firme en ninguna.⁶⁰

LOS EMPLEADORES: UNA NUEVA ACTITUD

Hacendados, contratistas, dueños de casa y empresarios en general consideran natural disponer de una masa de trabajadores poco eficiente pero abundante, a disposición cuando se la necesitaba y que desaparecía luego. Entre 1862 y 1872 un cúmulo de circunstancias creó una escasez coyuntural de trabajadores: el máximo del ciclo agrícola exportador, el boom de la obra pública urbana, la emigración de trabajadores a los ferrocarriles de Perú. Fueron problemas circunstanciales, pero por contraste con aquellas convicciones se generó un animado debate sobre la “escasez”, en el que se manifestaron las imágenes viejas y nuevas de rotos y gañanes, y se esbozaron nuevas actitudes patronales.

Se discutió si los migrantes a Perú —pues esto era el elemento escandaloso— eran inquilinos o peones sin tierra,⁶¹ luego, cómo frenar la emigración. En un extremo se propuso restringir la salida del país de la “clase proletaria”; los más moderados propusieron recurrir a disuasores profesionales, que en los puertos compitieran con los agentes enganchadores, o bien a los curas párrocos o a hacendados paternales, que cumplieran esa misma tarea en fundos y aldeas. En cuanto a las soluciones de fondo, los más progresistas recomendaban la elevación de los salarios de inquilinos y peones, ya sea por decisión altruista de los hacendados o bien por el aumento de la ocupación mediante la obra pública. Los liberales ortodoxos recordaban la doctrina clásica sobre salarios.⁶²

Tras la discusión teórica se manifiestan dos imágenes del trabajador chileno. La primera, tradicional y estereotipada, afirma que quienes emigran lo hacen por ignorancia y espíritu aventurero, por su afición a “rodar tierras”, por “el espíritu de vagancia que poseen, herencia del indio nómada”.⁶³ Menos explícitamente, se insinúa otra: quienes emigran buscan un mejor salario: son —contra la opinión corriente— sensibles a ese estímulo; lo que escaseaba no eran los trabajadores sino el trabajo. Por una parte, es la imagen descalificadora de la masa marginal y peligrosa; por otra, la de los modernos contestatarios, igualmente inquietante. Si bien no se excluyen, tampoco se superponen exactamente.

Las respuestas derivadas de la imagen tradicional son conocidas. Menos claramente, también la nueva imagen genera respuestas novedosas: en la explotación rural, una cierta tendencia a la racionalización del uso de trabajadores y, sobre todo, a la fijación de inquilinos-peones. En la ciudad, en cambio, parece tenderse al empleo de mecanismos coactivos, que alivien la presión salarial en los momentos máximos y tornen a los trabajadores más eficientes. Esos mecanismos, al atenuar la rotación de los empleos, debían a su vez reducir una de las dimensiones peligrosas de la masa marginal. Veremos su manifestación en dos casos: el uso de presidiarios en las obras públicas y el intento de control del servicio doméstico.

El Presidio Urbano alojaba durante la segunda mitad del siglo pasado unos trescientos detenidos, entre los sancionados por delitos menores y quienes esperaban condena. Tradicionalmente se los empleaba para los trabajos públicos, junto con los reclutados en un área de la sociedad de límites menos precisos: los vagos. A fines del siglo XVIII el corregidor Zañartu se hizo célebre durante la construcción del Puente de Calicanto, no sólo por utilizar a los presidiarios sino por aumentar sistemáticamente su número organizando “razias en garitos y chinganas, especialmente los domingos y lunes”. El Bando de Policía de 1830 dio forma jurídica a esta práctica, común por otra parte en toda Hispanoamérica: vago es aquel voluntariamente sin ocupación, y debe ser destinado a las obras públicas, con lo que resulta asimilado al preso por su común condición de trabajador público.⁶⁴

Por otro lado la Penitenciaría, cuyo gran edificio fue construido en los años cuarenta, alojaba más de quinientos penados que cumplían condenas prolongadas, y cuya vida estaba organizada con criterios diferentes. Allí, el trabajo de los penados estaba asociado con su rehabilitación. En un taller, debía adquirir un oficio, costear sus gastos y acumular una reserva para cuando recuperase su libertad. También debía adquirir una instrucción elemental.⁶⁵

El modelo de la Penitenciaría puso en cuestión la asociación entre preso, vago y trabajador público. En 1846 el intendente Miguel de la Barra, apoyándose en criterios penales más racionales, propone que se abandone el trabajo forzado en los presidios, para reemplazarlo por talleres al modo de la Penitenciaría y “empleando a los hombres libres a jornal en los trabajos de policía”. Significativamente, junto con la preocupación por la rehabilitación aparece otra por generalizar el trabajo libre.⁶⁶

La reforma que fue aprobada nunca pudo aplicarse cabalmente, en parte por la permanente circulación de detenidos en el Presidio, que dificultaba una organización estable, y en parte por la creciente necesidad de trabajadores en las obras públicas de la ciudad. Este

conflicto entre dos necesidades —una social de largo plazo y otra edilicia inmediata— se manifiesta sin disimulo en 1871 bajo la intendencia de Vicuña Mackenna, cuya resolución de la situación da cuenta de las nuevas y acuciantes motivaciones respecto de los trabajadores no calificados.

Para Vicuña Mackenna, los talleres del Presidio eran verdaderos “corrales de ociosidad” en los que los reos vegetaban “con la misma existencia que los brutos en los potreros”. Lo que conviene a los presidiarios —afirma— no son los oficios sino el robusto trabajo del peón, como por ejemplo una “faena de adoquines” al aire libre y por consiguiente higiénica, “activa y bulliciosa”. Reseñando su gestión en ese campo decía: “En reemplazo de la escuela, que era un pretexto más añadido a la ociosidad, y de la cual no se obtiene el más mínimo resultado práctico, se abrieron las puertas de la casa (el Presidio) y se sacaron a trabajar por centenares de individuos las cuadrillas que han transformado en diez meses el Santa Lucía.”⁶⁷ De las ventajas del nuevo sistema para los presidiarios dice, sin mucha precisión, que la mayor laboriosidad es beneficiosa; en cambio, es “infinitamente más productivo para la ciudad” que “ahorrrará por ese solo arbitrio más de veinte mil pesos anuales en el jornal de los trabajadores.”⁶⁸

La sinceridad del intendente es explicable. Por esos años —en medio de la “escasez”— la Municipalidad llegó a emplear 1.600 trabajadores diarios, de modo que 150 trabajadores, si no gratuitos al menos de bajo costo, eran significativos y justificaban el abandono, no sólo práctico sino teórico, de las consideraciones más tradicionales. Por temor a la escasez, un antiquísimo procedimiento que había comenzado a ser abandonado —el trabajo forzoso de vagos y presidiarios— es revalorizado, justificado en nuevos términos y adecuado al nuevo contexto.

En el ámbito del servicio doméstico también se advierte el intento de introducir mecanismos de coacción y control, que tienen que ver con cambios específicos en la actividad, pero también con la preocupación general por las consecuencias de la excesiva circulación,

que caracteriza al conjunto de trabajadores calificados, y, entre ellos, a los sirvientes.

Tradicionalmente, éstos habían constituido un sector con límites definidos dentro de la masa marginal, tanto por las formas de reclutamiento (abundan las “chinitas”, los huérfanos de la Providencia, los hijos de los dependientes, dados a criar) como por el tipo de relaciones entre patrones y sirvientes, caracterizadas por la domesticidad, el paternalismo, la deferencia y autoridad, que no excluye el castigo físico.⁶⁹

Esta relación cambia sustancialmente a lo largo de la segunda mitad del siglo. Las formas de reclutamiento son distintas: menos niños dados y menos “chinitos de alfombra” y, en cambio, frecuente contratación de los muchos que se ofrecen espontáneamente, sobre todo cuando debe reemplazarse a alguno que deserta inopinadamente, por razones desconocidas y quizás incomprensibles.⁷⁰ Si en la realidad las diferencias entre el “antes” y el “ahora” posiblemente no sean tan tajantes, en el plano de la percepción de la élite y de sus preocupaciones las diferencias son claras: los criados se ofrecen, se contratan, se van... sin que quede claro de dónde vienen y adónde se dirigen. Esto implicaba la ruptura de una antigua relación equilibrada, pero también suponía la existencia de una oferta abundante y segura; hasta es posible que el aflojamiento de los vínculos coactivos que ligan a sirvientes y patrones se relacione con esa oferta más amplia.

La circulación frecuente se vincula con una tendencia al cambio en la naturaleza de las relaciones: ruptura de la deferencia debida, de la aceptación del lugar asignado, de las relaciones cuasi familiares, en fin, de lo que suele presentarse como paternalismo. La relación que empieza a generalizarse se objetiva a veces al punto de incluir el reclamo salarial, pero más frecuentemente se manifiesta en el hurto, denunciado como mal universal. Los criados —se dice— entran a servir con el deliberado propósito de escudriñar los hábitos de la casa y luego robar.⁷¹ Quienes son atrapados pasan por el Presidio o la Penitenciaría y luego vuelven a emplearse. Coincidentemente

con otras amenazas —pestes, huelgas, arrabales intimidadores— la élite percibe ese otro peligro en su propia casa.⁷²

Los efectos que la circulación generalizada tiene sobre el servicio doméstico explican los intentos de limitarlo por la vía legal, como aparecen en el Código Civil de 1857. Bajo la forma de la reglamentación de un contrato entre dos partes, libres e iguales, se legitiman y reglamentan prácticas tradicionales. Así, se fija que la duración del contrato puede prolongarse hasta cinco años y se establecen distintos condicionamientos para su ruptura, que en realidad a quien obligan es al trabajador.⁷³

Si bien es clara la intención de limitar la movilidad, el Código es impreciso en lo que hace a la aplicación de las disposiciones, y probablemente agrega bastante poco en cuanto a control efectivo, dada la fuerza de la tendencia que empuja a la circulación. En algunos testimonios es fácil advertir la eficacia de lo que M. de Certeau llama “tácticas del débil frente a la estrategia del fuerte”.⁷⁴ De allí que se reclaman medidas adicionales, y particularmente un registro y matrículas de domésticos, llevado por la Policía o la Municipalidad, que certificara la autenticidad de las recomendaciones. La intención explícita era excluir a los candidatos con malos antecedentes, pero también detener, por la vía de la negación de las cartas de referencia, el permanente ir y venir de los criados. Vicuña Mackenna defiende una solución de este tipo, pese a reconocer que se aleja de una relación contractual libre, afirmando la necesidad de armonizar “por la libertad misma” los delicados intereses sociales y domésticos que se vinculan en esta cuestión.⁷⁵ Este mecanismo no pudo imponerse en el servicio doméstico, pero se concretó en el de los cocheros, a través de un registro que integraba los cocheros públicos a los privados y sumaba el control del Estado al de los patrones.

En el mismo sentido operan ciertas preocupaciones por el disciplinamiento de la mano de obra y el aumento de su eficiencia. Tenues, mezcladas con otras referidas a lo que, en términos de la época, se denominaba la “moralización” de los sectores populares, son sin

embargo significativas, dado el contexto general de abundancia de trabajadores.

La crítica a la falta de eficiencia del trabajo de los gañanes, a su vida “arbitraria y desconocida”,⁷⁶ al gusto por el ocio, al culto del San Lunes (o San Martes), aparece regularmente en todos los textos, desde los de M. de Salas en el siglo XVIII hasta la *Monografía obrera* de principios del XX, y se encuadra dentro de la imagen más general de esos trabajadores, vistos como masa peligrosa. En este contexto, hacia 1870 aparece un nuevo argumento: los trabajadores son insensibles al estímulo salarial; carentes de otras necesidades, sólo trabajan impulsados por el hambre, de modo que un aumento de salarios sólo sirve para incrementar los días de holganza.⁷⁷ Descartada la posibilidad del incentivo económico, las nuevas propuestas, de índole moralizadora autoritaria, apuntan a paliar la ocasional reducción en la oferta de trabajadores. Muy característico es el cuestionamiento de la venta de alcohol, no ya por razones higiénicas o sanitarias sino por otras más estrictamente laborales: “Es necesario estorbar a toda costa las borracheras que en los días citados tienen lugar en la vecindad de la Estación Central, y que son causa en gran manera de la paralización de la carga y despacho de trenes”.⁷⁸

Junto con esa imagen descalificadora tradicional, reforzada por el acelerado crecimiento urbano, fue desarrollándose otra, que destaca las virtudes del “roto chileno” y culmina luego de la Guerra del Pacífico.⁷⁹ El gañán es fuerte, dócil, hábil y capacitado para aprender rápidamente, de modo que su mejora como trabajador debe seguir otras vías, como lo plantea Henry Meiggs, quien parece encarnar en Chile los valores más modernos de su tiempo respecto de las relaciones laborales. Meiggs reemplazó los castigos habituales y la apelación a la fuerza por los estímulos morales. Su caso muestra el apartamiento de la figura de “gran señor y rajadiablos”, pero, a la vez, la pervivencia de ésta: para mantener al obrero “siempre sumiso al trabajo... trataba como hermano al primero de sus empleados y al último de sus peones”. Se trata en realidad de una forma diferente de relación paternalista: el “buen patrón” reemplaza al malo, pero

opera con mecanismos que no son los más específicos de las relaciones contractuales. Si bien en su política de “pagarles con puntualidad, sin escatimarles ni medio centavo, y darles de comer hasta satisfacerlos” se advierte un cálculo más racional de costos y beneficios de la mano de obra, para los grandes esfuerzos el recurso final era absolutamente tradicional: la gran comilona, parte del antiguo “mingaco”, que estimula y premia el esfuerzo extraordinario.⁸⁰

En los tres casos comentados —los presos, los domésticos y los intentos más generales de disciplinamiento— se combinan los problemas reales —la circulación, la conflictividad de las relaciones sociales— con una percepción de las mismas, prejuiciosa y deformada, y con acciones que apuntaban en parte a los problemas más específicos y en parte a aventar una sensación más general de peligro. En el caso de los domésticos, en el marco de una transformación de la relación servil tradicional por otra de tipo contractual, que genera resistencias de una y otra parte, el freno a la circulación busca no sólo mejorar la calidad y eficiencia del servicio sino atenuar la peligrosidad de la situación. Entre los presos, en medio de una discusión sobre lo que debe ser la acción punitiva y correctora del Estado, el retorno a la más tradicional de las concepciones (y el abandono de los proyectos de moralización) asegura un plus de trabajadores baratos en momentos en que se teme por su escasez y encarecimiento. En el caso de las tendencias al disciplinamiento, la combinación de formas antiguas con otras muy modernas revela la percepción, aunque no el reconocimiento, de los cambios en el comportamiento de los trabajadores y, a la vez, el predominio sostenido de una imagen tradicional y descalificadora del gañán.

LOS TRABAJADORES: HÁBITOS Y FORMAS DE VIDA

La imagen del roto errante y vagabundo, dominante en la élite, es sin duda altamente prejuiciosa, pero se construye a partir de ciertos rasgos reales. ¿Hasta qué punto ellos provienen de experiencias de los trabajadores, surgidas de la naturaleza de su inserción laboral? Por muchos motivos, éste es un terreno más propicio para la infe-

rencia que para la afirmación, pero algunos elementos sugieren una conexión entre esa circulación por distintos empleos, característica de la vida laboral de rotos y gañanes, y otras áreas de su vida en las que se configuran hábitos y actitudes que, a su vez, vuelven a fortalecer la circulación.

Si bien en términos generales esa circulación puede ser vista como una solución para los trabajadores, que podían sobrevivir compartiendo empleos escasos, desde el punto de vista de las experiencias individuales esto es diferente. Genera, en primer lugar, una gran incertidumbre: hoy se trabaja, mañana no se sabe. Hay factores permanentes y ciertas regularidades en el ciclo, pero también infinidad de factores aleatorios: una coyuntura económica adversa, el fin de una obra, el cambio de humor de un capataz o contratista y muchos otros. Por bueno que pueda ser el jornal, la inestabilidad hace que, en el mejor de los casos, permita sobrevivir, pero difícilmente acumular una reserva para coyunturas difíciles: la enfermedad propia, la de la esposa o hijos, y aun el nacimiento de uno de ellos; un desalojo, la pérdida del trabajo o cosas más generales e inevitables, como el envejecimiento. ¿Cuáles son los amortiguadores, las defensas frente a estos problemas? Por una parte, la solidaridad de amigos, parientes, vecinos, aunque poco se sabe de esto. Por otra, la mendicidad, quizás el robo, o para las mujeres la prostitución.⁸¹

Estas condiciones estimulan el desarrollo de arraigados hábitos y costumbres. Permanentemente se señala que el trabajador al día no ahorra, y los más lúcidos agregan que no puede hacerlo. En realidad, puede adivinarse no sólo una forma distinta de ahorrar sino de vivir. La irregularidad del empleo hace que en los períodos de desocupación se acumulen deudas, lo que estimula una forma singular de ahorro: la compra de objetos valiosos que, ante una dificultad, son empeñados; se los recupera en época de bonanza y así el ciclo puede continuar indefinidamente.⁸² El hábito se instala en el mismo ciclo semanal: se empeña el lunes y se recupera el sábado, antes de gastar todo lo cobrado en la fiesta del domingo y el lunes. Así, el empeño equivale a un ahorro semanal para la celebración del domingo y del

lunes. Las preguntas que surgen de esto son: ¿vale la pena un ahorro más largo? ¿Hay cosas que efectivamente pueden alcanzarse con el ahorro? ¿Hasta qué punto son valiosas?

Esta pregunta se encadena con otra: ¿para qué trabajar? Ya se señaló la observada insensibilidad a los estímulos salariales: el trabajo se regula de acuerdo con las necesidades más inmediatas, sin que entre en consideración un objetivo de más largo plazo. Probablemente, una dificultad o imposibilidad inicial, que hace difícil aspirar a gratificaciones más complejas, se convierte en actitud y en hábito: en el fondo, da lo mismo vivir de uno u otro modo. Nuestros testimonios provienen del “otro”, que descubre la distancia entre esos comportamientos y un cierto ideal de ahorro y progreso. No obstante, sus correlatos reales parecen claros: un sábado, 500 peones que trabajan en el Ferrocarril Sur interrumpen inopinadamente sus tareas e improvisan un garito para jugar al naípe.⁸³ En todos los casos, disfrutar del momento, aprovechar la ocasión, parece terminar constituyendo una forma de vida que acentúa los rasgos del mercado de trabajo.

Es posible encontrar relaciones con otras esferas de la vida. Es significativa la homología entre la circulación ocupacional y una suerte de situación familiar análoga. Los cambios de ocupación del hombre significan a menudo alejarse del hogar: al campo, a las salitreras o simplemente a una obra en construcción alejada del lugar de residencia. Puede ocurrir que ese distanciamiento signifique de hecho la disolución de la pareja constituida, y quizá la formación de una nueva, más próxima al lugar de trabajo. Si la organización laboral empuja originariamente a la movilidad, luego, constituida como hábito, se transforma en facilidad o predisposición para el abandono de hogar y familia y ayuda a la conformación de un modelo familiar que incluye el abandono del hombre y también su sustitución. La permanencia de la madre tiene que ver con las necesidades de la crianza, tanto como con la ya señalada falta de oportunidades laborales equivalentes. Llevada a su extremo, esta práctica se expresa en el llamado “apoyamiento” donde se combinan ambos tipos de circulación: quien

está de modo transitorio en un lugar, para un trabajo ocasional, se hospeda también ocasionalmente y por tiempo variable.⁸⁴

Ciertamente, son sólo hipótesis e inferencias, apoyadas sobre todo en los textos, bastante posteriores, de la “novela proletaria”, que inducen a estas preguntas acerca de las múltiples relaciones entre una actividad laboral basada en la circulación, experiencias de los trabajadores y hábitos y formas de vida establecidos.

Se ha intentado aclarar, al menos en parte, las características de un sujeto social que para sus mismos contemporáneos era oscuro y huido: los trabajadores no calificados. Como trabajadores, su circulación permanente entre distintas actividades y su salida y entrada en la ocupación parecen constituir la clave de su existencia. La estructura ocupacional muestra una expansión del empleo urbano (particularmente entre los hombres), una diversificación de las actividades e incluso la reducción del tamaño de las grandes categorías de trabajadores no calificados —los domésticos y los gañanes— dominantes a mediados de siglo. Pero de cualquier manera, la ciudad atrae más gente que la que puede emplear, y esto es posible por la permanente rotación de un conjunto amplio de trabajadores por entre un número más reducido de empleos. Esta circulación se integra en un ciclo laboral rural y urbano a la vez, en el que pesa en forma decisiva, aunque no exclusivamente, la cosecha agrícola de verano. Se relaciona a su vez con la modalidad de la migración rural urbana, que entre los hombres no suele ser producto de un único movimiento sino, más bien, el resultado de sucesivos movimientos cíclicos.

Las actividades agrícolas son la principal causa de la estacionalidad que caracteriza a todo el empleo no calificado, y probablemente también al calificado. Al cortar regularmente la continuidad en las tareas, crea las posibilidades para la rotación, aunque también hay otros factores, estructurales y coyunturales, generales y específicos, para esas interrupciones. Por otra parte, los factores que podían atenuar la circulación o hacerla inconveniente para los trabajadores, parecen tener escasa incidencia: la mayoría de los empleos no requiere

de calificación especial, las diferencias salariales son escasas y los diferentes tipos de contratación no parecen ser significativos. De allí derivan pautas de comportamiento que, a su vez, refuerzan las causas de la circulación: para los empleadores, desinterés por contar con trabajadores estables, calificados y “morales”; para los trabajadores, la ocasionalidad se convierte casi en norma de conducta.

Por otra parte, se intentó inquirir acerca de imágenes y actitudes, propias y ajenas, que condicionan la percepción de la situación de estos trabajadores y orientan acciones que refuerzan o modifican esta situación. En el caso de los trabajadores mismos, sólo son posibles algunas inferencias acerca de la relación entre ocasionalidad y otras actitudes, habitualmente señaladas, acerca de su vida laboral o familiar. En el caso de los patronos, y más en general de la élite, hacia los años setenta se advierte una inflexión respecto de su comportamiento tradicional, derivada tanto de la inquietud provocada por una “escasez” circunstancial cuanto de la toma de conciencia de la peligrosidad de estos sectores segregados de la sociedad urbana. La solución para una situación juzgada crítica, tanto en lo específicamente laboral como en lo social, pasaba a sus ojos por el control y limitación de la circulación, por los intentos de disciplinamiento y hasta por la recurrencia a formas de trabajo forzado. Pero tras estos intentos novedosos se advierte la perduración de una imagen tradicional y altamente descalificadora de esta masa de trabajadores.

NOTAS

- ¹ El mejor estudio es sin duda el de Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society From the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University Press, 1975, al que sigo básicamente en estos temas. Es importante el trabajo de Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, V, 2, Buenos Aires, julio de 1969, quien hace ya veinte años planteó esquemáticamente la correlación entre superpoblación rural, falta de diversificación económica, mercado de trabajo urbano y orientaciones políticas de los trabajadores.
- ² Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*, Santiago, 1966; Luis Ortega, “Acerca de los orígenes de la

- industrialización chilena, 1860-1879”, en *Nueva Historia*, 2, Londres, 1981; Oscar Muñoz, *Estado e industrialización en el ciclo de la expansión del salitre*, Estudios CIEPLAN, 6, Santiago, 1977; H. Kirsch, *Industrial Development and Traditional Society*, University of Florida Press, 1977.
- ³ Peter de Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1907*, University of Wisconsin Press, 1983.
 - ⁴ Ann H. Johnson, *Internal Migrations in Chile*, Ph. D. Dissertation, University of California, Davis, 1977. Gabriel Salazar Vergara, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985.
 - ⁵ El cuadro general de las migraciones ha sido trazado por A. Johnson. Para la comparación entre tasas de crecimiento entre distintas ciudades, M. Connif, “Chile”, en R. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*, México. Sepsetentas, 1973. El resto de los datos son elaboraciones a partir de las cifras censales.
 - ⁶ En rigor, en el Cuadro 2 se compara la población de la ciudad de Santiago (incluyendo aquellas secciones de los distritos rurales que constituyen la periferia urbana) y el resto de la población del departamento; en éste, si bien no hay otras ciudades de importancia, existen diversas aldeas cuya población, con un criterio muy amplio, podría considerarse urbana, pero que a los fines del planteo que hacemos debe considerarse como rural.
 - ⁷ Esto es confirmado por las cifras elaboradas por Ann Johnson sobre migración a la provincia de Santiago.
 - ⁸ Hurtado ha establecido las ganancias y pérdidas de grandes regiones en relación con el crecimiento vegetativo previsto y con la afluencia de migrantes externos, estimada por el número de extranjeros. Se trata de un cálculo grueso, pero de cualquier modo útil.
 - ⁹ El tema ha sido ampliamente analizado por Bauer y también por Salazar, quien ha subrayado lo que llama proceso de campesinización.
 - ¹⁰ A este cuadro, muy simplificado, debe agregarse la inmigración proveniente de otras provincias, que comienza a ser significativa al final de este período; de cualquier modo, estos datos acentuarían aún más las tendencias señaladas.
 - ¹¹ Es bien conocida la problematicidad del empleo de las cifras censales, que deben ser consideradas apenas como una aproximación global. Además de los reparos, frecuentemente señalados, acerca de la recopilación de la información, para este caso concreto deben hacerse las siguientes aclaraciones:
 - a) Población potencialmente activa: se incluye la de 15 años o más;

con seguridad, es frecuente que se empiece a trabajar antes, y también que muchos ancianos ya no lo hagan; los datos fueron elaborados a partir de la información censal por subdelegaciones.

b) Población ocupada: se trata de los que declaran ocupación, cualquiera sea su edad, con lo que probablemente se incluya a menores de quince años; se excluyen aquellas ocupaciones que no implican actividad económica; con seguridad, no todos los que declaran ocupación están efectivamente ocupados y es posible que haya casos, particularmente entre las mujeres, de trabajadoras que no declaran ocupación.

c) Los datos sobre ocupación corresponden al departamento de Santiago; para considerarlos indicativos de las tendencias de la ciudad debe tomarse en cuenta:

1. la población de la ciudad representa un 71,4% (1865) y un 84% (1895) de la población departamental;
2. en el departamento no hay otro centro urbano de importancia, aunque sí aldeas o villas;
3. la población urbana del departamento representa el 69,6% del total en 1865 (algo menor que la de Santiago, pues hemos incluido en ella subdelegaciones rurales aledañas a la ciudad) y 87,5% en 1895; es decir, que población urbana y población de Santiago casi se superponen;
4. las tendencias generales de la población rural son inversas a las de la ciudad, de modo que si se toman las departamentales como indicativas de las de Santiago esas tendencias aparecen atenuadas en las cifras;
5. respecto de las ocupaciones, las estrictamente rurales representan algo menos del 6%, proporción inferior a la de la población rural; esto indica que en las otras profesiones coexisten, en proporciones difíciles de determinar, trabajadores rurales y urbanos;
6. buena parte de esa diferencia está incluida en la categoría de “gañanes”, que por definición suelen oscilar entre la ciudad y el campo.

d) Sobre las ocupaciones debe señalarse que su agrupamiento en ramas de actividad es bastante relativo, pues se trata de clasificaciones no equivalentes; hay cocheros domésticos, de transporte público y empleados de fábricas; muchos trabajadores no calificados empleados en fábricas aparecen seguramente entre los gañanes (el ejemplo más evidente es el de casi 1.000 cerveceros, no registrados en las ocupaciones).

¹² La tendencia de la PPA rural es marcadamente diferente de la urbana, e influye sobre las cifras totales. Esto indica que el crecimiento de la

población ocupada del departamento debe atribuirse principalmente a los rurales, aunque la magnitud de la diferencia hace casi seguro que también aumente en la ciudad.

- ¹³ Se incluye también a las lavanderas. La cifra está subvaluada, pues no incluye a cocheros ni costureras domésticas.
- ¹⁴ En Buenos Aires es sensiblemente inferior, y cae del 20% en 1887 al 14,5% en 1895; en la ciudad de México en 1900 es apenas del 20%; en Puebla, donde el sector manufacturero pesa mucho, es sólo del 30% en 1830 y del 17% en 1900. En Londres, donde por muchos motivos el servicio doméstico debió ser importante, las cifras son algo más bajas que en Santiago: 23,4% en 1861 y 22,3% en 1891. Cf. el *Censo Nacional de Población de la Ciudad de Buenos Aires* de 1887 y el *Censo Nacional de Población* de 1895; Hira de Gortari, *La estructura económica y del empleo en México D.F. (1890-1910)*, Tesis doctoral inédita; J. C. Grosso, “Estructura productiva y fuerza de trabajo en Puebla, 1830-1890”, *Cuadernos de la Casa Presno*, n° 2, 1984; G. Stedman Jones, *Outcast-London. A Study Between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971.
- ¹⁵ Según señala A. Johnson, entre 1865 y 1907 emigran a Santiago más de 100.000 mujeres, mientras que el servicio doméstico sólo aumentó en 9.000 plazas.
- ¹⁶ Pueden seguirse estas fluctuaciones sobre gastos municipales en los datos de Armando de Ramón y José Manuel Larraín, “Renovación urbana, rehabilitación y remodelación de Santiago de Chile entre 1780 y 1880”, *Revista Interamericana de Planificación*, XIV, 55-56, septiembre-diciembre de 1980. La inversión del Estado nacional en obras públicas es analizada por Luis Ortega, *Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879*, unpublished Thesis, University of London, 1979.
- ¹⁷ Recaredo S. Tornero, *Chile ilustrado*, 1872, y H. Rumbold, *Le Chili*, París, 1877, p. 46.
- ¹⁸ Sobre el crecimiento industrial, Ortega, “Acerca de los orígenes de la industrialización chilena”, y Kirsch, *Industrial Development*. Sobre la industria hacia 1895, “Sociedad de Fomento Fabril”, *Boletín de la Estadística Industrial*, febrero de 1897, y Mariano Martínez, *Industrias santiaguinas*, Santiago, 1896.
- ¹⁹ El Censo registra la “profesión, industria u ocupación ordinaria o habitual de las personas. No se trata de averiguar la ocupación momentánea del individuo sino la que ejerce la mayor parte del año o más constantemente”, Sexto *Censo General de la Población de Chile*, 1885, Introducción, XII. El criterio fue cambiado para el Censo de 1920, en que se registró la ocupación en el momento de levantarlo.

- ²⁰ Habitualmente se levantan en noviembre, cuando la mayoría de los trabajadores aún no marchó a realizar la cosecha.
- ²¹ Esa discusión se planteó en forma muy clara entre aproximadamente 1868 y 1872, con motivo de la emigración de peones a las obras ferroviarias en Perú. La opinión más liberal, que busca inculpar a los terratenientes y en general al sistema social vigente en el campo, afirma que son inquilinos; quienes defienden las posiciones conservadoras sostienen que son peones ambulantes, errabundos por naturaleza. El debate es revelador de la utilización, desde entonces habitual, de datos parciales de la situación rural para sostener posiciones políticas más generales. La posición liberal puede seguirse en *El Ferrocarril*, particularmente a lo largo de 1871. La conservadora en Zorobabel Rodríguez, cuyos artículos en *El Independiente* aparecen reunidos en la sección “Emigración chilena” de *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Santiago, 1873-76, vol. II, pp. 208-24.
- ²² *El Ferrocarril*, 3 de agosto de 1871. El planteo general en Bauer.
- ²³ Según el redactor del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, Julio Menadier, se trata de los hijos de inquilinos, incapaces de asegurar les un trabajo estable que ni siquiera es seguro para ellos mismos. *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, 1871, pp. 368-9.
- ²⁴ Las 7.200 tejedoras e hilanderas que el Censo de 1854 registra en la provincia de Santiago se han reducido en 1875 a 1.800. La situación es comentada por Salazar, *Labradores...*, p. 264.
- ²⁵ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile según documentos adquiridos en esa República durante doce años de residencia en ella. Agricultura*, París, 1862-65. vol. I, pp. 198-203. Cf. Svetlana-Tscherebilo, *Estructuración y funciones de las aldeas y espacios urbanos intermedios en un contexto agrícola: zona central de Chile, 1840-1875*, Tesis de Licenciatura, Universidad Católica de Chile, 1976 (mecanografiada).
- ²⁶ *El Ferrocarril*, 18 de junio de 1867.
- ²⁷ Domingo Orellana, gañán adulto, que vive en el barrio Sur, se encuentra el 19 de enero de 1887 en San Felipe: “Su falta de recursos y la escasez de trabajo (probablemente estaba concluyendo la cosecha) lo obligan a salir el 19 a la mañana; al día siguiente toma el tren; por la tarde está en Santiago. Se aloja en la habitación de un amigo (como es habitual en estos trabajadores itinerantes) y al día siguiente encuentra trabajo en una obra en construcción. Es 1887, en los inicios de la expansión de Balmaçada y enero, época de pocos desocupados en la ciudad. El caso, que conocemos por haber sido individualizado como el portador del cólera en Santiago, es relatado por David Meza B., en *El cólera. Estudio científico*

de esta epidemia, 1887. p. 28. El trabajo apareció en la *Revista Médica*, XV, 1886-1887.

Otro caso: Miguel Celedón llega a Santiago, con su mujer e hija de 14 años, en el mes de septiembre de 1876. Su esposa fallece; coloca entonces a su hija a trabajar en una casa de la calle de la Recoleta (para las mujeres era más fácil, y también más conveniente, instalarse definitivamente en la ciudad) y marcha a trabajar a un fundo en Renca, en octubre. Al mes siguiente vuelve a la ciudad y se emplea como peón en una construcción en La Cañadilla, cerca de donde vive su hija. Su muerte, mientras dormía en la obra donde trabajaba, permite conocer esta historia que ilustra acerca de cómo los flujos más permanentes se entrecruzan con circunstancias personales. Nótese que la circulación entre ciudad y campo no se produce en los meses típicos sino en un período intermedio. *El Ferrocarril*, 24 de noviembre de 1876.

²⁸ Gay, *La agricultura*, II, pp. 29-34. S. Tscherebilo ha destacado este aspecto de la migración al campo.

²⁹ Bauer, *Chilean Rural Society*, p. 150. Este autor parte de una estimación de 20 jornadas de trabajo por Ha., cifra muy alta que indica una productividad muy baja.

³⁰ José Pino, gañán casado, de 35 años de edad, vive en un caserío al frente de las casas del fundo, conocido como “Casas de Lata”. Pese a esta residencia casi doméstica, que haría pensar en una relación estable con el fundo, al menos en tiempos de la cosecha, Pino fue a trillar a una chacra vecina. Su periplo duró varios días, en los que se dedicó, en realidad, a beber sistemáticamente en varios lugares. De Carmen Chiappa, probable mente soltero, no se conocía hogar establecido, y pertenecía a la población más puramente flotante. Trabajador al día, se encontraba de paso por Santa María, donde debió quedarse un tiempo debido al cordón sanitario establecido; cuando logró salir, “sin hogar y sin trabajo para proporcionarse su subsistencia... cayó sobre la hacienda de Chacabuco”. Se alojó en calidad de allegado en la casa de un inquilino, quien le dio “franca hospitalidad al forastero”, y de inmediato encuentra trabajo en la hacienda, por lo que “decidió fijar allí su residencia por algunos días” (Meza B., cit, p. 23).

³¹ Benjamín Vicuña Mackenna, en *El Mensajero de la Agricultura*, Boletín mensual de la Sociedad Nacional de Agricultura, 1857, tomo II, pp. 31-32.

³² En 1889, en pleno apogeo de las obras públicas, afirmaba *El Ferrocarril*: “La multitud de obras, muchas de ellas colosales, que por cuenta del

gobierno se están ejecutando en toda la extensión del territorio de la República (...) ejercen sobre los trabajadores una atracción que en vano pretenderían resistir los hacendados e industriales, que no son dueños de fijar precios a los productos de sus fundos o fábricas”. *El Ferrocarril*, 15 de febrero de 1889.

³³ Calculado a partir de los datos sobre salarios pagados por la empresa del ferrocarril Santiago-Valparaíso en 1865. Se estimó un jornal de 25 centavos. Los datos, en Ann Johnson, cit., p. 293.

³⁴ W. Stewart, “El trabajador chileno y los ferrocarriles del Perú”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, v. 85, julio-diciembre de 1938, pp. 128-171.

³⁵ *La Industria Nacional*, septiembre de 1876.

³⁶ G. Salazar ha recreado vividamente esta situación y ha destacado el papel de la mujer “aposentadora” en este largo proceso de asentamiento. Naturalmente, los testimonios contemporáneos, provenientes de algún sector de la élite, son menos generosos en la calificación. Cf. Salazar, *Labradores...*, p. 276. Sobre otras variantes de este proceso de asentamiento Cf. *supra* notas 27 y 30.

³⁷ Así lo supone Ann Johnson, aunque apoyándose en datos que no incluyen a Santiago de Chile.

³⁸ Tanto Bauer como Salazar han señalado esta modificación de la naturaleza del inquilinaje. Tscherebilo ha subrayado la intensificación del trabajo de los jornaleros.

³⁹ El texto es de Juan Serrado, *Visita a Chile en 1895*, Buenos Aires, 1898, p. 42. Según el Reglamento para los Ferrocarriles Urbanos, preparado en 1872 por el intendente Vicuña Mackenna, los conductores “llevarán un traje decente, y en ningún caso podrán andar en mangas de camisa, usar sombrero llamado de chupalla, etc. “. Cf. *Un año en la Intendencia de Santiago*, Santiago, 1873, vol. II, p. 230.

⁴⁰ No es difícil adivinar, en esos “muchachos que a título de cargador o agentes asedian a los pasajeros” cerca de la Estación, a quienes en ocasión propicia se hacen vendedores o peones. Cf. “Instrucciones (del intendente) al comandante de Policía para el mejor servicio del cuerpo a su mando y de la ciudad” (1872), en Vicuña Mackenna, *Un año...*, vol. II, p. 230.

⁴¹ Santiago Estrada, *Viajes*, Buenos Aires, Estrada, 1946, vol. I, p. 222.

⁴² La equivalencia entre policía y roto es frecuentemente señalada en la época. La relación de los policías con el mundo de la calle –situación seguramente común en muchas ciudades– denunciadas por Vicuña Mackenna en la instrucción citada.

- ⁴³ Salazar ha hecho interesantes consideraciones sobre lo que llama el “grupo báquico”, influido tanto por procesos demográficos cuanto por formas de vida y de cultura femeninas muy definidas, y encuentra ejemplos acabados de solidaridad popular en prácticas que otros calificarían quizás de promiscuas. Véase *Labradores*, pp. 273-81.
- ⁴⁴ Véase por ejemplo J. Errázuriz Tagle y G. Errázuriz Rouse, *Estudio social: monografía de una familia obrera de Santiago*, Santiago, 1903. Aun que referido ciertamente a una familia no miserable, se destaca el trabajo que la esposa hace como planchadora. Sobre el empleo de lavanderas externas, véase entre otros, P. Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile*, 1851-63, Santiago, Editorial del Pacífico, 1858.
- ⁴⁵ En la tesis de una médica, en 1887, se distinguen dos géneros de mujeres: aquéllas a quienes las necesidades de la vida “las han obligado a vivir en una posición decente a toda costa”, que tuvieron que “luchar con el misterio para conservarla” entregándose al trabajo del taller y a la costura (siendo el celibato y la tisis el premio de su sacrificio) y por otra parte las mujeres de “nuestra clase proletaria”, que pueden dedicarse también a quehaceres domésticos, lavanderas y cocineras... Cf. Eloísa R. Díaz, “Breves observaciones sobre la aparición de la pubertad en la mujer proletaria y de las predisposiciones patológicas propias de su sexo”, Memoria de Prueba, *Anales de la Universidad de Chile*, 7, 1887.
- ⁴⁶ Probablemente los oficiales del ejército que organizaban las tareas para sus regimientos, las instituciones de fines caritativos y las mismas familias, mantuvieron a través de la costura una clientela de decentes pobres; por otros motivos, tiendas elegantes seguramente recurrían al trabajo de jóvenes decentes, con más habilidades específicas, mientras que grandes tiendas y talleres debían buscar, más sencillamente, trabajadoras baratas. Sobre esta distinción puede verse el cuento “Los dos patios” de Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino), en *Obras escogidas*, Santiago, Andrés Bello, 1969.
- ⁴⁷ En el Censo de 1865 se hace notar que el número muy abultado de costureras probablemente se deba a quienes no se atreven a declarar una profesión menos honorable. Cabría pensar, sin embargo, en un ejercicio esporádico de una u otra actividad, lo que sería corroborado por la falta de testimonios (al menos hasta fines de siglo) de un área de la sociedad urbana visiblemente identificada con la práctica permanente de la prostitución.
- ⁴⁸ Para los contemporáneos, el límite entre ambas no es demasiado preciso: la vinculación entre sirvientes, cocheros, raterías o robos mayores es frecuente. Véase “Domésticos”, *El Progreso*, 20 de julio de 1843.

- ⁴⁹ “Es tan exiguo el salario que estos pobres ganan que no es posible les alcance para procurarse la precisa ropa a guarecerse de las inclemencias de la presente estación, y así es que vienen siendo miserables víctimas de su pobreza...”, *El Ferrocarril*, 23 de junio de 1863. El texto, curiosamente, se refiere a los “pobres policiales” y es llamativamente similar a otros referidos a diferentes trabajadores.
- ⁵⁰ En uno de sus artículos satíricos, afirma Jotabeche que un vigilante, antes de serlo, “ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos y desnudador de caídos caballeros”, José Joaquín Vallejo (Jotabeche), “El provinciano en Santiago”, en *Artículos y estudios de costumbres chilenas* (1842-1847), Santiago, 1881, p. 213. Se recuerda también que el comisario Chacón, que reorganiza la Policía de Seguridad en los años sesenta, recurrió para ello a ex delincuentes.
- ⁵¹ Así lo señala Salazar, *Labradores...*, p. 154. Sobre la ductilidad del trabajador chileno, véase este texto de Poepping, que recorrió el país en 1828: para viajar por Chile es necesario “contratar los servicios de un mozo del país quien, mediante el pago de un jornal muy bajo para aquellos países (de siete a diez pesos al mes) cumple las múltiples funciones de un cocinero, arriero, camarero, arquitecto y mensajero”, E. Poepping, *Un testigo en la alborada de Chile*, Zig Zag, 1960, p. 187. Sobre la capacidad de aprendizaje, nótese la opinión de los ingenieros que construyeron el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, que juzgaban a los peones chilenos superiores a los irlandeses, y aun a los ingleses, no sólo en fuerza y docilidad sino en capacidad, al punto que Meiggs los convocó cuando inició la construcción de los ferrocarriles peruanos. Cf. B. Vicuña Mackenna, *Viaje por la República Carrilana (de Tiltill a Los Loros)* (1863), en *Miscelánea. Colección de artículos, discursos, biografías... 1849-1872*, Santiago, 1872, p. 88. También: *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso*, Santiago, 1863, donde se incluye el discurso de Meiggs al inaugurar las obras.
- ⁵² Abundantes referencias en B. Vicuña Mackenna, *Un año...* I, 80.
- ⁵³ En 1895 un cochero ganaba —según un prospecto oficial— un 12% de la recaudación bruta (Errázuriz Tagle: *Estudio social...*, p. 92). Según Tornero, “la mayor parte de los vendedores que dependen de un patrón hacen sus trampas y diabluras...”, *Chile ilustrado*, p. 468.
- ⁵⁴ Un elemento que unifica la situación de los distintos tipos de asalariados, y que también los acerca a quienes están en una dependencia más doméstica, proviene de que en ningún lugar el salario aparece en forma pura e incluye, por lo menos, una comida (en muchos, todas las comidas y el alojamiento). El sueldo de un policía, por ejemplo, incluía dos pesos en concepto de rancho.

- 55 “Para las fiestas, habían estrenado todas las mujeres, ricas y pobres, sus trajes nuevos de percal, y todos los hombres el sombrero de paja o la chupalla de la estación”, Augusto D’Halmar, *Recuerdos olvidados*, Santiago, Nascimento, 1972, p. 60.
- 56 Tornero, *Chile ilustrado*, p. 468.
- 57 Es significativo el comentario del director del Hospicio de Santiago, quien señala que los indigentes asilados piden licencia en verano, tiempo “con mayor facilidad para proporcionarse medios de vivir” (informe del director, 1853, incluido en la *Memoria del Ministerio de Justicia*). Esto se relaciona con el clima más clemente, con la baratura de ciertos alimentos y, también, con la aparición de algunos trabajos nuevos.
- 58 En 1889, para las obras de canalización del Mapocho, se repatrió a chilenos empleados en las del Canal de Panamá.
- 59 Esta idea ha sido desarrollada por Gareth Stedman Jones, *Outcast London*. Ann Johnson la propone como explicativa de la situación de las grandes ciudades chilenas.
- 60 Juan Brunner, “Fragmento de una higiene pública de Santiago”, *Anales de la Universidad de Chile*, 1857, p. 307. Dos testimonios literarios tardíos, de uno de los “novelistas proletarios” preocupados por reconstruir el punto de vista del trabajador, ilustran esto: don Fide, el marido de la “viuda del conventillo”, fue pintor, albañil, gañán al día. Hizo de todo..., Alberto Romero, *La viuda del conventillo*, Buenos Aires, 1930, p. 5. Otro: “Emparentado por afinidad con muchos, no era ni lustrabotas ni diariero ni mendigo. Trotacalles vulgar, desprovisto de ficha de identidad, de elementos de lucha y hasta de plan de acción, el Perucho podía transformarse en una u otra cosa, indiferente”, Romero, *La mala estrella de Perucho González*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.
- 61 La primera posición, que responsabilizaba primordialmente a los hacendados, “verdaderos señores feudales”, fue sostenida por los liberales más avanzados y tuvo en *El Ferrocarril* a uno de sus mejores voceros; la segunda, que los eximía, fue sostenida por el conservador Zorobabel Rodríguez en el periódico católico *El Independiente*. Sobre los textos de este último Cf. nota 21.
- 62 Tal la propuesta de Francisco Echaurren Huidobro, con el apoyo de la Municipalidad de Valparaíso y la aquiescencia de la Sociedad Nacional de Agricultura. El proyecto de Echaurren Huidobro, en *El Ferrocarril*, 13 de julio de 1871; su crítica, y la propuesta de la discusión, en *El Ferrocarril*, 30 de julio de 1871. Sobre la función de los curas párrocos, Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea*, II, p. 234.

- ⁶³ *El Ferrocarril*, 14 de julio de 1871. Según Marcial González, “el gañán y el roto de las ciudades y del campo es vagabundo por naturaleza, ratero por inclinación, disipado por instinto, y si llega a completar algunos días de trabajo en un fundo, gasta y pierde en media hora lo que ha ganado en una semana, y luego emigra a otro fundo, para hacer allí igual cosa, hasta venir a parar en el hospital o presidio” (“Condición de los trabajadores rurales”, 1876, en *Estudios económicos*, Santiago, 1889, pp. 321-2).
- ⁶⁴ Abel Rosales, *Historia y tradiciones del Puente de Cal y Canto*, Santiago, 1887, p. 19 y ss. Zañartu reunió hasta 200 trabajadores diarios, cifra más alta que la exhibida por Vicuña Mackenna cien años después, *Bando de Policía* de 1830, art. 38, en *Boletín de las Ordenanzas de Policía, dictadas para el servicio local de la ciudad de Santiago desde el año 1830 hasta el 1º de enero de 1860*.
- ⁶⁵ Referencias en los informes del director de la Cárcel Penitenciaria, 1862-1871 (y particularmente el de 1864, firmado por Urizar Garfías), incluidos en las *Memorias del Ministerio de Justicia*. Criterios similares en los informes del director de la Casa de Corrección de Mujeres.
- ⁶⁶ Señala De la Barra la conveniencia de no mezclar vagos con criminales, lo degradante de esta situación para los primeros, y para todos, la de trabajar encadenados y alojados en los célebres “carros” a falta de local adecuado para todos. Considera “un acto inmoral y chocante que hombres cargados de cadenas paseen diariamente las calles de esta capital efectuando las obras que la policía emprende”, *Memoria del intendente de Santiago Miguel de la Barra*, 1846.
- ⁶⁷ Vicuña Mackenna, *Un año...* I, pp. 184-5.
- ⁶⁸ “Instrucciones sobre la administración del Presidio”, en *Un año...*, II, p. 436.
- ⁶⁹ Sobre el reclutamiento entre los hijos o allegados de los trabajadores de fundos, véase Ann Johnson, *Internal Migrations...* Sobre indiecitos del sur, capturados y vendidos como sirvientes, Poepping, *Un testigo...*, pp. 198-9. Sobre entrega de huérfanos, entre otros, *El Ferrocarril*, 8 de enero de 1863. Sobre la concepción paternal de la relación, hay una excelente caracterización en Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Santiago, Nascimento, 1934. p. 26. Sobre castigos físicos, *El Ferrocarril*, 8 de enero de 1863 y 8 de junio de 1867; también, los numerosos testimonios —que incluyen desde castigos físicos a violaciones— acumulados por Salazar, *Labradores...*, p. 285.
- ⁷⁰ Señala Vicuña Mackenna: “Pasó el tiempo en que todos los huérfanos de Santiago encontraban segura ocupación como chinitos de alfom-

bra”, *Un año...*, I, 175. Testimonio similar en Tornero, *Chile ilustrado*, p. 475. Sobre movilidad de los sirvientes, véase este ejemplo: “A este propósito se nos ha referido que en días pasados una criada que hacía un mes que se había contratado, dijo a la señora dueña de casa que se marchaba. La señora, sin comprender tan repentina como extraña resolución...”, *El Ferrocarril*, 4 de noviembre de 1861.

- ⁷¹ Testimonios de esto aparecen frecuentemente en la literatura. Sobre reclamos salariales (inspirados, según el autor, por la Sociedad de la Igualdad), José Antonio Torres, *Los misterios de Santiago*, 1858, pp. 126-130. Otros testimonios: “Los sirvientes de un hombre soltero” son, según Adolfo Valderrama, “uno borracho, otro ladrón y otro mujeriego. Todos le usan la ropa, le beben licores, le sacan plata” [*Revista de Santiago*, 5, 1876]. “¿Ha visto usted nada más indecente que esas chinas que pretenden imitar a las señoras?... Lo que me admira es que sus patronas las toleran. Oh, a mí me da fiebre cuando veo una de esas indias remilgadas”, Vicente Grez, *El ideal de una esposa*, Santiago, Nascimento, 1971, p. 25. Sobre hurtos, Vicuña Mackenna cita el extremo de un cochero que pretendió empeñar un coche completo, *Moción que sobre la reglamentación de las Casas de Prendas presenta a la Cámara don...*, 1865, pp. 8 y 12.
- ⁷² Naturalmente, pueden encontrarse otras tantas referencias en el otro sentido. Una versión equilibrada de ambas tendencias se encuentra en estos expresivos fragmentos de cartas de 1891 de Leticia Valdés Vergara a su esposo Ismael, que se encuentra con los revolucionarios de Iquique: “De los sirvientes no me quedan más que la Andrea y Antonia, de los que me dejaste; todos te saludan. La Eduviges ha debido casarse hoy, la Blanca también se salió, sin que hubiese ningún motivo (...) La Andrea siempre me encarga saludarte. La Eduviges se casó con un hombre de Las Lomitas, dicen que es muy bueno. A mí no me dijo una palabra, y sólo lo supe después que se había ido. No la he visto después de haberse ido”. He aquí el abanico de posibilidades, desde la antigua deferencia de Andrea (y la más vaga de Antonia) a la ruptura total de Blanca, pasando por la forma tolerable, pero indudablemente rebelde, de Eduviges, *Una familia bajo la dictadura. Epistolario 1891*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971, pp. 97 y 105.
- ⁷³ Así, se dice: el criado “será obligado a permanecer en el servicio el tiempo necesario para que pueda ser reemplazado”. En caso de desahucio “sin causa grave”, la obligación para cualquiera de las dos partes es igual. Sobre las “causas graves”, se dicen respecto al amo cosas tan

generales como “mal tratamiento”; del criado, ineptitud, infidelidad e insubordinación, lo que pone claramente la cuestión en los términos del momento, de crisis de las antiguas formas.

- ⁷⁴ Así, a una doméstica que decide abandonar su trabajo se le exige dejar una reemplazante. La renunciante trae a alguien, que arregla condiciones y se marcha “diciendo que pronto estará allí con su cama”, en vista de lo cual la antigua criada “arregló su lío y se fue”. El final, previsible, es que la nueva no apareció, *El Ferrocarril*, 4 de noviembre de 1861.
- ⁷⁵ Vicuña Mackenna, *Un año...*, pp. 203 y ss.
- ⁷⁶ La frase es de Brunner, “Fragmento de una higiene pública de Santiago”, p. 307.
- ⁷⁷ “Todos sabemos que el aumento del salario más les daña que les aprovecha, que cuando más ganan más derrochan y que en tal caso no sólo hacen ‘San Lunes’ sino ‘San Martes’”, Marcial González, “La moral del ahorro”, en *Escritos económicos*, p. 116.
- ⁷⁸ Se refiere a la venta “desenfrenada de la chicha nueva”, por lo que “la mayor parte de los caminos... amanecen los lunes y los martes sembrados de hombres ebrios, que yacen a orillas de las acequias”, Vicuña Mackenna, “Nota al comandante de la Guardia Municipal”, en *Un año...*, II, p. 253.
- ⁷⁹ El tema ha sido destacado por Salazar, *Labradores...*, p. 146.
- ⁸⁰ Según afirma Meiggs en el banquete de Llayllay, al inaugurar el Ferrocarril Santiago-Valparaíso, prefería 500 trabajadores chilenos antes de 1.000 irlandeses, considerados el ideal del trabajador europeo no calificado, *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso*.
- ⁸¹ En el elenco de circulantes callejeros que Estrada ubica hacia 1870 aparece un “jornalero sin trabajo que aprovecha las primeras claridades para pedir limosna”. Ya se señaló cómo el Hospicio era el refugio en tiempos de desocupación estacional. Sobre los borrosos límites entre desocupación y delito véase el caso de un albañil salido de la Penitenciaría y dispuesto a reencauzarse; deambuló un mes sin poder conseguir trabajo, en momentos en que su mujer daba a luz; el hombre, desesperado, “resuelve emprender de nuevo sus correrías de bandalaje”; la historia, de corte moral, tiene un final adecuado: el hombre reflexiona a tiempo y es ayudado por un jefe policial, *El Ferrocarril*. 8 de junio de 1864.
- ⁸² “Un infeliz tiene un mate de plata del valor de quince pesos... había pagado por él más de cien pesos de interés en las innumerables veces que se había visto obligado a empeñarlo para socorrer sus necesidades”, Vicuña Mackenna, *Moción*, p. 11. Así, las casas de prenda, adecuadas a

esta forma singular de ahorro y consumo, funcionaban como “bancos del pobre” más eficazmente que las instituciones oficiales, pese a la acusación de prácticas usurarias.

⁸³ *El Ferrocarril*. 24 de marzo de 1857. Además, es permanente la denuncia de grupos de vagos o de borrachos, las quejas por el “San Lunes”, etcétera.

⁸⁴ Desde la perspectiva de la élite, esto forma parte del cuadro de degeneración moral de los pobres; desde el punto de vista de los interesados —así lo propone Salazar— puede ser considerada una forma normal de relación solidaria, con un intercambio de servicios muy amplio.

V

Arrabales, vivienda y salud

La intensa migración rural multiplicó los arrabales y aceleró el crecimiento de una ciudad que no estaba preparada para recibir tantos nuevos moradores. Las condiciones de vida se hicieron difíciles: la vivienda era escasa y mala, los servicios sanitarios insuficientes y pronto las enfermedades crecieron de manera espectacular, desbordando los límites de los arrabales. En ese punto, los problemas urbanos, y los pobres mismos, se convirtieron en una cuestión e impulsaron a la acción. Su forma más definida fue el higienismo, pero incluyó otras variantes, inclusive la de quienes buscaron beneficiarse con la escasez de vivienda y especularon con ella. Fue una intervención directa en la vida de los pobres, que modificó tanto sus condiciones de vida como los términos mismos de su relación con la élite.

EL NEGOCIO DE LA VIVIENDA POPULAR

Por muy pobres que fueran los nuevos moradores, en algún lado debían vivir. La vivienda ciudadana, y la tierra para levantarla, se convirtieron en un excelente negocio, que explica la rapidez con que antiguos fundos se convertían en tierra urbana.

El negocio fue lo suficientemente bueno como para que ya en 1847 la sociedad de los hermanos Ovalle afrontara las complicaciones de un larguísimo trámite sucesorio para levantar una población en las tierras de la Quinta Zañartu¹. Cerca de allí, Matías Cousiño parceló una propiedad para levantar la población del “Campamento”; lo mismo ocurrió con las tierras del “Conventillo”, cerca del Matadero, y con las del límite norte de la finca Subercaseaux, donde pronto creció un

animado suburbio. El negocio mayor consistía en conservar la propiedad de la tierra y alquilar pequeños lotes para que cada inquilino levantara su vivienda, según sus posibilidades. Así se poblaron los sórdidos arrabales del norte y el oeste, y sobre todo los del barrio Sur, crecido sin orden ni concierto alguno sobre hijuelas alquiladas por los diversos herederos de esas tierras.

A fines de siglo solía clasificarse la vivienda popular en tres tipos diferentes: cuartos redondos, ranchos y conventillos. Los cuartos redondos eran piezas de alquiler, generalmente cerradas, con una única abertura, sin terreno adicional. Era común que los dueños de casas residenciales en el centro antiguo alquilaran las habitaciones a la calle para que tenderos o artesanos abrieran su taller o mostrador. En las calles más transitadas solían usarse para instalar puestos de bebida o cocinerías. Hacia 1850, según el norteamericano Gilliss:

“La mayoría de las habitaciones sobre la calle están ocupadas por artesanos, que las emplean como residencia o taller. El propietario rara vez retiene más de la que usa como cochera. En las calles de los alrededores de las plazas... los tenderos toman el lugar de los artesanos”.²

Los cuartos redondos fueron tempranamente objeto de especulación, y también tema de recurrentes demandas edilicias.³ Habitantes más modestos o más transitorios que los de las cuarterías multiplicaron “esas pequeñas rancherías que rodean a Santiago... asentadas sobre terreno barroso y cubierto de basuras”.⁴ El rancho se construía con materiales precarios —adobe y paja para el techo— y solía tener un pequeño terreno en el fondo, que servía como corral, aunque el costo creciente de la tierra fue achicando ese espacio⁵. Frecuentemente se levantaban sobre tierra alquilada, como en la población Ovalle, conocida como “el Arenal”:

“Lo que se denomina el Arenal son nueve cuadras cuadradas; a lo menos, cada cuadra cuadrada tiene aproximadamente unos ochenta sitios; cada arrendatario de sitios

ha edificado o edifica actualmente con adobes hechos en su pertenencia”.⁶

Un suelto periodístico ofrecía en 1875 “sitios para pobres” en la calle de Chiloé, sobre la línea del ferrocarril urbano de San Diego. Se trataba de amanzanamientos recientes, “con agua, con buenas capas de tierra para cortar materiales y a precios baratísimos, al alcance de las familias pobres”. Los propietarios combinaban el alquiler de la tierra con el de viviendas: “A los albañiles, carpinteros, tapiadores y peones que necesiten sitios se les admitirá trabajo en otras partes del terreno en parte de pago; lo mismo se admitirán maderas, tejas, coligüe y piedra de cimiento a los dueños de estos materiales que quieran canjear por los sitios”.⁷

La valorización de la tierra impulsó a los propietarios a construir conventillos, que desde la década de 1870 fueron la forma habitual de la vivienda popular. Aunque la palabra se aplica a cosas diversas, lo más habitual era un conjunto de piezas alineadas, con un pequeño alero al frente; entre dos hileras de piezas había un patio angosto y largo, que constituía el espacio común. Los contemporáneos consideraban que, como vivienda, eran de calidad muy inferior a los cuartos.⁸

El alquiler de viviendas o de terrenos para los pobres de la ciudad constituyó una porción no desdeñable de las actividades de muchos ricos propietarios santiaguinos, como doña Dolores Portales Larraín, dueña de terrenos sobre la ribera sur del Mapocho. La propiedad urbana constituía una porción importante del patrimonio de muchos terratenientes que residían en la ciudad.⁹ Crescente Errázuriz recuerda que hasta su tío, el arzobispo Valdivieso, construyó junto a su casa, hacia 1860, “una especie de conventillo, o lo que llaman hoy Cité, destinado a dar vivienda a familias pobres. Llegaba, y llega aún, de la calle de Santa Rosa a la calle de San Isidro, dividido en la mitad por un muro para evitar el tránsito”.¹⁰ Lo habitual, sin embargo, era que pertenecieran a propietarios menos encumbrados, dueños de dos o tres conventillos.¹¹

El alquiler era un excelente negocio, seguramente por la fuerte demanda y la escasez de tierras disponibles, sobre todo porque las condiciones de la oferta de empleo y la disponibilidad de transportes impedía que los trabajadores se alejaran demasiado del centro de la ciudad. Se calculó que a principios del siglo XX un propietario de conventillo duplicaba anualmente el capital invertido en la tierra.¹² Es característico de los beneficios que podían obtenerse el citado caso de los hermanos Ovalle, que adquirieron catorce manzanas para formar la población del Arenal, donde residían 13.000 personas. Según denunciaba un periódico popular en 1886, lo hicieron “en condiciones muy fuera de las ordenanzas de policía”, y obteniendo beneficios tales que bastó la venta de una séptima parte de las tierras así valoradas para saldar la deuda con don José Tomás de Urmeneta, quien había adelantado el capital.¹³

En 1872 el intendente Benjamín Vicuña Mackenna denunciaba a los especuladores “que viven de la mugre y el dolor”, y casi veinte años después, el dirigente católico conservador Juan Enrique Concha, refiriéndose a los arriendos, afirmaba: “Usura y conventillo han llegado a ser palabras sinónimas”.¹⁴ Los propietarios dejaban el manejo de estos negocios, poco dignos, en manos de administradores, que agregaban beneficios marginales: el mayordomo de conventillo “casi siempre maneja un burdel, que es a la vez casa de juego, taberna y montepío para los inquilinos”; en su habitación solían acumularse los más variados trastos, embargados a las familias deudoras.¹⁵

Había otros beneficios. Los hermanos Ovalle presionaban a sus inquilinos y los obligaban a cederles sus calificaciones electorales, con lo que la población se convirtió en un importante feudo político. Por ello, los Ovalle se opusieron tenazmente a que la autoridad pública penetrara en su dominio y se hiciera cargo de las necesidades edilicias de la población; incluso se resistieron a que se pavimentaran las calles.¹⁶ La fuerza de esos intereses pudo medirse cuando entraron en colisión con otros más generales de la comunidad, como los que encarnó el intendente Vicuña Mackenna entre 1872 y 1875, preocupado por el saneamiento y la eliminación de los arrabales peligrosos.

Para abrir el Camino de Cintura era necesario expropiar la tierra y “derribar las casuchas que están en pie”. Se propuso abrir calles que penetraran en los arrabales más cercanos, y aun acabar con los más peligrosos: quería “arrasar esas fétidas e inmundas rancherías” del Arenal, y “la destrucción completa de todo lo que existe” en el barrio Sur. Sus proyectos tropezaron con la resistencia de los propietarios, quienes defendieron sus derechos en términos doctrinarios,¹⁷ y a la vez aprovecharon los planes de remodelación para obtener ventajas especulativas. La apertura de calles en el barrio Sur se dificultó porque “los vecinos... se opusieron edificando ranchos para que se los expropiaran”; la apertura de la avenida Ejército Libertador se detuvo porque el dueño de una ranchería, “un especulador”, exigía cuatro veces más que su legítimo valor. El desilusionado intendente observaba cómo los propietarios, aprovechando el interés del Estado, elevaban de manera inusitada el valor de sus propiedades.¹⁸ El resultado fue que el nuevo camino sólo se abrió por tramos, y que las rancherías que el intendente lograba desalojar reaparecían poco después, a la vera misma del camino.¹⁹

Desde mediados de la década de 1880 aparecieron en las zonas que lograron ser despejadas conjuntos de viviendas más ordenadas. Algunas eran proyectos empresariales pero otras no se destinaban primordialmente a la obtención de beneficios, y reflejan las nuevas preocupaciones por la “cuestión social”. Esos conjuntos —al igual que otros proyectados que no llegaron a concretarse— procuraban ajustarse al ideal de Viviendas Baratas e Higiénicas para Obreros. Las más importantes fueron las de la Institución Sofía Concha en el barrio Sur, la Institución León XIII en las inmediaciones del cerro San Cristóbal, una Colonia Obrera organizada por la Sociedad de Sastres en la población Ovalle y las poblaciones Echaurren Valero, Valdés y San Vicente. Pueden incluirse en este grupo las viviendas levantadas como anexo de algunas fábricas.

No eran muchas, y estaban dirigidas a un sector específico de trabajadores.²⁰ Los proyectos comenzaban con donaciones y legados particulares de importancia —salvo el de los sastres— aunque se preveía

que posteriormente los ahorros de los beneficiarios permitirían renovar el capital inicial. En general se fijaba un alquiler relativamente bajo, y la alternativa de una cuota más alta, que en diez o quince años convertiría al locatario en propietario.²¹ Por distintos motivos, los beneficiarios de estos programas se ubicaban en el estrato más alto de los sectores populares. Algunas viviendas, como las del cerro San Cristóbal, estaban demasiado lejos para quien debía trabajar diariamente en el centro. Para otras se requería un empleo estable y poder destinar una porción considerable de su salario a la amortización. Ciertamente, no eran adecuadas para la masa de trabajadores al día.

Los propósitos de estos planes iban más allá de suministrar una vivienda barata e higiénica. En el caso de las viviendas anexas a la fábrica, explícitamente se buscaba retener a los trabajadores “en el propio lugar donde trabajan”,²² combatiendo así la tendencia a la circulación. En otros proyectos, se buscaba la colaboración de las sociedades mutuales, integradas por trabajadores con empleos relativamente estables; en esos casos se esperaba que “los miembros más pudientes” tomaran habitaciones en los barrios que se edificaran.²³ La selección es más manifiesta en el caso de las dos instituciones católicas, donde para ingresar se exigía “ser obrero, casado, moral y religioso, porque aquí se desea formar verdaderas familias, que sean sostén del orden y de la paz en Chile”.²⁴ La exigencia de matrimonio excluía a muchas familias. En suma, aunque son reveladores de las nuevas preocupaciones que circulaban por la élite, la contribución de estos planes a la solución del problema de la vivienda fue mínima.

LOS SERVICIOS URBANOS

Si algo contribuía de manera decisiva a la vida difícil de los sectores populares eran los deficientes servicios urbanos: agua potable, desagües, recolección de desperdicios principalmente. Muchas situaciones eran tradicionales, pero a medida que la ciudad crecía el problema se fue haciendo cada vez más notorio, y a la vez se definió con claridad quiénes eran los mayores perjudicados.

A comienzos de siglo, probablemente todos los habitantes de la ciudad se encontraban sumergidos más o menos en la misma soportable mugre.²⁵ Pero desde 1840 hay un cambio de tono en los comentarios, y una mayor precisión de las referencias. En 1842, cuando el ministro del Interior puntualizaba las imperfecciones y descuidos en la Policía de Aseo, unos “vecinos del barrio Sur” hacían públicas sus quejas por el abandono de esa parte de la ciudad —calles disparejas y pantanosas, fetidez e inmundicias, basura acumulada— que atribuían a “el gran número de gente pobre que ocupa los innumerables cuartos de este lado”.²⁶ El dispar desarrollo de los servicios fue conformando la imagen de que en Santiago, en realidad, coexistían dos ciudades. Hacia 1860, recuerda Ramón Subercaseaux, más allá de la “Cancha de los Monos... cesaba todo pavimento, no se veían más faroles de alumbrado público; el servicio municipal se desentendía de todo... Pero eso no era ya la ciudad.”²⁷

Oscuras y peligrosas de noche, inundadas en invierno, polvorientas en verano, con lodazales y montañas de basura por todas partes: tal la imagen habitual de las calles de los arrabales. A fines de la década de 1850 El Ferrocarril comentaba sobre una de la Chimba:

“La calle es siempre la misma; el mismo empedrado, pésimo, infernal; ... casi los más días pasa anegada a causa de un derrame que se forma en la acequia de Castro... En tiempos de lluvias se forman allí pantanos que impiden a los vecinos el tránsito de noche y aun de día. Agréguese a esto que no hay sereno ni alumbrado en aquella parte de la calle, y se comprenderá si el vivir allí no manifiesta sobrado arrojo”.²⁸

Era difícil transitar por la multitud de callejuelas que trabajosamente reptaban entre las abigarradas rancherías: la gente a menudo quedaba “sitiada” en su casa, “pegada” en el fango, y hasta sumergida en un charco. La Municipalidad por entonces había empedrado las calles de la zona central de la ciudad, pero “graves dificultades” impedían “hacer extensiva esta mejora a todos los barrios de la población”. La razón aducida por el intendente es reveladora de la combinación de

prácticas edilicias e imágenes de la sociedad: “La población de los barrios apartados, cuyos propietarios no tienen cómo satisfacer la parte del trabajo, impondría a la Municipalidad un quebranto muy superior a sus fuerzas”.²⁹ Algunos se empeñaban en las tareas más urgentes, como un terraplén para contener las aguas del Mapocho, pero “pobres como son la mayor parte de aquellos vecinos, jamás podrán emprender trabajos de ninguna especie”.³⁰

Un problema grave era la acumulación de basura en las calles. Cuando la ciudad era pequeña, se arrojaba sin mayor problema en las acequias de los patios traseros, en la zona baja del Mapocho o más sencillamente en la calle. Pero la acumulación comenzó a hacerse intolerable: “pantanos de inmundicia, cerros de basura”,³¹ que incluían excrementos de animales domésticos, se acumulaban en las calles, obstruían las acequias y se esparcían cuando éstas se anegaban. Recoger la basura se convirtió en un problema. Los elementos disponibles eran escasos,³² pero lo más grave es que los responsables se limitaban a acarrearla un poco más lejos, despejando el centro y descargándola en la caja del Mapocho o en algún pozo o desnivel de los barrios apartados: “La basura aristocrática va a depositarse en la puerta de la mansión del pobre”.³³ Sin embargo, el problema no pareció grave hasta que en 1872 se lo asoció con la epidemia de viruela que azotó la ciudad, pues se suponía que de allí surgían las “miasmas”. Ese año el intendente Vicuña Mackenna encaró una “gran limpieza” de las calles y acequias del centro, y particularmente de los temidos arrabales, pero la preocupación cesó cuando se atenuó el pánico provocado por la epidemia.

Las acequias resumían los nuevos problemas ambientales, y la manera como eran percibidos por gobernantes y élite. Tradicionalmente, la existencia de torrentes naturales, que arrastraban aguas de lluvia y de deshielo, había sido un elemento importante para la salubridad de la ciudad. Era habitual que las acequias que atravesaban los patios de las casas sirvieran como desagüe de las aguas servidas, e inclusive de desperdicios, fácilmente arrastrados por el torrente. Pero progresivamente las acequias resultaron insuficientes, sobre todo en las áreas

más congestionadas de la ciudad, donde la basura que arrastraba originaba el “taco” y el anegamiento. A lo largo de las décadas de 1850 y 1860 el tema se fue imponiendo en los comentarios de autoridades y periodistas; se hizo obsesivo cuando diversas epidemias atacaron la ciudad, y la acequia —“fuente de pestilencia”— quedó asociada con las “miasmas”.

Las primeras soluciones imaginadas fueron simples: unas rejas de hierro a la salida de cada casa debían impedir que llegaran al torrente colectivo “las inmundicias del interior de las casas”.³⁴ El sistema era caro e incómodo, se adoptó lentamente y todavía en 1860 se reclamaba por su aplicación. La solución considerada de fondo era la “nivelación”: aumentar la profundidad de los cursos y en algunos casos acentuar la pendiente. En ese sentido se realizó una obra importante en la acequia que corría por la calle de Negrete, que luego, por el callejón del Galán de la Burra, volcaba hacia Chuchunco el agua de todas las acequias que corrían de este a oeste. Se le hizo un fondo de cal y piedra, cubierto con una bóveda, método que se aplicó progresivamente en todas las calles del centro y en algunas acequias mayores de los arrabales, como las de las calles San Diego, Santa Rosa y el Matadero.

La solución resultó insuficiente. Según mostró el informe de Vicuña Mackenna en 1872, los tacos seguían formándose, y así ocurrió hasta que en 1906 comenzó la construcción del alcantarillado. Pero lo más significativo fue que, al mejorar la circulación en las acequias de la zona central, “las cloacas que arrastran la inmundicia de los cuarteles centrales van a derramarse en los barrios de la pobrería”.³⁵ Las acequias transportaban más velozmente los desperdicios y el agua se deslizaba con más facilidad por el macadam hacia los suburbios, con calles de tierra o precariamente empedradas y acequias a tajo abierto, que la autoridad municipal nivelaba con parsimonia. En los arrabales, agua, tierra y desperdicios se mezclaban, formando las “quinientas carretadas de cieno” que el intendente extrajo de una sola de ellas. En suma, si el centro no se limpiaba completamente, los arrabales en cambio se convertían en verdaderos muladares.

Buena parte de los habitantes del barrio Sur usaba para consumo el agua del Canal San Miguel. “El pueblo se envenena —proclamaba en 1850 *El amigo del pueblo*, el periódico de los igualitarios—: en ese canal del que beben tantos infelices desaguan todas las pequeñas acequias que cruzan Santiago”. Quince años después el problema era mucho más grave. Se intentó solucionarlo construyendo unas precarias canoas, que atravesando el canal debían llevar las aguas servidas hacia el sur. Pero siguieron “filtrándose inmundicias”, de modo que el agua siempre era “nauseabunda y mortífera”.³⁶

Por entonces iba generalizándose la idea de que había una relación entre la calidad del agua y varias enfermedades, particularmente el tifus. En 1857 una empresa privada empezó a instalar un servicio de agua corriente, pero en 1872 sólo alcanzaba a la cuarta parte de la población de la capital, la ubicada en el casco céntrico, limitándose en el resto de la ciudad a alimentar algunas pilas públicas.³⁷ Por entonces, según se denunciaba, “los vecinos de ultra-Mapocho se ven obligados... a no tener con qué apagar su sed”; en la población Ugarte, al sur, donde existía un único pilón de agua, “parece que hay alguien que no permite sacar agua sin antes pagar ciertos derechos”.³⁸ Vicuña Mackenna dispuso la compra de la empresa por la Municipalidad, y el suministro de agua potable se desarrolló aceleradamente, aunque el crecimiento continuo de la población y del área urbana iba por delante de las mejoras del servicio. En 1883 *El Ferrocarril* seguía afirmando: “Se hace del agua potable una fuente de especulación”, y agregaba: “Mientras la población no esté dotada de agua potable en abundancia para el uso de los pobres... viviremos constantemente bajo la amenaza de las pestes”.³⁹

La falta de agua podía transformarse en indeseable exceso, agregando otro elemento de precariedad a la vida en los arrabales. Los desbordes del Mapocho eran habituales en la estación de lluvias, sin que sirvieran para impedirlo los modestos diques de madera o piedra con que intentaban contenerlo quienes vivían en los ranchos de las orillas. Cuando la “avenida” era grande, también desbordaba el Zanjón de la Aguada, como ocurrió en 1877 y 1888. En esos casos, el agua arrastraba el

mobiliario de los ranchos e incluso la vivienda misma, y también a la gente, si la sorprendía durmiendo; en esos casos aparecían en el río los cadáveres de los ahogados, especialmente los niños. Las autoridades organizaban hospederías y asilos para los “inundados”, quienes así sufrían una segunda desventura, pues para evitar que se convirtieran en agentes propagadores de epidemias, se les impedía abandonarlos.⁴⁰ Los periódicos esgrimían con frecuencia el tema de las inundaciones, denunciando el escaso interés de las autoridades por tomar medidas de prevención, que contrastaba con el celo puesto en remodelar el casco central.⁴¹ Sólo en 1888, luego de la gran avenida que destruyó el Puente de Calicanto, se concluyó la canalización del Mapocho.

En verano el problema eran los incendios, frecuentes en los ranchos de paja o madera. El descuido de un fumador, o de alguna “señora anciana que estaba haciendo tortillas”, bastaba para iniciar un fuego que en seguida se propagaba a lo largo de un par de cuadras. Era común que muchos murieran abrasados, sobre todo los niños. Si bien desde mediados de la década de 1860 la ciudad contó con un cuerpo de bomberos, su presencia resultaba poco eficaz en los arrabales, pues no “había agua muy cerca de donde poder sacar para las bombas”.⁴²

Tal el cuadro de precariedad que rodeaba los ranchos, cuartos redondos o conventillos: calles polvorientas o anegadas, pero siempre sucias, malos desagües, escasez de agua potable. Las reformas edilicias de la década de 1860, y las de Vicuña Mackenna a principios de la siguiente, mejoraron algunos aspectos, agravaron otros, y marcharon por detrás de un incesante crecimiento de la población. Sabemos que para la élite fue clara la necesidad de “limpiar la cloaca” y separar la ciudad propia de los arrabales. Es más hipotético lo que podemos inferir acerca de cómo influyeron estas condiciones en la vida cotidiana de los sectores populares.

CASA Y HOGAR

Hacia 1895 escribía un conocido médico higienista:

“¿Quien que conozca el interior de estas miserables pocil-

gas no se sentirá harto de conmiseración y de lástima para tantos infelices que se ven obligados a habitarlas? Piezas siempre desproporcionalmente estrechas para el número de individuos que se amontonan en ellas para vivir y dormir, sin otro piso que el suelo natural o mal enladrillado, con un techo siempre sin cielo y reducido a veces a una simple lámina de calamina, sin otra ventilación ni tragaluz que una puerta mal ajustada y colocada para remate en la mitad de los casos del lado de la sombra; un patio estrecho y que en toda estación, de enero a enero, es un inmundo charco de aguas sucias y corrompidas, y una abigarrada población, compuesta de individuos de toda edad, sexo y condición moral y confundidos en horrenda promiscuidad, eso es un conventillo...”⁴³

El texto, revelador del tipo de mirada que se había constituido entre la élite a fines de siglo, es también un buen resumen de los problemas de la vivienda popular, y de los resultados provocados por la combinación de especulación y deterioro de los servicios.

A fines de siglo, prácticamente ningún pobre era propietario de su vivienda: la inmensa mayoría alquilaba un rancho, una pieza de conventillo o bien un terreno para levantar una vivienda por su cuenta. Alentados por la fuerte demanda y libres de todo control (sólo desde 1872 se inició algún intento), los propietarios construían lo más barato posible, y lo mismo hacía el inquilino a piso, por la escasez de sus recursos y porque lo que construyera no le sería reconocido por el dueño, si abandonaba el lote.⁴⁴

Habitualmente una familia estaba en condiciones de alquilar una sola habitación,⁴⁵ donde se alojaban padre, madre, y un número variable aunque alto de hijos, algún pariente o allegado, y varios animales domésticos.⁴⁶ La posibilidad de disponer de algún espacio adicional modificaba la calidad de la vivienda: un corral en la parte trasera del rancho, o el patio del conventillo, que a veces sólo era la unión de la doble línea de aleros. Un médico higienista subrayaba la diferencia: “La cocina y el lavado no se hacen en el dormitorio”.⁴⁷

En la construcción se utilizaban materiales de costo ínfimo: adobes hechos con el barro del propio terreno (los hoyos se usaban luego como depósito de basura), y pajas o cañas para el techo; tardíamente aparecieron las chapas de zinc o el hierro galvanizado, de origen industrial y más caro. El piso rara vez era emparejado o rellenado antes de empezar la construcción, de modo que los terrenos bajos solían inundarse. Solía ser de tierra apisonada, a veces mezclada con paja, y muy excepcionalmente se lo cubría con ladrillos o un rústico entarimado. Las paredes externas eran de barro, sin cimientos y sostenidas con un par de hiladas de ladrillo, mientras que los tabiques internos se hacían de un adobe más delgado. Las autoridades se preocuparon de manera creciente por la proliferación de este tipo de viviendas, aunque tardaron bastante en intentar reglamentar su construcción. El centro del interés fue cambiando, en parte por influencia de las distintas teorías sanitarias e higiénicas. Al principio, la cuestión más importante era la falta de ventilación: en 1843 el intendente de Santiago estableció la obligatoriedad de abrir una ventana en ranchos y cuartos redondos; desde entonces la disposición fue sistemáticamente repetida, e ignorada del mismo modo. También preocupó el problema de los pisos bajos y las inundaciones, mientras que la cuestión de los materiales empleados apareció posteriormente.⁴⁸

Agua potable y acequias fueron pronto definidos como los problemas básicos, y más directamente vinculados con las enfermedades. La provisión de agua mejoró rápidamente. En 1873, la ampliación del servicio de agua potable acabó con el uso del canal San Miguel y también con las pilas públicas, y cada conventillo dispuso de al menos una canilla, con la que se llenaba la tina o pileta.⁴⁹ Respecto de los desagües, la cuestión de las acequias, esto se vinculaba no sólo con reformas edilicias sino también con un cambio de hábitos, que fue bastante más lento.⁵⁰ En los conventillos, la costumbre de arrojar todo directamente a la acequia más próxima fue reemplazada en forma progresiva por la de utilizar la única letrina, que instalada encima de una acequia, servía a todo el conventillo. En el conjunto de viviendas de la Institución Sofía Concha, consideradas como modelo a fines de siglo, ocho letrinas eran juzgadas suficientes para 133 piezas. Por

otra parte, las acequias a tajo abierto en la tierra, que cruzaban el patio del conventillo, solían obturarse e inundarlo con su delicada carga: quizás por eso, las habitaciones cercanas se alquilaban mucho más baratas. A fines de siglo, ninguno de los dos problemas parecía estar resuelto: de 65 conventillos examinados en 1902, sólo seis fueron juzgados higiénicamente satisfactorios; 18 fueron tildados de mediocres, 33 como malos, y ocho como pésimos.⁵¹

El diagnóstico de los higienistas resume una visión muy típica del problema de los pobres, que vinculaba las duras condiciones materiales con formas de vida, actitudes y valores que se les atribuían. Las inferencias que hacían, reveladoras en primer lugar de sus propios prejuicios, decantaron por entonces en una mirada global, que analizaremos en el capítulo siguiente. Aquí intentaremos desbrozar el testimonio válido del prejuicio, y considerar esos mismos problemas también desde la perspectiva de los propios interesados.⁵²

No hay duda de que para los pobres la vida de hogar debía ser difícil. En la habitación, la mala ventilación hacía más penosos los efectos de la humedad del piso, por el que corría una pequeña acequia. La lámpara de querosén y el brasero, permanentemente encendidos para planchar, hacían irrespirable el aire cuando había que cerrar la única puerta, y seguramente esto era peor cuando había que cocinar dentro de la habitación. Pocos muebles cabían allí: una familia de nueve personas disponía de cuatro camas, una silla y tres bancos, amén de una mesa y un par de cajas para la ropa; otra, también de nueve personas, apenas tenía dos camas.⁵³ En cambio abundaban las jaulas, con gallinas, pollos, conejos, los preciados gallos de riña y hasta cerdos, vinculados con una mínima economía de subsistencia que mantenía vivos los hábitos rurales.

La misma habitación solía servir de lugar de trabajo para pequeños artesanos —sastres, zapateros— o para costureras, planchadoras y hasta lavanderas, si podían aprovechar el patio del conventillo. Si estaba en una calle transitada, podía instalarse en el mismo cuarto una cocinería, con una rústica mesa en la vereda, donde vender guisados

o frituras. Aunque aumentaba las incomodidades, ello permitía a la madre trabajar y cuidar a sus hijos a la vez.

La vida familiar, signada por estas condiciones extremadamente duras, fue un tema central del diagnóstico de lo que, desde la década de 1880, comenzó a definirse como “la cuestión social”. Augusto Orrego Luco, en un texto que llegó a ser paradigmático, avanzó notablemente en las conclusiones acerca de “la vida en el rancho”:

“Material y moralmente, la atmósfera del rancho es una atmósfera malsana y disolvente, y que no solamente presenta al estadista el problema de la mortalidad de los párvulos, sino también el problema más grave todavía de la constitución del estado civil, de la organización fundamental de la familia: problema formidable en el que hasta ahora no se ha fijado la atención y que está llamado a hacer una peligrosa aparición en un término acaso no lejano”.⁵⁴

La conclusión de Orrego Luco era que en el rancho era imposible saber quién era hijo de quién. Por lo que sabemos, la familia popular no se ajustaba a la descripción de Orrego Luco. Había en el mundo popular una fuerte inestabilidad locacional, a la que se hizo referencia en el capítulo anterior, en relación con las migraciones, la estacionalidad y la ocasionalidad del trabajo. Pero además, cambios de trabajo más acotados a la propia ciudad solían determinar una mudanza, pues el transporte urbano era malo y caro.⁵⁵ A ello debe agregarse que cualquiera de las catástrofes mencionadas, como inundaciones o incendios, obligaba también a mudarse. Probablemente, un encadenamiento de situaciones de este tipo influyera en hábitos y costumbres.⁵⁶

Tampoco la figura del hombre jefe de familia se ajustaba a las descripciones de críticos y reformistas. Hemos señalado en el capítulo anterior que los hombres circulaban mucho más intensamente que las mujeres, en un ciclo ocupacional que podía ser muy extenso, de modo que la familia solía organizarse mucho más en torno de la madre, que trabajaba en su casa, cuidaba de los hijos, atendía el hogar y hasta

mantenía con su trabajo al esposo o compañero. Costumbristas y moralistas coinciden en que el hombre estaba poco en el hogar, y en verdad es difícil imaginar qué podría atraerlo allí. Si trabajaba fuera, hacía una o más comidas en alguna de las innumerables cocinerías que abundaban en las calles. Al fin de la jornada iba a beber al despacho de licores o la chingana. Tema típico de los costumbristas es el de los hombres gastándose su jornal en la taberna, en bebidas o riñas de gallos, y las mujeres persiguiéndolos para arrebatárles la paga antes de que lo hagan.⁵⁷ Todo ello, sin embargo, no habla de inexistencia de la vida familiar, sino de una manera diferente de distribuir tareas y responsabilidades dentro de un núcleo familiar que, sin embargo, tenía perfiles bien definidos.

Para Orrego Luco había una asociación evidente entre hacinamiento, promiscuidad, inestabilidad familiar e ilegitimidad: “La miseria del rancho ha convertido a la filiación en un problema casi siempre insoluble”. Se trata de cuestiones diferentes. La ilegitimidad se relaciona con el poco valor atribuido tanto al casamiento religioso cuanto —más recientemente— a la inscripción en el Registro Civil.⁵⁸ La inestabilidad, por las razones señaladas, quizá puede traducirse en una rotación de compañeros, sin que ello afecte al núcleo familiar formado por la madre y los hijos. Similar prejuicio se manifiesta en la cuestión de la mortalidad infantil, que derivaría, entre otras causas, de la combinación de hacinamiento y promiscuidad, de una manera tan evidente que no requiere de pruebas: “El niño debe su vida al vicio o a la miseria; nace entonces sin aquellos auxilios indispensables con que se ayuda a la naturaleza y contribuye a aumentar el espantoso número de párvulos arrojados al cementerio”, escribía en 1858 el estadígrafo Santiago Lindsay.⁵⁹ En un tema tan complejo como el de la mortalidad infantil, sin duda habría un lugar para esta explicación, pero su generalización contradice lo que muestran testimonios variados, en los que la relación entre la madre y los hijos aparece muy fuertemente subrayada.

Ciertamente no es fácil que la casa habitación sea un hogar, pero la vivienda popular no se cierra en sí misma: se integra en la ranchería,

el conventillo, la calle, un aspecto que los críticos de la moralidad popular rara vez consideraron. El conventillo, particularmente, era centro de una sociabilidad muy activa. La puerta, que se cerraba de noche, lo transformaba en un ámbito limitado y definido, una unidad regida por la autoridad del mayordomo —frecuentemente una mujer— encargado del cobro y de la disciplina. Las paredes finas no favorecían la intimidad, y hacían del problema familiar el problema de todos. Sobre todo, el patio era el centro de la vida social: mientras los niños jugaban, las mujeres lavaban y tendían la ropa, intercambiaban noticias y chismes, reñían y se reconciliaban; luego, podían divertirse en los días de fiesta, todos juntos en el patio, o los hombres solos en esa suerte de club —mezcla de taberna, burdel y montepío privado— para el que solían emplearse las piezas delanteras del conventillo.⁶⁰

Allí se constituía una solidaridad que podía ser muy estrecha, y que incluía desde la pequeña colaboración en el cuidado de los niños hasta la ayuda en emergencias mayores, como muertes o enfermedades.⁶¹ Esta íntima convivencia debía incluir, naturalmente, rivalidades y odios, y no habrían de faltar riñas sangrientas, en las que debía intervenir la policía. Pero en cualquier caso la interacción entre los moradores era muy estrecha, y hasta los higienistas lo veían, aunque sin comprenderlo. Preocupado por la facilidad con que en el conventillo se esparcían las epidemias, escribía el médico Meza B.:

“Y la vecina del frente, del lado o de más allá, que están en iguales condiciones, pasa de visita largas horas en sus vecindades. Son tan estrechas las relaciones de esas gentes que sería muy difícil saber a punto fijo dónde vive una persona, que pasa entrando a uno y otro rancho”.⁸²

LA SOCIEDAD EN PELIGRO

A lo largo de la segunda mitad del siglo pasado fue desarrollándose entre los médicos, y más en general entre los grupos dirigentes, la conciencia de que el estado sanitario de la ciudad era peligroso.⁶³ Es significativo el contraste entre el trabajo que en 1850 publicó el

doctor Juan Mackenna, sobre las causas de la mortalidad en Chile, que reproduce las ideas y hasta los ejemplos de la bibliografía europea, y la Memoria de Prueba de Juan Bruner, aparecida en 1857, donde apunta a los problemas del agua potable, las acequias, la vivienda, el alcoholismo o la mortalidad infantil, factores que clasifica en ambientales y sociales.⁶⁴ Desde entonces la preocupación de los médicos fue desplegándose por diversos temas, a veces en forma libresca —pues eran trabajos para la graduación— y otras con real conocimiento del problema. En cualquier caso, lo que interesa es la nueva preocupación por cuestiones hasta entonces ignoradas o escondidas. En 1858 el doctor Elguero puso en discusión el problema de la sífilis, hasta entonces no mencionado, y a la vez el de la prostitución.⁶⁵ De mediados de la década de 1860 es la preocupación por la viruela y de la década siguiente la pregunta, casi obsesiva, por la mortalidad infantil. Poco después, el centro de las preocupaciones se desliza hacia el alcoholismo. En 1872 aparece la *Revista Médica de Santiago*, y los puntos de vista de la corporación empiezan a ser sistemáticamente recogidos por periodistas y funcionarios. Más adelante se desarrolla una vertiente definitivamente higienista, que culmina con la constitución del Consejo Superior de Higiene, en 1892, y la subsecuente publicación de la *Revista Chilena de Higiene*.

El gran culpable eran las condiciones de salubridad de la ciudad. Las epidemias surgían de las “miasmas”, productos zoo-químicos generados espontáneamente por la descomposición de materias orgánicas; transportados por el aire —y denunciados por el mal olor— enfermaban sin discriminación de rango o posición. La falta de selectividad de las miasmas excitaba el interés de quienes veían en el deterioro de las condiciones sanitarias un peligro para todos, y no exclusivamente para los pobres.

Las acequias eran el principal foco miasmático. A fines de la década de 1860 se había avanzado en la pregonada nivelación, sin que se notaran grandes mejoras: los focos miasmáticos estaban un poco más lejos, pero con seguridad conservaban su capacidad deletérea. Los términos en que Sarmiento planteó el problema en 1844 son prác-

ticamente iguales a los usados por Dávila Boza en 1899. Después de describir sus características, concluye: “¿Se podría inventar un sistema más perfecto y eficaz para la propagación y diseminación de gérmenes morbosos dentro del área de una ciudad?”⁶⁶ Progresivamente el tema de las acequias fue desplazado por el del agua potable, cuando empezó a pensarse que allí estaba el origen de muchas epidemias. En 1886, la gran epidemia de cólera fue directamente atribuida a las malas condiciones del agua, infectada con las deyecciones. Una causa adicional, cuya capacidad explicativa permaneció firme, aunque variaron los argumentos, fue la habitación: suciedad, humedad, falta de circulación del aire —todos factores relacionados con las miasmas— y luego hacinamiento y promiscuidad, que facilitaban el contagio y la propagación de las epidemias. Adicionalmente, se discutió el problema de la falta de plazas y espacios abiertos, la necesidad de abrir brechas en los densos arrabales, y también la de alejar los establecimientos juzgados más pestíferos, como las jabonerías o curtiembres, y sobre todo los mataderos.

Junto con estos factores ambientales, empezó a pensarse en causas vinculadas con el debilitamiento de quienes se enfermaban. En 1895 escribía Juan Enrique Concha:

“Nuestro pueblo de hoy no es el de antes: el alcohol y la mala habitación lo han debilitado. Ya no se encuentran esos verdaderos rotos chilenos, llenos de vida, de anchos pechos y de gruesos lagartos. Ahora se ven semblantes pálidos y enfermizos, manifestación externa de una debilidad general de nuestra raza”.⁶⁷

Aunque el aspecto principal del nuevo tópico era el alcoholismo, también empezó a ocupar un lugar la mala alimentación, lo cual es significativo porque, dada la abundancia y variedad de la producción de la región, el hambre nunca había sido un problema para los sectores populares. Pero desde la década de 1860 empiezan a aparecer algunos comentarios sobre encarecimiento de alimentos, que en la década siguiente se sumaron a los referidos a la desocupación; por

esos años Marcial González explicaba las causas del “encarecimiento de los consumos” y afirmaba que Santiago se había convertido en “una de las ciudades más caras del mundo”.⁶⁸ Aunque el problema fue transitorio, una cuestión se instaló definitivamente: la carestía de la carne que ya en 1872, según *El Ferrocarril*, estaba “en camino de hacerse para el trabajador un consumo de lujo”.⁶⁹ Con seguridad, formaba parte de las preocupaciones populares, como lo demostraría posteriormente el tumulto generado por el encarecimiento de la carne argentina.

La cuestión del alcoholismo, en cambio, se asienta mucho más en el imaginario de la élite. Hasta mediados de siglo el tema, asociado con la chingana, la holgazanería y la corrupción, tenía un tratamiento entre retórico y pintoresco: era la “remolienda”, la borrachera clásica, que se iniciaba el sábado y concluía el lunes, o quizás el martes, rasgo del carácter chileno. De ahí en más es posible rastrear su progresiva aparición como tópico, pero hasta la década de 1880 ocupa un lugar secundario en el conjunto de las preocupaciones sociales.⁷⁰ Desde entonces, el tema crece y se convierte en central, sin que sea fácil saber hasta dónde la preocupación se originaba en la experiencia o en la lectura. En 1887 aparece la prolija memoria de prueba de Vicente Dagnino Olivieri: *El alcoholismo en Chile*, que abre la discusión sobre el tema. En 1892 se dictó la primera ordenanza, que limitaba y ordenaba el consumo de alcohol. En 1897 se abrió un concurso para formular un proyecto de ley sobre “establecimiento de estancos de alcoholes o aguardiente, o bien un impuesto sobre la producción del mismo”. En una de las treinta memorias presentadas se señalaba: “El mal toma proporciones tan extraordinarias que no es aventurado predecir que Chile llegará en pocos años a un pleno período de decadencia”. No podemos saber si los participantes realmente lo creían, o por las circunstancias se sentían obligados a decirlo así, pero lo cierto es que formaron opinión, al punto que un destacado médico, Adolfo Murillo, denunció “la turbia corriente de la ebriedad, que año a año venimos viendo ensancharse...”.⁷¹ En el mismo sentido se ubica el citado texto de Juan Enrique Concha.

Coincidiendo con la nueva preocupación, desde 1890 la Policía de Santiago comienza a incluir en su estadística los datos de detenidos por ebriedad, cuyo número se duplica en los diez años siguientes. Una alta proporción son reincidentes.⁷² Comentando la estadística, el doctor Murillo indica que los detenidos debían de ser casos extremos, pues “la embriaguez no está penada en Chile” y la Policía se limita a detener “a los que estorban o molestan a terceros en público”; es posible, sin embargo, que el aumento en el número de detenidos refleje que los criterios de la Policía se iban haciendo más estrictos. El mismo Murillo señala que el mal de la embriaguez alcanza todos los estratos de la sociedad, desde “los barrios apartados” hasta “los más aristocráticos restaurantes del centro”.

Una estadística de 1902, muy precisa, permite conocer el perfil que para la Policía tienen los borrachos santiaguinos: la mitad de los detenidos son artesanos, una cuarta parte vendedores ambulantes y el resto gañanes; no hay nadie ajeno al mundo popular.⁷³ Parece claro que el desarrollo del tema del alcoholismo está fuertemente condicionado por la imagen de desmoralización del mundo popular que había planteado Orrego Luco.

La estadística de 1902, tomada en una cantina, día a día y copa a copa, muestra que no hay un aumento significativo del consumo en el fin de semana; los bebedores autclasificados como habituales son las dos terceras partes, y casi la mitad declara perder uno o más días de trabajo semanales por culpa del alcohol. La imagen no coincide con la de la tradicional borrachera dominical sino con la ebriedad consuetudinaria, y avala lo que es una convicción muy fuerte de quienes se ocupan del tema: se bebe a toda hora y en todas partes. Quienes así piensan, señalan que en Santiago hay un puesto de alcohol cada setenta habitantes, o cada treinta hombres adultos; que se puede comprar alcohol en bodegones, chinganas, baratillos y hasta tiendas, y que en ciertas calles había “tantos sitios de venta como puestos hay en las calles”. Esa proliferación, que se observaba sobre todo en los arrabales populares, parecía el signo más evidente del amenazante desarrollo del vicio.

El alcoholismo era considerado un problema propio de los sectores populares. A diferencia de las epidemias, no se temía que se propagara, pero se advertían sus efectos sobre las condiciones físicas y morales del pueblo. En primer lugar, el gasto excesivo, que impide el ahorro: en la estadística de 1902 se prueba que los concurrentes habituales dejan por semana en la taberna el equivalente de dos o más jornales. Luego, la relación entre alcoholismo, violencia, crimen y hasta locura: según prueban las estadísticas policiales, la mayoría de las injurias eran cometidas en estado de ebriedad. Finalmente, el deterioro físico, el debilitamiento general. Como consecuencia del alcohol —señala Dagnino Olivieri— “son seres decrepitos los jornaleros de nuestras ciudades, pálidos y enfermos sus obreros”. Algo semejante escribió Juan Enrique Concha, y lo mismo diría, en términos aun más categóricos, Nicolás Palacios en *Raza chilena*. Como en el caso del rancho, apunta la matriz bióloga del pensamiento social; pero también se señala, con exactitud, que los pobres estaban, por estas y otras razones, más expuestos a la enfermedad.

LA ENFERMEDAD Y LOS POBRES

“Santiago es una de las ciudades más mortíferas del mundo”, escribía en 1892 el doctor Murillo. Aunque las cifras disponibles no son muy confiables, todo indica que era así. Aun descartando los años de epidemia de viruela, en los que la tasa de mortalidad trepaba por encima del 40 por mil, entre 1865 y 1882 parece haber oscilado en el 35 por mil, con una tendencia a bajar entre 1865 y 1870 y una recuperación de los niveles entre 1870 y 1880.⁷⁴ Por esos años, ciudades como Londres o París oscilaban en el 20 y 25 por mil respectivamente mientras que Manchester o Marsella se elevaban a alrededor del 30 por mil.⁷⁵ Buenos Aires, de características en cierto modo similares a Santiago, tuvo una mortalidad tanto o más elevada hasta 1871, para descender luego a niveles que oscilaron en el 20 a 25 por mil. Sin duda, no era exagerada la afirmación de Murillo: “No creo que haya ciudad en el mundo donde la muerte vaya más aprisa”.⁷⁶

Si se dejan de lado las epidemias, la enfermedad que domina en las estadísticas es la tisis o tuberculosis, a la que se atribuye alrededor de una cuarta parte de las muertes en el Hospital de Mujeres, y una proporción algo menor pero igualmente importante entre los hombres.⁷⁷ Probablemente creció y se desarrolló asociada con el hacinamiento de la ciudad: “La tisis ha penetrado como por asalto en nuestras ciudades”, se escribía en 1861.⁷⁸ Casi cuarenta años después, las cosas habían empeorado: “La tisis ha iniciado su labor con una crueldad tal, que la beneficencia pública ha tenido que tomar medidas especiales para albergar a sus víctimas, y una liga contra la tuberculosis se hace indispensable para reparar los grandes boquerones que esa enfermedad nos abrió en el movimiento demográfico”.⁷⁹

La sífilis, que creció junto con la tisis, era menos mortífera pero condenaba a quien la sufría a horribles padecimientos. El tema no se discutió públicamente hasta que en 1857 un médico se animó a afirmar que el principal responsable era la prostitución “que existe libremente, sin control”.⁸⁰ El tratamiento de la cuestión es revelador de las preocupaciones de las autoridades y de la élite. En 1872, parecía un problema de los pobres: Vicuña Mackenna se alarmaba de “los estragos verdaderamente espantosos que esos males causan en las clases obreras”; en 1899 Dávila Boza encuentra que la sífilis “extiende su devastadora influencia, por mil caminos subterráneos, hacia el seno de las familias más honorables”. Por esa época los médicos higienistas lograron que las autoridades sancionaran una ordenanza sobre Casas de Tolerancia, reconociéndolas y estableciendo sobre ellas un control médico.

La fiebre tifoidea atacó duramente a la ciudad en 1863-65, y luego en 1874 y 1895, aunque en general el número de afectados subía en los meses de verano. Era una enfermedad típica de los pobres, relacionada con la calidad del agua: un estudio realizado en 1895 muestra que el 60% de los afectados residía en el barrio Sur, y que la mortandad, del 40%, doblaba los promedios habituales.⁸¹

La gran amenaza para los pobres era la viruela. En la primera mitad

del siglo sus efectos se habían hecho sentir de forma relativamente leve,⁸² de modo que la primera experiencia sería la de 1863/64, complicada con una epidemia de tífus. “Nunca se había desarrollado la peste con una fuerza y de un modo más general”, comenta *El Ferrocarril*. Con todo, la mortalidad fue baja: menos del 10% de los 9.000 afectados; quizá por eso sorprendió tanto su breve y violenta reaparición en 1868, cuando la enfermedad se desarrolló “con una violencia extraordinaria entre la gente del pueblo, haciendo estragos verdaderamente alarmantes”.⁸³ Desde entonces, reapareció cada cuatro años, con distinta intensidad. Fue muy violenta la de 1872/73, con 7.000 afectados y una mortandad del 60%. Luego de un par de años de calma, resurgió en 1876, y las muertes alcanzaron su pico: 5.700 en un año, casi el cuatro por ciento de la población. En 1880 murieron 3.155 personas; la de 1886 costó la vida del 75% de los afectados, aunque el número fue más bajo, probablemente porque la vacuna empezaba a dar sus frutos.

Ese año la viruela coincidió con el cólera, que hizo muchas víctimas en los barrios populares, donde el contagio a través del agua era más fácil. La viruela siguió presente, sin los picos de 1868 o 1876, pero afectando a un par de miles de personas por año, y matando a un tercio de ellas. La enfermedad se había hecho casi endémica.

La viruela atacaba más a los jóvenes y era una de las principales responsables de la mortalidad infantil. La proporción de muertes era alta: una vez atacado, el enfermo tenía una probabilidad en dos, o quizás en tres, de morir.⁸⁴ En 1876 sólo el 10% de los enfermos había recibido alguna clase de vacuna, que sin ser segura, era la mejor arma para controlar la enfermedad. La vacunación era mucho más escasa entre los pobres —un poco por resistencia y otro poco por desidia de los responsables sanitarios—, por lo que la enfermedad hacía más víctimas entre ellos. Por las mismas razones, la vacunación fue más eficaz en Santiago que en las zonas aledañas; la circulación de gañanes, característica del mundo laboral de entonces, actuaba como aceleradora y propagadora del contagio.⁸⁵ Así parece indicarlo un estudio hecho en relación con el cólera, cuyo contagio guarda

similitudes con la viruela: fue un gañán transeúnte quien burló el cordón sanitario e introdujo la enfermedad en la ciudad. La misma razón explicaría que la proporción de varones adultos afectados sea tanto más alta que la de mujeres, menos móviles que los hombres. Probablemente no se equivocaba el doctor Valderrama cuando afirmaba: “Santiago es el punto de reunión de la población ambulante de gañanes del país... (la que) sufre en mayor escala las consecuencias de ese defecto”.⁸⁶

El temor a la viruela se desarrolló en la década de 1860 y se agudizó luego de las epidemias de 1872 y 1876. Por entonces era raro que una familia pobre no tuviera un padre, un hermano o sobre todo un hijo que no hubiera sucumbido a la enfermedad. Además, las huellas de su paso quedaban indelebles en el rostro de los sobrevivientes. Ese temor permitió a los higienistas avanzar con sus propuestas, como se advierte en la reacción popular ante la epidemia de cólera de 1886. El avance de la peste, que había comenzado a desplazarse desde Egipto en 1883, fue seguido paso a paso desde Santiago, donde se montó un cordón sanitario. La epidemia creó un estado de tensión solidaria en la ciudad, dispuesta a enfrentarla con todos los medios disponibles. Fue una de las raras experiencias de solidaridad, en una sociedad por entonces cada vez más escindida.⁸⁷ Pasado el peligro, las cosas volvieron a su lugar: “Nos hemos familiarizado tanto con el mal, que hasta los mismos médicos hemos venido a mirarlo con la más desdeñosa indiferencia”.⁸⁸

La mortalidad infantil era otro problema que preocupaba intensamente. En un estudio realizado en 1899, el doctor Dávila Boza mostró la fuerte incidencia, en el total de las defunciones, del grupo de niños menores de siete años, así como las marcadas diferencias sociales de la mortalidad: las cifras provenientes de una parroquia popular duplicaban las de otra céntrica.⁸⁹ Los contemporáneos estaban convencidos de ello, al punto de colocar la “mortalidad de los párvulos” en el centro de la cuestión social. “Más de 4/5 partes de esas defunciones las forman los pobres de solemnidad, cuyos hábitos de higiene, cuyo modo de vivir medio salvaje, apresuran la

muerte de sus hijos”, escribió el doctor Murillo en 1875. De esa época es el estudio de Zorobabel Rodríguez, referido a un gañán santiaguino, que luego de nueve años de casado había tenido siete hijos, todos muertos antes del año. Un cuarto de siglo después, los autores de la *Monografía obrera* realizaron una constatación menos extrema pero igualmente dramática: el matrimonio tuvo siete hijos vivos y cuatro muertos, uno por viruela y tres simplemente por descuido.⁹⁰

La mortalidad infantil parecía resumir toda la situación material y moral de los pobres santiaguinos. Se la explicó por la mala vivienda, la promiscuidad, la deficiente alimentación, el alcoholismo o la sífilis. Un lugar especial ocupaba la cuestión del abandono. La Casa de Expósitos recibía entre el 7 y el 10% de los niños nacidos, y seguramente habrían sido más si materialmente hubieran cabido. Sus perspectivas de supervivencia eran bajas: la proporción de muertos superaba holgadamente año a año el 50% de los ingresados.⁹¹

Paulatinamente fue precisándose el diagnóstico. Sobre unos 11.000 casos observados por Dávila Boza, un 35% padecía infecciones gastrointestinales, un 10% pulmonares y otro 10% infecto-contagiosas. Diarrea estival, tisis y viruela eran las tres grandes responsables de la mortalidad infantil. Las dos últimas respondían a las causas generales ya descritas. La primera —señala el autor— se relaciona con la mala calidad de los alimentos y la leche —el tema del agua todavía no es dominante— y sobre todo con la ignorancia total acerca de lo que es adecuado para un niño. El problema no residía tanto en los primeros meses de vida sino globalmente en los primeros siete años y se vinculaba con la dificultad de dar a los párvulos un cuidado adecuado. El abandono o semiabandono de los niños remitía al cuadro general de las condiciones de vida de los sectores populares.

CURA Y PREVENCIÓN

La atención médica y sanitaria disponible para los pobres estaba prácticamente limitada a cuatro dispensarios y a dos vetustos hospi-

tales existentes desde tiempos coloniales: San Juan de Dios para los hombres y San Francisco de Borja para las mujeres. Eran en parte públicos y en parte privados: los administraba la Junta de Beneficencia, junto con la Casa de Huérfanos y el Hospicio, que contaba con recursos del gobierno y también con donaciones, capellanías y otros aportes privados. Confusión similar existía en sus funciones, entre las específicamente médicas y las más propias de la beneficencia o la caridad. De ahí la superposición entre los conceptos de pobre, enfermo e indigente, entre enfermo y loco, y aun entre distintos tipos de enfermos. El avance en la constitución de la corporación médica y su influencia creciente en la sociedad tuvieron como consecuencia una progresiva clarificación.

Desde principios de la década de 1840, a medida que la ciudad crecía, las quejas por la insuficiencia de los hospitales fueron recurrentes. Por entonces San Juan contaba con 420 camas y San Francisco con 100, y diariamente se rechazaban en sus puertas de 10 a 15 enfermos. En 1857 se trasladó el hospital de mujeres a un nuevo edificio, al sur de la Alameda, y se amplió el número de camas a 500, mientras que en el de hombres se aumentaban a 600, sin con ello satisfacer las necesidades crecientes, que no eran sólo de la ciudad sino de las regiones rurales vecinas, y aun de puntos alejados del país. En 1874 los editores de la *Revista Médica* señalaban que “de las puertas de San Juan de Dios se despiden diariamente treinta o más infelices a quienes no se puede hospedar por falta absoluta de camas”; los despedidos solían morir luego de algunos días de desesperado vagabundeo. En ese año se habilitaba parte del nuevo hospital de San Vicente de Paul, cuya terminación se venía reclamando desde hacía años, pero las 200 camas de que disponía “no bastan ni con mucho para responder a las exigencias de tantos infelices”. Años después, en 1888, las quejas se repetían en idénticos términos. El crecimiento de los hospitales iba muy por detrás del de la población.⁹²

Paralelamente, se crearon algunas instituciones colaterales, se definieron con más precisión sus funciones, y a la larga se fue aclarando qué se entendía por enfermo. En 1855 se fundó la casa de la Providencia,

que se sumó a la vieja Casa de Expósitos en la crianza de los niños abandonados, mientras que el hospital se concentraba en la atención de los recién nacidos. En 1852 se estableció la Casa de Orates, que permitió separar a los locos, hasta entonces mezclados en el viejo Hospicio de la Ollería con inválidos, idiotas, enfermos crónicos o simplemente indigentes, de modo que las figuras del enfermo, el pobre y el loco comenzaron a ser diferenciadas.⁹³

A la vez, el Hospicio diferenció sus funciones de las del Hospital. Tradicionalmente el Hospicio era considerado el responsable de los indigentes y a la vez el depósito del Hospital, al que se mandaban los enfermos crónicos o incurables, de modo que ambos grupos se mezclaban, sin una diferenciación muy clara. Las autoridades del Hospicio procuraban limitar esta corriente, sobre todo porque sospechaban que los hospitales mandaban los casos perdidos, para que fueran a morir allí.⁹⁴ Progresivamente, los problemas de indigencia y enfermedad comenzaron a tomar fisonomía propia. En 1868 se asignó al Hospicio la tarea de recoger a todos los mendigos que se deseaba sacar de la vía pública. A la vez, los médicos fueron definiendo las distintas funciones del Hospital. Desde la década de 1860 comenzó a separarse a los enfermos contagiosos, y particularmente a los variolosos. Luego se distinguió de manera más precisa entre crónicos y agudos, a quiénes debía dedicarse principalmente el Hospital, de modo que se requirió un Hospicio, necesariamente remodelado, para la atención de los crónicos.⁹⁵ Hacia 1890, y aunque no se había resuelto por completo la cuestión de la competencia de funciones, desde el punto de vista de las instituciones un pobre enfermo y uno que solamente era pobre, habían llegado a ser figuras distintas.

A juicio de los médicos, la atención en los hospitales era mala, o más que eso, por problemas del vetusto edificio, por la carencia de equipamiento o menaje, y aun por descuido en ciertas cuestiones, como la asepsia, que empezaban a ser de dominio médico. Las estadísticas de los hospitales revelan que la proporción de muertos respecto de los internados creció sostenidamente desde 1860 hasta 1872, se estabilizó en un nivel alto y sólo empezó a declinar hacia 1880.⁹⁶ Las

causas pueden ser muchas, pero lo cierto es que las opiniones fueron masivamente condenatorias. Para el doctor Murillo, “la gangrena, poco común en los establecimientos análogos de esta capital, reina en San Juan de Dios como un azote implacable... (mueren) más de las cuatro quintas partes de los operados...”. Para un joven médico, y luego destacado higienista, San Juan era un “sepulcro de vivos... un hospital podrido desde el umbral de sus puertas hasta su fondo” y sólo cabía “demolerlo hasta sus cimientos”.⁹⁷

Un aspecto del problema fue la lentitud en la creación de servicios específicos para los afectados de viruela. Sólo a fines de la década de 1850 se generalizó la idea de que los variolosos debían ser internados. Pronto, en los años de epidemia los hospitales estuvieron saturados, y en 1863 se habilitó el primer lazareto, en el claustro de San Miguel, en el barrio Sur. Ya en 1864 resultó insuficiente: en el pico de la peste se calculaba en 40 el número de rechazados diarios.⁹⁸ A fines de ese año se habilitaron dos nuevos lazaretos, que fueron abandonados cuando pasó el pico de la epidemia. La situación se repitió varias veces: cuando los hechos presionaban se tomaban medidas, tardías e insuficientes, que se olvidaban cuando pasaba la crisis. Con la epidemia de 1872 se creó el Consejo de Higiene, de amplias atribuciones, que luego cayó en el olvido. Sólo con la nueva y violenta epidemia de 1876 se intentó resolver el problema de manera orgánica.⁹⁹ Se constituyó la Junta Central de Lazaretos, que habilitó las salas del hospital del Salvador, en construcción desde hacía bastante tiempo, colocando allí las instalaciones de la recientemente concluida Exposición Internacional.¹⁰⁰ Esta vez la organización se mantuvo, y la ciudad contó por primera vez con un sistema preventivo preparado para las epidemias. Cuando en 1886 llegó el cólera, la epidemia fue recibida con una cuidadosa organización, con comités y subcomités barriales de la Cruz Roja y de la Junta Departamental de Salubridad, y dispensarios en toda la ciudad. Consecuentemente, las posibilidades de supervivencia de los pobres fueron bastante mayores.

Por entonces comenzaba a imponerse la idea de la prevención. Un aspecto de ella, la vacunación contra la viruela, venía discutiéndose

desde hacía tiempo. La vacuna, conocida desde el siglo XVIII, era aceptada con reticencias: la organización pública para difundirla y aplicarla era débil, y escasa la convicción popular acerca de sus beneficios.¹⁰¹ Pero desde 1876 los promedios de vacunados se elevaron considerablemente. Las Juntas Vacunadoras, que hasta hacía poco habían sido calificadas como verdaderamente caóticas, mejoraron bastante su eficiencia, multiplicando las oficinas en los barrios y creando comisiones que recorrían las calles y ofrecían la vacunación.

El cambio forma parte de una transformación más general de la manera de enfocar los problemas médicos, encarnada por los médicos higienistas. En las décadas de 1850 y 1860 las ideas de higiene pública y privada se confundían entre sí, y aun con las de moralidad: suciedad en la calle, falta de hábitos higiénicos y costumbres corruptas eran los términos habituales de esos razonamientos. Aunque se reconocía que eran graves, los problemas de higiene pública parecían bajo control y adecuadamente encarados por las autoridades.¹⁰² Esta seguridad empezó a cambiar con las grandes epidemias de 1872 y 1876, y las autoridades asumieron la necesidad de emprender acciones profundas. El intendente Vicuña Mackenna, que reconocía “la ciencia utilísima de la higiene pública”, constituyó en 1872 el Consejo de Higiene, con facultades amplísimas.¹⁰³ Pero al declinar la peste el Consejo dejó de funcionar, y aunque se restableció en 1876, entró en seguida en receso. Por otra parte, tal programa excedía los objetivos de los higienistas. Desde la década de 1880 comenzó a predominar entre médicos y autoridades la moderna concepción higiénica, de objetivos precisos y propuestas de acción concretas. “Puede decirse que hoy comienza a conocerse el significado de la palabra higiene en las clases acomodadas, ignorándose aún completamente por el pueblo”, escribía en 1895 el doctor Altamirano; “al presente la voz de los higienistas se escucha respetuosamente por los gobiernos ilustrados.”¹⁰⁴

El objetivo principal era el agua potable y los desagües, aunque sólo en 1906 se encaró la construcción del alcantarillado, que avanzó con lentitud. Simultáneamente aparecieron los desinfectantes. Poblete

Garín recordó la toma de conciencia de sus virtudes, con motivo de la epidemia de 1886:

“Todos hacían provisiones de ácido fénico, de cloruro de cal y demás antisépticos. No se tenía noticia de que el cólera hubiera llegado a nuestro suelo y ya en muchas casas se lavaban diariamente los pisos y las paredes con materias desinfectantes ... Todos andaban azorados, pidiendo noticias y comentándolas de mil maneras, acudiendo a las boticas en demanda de las recetas más recomendadas, de los desinfectantes más activos;... un jabón de ácido fénico era un artículo precioso, que muy pocos podían conseguir”.¹⁰⁵

El texto presenta una animada descripción de los preparativos hechos por la ciudad para enfrentar el cólera: la organización de la Cruz Roja y de las Juntas de Salubridad, la habilitación precoz de lazaretos y cementerios, las recomendaciones para el aseo y desinfección de viviendas, la consigna de no comer fruta cruda y de hervir el agua. Todo ello reflejaba el triunfo de la nueva conciencia higiénica.

El higienismo avanzaba más allá de donde podía llegar el sistema de hospitales y dispensarios. Al fin del siglo éstos seguían siendo escasos para las necesidades de la población pero las medidas higiénicas eran cada vez más profundas y efectivas. Antes que el enfermo en sí, parecía interesar frenar el avance de una epidemia que no reconocía fronteras geográficas ni sociales. La higiene y el saneamiento aparecieron como la respuesta de una sociedad que se sentía amenazada. En el caso de la prevención, era la sociedad toda la que se defendía, mientras que la cura era problema específico de los enfermos, que en su mayoría eran pobres.

LOS POBRES Y LA ENFERMEDAD

Cualquier enfermedad se constituía en un grave problema para los pobres. Pocos trabajadores estaban amparados por sus mutuales. Para la mayoría enfermarse significaba perder el salario, y peor aún,

un trabajo que en ese mundo de jornaleros al día no era fácil de conseguir. Enfermedades como la tisis producían una disminución física progresiva que tornaba al trabajador cada vez más ineficaz: tal el caso del protagonista de la *Monografía obrera*, un herrero comido por la tuberculosis, que casi no podía empuñar el martillo.

Los problemas más inmediatos tenían que ver con la vivienda. Era común en conventillos y cuarterías que los enfermos fueran desalojados o rechazados por encargados y mayordomos. Los propietarios de los conventillos recomendaban a sus mayordomos que no admitieran enfermos, “pues si se morían la casa adquiriría mala fama”.¹⁰⁶ Desde ese punto de vista, el enfermo era una verdadera calamidad. Difícilmente podía pagar el alquiler, pero para el propietario esto no era lo peor: si moría, y nadie se hacía cargo, las molestias y gastos recaían sobre él. Por otra parte, cualquier muerte disminuía el valor de la vivienda, y más si se trataba de un apestado. Durante la epidemia de 1864 *El Ferrocarril* se admiraba del “gran número de apestados que son arrojados de sus casas por los propietarios”.¹⁰⁷ Inclusive, en épocas de epidemia se producían situaciones extremas, como cuando el marido abandonaba a su esposa enferma. Sin llegar a ese límite, es difícil imaginar en qué condiciones podía seguir subsistiendo una familia que se quedaba a la vez sin el trabajo del padre y sin la vivienda.

La sociedad ofrecía al enfermo el camino del hospital, y cuando tomó conciencia del peligro, el del lazareto u otras formas de aislamiento.¹⁰⁸ Pese a los numerosos testimonios sobre la insuficiencia de los hospitales y el alto número de enfermos que no eran admitidos, parece probable que existiera un vigoroso rechazo popular hacia hospitales y lazaretos. Los pobres pensaban que iban al hospital a morir, y la elevada mortalidad—especialmente si se trataba de cirugía—justificaba esa opinión. En tiempos de peste, los temores eran mayores aún.¹⁰⁹ Incluso entre los sectores más ilustrados de los trabajadores, y en una fecha tan tardía como 1902, se registra ese temor al hospital: la esposa del protagonista de la *Monografía* evitó concurrir allí hasta que una pulmonía contraída en un sobrepardo la forzó a hacerlo: “Esta vez hubo que curarse en un hospital, con gran resistencia de su parte”.¹¹⁰

Al temor se unía el rechazo por el trato impersonal, autoritario y hasta represivo de la asistencia oficial, que se extendía a las organizaciones asistenciales de emergencia, como los hogares transitorios que se montaban para los inundados del Mapocho, y que éstos abandonaban apenas podían, o los dejaban. En cambio, los dispensarios o consultorios externos eran mejor aceptados: además de la atención médica se obtenían remedios gratuitos. Los cinco o seis que existían en Santiago a fines de siglo estaban siempre atestados, y atraían a mucha gente de los alrededores.¹¹¹ Los atendidos en dispensarios eran anualmente entre 120.000 y 150.000, cantidad elevada para una población urbana que ascendía aproximadamente a esa cifra, y hubieran sido más, de haber existido capacidad para atenderlos.

La resistencia o desconfianza a la medicina oficial se advierte también en el caso de la vacuna. Sólo en los años de epidemia el temor a la peste se imponía y las cifras de vacunación se elevaban considerablemente. El resto del tiempo los vacunadores debían luchar con el desinterés y también la resistencia a las incomodidades que ocasionaba, pues la vacuna obligaba generalmente a guardar cama un día entero. Pero había algo más, como lo reconocían los higienistas cuando insistían en la necesidad de la educación y la difusión de los principios higiénicos. En ocasión del cólera de 1886 afloraron estos temores populares, exacerbados por el accionar demasiado expeditivo de médicos y vacunadores. El costumbrista Poblete Garín recogió “fantásticos rumores” según los cuales el gobierno proyectaba hacer matar a todos los pobres, para entregar Chile a la República Argentina. Los médicos debían huir del hogar de los coléricos “ante las amenazas de un grupo de gentes del pueblo, exasperadas por su presencia”.¹¹²

Esta resistencia a una medicina oficial, cuya eficiencia no era grande, se relaciona con la persistencia de otra medicina paralela, netamente popular, que de alguna manera suplía para el pobre las deficiencias de aquélla. Sus principios, juzgados aberrantes por los médicos, no eran en realidad demasiado distintos de aquellos que la propia medicina oficial empezaba a superar, y en cambio tenía la ventaja de ofrecer

un trato más personal al enfermo. Era la medicina de las “médicas”, de existencia tradicional pero cuyo número aparentemente aumentó con el crecimiento de la ciudad, y a pesar de la secularización general. “Llamamos la atención de la policía sobre esta plaga que se hace cada día mayor”, escribía *El Ferrocarril*. Junto con las médicas estaban las matronas, algunas “examinadas” y otras no. “Comadres, médicas, compositores” constituían un universo en el que los problemas se expresaban en términos de “quebraduras de empachos, composturas, sahumeros de palma, lavativas, pócimas, etc.”. Algunos, a mitad de camino entre ambas medicinas, “creían en la virtud prodigiosa de la ‘tira emplástica’, remedio que aplican a los hijos, sobre todo en los dolores de cabeza”.¹¹³ Según lo denunciaban con acrecida energía médicos y publicistas, esta medicina popular conducía a tremendos errores. En sus textos se abundaba en relatos de niños muertos por deficiente atención, pero ellos mismos, en otras circunstancias, alegaban sobre las graves deficiencias de la medicina oficial, que recién empezaba a incorporar las nociones de “infección” o “contagio”. En todo caso, la perduración y aun el desarrollo de estas formas tradicionales testimonia la desprotección en que vivían los pobres santiaguinos.

Había una franja de trabajadores mejor protegidos de la enfermedad y sus consecuencias: los asociados a las numerosas mutuales y asociaciones de socorros mutuos que empezaron a aparecer en la década de 1860 y se desarrollaron ampliamente en las dos siguientes, nucleando al sector más calificado de los artesanos.¹¹⁴ Estas asociaciones ofrecían ayuda en las situaciones más críticas del trabajador: la desocupación, la enfermedad y la muerte. En el caso de enfermedad, suministraban médico y medicamentos gratis, y un socorro que equivalía a la cuarta o sexta parte de un jornal. Se preveía incluso un subsidio adicional para baños de mar o termales. La ayuda duraba hasta un mes, pero se proveían otras más prolongadas para enfermos crónicos. Para los incapacitados, por enfermedad o simplemente por vejez, había pensiones vitalicias. Cuando un socio moría, cada asociado contribuía con una cantidad para ayudar a la viuda e hijos.

Tan significativa como la ayuda material era el apoyo moral propio de la concepción fraterna de estas sociedades. Hay un esfuerzo para crear entre los socios vínculos solidarios que representen una alternativa para una caridad oficial juzgada degradante. Tan importante como la asistencia médica era la preocupación personalizada por la salud del compañero. La Sociedad de Tipógrafos se proponía “cuidar y visitar a los enfermos y procurar las diligencias que requieren estos casos”. En caso de muerte, además de la ayuda material a la viuda, los socios estaban obligados a asistir al entierro del compañero fallecido. Se procuraba que esta ayuda tuviera para el trabajador un sentido diferente al de la que recibían en hospitales o sociedades caritativas:

“Al avisar o dar cuenta a la sociedad de su dolencia, necesidad o caso fortuito de su vida, no se dirige a solicitar favores a personas extrañas, sino que exige el santo cumplimiento de su deber, con muy justos títulos para ello, a personas con las cuales se ha unido el solicitante para prestarse una recíproca protección en igualdad de circunstancias”.¹¹⁵

Los beneficiarios eran un sector minoritario, y quizá no específicamente pobre. Estas sociedades nucleaban a la parte más calificada del artesanado: pagar una cuota mensual, aunque fuera baja, implicaba tener un empleo estable y una organización de la economía doméstica que no fuera la de vivir meramente al día; en algunos casos, además, había cuotas de incorporación relativamente altas. Es sabido que se asociaban, en primer lugar, los jefes de talleres y luego los oficiales con antigüedad. La Sociedad de Tipógrafos, la más antigua de Santiago, tenía en 1873 apenas 172 socios. En una fecha tan avanzada como 1902, un artesano calificado de viejo estilo, ordenado y virtuoso en su vida, no estaba amparado por ninguna asociación. Puede agregarse otra duda, acerca de la posibilidad de estas asociaciones de otorgar efectivamente los beneficios prometidos. En cualquier caso, y aun cuando señalen una tendencia del futuro, no alcanzaban a modificar significativamente la situación del grueso de los pobres de Santiago.

¿QUÉ HACER CON LOS POBRES?

Al principio, los problemas que generaba el crecimiento de la ciudad fueron encarados con los viejos criterios, regidos por la idea de la caridad: tanto los pudientes como el Estado tenían la obligación de hacer algo por los pobres y contribuir a aliviar sus males, cuya existencia era inevitable. Estado, Iglesia y particulares concurrían a desarrollar un sistema de auxilios que se extendería hasta donde lo quisiera la buena voluntad. Así, en 1852 el Hospicio admite más gente porque “ha despertado más particularmente la caridad de los vecinos”.¹¹⁶ En las décadas de 1850 y 1860 se vio el desarrollo de obras de este tipo, dirigidas tanto a los enfermos como a los indigentes: las Conferencias de San Vicente de Paul, la Casa de la Providencia, la del Buen Pastor, la de María; “era ésa una época en la que el espíritu de caridad cristiana se desarrollaba admirablemente”.¹¹⁷

Pocos creían que fuera suficiente. A la percepción más atenta de los problemas de la ciudad seguían las denuncias cada vez más acres. Las propias autoridades manifestaban preocupación y propusieron distintas medidas para problemas específicos. Es significativo, sin embargo, que ninguna alcanzó a ser íntegramente aplicada, y muchas inclusive no pasaron de la letra. Así ocurrió con el recurrente tema de las acequias y su nivelación, o con el reglamento propuesto en 1861 para contener los avances de la sífilis, que incluía un reconocimiento de la prostitución y que fue abandonado hasta casi fines de siglo.

Es muy característico lo ocurrido con las reiteradas ordenanzas que disponían suprimir los ranchos en las zonas céntricas y abrir puertas y ventanas en los temidos “cuartos redondos”. Los motivos sanitarios se mezclaban con una confusa concepción del peligro que significaban esas viviendas en el centro de la ciudad. Las leyes y disposiciones se reiteraron desde 1844 pero nunca fueron aplicadas, en parte por aducidos motivos humanitarios —se temía por el “pobre gañán”— y en parte por los intereses que resultarían afectados.¹¹⁸

La situación cambió radicalmente entre 1870 y 1876. El boom económico y la posterior crisis fueron el marco para los primeros signos

de descontento social. En momentos en que las huelgas planteaban el problema de la presencia de los sectores populares, dos violentas epidemias sacudieron la ciudad, poniendo de manifiesto la imbricación de varios problemas diferentes, que refluían y se potenciaban recíprocamente. En primer lugar los relacionados con el fuerte crecimiento urbano —hacinamiento, deficientes condiciones sanitarias, vagabundaje, prostitución, pestes— cuyos efectos, como se advertía, no se circunscribían a los arrabales populares sino que, como la viruela o quizás la sífilis, alcanzaban a toda la sociedad.

La sociedad se sentía amenazada, y muchos vieron el fenómeno con claridad. En 1872 el editorialista de *El Ferrocarril* decía: “Nuestra riqueza se desarrolla con increíble rapidez, mientras... las clases trabajadoras quedan a la puerta de estas harturas de la prosperidad. Para ellas es el reverso de la medalla...”. La riqueza sólo había traído para ellas “prostitución, inseguridad, epidemias, una considerable recluta para los presidios y alguna ocupación para el verdugo”. Pero los problemas del presente eran ínfimos comparados con los del cercano y previsible futuro: con el doble de población, Santiago habría de estar a merced de los bárbaros.¹¹⁹

A la súbita conciencia siguió la adopción de soluciones de emergencia. Benjamín Vicuña Mackenna, designado intendente en 1872, enfrentó simultáneamente todos los problemas con medidas drásticas y expeditivas. Del área de la “ciudad propia”, que embelleció con esmero, procuró excluir los temidos fantasmas de la miseria, usando métodos drásticos y autoritarios. Vagos y prostitutas fueron expulsados de las calles, de las que un tropel de carros extraía toneladas de cieno. Se ordenó “la demolición sistemática y gradual de los ranchos que emponzoñan la ciudad” y la apertura de calles que fraccionaron y aligeraron los “aduares africanos”. En esta política signada por la emergencia hubo poca preocupación por los desalojados: dos pesos por familia —un alquiler mensual mínimo— fue el único auxilio que recibieron. Tampoco lo hubo por los intereses de los propietarios de los conventillos y terrenos, a los que enfrentó con vigor, aunque no los pudo derrotar completamente. Su política, que despertó naturales

resistencias, fue aceptada mientras se mantuvo aguda la conciencia del peligro. Pero las soluciones de más largo plazo que propuso aún no contaban con el ambiente adecuado para su maduración: el Consejo de Higiene que creó se disolvió en seguida, y su iniciativa para la construcción de “barrios de habitaciones sanas, ventiladas, construidas de acuerdo con las exigencias morales de la familia..” no prosperó.

La conciencia del peligro y de sus implicaciones fue madurando en las décadas siguientes. Fue notoria, en primer lugar, la insuficiencia de los recursos existentes. Los médicos, sobre todo, descubrieron las limitaciones de su profesión. Se proclamaron “defensores de todo lo que sufre” y se prepararon a denunciar “todos los males que en la esfera de la enseñanza médica o de la caridad nos afligen”. Esta unión de medicina y caridad no era casual: encerraba una dura crítica a los viejos métodos de la beneficencia y al estilo de la práctica médica y asistencial que conllevaba:

“Basta de falsa caridad, de ostentación vanidosa con que se engaña al público”, decían convocando a sus lectores —médicos y no médicos— a interesarse por “lo que pasa en los hospitales, en las cárceles, en los colegios, en las calles, en la choza del pobre, en la escuela de medicina, en donde tenga algo que hacer la higiene, la caridad o la instrucción médica”.¹²⁰

Dentro del área de la Iglesia también se propugnaba desde mediados de siglo un cambio en la vieja actitud caritativa. Al ejercicio de la bondad, a la obra buena que redime al que da, debía agregársele una dosis de eficiencia. Las Conferencias de San Vicente de Paul recomendaban en primer término circunscribir la acción en los límites de lo posible: “Más conviene socorrer y cuidar un reducido número de familias pobres, bien conocidas, que el adoptar muchas sin discreción”. Luego, era necesario unir “la limosna material” con la “espiritual”: los miembros, verdaderos trabajadores sociales, debían ir, ver, informarse, detectar las necesidades y sugerir soluciones; ayudar a ayudarse, y además prevenir.¹²¹

Éstos son los indicios de una nueva actitud que se desplegará a fondo en los últimos años del siglo. Para ello fue necesario que se desarrollara y arraigara la idea de la “cuestión social”, en la que se englobaban todos los problemas de las clases pobres. En 1884 Augusto Orrego Luco escribió su célebre y agudo trabajo, sin duda precoz. La constitución del Partido Democrático en 1886 y los violentos disturbios callejeros del año siguiente contribuyeron a remover las conciencias, lo mismo que la ola de huelgas de 1890. La encíclica *Rerum Novarum* de 1891 imprimió un definido sesgo al pensamiento católico, que avanzó en ese sentido.

Desde fines de la década de 1880 se advierte una tendencia marcada por parte del Estado a tomar intervención en los problemas, cuya amplitud y complejidad se advertían. En 1892 se creó, ya definitivamente, el Consejo de Higiene, con jurisdicción en una gran cantidad de ámbitos. De esa década son los primeros cuerpos legislativos sobre diversos problemas, singulares en una época en la que, precisamente, se quería reducir la acción del Estado en otros ámbitos. En materia de higiene, es característico el desarrollo del concepto de saneamiento, que tiende a un planteo preventivo y general, y ataca de manera directa el problema del agua. Aunque tardíamente, Santiago conoció al fin las obras de salubridad. Al mismo tiempo se insistió en el desarrollo de la conciencia sanitaria: el Estado no obligó a la vacunación pero extremó la propaganda; con la colaboración de instituciones particulares difundió las ventajas de la vacunación, la desinfección y la profilaxis, como en el caso de los comités barriales que surgieron durante la peste de 1886. Éste era un medio que aunaba economía y eficiencia y evitaba al Estado emprender acciones más allá de sus posibilidades.

Similares criterios de acción limitada aparecen en el caso del alcoholismo. En 1897 se debatió sobre cómo contener su desarrollo y se optó por una política impositiva que gravara más fuertemente su expendio. Sobre la prostitución se dictó en 1896 una Ordenanza Municipal reguladora, que controlaba la prostitución legal y reprimía la clandestina, es decir la alejaba de los lugares visibles.

En el caso de la vivienda se advierte claramente esa tendencia a enfrentar y atacar los problemas, y al mismo tiempo a restringir la acción del Estado. En 1888 se sancionó la primera ordenanza que regulaba la existencia de conventillos, reemplazada en 1895 por otra más estricta y eficaz. En cambio, los proyectos de construcción de nuevas viviendas no llegaron a concretarse hasta la sanción de la Ley de Habitaciones Obreras de 1896. Algunos grupos, como el Partido Democrático, sostuvieron que debía ser el Estado quien encarara esas construcciones, a través de la Caja Hipotecaria.¹²² Fue una voz aislada. Los restantes participantes en el largo debate limitaron sus propuestas a un estricto control de las construcciones —y eventualmente la demolición de las peores— y al estímulo de la construcción de buenas viviendas mediante adecuadas exenciones impositivas. Así lo sostuvo Arturo Alessandri en 1902 y así lo estableció la Ley Municipal de 1905. La acción concreta —bastante limitada— se circunscribió a grupos de inspiración católica, como la Institución León XIII. Para ellos, disponer de una vivienda adecuada era imprescindible para poder llevar una vida moral: su obtención debía estar unida al trabajo y al ahorro, que convertirían a los trabajadores en propietarios.¹²³

En el fondo de esas medidas puede advertirse una nueva tendencia de la política hacia los pobres, diferente de aquella de carácter excepcional propia de la década de 1870. En primer lugar, hubo un deslizamiento de la cura, siempre insuficiente para los pobres, a una prevención de carácter más general. Seguramente se advertía que todos los que no alcanzaban a ser curados constituían un peligro para la sociedad en su conjunto, que no podía limitarse ni con lazaretos ni con Caminos de Cintura. Pero además, las políticas higienistas eran a la larga más eficaces y menos costosas, y una acción de una cierta envergadura por parte del Estado servía para evitar otras acciones futuras.

Es probable que otra motivación de la nueva política social se relacionara con un empleo más racional de la mano de obra. Puede advertirse entre los médicos un nuevo planteo del problema sanitario,

referido a una suerte de cuidado de los recursos humanos.¹²⁴ No es, sin embargo, una preocupación dominante, así como la escasez de mano de obra no era, en el superpoblado Santiago de fines de siglo, un problema grave; más bien, parece interesar a algunos sectores específicos. Los pobres santiaguinos no son vistos como trabajadores potenciales desaprovechados, sino como una masa peligrosa, por sus condiciones de vida y porque, en términos más generales, se han roto sus ligazones con la sociedad.

Reintegrarlos mediante la llamada moralización parece, en definitiva, la preocupación fundamental que orienta estas nuevas políticas. ¿Qué es hacer del proletario un propietario?, se pregunta *El Ferrocarril* en 1872. “Es radicarle al hogar y a la patria, permitirle que vea el fruto de su trabajo y de su ahorro, hacerle un miembro conservador de la sociedad, un buen ciudadano”.¹²⁵ Veinte años después Juan Enrique Concha, líder del Partido Conservador y de la tendencia social del cristianismo, veía en la Institución León XIII “un apoyo firme para sostener la paz de la sociedad”. Para enfrentar el socialismo, esa “doctrina criminal”, esa “mala semilla” que atrae a los obreros con la quimera de la propiedad, nada mejor que hacer de los obreros propietarios.¹²⁶ Formulación extrema, sin duda, pero que refleja la creciente preocupación por la agudización de los conflictos sociales y el sentimiento preventivo del reformismo que se inició en los últimos años del siglo.

NOTAS

- ¹ Eran tierras que la familia del legendario Comendador había legado al Convento del Carmen.
- ² James M. Gilliss, *The U.S. Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere during the Years 1849. 1850. 1851 and 1852*, vol. I: *Chile*, Washington, 1855, p. 52I.
- ³ Ya en 1846 el intendente de Santiago afirmaba: “Todas las habitaciones de alquiler de la ciudad... pertenecen a ricos propietarios”, y procuraba obligarlos a que las mejoraran, y sobre todo a que abrieran ventanas. *Memoria del intendente de Santiago Miguel de la Barra*, Santiago, 1846.
- ⁴ *El amigo del pueblo*, 15 de mayo de 1850.

- ⁵ En 1872, en la población Ovalle se calculaba que había unas ochenta viviendas por cuadra, mientras que en la vecina población Portales, junto al Mapocho, que era más reciente, la densidad se elevaba a unas doscientas. Benjamín Vicuña Mackenna, *Un año en la Intendencia de Santiago*. Santiago, 1873, vol. I, p. 164.
- ⁶ *El Taller*, 3 de marzo de 1875.
- ⁷ *El Ferrocarril*. 26 de junio de 1875.
- ⁸ “Felices deben considerarse los que viven en cuartos, si se tiene presente la situación de los habitantes de conventillos: piezas bajas y generalmente inferiores al nivel del suelo, húmedas, sin aire ni luz, en donde jamás penetra un rayo de sol, sin más patio que un pasillo angosto, formado por la unión de los aleros de un lado con los del otro”. Jenaro Contardo, “Causas de la propagación de la viruela y de la excesiva mortandad que producen las epidemias en Santiago”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1876, p. 443.
- ⁹ Así se ha mostrado en Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University Press, 1975, p. 190 y ss.
- ¹⁰ Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Santiago de Chile 1934, p. 147.
- ¹¹ Una lista de 65 conventillos, levantada en 1903, revela sólo unos pocos apellidos conocidos: Tagle Reyes, Cifuentes, Ovalle, Matte, Hurtado. Joaquín Gandarillas poseía siete; hay nueve personas con dos o tres propiedades y el resto aparece indicado con una sola. Nota de Ricardo Dávila Boza, inspector sanitario, al director del Instituto de Higiene, en *Revista Chilena de Higiene*, VII. Santiago, 1903.
- ¹² Osvaldo Marín, *Las habitaciones para obreros*, Santiago, 1903, p. 8.
- ¹³ “Un decreto oportuno”, en *El amigo del pueblo*, 13 de mayo de 1886.
- ¹⁴ Vicuña Mackenna, *Un año...*, I, p. 164. “Memoria del secretario de la Institución León XIII Juan Enrique Concha”, en Julio Pérez Canto, *Las habitaciones para obreros. Memoria presentada a la Sociedad de Fomento Fabril*. Santiago, 1898, p. 213.
- ¹⁵ Osvaldo R. Marín, *Las habitaciones para obreros*, p. 12.
- ¹⁶ *El amigo del pueblo*, 13 de mayo de 1886.
- ¹⁷ “Y no obstante es necesario respetar los derechos individuales de los propietarios, es preciso reverenciar la miserable especulación. ¿Debe seguirse dando una absurda preferencia a los intereses individuales sobre la vida del pueblo?” La alegación es de Ramón L. Irarrázabal, delegado de Vicuña Mackenna en la Chimba. Vicuña Mackenna, *Un año...*, I, p. 28.
- ¹⁸ *Ibidem* pp. 54, 59 y 195.

- ¹⁹ “Los propietarios de terrenos frente a la nueva vía no pensaron más que en abrir por lucro nuevas calles, y disponer a lo largo de ellas nuevas construcciones de malas casitas y de conventillos sucios y ordinarios, sin servicio de agua ni de desagües”. Ramón Subercaseaux, *Memorias de 80 años*, Santiago, 1936, I, p. 200.
- ²⁰ La Institución Sofía Concha levantó 133 pequeñas casitas. La León XIII, 39 casas más amplias. La población San Vicente tenía 232 casitas y algunos conventillos. Las de Echaurren Valero y Valdés estaban dirigidas a las capas superiores de los sectores populares, y las de las fábricas (en tre otras, Gubler y Ewing), destinadas al personal permanente y más capacitado, tampoco eran numerosas. Véase Mariano Martínez, *Industrias santiaguinas*. Santiago, 1896, pp. 128 y 246. Sobre viviendas baratas, Julio Pérez Canto, *Las habitaciones para obreros*, p. 216.
- ²¹ Las habitaciones de la Institución Sofía Concha —una pieza y un patio-cocina— se alquilaban por dos pesos, la mitad de lo que costaba un rancho de paja corriente, y al cabo de cinco años el alquiler debía reducir se a un peso. Las casas de la Institución León XIII costaban nueve pesos, y por catorce se alcanzaba la propiedad.
- ²² Martínez. *Industrias*, p. 161.
- ²³ Se trata de dos proyectos presentados por Ramón Barros Luco, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, y N. Dávila Larraín. “Habitaciones para obreros”, *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, X, Santiago, 1893, p. 11.
- ²⁴ En una de ellas, y por condición del legatario, Melchor Concha y Toro, se “prefería” a ex combatientes de la causa constitucional. Pérez Canto, *Las habitaciones para obreros*, p. 216.
- ²⁵ José Zapiola, que en 1870 escribió sobre sus épocas juveniles, recuerda que por entonces las acequias no eran tenidas por maléficas y que en general las condiciones sanitarias —buenas o malas— eran similares en toda la ciudad. Ver *Recuerdos de treinta años (1810-1840) (1872)*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1974, p. 11.
- ²⁶ *Memoria del ministro de Interior*, Santiago, 1842. *El Progreso*, 19 de mayo de 1843.
- ²⁷ Subercaseaux, *Memorias*, I, p. 480.
- ²⁸ *El Ferrocarril*. 13 de abril de 1859. Treinta años después Riquelme traza una imagen igual del barrio de la Recoleta: calles llenas de agua en invierno y de polvo en verano; falta de policía, de alumbrado, de limpieza. Por entonces, agrega, el barrio congregaba a más de 60.000 almas. Daniel Riquelme, “Vivir en la Recoleta”, *Cuentos de guerra y otras paginas*, Santiago, 1931, p. 350.

- ²⁹ *Memoria del intendente de Santiago Vicente Izquierdo*, Santiago, 1866.
- ³⁰ *El Ferrocarril*, 13 de abril de 1859.
- ³¹ Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*, Santiago, 1872, I, p. 31.
- ³² Así lo reconocía el intendente Echaurren en 1868, quien también se quejaba de la falta de preocupación por parte de la población, que no advertía que en ello le iba “nada menos que la salud y la vida”. Los carretones disponibles para el aseo urbano no aumentaron demasiado: había ochenta en 1866 y cien diez años después. *Memoria del intendente de Santiago Federico Echaurren*, Santiago, 1868.
- ³³ *El Ferrocarril*, 23 de enero de 1856.
- ³⁴ *Memoria del intendente de Santiago Miguel de la Barra*, Santiago, 1846.
- ³⁵ *El Ferrocarril* 22 de febrero de 1858.
- ³⁶ *El amigo del pueblo*. 29 de mayo de 1850. Vicuña Mackenna, *La transformación*, p. 80.
- ³⁷ El intendente Vicuña Mackenna denunciaba: “Hasta hoy el agua potable, el elemento más esencial después del aire, había sido un privilegio; más que esto, un monopolio”, *Ibidem*, p. 52.
- ³⁸ *El Ferrocarril*, 29 de enero y 22 de febrero de 1874.
- ³⁹ “Salubridad”, *El Ferrocarril*. 24 de abril de 1883.
- ⁴⁰ *El Ferrocarril*, 28 de julio de 1877, 19 de abril de 1879.
- ⁴¹ En 1856 *El Ferrocarril* denunciaba “la destrucción violenta, inevitable, de habitaciones, menesteres y aun existencias de los proletarios, nacida de la indiferencia impávida, del criminal descuido, de unas autoridades que no encaran las tareas de prevención” (19 de marzo de 1856).
- ⁴² *El Ferrocarril*, 13 de noviembre de 1881.
- ⁴³ Ricardo Dávila Boza, “Mortalidad de los niños en Santiago. Sus causas y sus remedios”, *Revista Chilena de Higiene*, V, Santiago, 1899, p. 334.
- ⁴⁴ “Casi nunca se rellena el piso de la pieza —se indica en un informe de 1903— en cuyos casos el subsuelo es formado con las basuras que arrojan los carretones de la policía, y en otros con escombros de edificios que el propietario consigue a bajo precio”. Marín, *Las habitaciones para obreros*, p. 8.
- ⁴⁵ Las poblaciones que a fines de siglo son señaladas como modelo podían ofrecer dos habitaciones. Las de la Institución Sofía Concha eran piezas únicas, de cinco por cinco metros. En las casas de cuatro habitaciones que construyó la Institución León XIII, los inquilinos —se decía— subalquilaban dos o tres. Juan Enrique Concha, en Pérez Canto, *Las habitaciones para obreros*, p. 213 y ss.

- ⁴⁶ En 1876 la Junta de Lazaretos denunciaba que en el 40% de esas habitaciones vivían “a más de los animales y aves” entre ocho y diez personas. *Memoria de la Junta Central de Lazaretos*, Santiago, 1876, p. 23.
- ⁴⁷ R. Puga Borne, *Elementos de higiene*. Citado por C. Altamirano, “Apuntes para un estudio sobre habitaciones de obreros”, *Revista Chilena de Higiene*, II, Santiago, 1895.
- ⁴⁸ El primer reglamento de conventillos se sancionó en 1888. Los pisos debían estar 15 cm por encima del nivel de los patios, y éstos a su vez otros 15 por encima de la calle. Las casas tendrían cimientos de material y paredes externas en ladrillo o adobe. Para el techo, eran admisibles la teja, hierro, chapa de cinc o simplemente barro, pero los pisos debían ser enladrillados. Toda pieza debía tener, además de la puerta, una ventana de 0,80 por 1,10 metro. “Reglamento para la construcción de conventillos y habitaciones de obreros”, Acuerdo Municipal de 1888, *Revista Chilena de Higiene*, I, Santiago, 1894, p. 470.
- ⁴⁹ Esto no era suficiente, a ojos de los preocupados higienistas: los “miles de tiestos sospechosos y de manos sucias” que allí se introducían convertían a la tina en un “verdadero caldo de cultivo de microbios y contagio de toda especie”. Dávila Boza, “Mortalidad”, p. 335.
- ⁵⁰ La manera “natural” de deshacerse de las materias fecales comenzó a parecer un “espectáculo verdaderamente chocante”, por lo que en 1868 el intendente dispuso la construcción de “lugares” públicos en las calles. *Memoria del intendente*, Santiago, 1868.
- ⁵¹ Instituto Chileno de Higiene, en *Revista Chilena de Higiene*, 1902.
- ⁵² Existen algunos testimonios, posteriores al período tratado pero algo más comprensivos. En primer lugar, Jorge Errázuriz Tagle y Guillermo Eyzaguirre Rouse, *Monografía de una familia obrera en Santiago. Estudio social*, Santiago, 1903; en la primera parte los autores hacen una rigurosa inquisición sobre una familia obrera, y luego formulan conclusiones sobre la situación de los trabajadores en distintas regiones de Chile. También son útiles algunos textos de Baldomero Lillo o Daniel Riquelme, y final mente la llamada “novela proletaria”, de la década de 1930, y sobre todo las obras de Alberto Romero, que pueden emplearse como incitación a mirar de otra manera los testimonios de época.
- ⁵³ Errázuriz, *Monografía*. Lillo, “El conventillo”, en *Obras completas*, Santiago, 1968.
- ⁵⁴ Augusto Orrego Luco, *La cuestión social en Chile*, Santiago, 1884.
- ⁵⁵ “Trabajando un tiempo en una fábrica del Matadero, y otro en la Cañadilla, escapándole a la vivienda malsana e inconfortable, en un eterno cambio de posición y de ambiente, nómades de la vida... ro-

- dando de un extremo a otro de la ciudad, a veces del país, se iban con sus chicos a donde el trabajo los llamase”. Alberto Romero, *La mala estrella de Perucho González* (1935), Santiago, 1971, p. 30.
- ⁵⁶ Así lo percibió Juan Enrique Concha, que señaló que la mayoría de los inquilinos de la Institución León XIII sólo pretendían vivir unos meses sin pagar el alquiler y luego irse, de donde deducía el carácter nómade del pueblo. En Pérez Canto, *Habitaciones*, p. 222.
- ⁵⁷ En “El conventillo”, de Lillo, el padre gasta íntegramente su jornal en diversiones y considera impropio de su condición de hombre que su mujer le reclame un aporte mayor a los gastos familiares. Hasta un padre tan excelente como el de la *Monografía* ha amenazado varias veces a su mujer con irse de su casa.
- ⁵⁸ Una unión perfectamente estable, como la de los protagonistas de la *Monografía*, figura como ilegítima.
- ⁵⁹ Santiago Lindsay, “La población en Chile”, *Anuario Estadístico*, I, 1858, p. 221.
- ⁶⁰ Marín, *Las habitaciones*, p. 12.
- ⁶¹ En “Las niñas” de Baldomero Lillo, todas las mujeres del conventillo concurren a dar sustento a dos ancianas, al borde de la inanición.
- ⁶² Meza B., “La epidemia”, p. 533.
- ⁶³ No faltaron voces anteriores, pero no provenían de la corporación médica. La más notable es la del intendente Miguel de la Barra, que en 1846 mencionaba enfermedades desconocidas, que habían llegado a hacerse endémicas, y pronosticaba una “espantosa mortalidad”. *Memoria*, 1846. Una referencia similar de Sarmiento en “Mataderos”, aparecido en *El Progreso*, 2 de junio de 1844, en *Obras*, X, 1887.
- ⁶⁴ Juan Mackenna, “De las causas de la mortalidad en Chile, fundadas en la desproporción entre el temperamento de los hijos del país y el clima”, *Anales de la Universidad de Chile*, I, Santiago, 1850. Juan Bruner, “Fragmento de una higiene pública de Santiago”, *Ibidem*, VII, 1857.
- ⁶⁵ Ramón Elguero, “Medios que convendría emplear para contener los progresos de la sífilis”, *Ibidem*, 1857.
- ⁶⁶ Las acequias corren a tajo abierto por el interior de las casas y de los edificios públicos de toda especie, cuarteles, hospitales, escuelas, curtiembres, etc., en una extensión no inferior a cinco kilómetros del recinto urbano, y reciben y acarrearán todos los desperdicios, basuras y aguas inmundas de los lugares por donde pasan, sin excluir los excrementos de los enfermos de afecciones eminentemente contagiosas en las aguas con que se han lavado las ropas usadas por ellos. Estas

acequias se desbordan con inusitada frecuencia, tanto en las calles públicas como en el interior de las casas, y de sus aguas se usa en gran escala para el riego y aun para el lavado”. Dávila Boza, “Mortalidad”, p. 334.

- ⁶⁷ “Memoria”, en Pérez Canto, *Habitaciones*, p. 215.
- ⁶⁸ Marcial González, “Reorganización de la beneficencia pública” (1877), *Escritos económicos*. Santiago, 1899.
- ⁶⁹ En 1872, se decía que había familias que la comían “sólo señalados días a la semana, y aun otras que sólo una vez en ella” (*El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872); por entonces se atribuye esa posibilidad sólo a los obreros morigerados, es decir, que no beben y ahorran (R. Dávila Boza, “Apuntes sobre el movimiento interno de la población en Chile y sobre las principales circunstancias que tienen sobre él una influencia notable”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1875, p. 511); en 1903, para los autores de la Monografía obrera, “la escasez de carne es tenida por grave mal por la familia, que tiene a desdoro confesar que a veces no la come” (Errázuriz, p. 24).
- ⁷⁰ En 1858 la *Revista Católica* en un artículo en contra de las chinganas, donde se destacan principalmente los problemas morales, menciona las consecuencias sociales del alcoholismo; “Chinganas”, 1857, p. 2713. Cuatro años después José Elguero, designado director de la Casa de Orates, indicaba la conexión entre embriaguez y locura. Pero en 1875, en el amplio trabajo de Dávila Boza sobre las condiciones de vida de los sectores populares, apenas consagra al tema un par de párrafos (“Apuntes”).
- ⁷¹ La Memoria de Dagnino Olivieri, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1888. Jorge Rodríguez Cerda, *La cuestión del alcoholismo. El impuesto o el estanco*, Santiago, 1899. Adolfo Murillo, “Ebriedad o locura”, *Revista Chilena de Higiene*, Santiago, 1899, p. 175.
- ⁷² El número de detenidos pasa de 18.320 en 1891 a 34.347 en 1898. *Boletín de Estadística de la Policía de Santiago*.
- ⁷³ “Estadística de ebrios apresados por la Policía en la semana del 12 al 18 de agosto de 1902”, *Revista Chilena de Higiene*, 1902, pp. 192, 323 y ss. Las opiniones de Murillo, en “Ebriedad o locura”, pp. 182 y 175.
- ⁷⁴ Los datos están tomados del *Anuario Estadístico*, Santiago, 1860-1883, donde se aclara acerca de lo aproximativo de la estimación.
- ⁷⁵ Adna Ferrin Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century* (1899), Ithaca, Cornell U.P., 1967.
- ⁷⁶ Adolfo Murillo, “La mortalidad en Santiago”, *Revista Médica*, Santiago,

- 1892, p. 559. Murillo estimó la mortalidad para 1892 en 57 por mil, cifra que parece muy alta.
- ⁷⁷ Datos de muertes en los hospitales de San Juan de Dios (hombres) y San Francisco de Borja (mujeres). *Anuario Estadístico*, 1862-1879.
- ⁷⁸ “Investigación de las causas que tan frecuentemente han hecho en Chile en los últimos años la tisis pulmonar e indicación de las medidas higiénicas que convendría para removerlas”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1861, p. 72.
- ⁷⁹ Murillo, “Ebriedad”, p. 178.
- ⁸⁰ Elguero, “Medios...”.
- ⁸¹ Pedro V. García, “La fiebre tifoidea en Santiago”, *Revista Chilena de Higiene*, III, Santiago, 1896, p. 301. El trabajo incluye una propuesta de potabilización y alcantarillado.
- ⁸² Salvo en 1831, cuando apareció junto con la escarlatina.
- ⁸³ *El Ferrocarril*, 18 de octubre de 1864 y 18 de abril de 1868.
- ⁸⁴ *Memoria de la Junta Central de Lazaretos*, Santiago, 1876. El grupo de enfermos menores de 15 años representaba el 53% entre las mujeres y el 28% entre los hombres. La mitad de los enfermos varones era menor de 25 años, cosa común en esta enfermedad, que recrudece cíclicamente, avanzando sobre las generaciones no inmunizadas.
- ⁸⁵ Entre los afectados varones de más de quince años, los gañanes representan el 43%, una proporción bastante más alta que la que este grupo tiene en la población departamental.
- ⁸⁶ “Boletín”, *Revista Médica*. Santiago, 1876-1877, p. 419.
- ⁸⁷ Alberto Poblete Garín, “El cólera”, en *Siluetas de Santiago*, Santiago, 1887.
- ⁸⁸ R. Dávila Boza, “La viruela”, *Revista Médica*, Santiago, 1893, p. 86.
- ⁸⁹ R. Dávila Boza, “Mortalidad de los niños en Santiago”, *Revista Chilena de Higiene*, V, 1899. El autor utiliza datos de las parroquias, que son muy extensas, e incluyen territorios rurales. Sin embargo, la del Sagrario o Catedral es homogénea y representativa de los sectores de clase alta, y la de San Lázaro incluye todo el extenso arrabal del sur: las tasas de San Lázaro duplican las del Sagrario.
- ⁹⁰ Murillo, “Breves apuntes”. Zorobabel Rodríguez, “La mortalidad de los párvulos en Santiago” (1874), *Miscelánea política y religiosa*, Santiago, 1876. Errázuriz, *Monografía*, p. 14.
- ⁹¹ *Anuario Estadístico*, 1848-1872.
- ⁹² *Revista Médica*. Santiago, 1874-1875, p. 173, y 1887-1888, p. 412.
- ⁹³ Aun cuando el doctor Elguero, primer director de la Casa de Orates,

- reconoció que se carecía de conocimientos sólidos, o siquiera aproximativos, sobre las enfermedades mentales. *Informe del médico de la Casa de Locos*, Santiago, 1863.
- ⁹⁴ Por esta indefinición de funciones, el tránsito de uno a otro era continuo: 43 internados del Hospicio pasaron al Hospital en 1854, y 46 hicieron el camino inverso. “Informe del director del Hospicio”, en *Memoria del ministro de Justicia*, Santiago, 1854.
- ⁹⁵ “Nuestro Hospicio es un complemento indispensable de los Hospitales y del manicomio...”. Antonio Montaubán, “El Hospicio de Santiago”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1888, p. 51.
- ⁹⁶ *Anuario Estadístico*, 1859-1882.
- ⁹⁷ Adolfo Murillo, “Proyecto de traslación de hospitales y fundación de uno de clínicas”, *Revista Médica*, Santiago, 1876-1877, p. 361. Isaac Gutiérrez Ugarte, en *Revista Médica*, Santiago, 1874-1875.
- ⁹⁸ Ese año los periódicos agitaron la imagen de los pobres variolosos, deambulando de un lado a otro, para morir en cualquier calle luego de haber distribuido profusamente su mal. *El Ferrocarril*, 18 de octubre de 1864.
- ⁹⁹ Por entonces, los rechazos diarios alcanzaban a 20 en un solo lazareto, en la Maestranza, donde se había colgado un cartel: “No se reciben apestados”. “Boletín”, *Revista Médica*, Santiago, 1875-1876, p. 45.
- ¹⁰⁰ Allí se organizó un verdadero campamento: en el pico de la epidemia comían diariamente 700 personas, entre enfermos, familiares y médicos.
- ¹⁰¹ En Santiago, hasta 1876 se vacunaban anualmente entre ocho y diez mil personas, número que se triplicaba en los años de epidemia, para volver a caer inmediatamente. En 1872 los vacunados fueron 55.000.
- ¹⁰² En 1864, cuando todos los indicios anunciaban el deterioro acelerado de las condiciones sanitarias, los profesores de la Facultad de Medicina afirmaron, respondiendo a una consulta, que Santiago “se encuentra ubicado en un pie de aseo y salubridad que poco deja que desear”. *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1864.
- ¹⁰³ Salubridad de localidades y habitaciones, prevención de epidemias, propagación de vacunas, control de la calidad de los alimentos, creación de casas populares de diversión, reedificación de los suburbios insalubres y pestilentes, organización del socorro a indigentes, extinción del curanderismo... Vicuña Mackenna, *Un año...*, II, p. 411.
- ¹⁰⁴ Carlos Altamirano, “Apuntes para un estudio sobre habitaciones para obreros”. *Revista Chilena de Higiene*, II, Santiago, 1895, p. 5.
- ¹⁰⁵ Poblete Garín, “El cólera”, p. 451.

- ¹⁰⁶ En “Las niñas”, de Baldomero Lillo, la mayordoma acepta alojar gratis a la hermana sana, si la moribunda admite trasladarse al hospital.
- ¹⁰⁷ *El Ferrocarril*, 19 de octubre de 1864.
- ¹⁰⁸ Dávila Boza proponía poner una bandera amarilla en su casa, para que cada uno decidiera cómo precaverse.
- ¹⁰⁹ Después de describir la gangrena que reinaba en la sala de cirugía de San Juan de Dios, afirmaba el doctor Murillo: “Ahora podéis comprender por qué la gente del pueblo y por qué el roto que no cuenta con un albergue tienen miedo de San Juan de Dios”. *Proyecto*, p. 368. Respecto de la peste escribía J. Contardo: “No faltan quienes prefieren permanecer en sus ranchos miserables, privados de todo auxilio, antes que acudir a las casas de beneficencia, que ellos temen de ordinario tan infundadamente.” *Causas de la propagación de la viruela*, p. 454.
- ¹¹⁰ Errázuriz, *Monografía*, p. 18.
- ¹¹¹ En los hospitales de San Juan y San Vicente, en San José, San Pablo, en el Carmen y en la Caridad. A este último, ubicado en la Plaza de Armas, concurrían “del Salto, los bajos de Mena, Ñuñoa, el Llano de Subercaseaux”, es decir de la periferia urbana de entonces. Dávila Boza, “Mortalidad”, p. 303.
- ¹¹² Poblete Garín, “El cólera”, p. 454.
- ¹¹³ *El Ferrocarril*, 24 de febrero de 1864. Errázuriz, *Monografía*, p. 23.
- ¹¹⁴ *Estatutos de la Unión de Tipógrafos de Santiago*, 1868; *Estatutos de la Sociedad Fraternal de Unión y Progreso*, 1871; *Estatutos de la Sociedad Colón de Zapateros* 1873; *Estatutos de la Fraternidad de Carroceros*, 1874; *Memoria histórica de la Sociedad Unión de Tipógrafos*, 1888. También, *Reglamento de Carpinteros y Calafates de Valparaíso*, 1851.
- ¹¹⁵ *Estatutos de la Sociedad Fraternidad y Progreso*, art. 77.
- ¹¹⁶ *Memoria del Ministerio del Interior*. 1852.
- ¹¹⁷ *Revista Católica*, Santiago, 1861-1862, p. 122.
- ¹¹⁸ En 1859, cuando el intendente parecía resuelto a aplicar la ordenanza de ranchos de 1857, la Municipalidad dispuso solicitar su suspensión, considerando que “llevarla a cabo sería un gravísimo mal para una porción considerable de nuestro pueblo”. La situación se repitió varias veces, como en 1861, lo que indica que el problema no parecía acuciante. *El Ferrocarril*, 25 de noviembre de 1859 y 3 de marzo de 1861.
- ¹¹⁹ *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.
- ¹²⁰ Adolfo Valderrama, “Crónica”, *Revista Médica*. Santiago, 1872, p. 33.
- ¹²¹ “Memoria sobre los trabajos de la Conferencia Central de San Vicente

de Paul, que leyó su presidente, el P.D. Joaquín Larraín Gandarillas”, *Revista Católica*, Santiago, 1855-1856, p. 1549 y ss.

- ¹²² Nicolás Ugalde, “Habitaciones para obreros”, *El amigo del pueblo*, junio de 1886.
- ¹²³ Arturo Alessandri, *Habitaciones para obreros*, Santiago, 1893; Altamirano, “Apuntes”; Pérez Canto, *Habitaciones*.
- ¹²⁴ Consideraciones sobre el tema en Adolfo Murillo, “Los muertos por la viruela y la vacuna obligatoria”, *Revista Médica*, Santiago, 1886-1887, p. 226.
- ¹²⁵ *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.
- ¹²⁶ En Pérez Canto, *Habitaciones*, p. 217.

VI

¿Cómo son los pobres?

A lo largo del medio siglo que venimos examinando, la imagen de los sectores populares fue cambiando ante los ojos de la élite. Los miraron de manera distinta, con extrañamiento primero, con preocupación y sobre todo con horror. En el proceso complejo de conformación de identidades sociales las imágenes recíprocas son un factor activo y hasta decisivo. En ocasiones esas imágenes se conforman dentro de marcos institucionales: las elaboran por ejemplo los sindicatos o los partidos de clase, las instituciones estatales, la escuela o la Iglesia. En otras, como la que se examinará aquí, la mirada se constituye antes e independientemente de esas maneras institucionalizadas, combinando experiencias y prejuicios, objetividad e ideología. En el último capítulo se presentará una consideración más global de este enfoque. Aquí, se analizará cómo la élite miraba a los sectores populares en Santiago en la segunda mitad del siglo pasado y qué incidencia pudo haber tenido esa mirada en el proceso de constitución de la identidad de éstos, que al fin del siglo ya se singularizaba por su fuerte carácter trabajador y clasista.

Las características de esta mirada son bien conocidas para quienes estudian la República Parlamentaria y su crisis. Aparece en forma sistemática en el clásico texto de Augusto Orrego Luco, *La cuestión social*, de 1884. Se desarrolló primero bajo la forma de la “cuestión social”; luego, de la “cuestión obrera” y finalmente integró el discurso sobre la decadencia. Aparece, repetida *ad nauseam*, en artículos y opúsculos, en tesis universitarias, discursos parlamentarios y monografías técnicas, y en algunas grandes obras, como *Raza Chilena* de Nicolás Palacios; *Sinceridad. Chile íntimo*, de Alejandro Venegas (que

firmó con el seudónimo de J. Valdés Canje); *La conquista de Chile en el siglo XX*, de Tancredo Pinochet Le Brun, o *Nuestra inferioridad económica*, de Francisco Encina. Se alimenta en vertientes ideológicas extranjeras, diferentes pero convergentes: el pensamiento social de la Iglesia, el higienismo, la sociología, el socialismo, el darwinismo social. Pero sobre todo, parece abreviar en una experiencia directa muy fuerte, que en mi opinión se originó en las grandes ciudades y sobre todo en la capital.

Las formas maduras de esta mirada son conocidas, pero vale la pena subrayar los procesos específicos de su constitución, que remiten a las décadas de 1860 y 1870, y en buena medida a las experiencias analizadas en el capítulo anterior. De la disolución de la mirada paternal, propia de la sociedad patricia de mediados de siglo, surgió en primer término una mirada horrorizada, primera reacción ante la emergencia de la cuestión social, que constituirá desde entonces el cuerpo central de la actitud de la élite hacia los sectores populares. Junto a ella, en complejo contrapunto, otra, menos explícita quizá, que es calculadora y atenta al beneficio, y una tercera, moralizadora, preocupada más bien por la estabilidad y equilibrio del sistema. Hay un momento, quizá entre 1868 y 1877, en que —en relación con preocupaciones generales pero también con problemas específicos e inmediatos, como un alza de salarios, una huelga o una epidemia— las ideas y opiniones hasta entonces dispersas y fragmentarias emergen, se condensan y configuran una imagen estructurada, la misma que, con no demasiados cambios, expone Orrego Luco en 1884 y desarrollan los escritores de principios del siglo XX.

LA MIRADA PATERNAL

A mediados del siglo pasado, la ciudad de Santiago comenzaba a crecer y a romper el cascarón colonial que la Independencia no había modificado. El crecimiento de la ciudad, y en particular las demandas de la élite, comenzaron a atraer a muchos migrantes y campesinos, que llenaron la ciudad y comenzaron a desbordar por los suburbios. Pocos advirtieron ese cambio de los sectores populares. Las miradas

sociales suelen ser más prejuiciosas que perspicaces. Uno de ellos fue Sarmiento. Otro, el intendente Miguel de la Barra, que advirtió cómo la ciudad se llenaba de gente, percibió los problemas edilicios y sanitarios que esto creaba e intuyó algo de los peligros. Muchos vieron sólo una parte del fenómeno: la nueva presencia de los artesanos. Fueron sobre todo algunos jóvenes políticos liberales que, con la imagen de las jornadas parisinas de 1830 o 1848 intentaron educarlos y movilizarlos, para dirimir con su apoyo el conflicto que libraban en el seno de la élite política. Tal la función, casi manipulativa, de la Sociedad de la Igualdad. El justamente célebre texto de Santiago Arcos, tan agudo cuando se trata de los campesinos, prácticamente ignora a su supuesto apoyo principal: los artesanos.

Pero la mayoría no veía nada, o mejor dicho, los veía con la mirada paternal de siempre, quizás algo más ajena y distanciada por influjo del “buen tono” europeo. Hacia 1850, Santiago era todavía una sociedad patricia donde decentes y plebeyos, perfectamente separados por una brecha clara e infranqueable, compartían sin embargo un mismo espacio físico, formas de vida, actitudes y valores.

Cualquiera podía distinguir a “nuestras buenas y decentes gentes” de la “canalla, plebe, vulgo, muchedumbre, populacho, chusma, multitud”, en suma: rotos (pese a que Sarmiento se veda utilizar el término).¹ No son por cierto dos bloques homogéneos: hay decentes que son muy pobres y un artesano es claramente diferente de un roto raso. Más aún, cada vez hay más artesanos que reemplazan la manta o el poncho por la chaqueta. Y sin embargo, las diferencias son categóricas: es cuestión de educación, de relaciones, de formas de vida, de habla, de todo y de nada a la vez. Tan separados están, que pueden vivir juntos. El modesto artesano tiene su tienda en el portal de la casa señorial o habita en su buhardilla, y nadie se incomoda por eso. El rancherío miserable se instala a un par de cuadras de la Plaza de Armas. Rotos y decentes se encuentran en las riñas de gallos, las carreras de caballos o los juegos de volantines, en el mercado, la plaza, la Alameda o la Pampilla. Sobre todo, en las fiestas, como en la Alameda en la Nochebuena, cuando “los futres y los chatres, las

maritornes y las sílfides, el poncho y el frac, la aristocracia y el pueblo, todo estaba allí, unos buscando flores, otros buscando pañuelos, y unos y otros revueltos, confundidos y estrujados”.² En esa misma Alameda, sin embargo, en la fiesta del Dieciocho, las posiciones están claramente fijadas: en el centro, la gente visible, verdadera protagonista de la celebración; a los costados, espectadores pasivos, la gente del pueblo.

Juntos, a veces mezclados pero nunca revueltos, decentes y rotos integran una sociedad en equilibrio, donde la posición de unos y otros es mutuamente aceptada y reconocida. La mirada paternal y dominante tiene su réplica en otra que acepta la subordinación, y ambas se integran en un universo cultural común, de raigambre criolla, que la incipiente europeización de la élite no alcanza a debilitar.

El equilibrio incluye protección, prédica, espectáculo y concesiones, algo de coacción, y también deferencia, humillación, sorda resistencia y ocasionales liberaciones, como las de las fiestas, en las que el olvido momentáneo de las diferencias las hace luego más soportables. Pero también incluye su nota de rebeldía, de conflicto.

Lo percibieron en la misma escena Blest Gana y Sarmiento: en la pila de la Plaza, en la venta de zapatos, “el pueblo es rey” y el futre que cae en sus manos debe comprar y pagar el precio que el vendedor le impone, luego de mirarle la cara. También percibió Sarmiento las ocultas tensiones de esta sociedad en los reclamos de los rotos por la baja calidad de los fuegos de artificio en las fiestas del Dieciocho. Son las sordas y cotidianas resistencias, los avances posibles sobre el campo del otro, que se dan dentro del marco de lo aceptado y lo permitido.

LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO

A lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, profundas transformaciones sociales rompieron ese equilibrio. Las migraciones rurales a Santiago fueron intensas en los años de 1860 y 1870 y lo fueron mucho más en las dos décadas siguientes, cuando la ciu-

dad comenzó a convertirse en metrópoli. El campo expulsaba, por el juego combinado de la saturación demográfica y el avance de la agricultura comercial, y la ciudad atraía por la expansión de los empleos, a un ritmo menor, sin embargo, que el de la migración. Mientras las mujeres migraban definitivamente, los hombres usualmente circulaban entre el trabajo en la cosecha, las obras públicas y los empleos urbanos.

La circulación entre distintos empleos se convirtió en constitutiva del modo de vida de los gañanes, aun en la ciudad, donde la estacionalidad se sumó a la ocasionalidad: alternativamente eran peones de construcción, cocheros, vendedores ambulantes y desocupados.

Quizás esto explique que un número relativamente menor de empleos alcanzara para una cantidad bastante mayor de trabajadores. Sin abandonar necesariamente esa pauta de inestabilidad, muchos se ubicaron en la actividad artesanal y manufacturera. Inicialmente lo estimuló la demanda de la élite, a la que luego se agregó la demanda rural, la fabricación o reparación de molinos o trilladoras, la de las primeras empresas ferroviarias, o las de un público más general, necesitado de viviendas o de periódicos. Así, junto a los artesanos de tienda y taller aparecieron algunos establecimientos más grandes —fundiciones, imprentas, aserraderos— con más máquinas y más trabajadores. Este mundo de artesanos grandes y chicos había alcanzado su madurez hacia 1875; lo formaban muchos pequeños trabajadores por cuenta propia, muchos oficiales asalariados y unos cuantos dueños de talleres grandes, que sin embargo se veían a sí mismos integrando el mundo común de “quienes ganan la subsistencia diaria con su herramienta y su tiempo dedicado al arte”. Los inquietaban las “coaliciones de oficiales” y reclamaban “leyes especiales” para que éstos cumplieran sus compromisos, aunque mucho más los preocupaba la “excesiva introducción de maquinarias” o el prejuicio contra el producto “hechizo” y en favor de los importados.³

El casco urbano creció en forma notable por los nuevos suburbios populares, como el sur, que en los años de 1860 se extendió entre

el Canal San Miguel y el Zanjón de la Aguada, o la población Portales, hacia el oeste. Como ocurrió habitualmente en las grandes ciudades, hubo problemas serios con el agua potable, con la basura, con los desechos, todo lo cual revirtió en Santiago en el tema de las acequias. También, se hicieron evidentes los problemas de vivienda, cuando los antiguos cuartos redondos fueron desbordados por rancheríos y conventillos, donde las familias se hacinaban y las pestes se incubaban.

Fueron habituales y hasta frecuentes aquellas enfermedades que atacaban preferentemente a los pobres pero también —¿cómo distinguirlos?— a los ricos: la tuberculosis, el tífus, y sobre todo las grandes epidemias, como la viruela o el cólera, verdaderos azotes. “No creo que haya ciudad en el mundo donde la muerte vaya más aprisa”, afirmaba en 1892 el doctor Murillo.⁴ Posteriormente comenzó a preocupar la altísima mortalidad infantil —que parecía integrar los problemas materiales y morales de los pobres— y desde el fin de los ochenta el alcoholismo, juzgado también la condensación de los males de una sociedad enferma.

Ninguna de estas transformaciones dejó de producir un impacto en la élite, pero hay un momento en que el problema se instala claramente en la conciencia colectiva; los temas se relacionan unos con otros y comienzan a definir un nuevo sujeto, desconocido, peligroso, ajeno. Entre aproximadamente 1868 y 1878 distintos procesos, independientes y coincidentes en el tiempo, contribuyeron a esto. En primer lugar, la agudización de las condiciones sanitarias, y particularmente las epidemias de viruela, que desde 1864 se sucedieron con regularidad cada cuatro años, y alcanzaron picos en 1872 y 1876, para confluir en 1886 con la epidemia de cólera. Si bien la mayoría de los muertos eran pobres, ciertamente no se limitaba a ellos. Súbitamente, se tomó conciencia de las condiciones en que vivían los pobres, aquellas en las que la enfermedad incubaba: el rancho, la acequia, el agua... Todos comenzaron a mirarlos y a discutir qué hacer con ellos.

En 1868 Henry Meiggs, que había terminado de construir el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, comenzó a contratar peones chilenos, ofreciéndoles salarios relativamente altos, para trabajar en el Perú. Unos 25.000 de ellos emigraron entre 1868 y 1872, lo que desató los temores de los hacendados por la “escasez” de brazos para la cosecha. No era un peligro real, pues había un exceso de mano de obra disponible. Por ejemplo, rara vez se empleaba en la cosecha a las mujeres. Ann Johnson ha constatado que en 1874 sólo se ocupaba en el Valle Central entre un 40 y un 60% de la mano de obra disponible potencialmente. Los 25.000 peones representaban, según el cálculo de Bauer, el 50% de la mano de obra suplementaria empleada en la cosecha, y sin embargo no hay datos de que la recolección se haya resentido en esos años.⁵ Pero los hacendados estaban acostumbrados a disponer de una amplia oferta, aun para los momentos pico, lo que les evitaba preocuparse demasiado por el orden y la organización. Por otra parte, Chile se encontraba en su apogeo como exportador de cereales. Lo cierto es que todos temieron que escasearan los trabajadores —los gañanes, esa masa que por entonces solía moverse entre la ciudad y el campo— lo que despertó el interés por las causas de su migración, sus condiciones de vida, su escasa solidaridad con los hacendados.

Esto coincidió con un período de intensa actividad urbana. El ciclo minero de Caracoles impulsó una etapa de frenesí económico. Además de especular, se construyó mucho: viviendas, edificios públicos, como el Congreso o el palacio de la Exposición. Vicuña Mackenna remodeló la ciudad que él llamaba “propia” y todo eso requirió muchos trabajadores. El tema de cómo conseguirlos se sumó al de los salarios, el abultado número de mendigos y vagabundos, el trabajo de los presos.

Da la impresión de que la intensificación de la actividad económica coincidió con un incremento en los reclamos y las huelgas. Además de las referencias positivas del importante movimiento de los tipógrafos en 1872, del de los sastres, y del de los panaderos en 1873, en ese año y el siguiente aparecen varios artículos y editoria-

les referidos a las huelgas, la necesidad de prevenirlas, su inutilidad, su peligro. Si bien podrían relacionarse con el clima europeo de la Comuna, seguramente tienen referencias locales: por algún motivo, los trabajadores empezaron a ser vistos como una amenaza, real o potencial, del orden social.

La crisis económica, que se instala en 1875 y es evidente en el año siguiente, trae un nuevo ingrediente: los desempleados, cuya peligrosidad fue señalada por Abdón Cifuentes. Simultáneamente comienzan a multiplicarse las movilizaciones de artesanos reclamando medidas proteccionistas. Si en la escala actual puede parecer reducido —el mitin de 1878 sólo reunió a mil de ellos— para los contemporáneos esto era un elemento de preocupación.

Tales las condiciones para la emergencia de una nueva mirada, presente en una multiplicidad de testimonios de época. Los sectores populares ya no podían ser vistos como la contracara plebeya de la sociedad decente. Eran el otro, un otro desconocido, peligroso, ajeno. La nueva mirada se descompuso en varias, de las cuales la dominante fue una teñida por el horror.

LA MIRADA HORRORIZADA

El primer impacto no pasó por las cuestiones laborales sino por las consecuencias del acelerado crecimiento urbano. Lo que la gente decente veía en la ciudad aparecía sesgado por las preocupaciones de la época, las de la “cuestión urbana”, que obsesionaban a Europa desde principios de siglo y comenzaban por entonces a interesar a los santiaguinos: los olores pestilentes y las “miasmas”, el hacinamiento, la promiscuidad y la desmoralización.

Todo ello se materializaba en los nuevos suburbios. ¿Qué molestaba en ellos, además de su misma existencia? En el sentido más estricto, eran peligrosos, y no sólo porque la policía fuera insuficiente para garantizar el orden. La combinación de tierra, agua, barro, basura e inmundicia generaba las “miasmas”, lo que introducía la cuestión sanitaria. Aquí los problemas eran viejos: el agua potable, cada vez

más escasa y más difícil de mantener separada de la servida, los cuartos redondos, sin ventilación y fuente segura de enfermedad. El hacinamiento facilitaba la incubación y el contagio de las pestes. También se contagiaba la sífilis, pero naturalmente por otra vía: la de la prostitución, que se veía avanzar por los barrios populares, aunque un médico, Ricardo Dávila Boza, advirtió que el morbo sífilítico afectaba también a los jóvenes decentes, de la misma manera que la viruela desbordaba los barrios populares y causaba estragos en la ciudad “propia”.

Hasta los años de 1870 las reflexiones sobre estos temas fueron esporádicas, específicas y en muchos casos académicas (eran un tema adecuado para las Memorias de Prueba), pero desde entonces la situación cambió totalmente. En 1872 Benjamín Vicuña Mackenna publicó *La transformación de Santiago*, un descarnado análisis de la “cuestión urbana” en su ciudad. El problema trascendía lo edilicio o sanitario: condensaba toda la crisis de una sociedad en la que sus dos partes se habían separado, constituyendo dos mundos que sólo se comunicaban para degradar o ser degradados.

“Santiago es por su topografía ...una especie de ciudad doble que tiene, como Pekín, un distrito pacífico y laborioso y otro brutal, desmoralizado y feroz... Barrios existen que en ciertos días, especialmente los domingos y los lunes, son verdaderos aduares de beduinos, en que se ven millares de hombres, mujeres y aun niños reducidos al último grado de embrutecimiento y de ferocidad, desnudos, ensangrentados, convertidos en verdaderas bestias”.⁶

En ese “Cairo infecto”, en el “potrero de la muerte”, el intendente desvía su mirada —paulatinamente y sin saltos, pero también sin gran preocupación por la lógica— pasando de la corrupción material a la moral. “Si tales son las condiciones higiénicas en que viven aquellos infelices, no son por cierto mejores que las condiciones morales”; por el hacinamiento, “los vicios de los padres constituyen la primera escuela de los hijos, quienes amamantándose desde que nacen con la corrupción y el escándalo, más tarde llega a ser su alimento...”. Junto

al rancho, “con el que tiene celebrado consorcio”, está la chingana, “y la prole de ambos es el roto, el hijo del vicio y de la miseria”. Su conclusión es lapidaria: en ese medio no hay margen ni alternativa algunos, no hay buenas intenciones posibles: “allí no existen ni pueden existir ni el pudor ni la decencia”.⁷

Mientras el intendente observaba los suburbios y rancherías, a los que se podía extender la acción del poder, en 1874 Zorobabel Rodríguez puso en el centro del problema la elevada mortalidad infantil. A diferencia de Vicuña Mackenna, su interés por el problema era lateral, y probablemente la cuestión no lo desvelara. Católico, conservador, discípulo estricto de Courcelle Seneuil (el profeta del liberalismo económico en Chile), encontraba en los párvulos un argumento más para cuestionar los proyectos de fomento estatal a la inmigración (el artículo *La mortalidad de los párvulos en Santiago* sigue a otro que titula *Más vale salvar a los pobres que reemplazarlos*).⁸ Acude a Le Play y el método monográfico para justificar, a partir de un único caso que dice haber estudiado, una conclusión rotunda: “en las condiciones actuales es imposible que un peón gañán pueda en Santiago fundar una familia. Y si se casa, salvo rarísimas excepciones, cuantos hijos tenga nacerán condenados a morir en la infancia”. La brecha entre lo categórico del juicio y su escaso fundamento es más reveladora aún de la fuerza con que tal convicción había arraigado en el sentido común de la élite. Pero la relación entre las demás condiciones de vida —la “miseria”— y la “espantosa mortalidad” no es directa: pasa por la “ignorancia” y la “corrupción”: “sólo por un milagro puede esperarse que haya moralidad en una familia cuyos miembros de distintas edades y sexos no tienen más albergue que un estrecho rancho”. Otra vez, hacinamiento, enfermedad y vicio aparecen unidos por una estricta cadena causal, tan evidente que no requiere de demostración alguna.

Marcial González, otro discípulo de Courcelle pero liberal en política, es menos pesimista que Rodríguez: la condición de los trabajadores ha mejorado en los últimos quince años, “andan mejor calzados y vestidos, adquieren mayores conocimientos y disfrutan en su casa de

más comodidades”. Pero en esos mismos “adelantos materiales”, que “despiertan malas pasiones”, encuentra peligros, quizá lejanos, pero que lo espantan: la penetración de la doctrina de quienes dicen “odia a tu patrón, que se dice tu amo sin serlo, y que te oprime y absorbe los frutos de tu labor; odia a la propiedad que hace al rico más rico cada día y al pobre cada día más pobre”. Ese mismo fantasma creyó percibir en los reclamos de los artesanos por medidas proteccionistas, “un imposible, bajo la amenaza o de los talleres nacionales o de la comuna”.⁹ Es claro que, en buena medida, los temores eran reflejo de los europeos, generados por la Comuna de París. Difícilmente González oyera esto en Chile, y probablemente parafraseaba la literatura europea de origen socialista o anarquista; y sin embargo, algo debía percibir en el ambiente, en esos días febriles de comienzos de la década de 1870, de alta ocupación y por ello más propicios al conflicto, lo mismo quizá que detectaran Fanor Velasco, Daniel Feliu o el editorialista de *El Ferrocarril*¹⁰

En estos tres testimonios de la primera mitad de los setenta—similares a otros muchos—aparece claro el deslizamiento de lo observado—aún en forma recortada— a lo que es atribuido o imaginado. El traspaso de la “misericordia” material a la “desmoralización” se transformó en estereotipo, en forma establecida de pensar, en referencia que no requería de argumentación. En 1884 Augusto Orrego Luco, en un texto que terminó de fijar los términos de la cuestión decía:

“Mientras el bajo pueblo esté sumergido en la miseria, mientras viva en la promiscuidad horrible de los ranchos, no solamente tendremos condiciones físicas que hagan inevitable la mortalidad de los párvulos, sino también un fenómeno más grave, la falta de los sentimientos de la familia en que nuestra sociabilidad está basada. La vida del rancho ha convertido a la filiación en un problema casi siempre insoluble”.¹¹

La *forma mentis* que condicionaba la observación de Orrego Luco, cuya lógica se nos hace tan difícil de comprender, se había formado con

las ideas corrientes en Europa a principios del siglo XIX sobre la “cuestión urbana”: mucho de lo que se decía de Santiago había sido dicho en el París de la Restauración o de la Monarquía de Julio, y podía leerse en Balzac o Hugo. Tal era la imitación, que sesgaba y deformaba la observación, que José Antonio Torres pudo descubrir unos *Misterios de Santiago*, a la manera de Víctor Sué, aunque en lugar de las grandes cloacas debió conformarse con las más modestas acequias.¹²

En el fondo estaba la visión pesimista del hombre, propia de la tradición liberal, cuya idea de la armonía se funda en el egoísmo individual. Posteriormente, y al compás de otras influencias, la visión se enriqueció con nuevos elementos. El alcoholismo, que se explicaba por el mismo complejo de causas ya establecido, provocaba daños físicos que se heredaban: el roto, cuya fuerza y coraje se cantó en la epopeya de la Guerra del Pacífico, dejó lugar a los “seres decrepitos, pálidos y enfermos” como consecuencia del alcohol.¹³ El tema de la herencia abre camino al de la raza y las explicaciones lamarckianas, que ligan los factores ambientales con los morales, y se deslizan en el novecientos, en los clásicos de la “cuestión social”, hacia el racismo y el darwinismo social, con los cuales podía explicarse, sobre bases científicas juzgadas irrefutables, la inevitabilidad del abismo social.

Pero en el origen, en los años de 1870, esa mirada fue simplemente horror. Los sectores populares ya no eran más los pintorescos y simpáticos ocupantes de la Plaza o las chinganas de la Pampilla. Era un sujeto extraño, ajeno, que ya no participaba más de un mundo común de valores y jerarquías establecidas; que no era más alguien cuyas ideas, actitudes y acciones eran previsibles. Tal lo que se oculta tras la fórmula reiterada de la desmoralización: la unidad está rota y un peligro oscuro e incommensurable amenaza a la sociedad. “Santiago estará aún más estrecho y más amenazado por las hordas de los hambrientos, que son la nueva invasión de los bárbaros que castiga a todas las civilizaciones imprevisoras”.¹⁴

De esta imagen derivaron acciones categóricas. Vicuña Mackenna se

propuso arrasar las rancherías “que emponzoñan la ciudad”, y luego separar ciudad y arrabales mediante un cinturón profiláctico y de seguridad, el Camino de Cintura, que parecía la expresión urbanística de la sociedad disgregada. Con más calma y método, los higienistas se propusieron algo similar: extirpar, aislar los focos de la enfermedad, prevenir en forma planificada. En cualquier caso, la desmoralización parecía no tener una solución definitiva.

LA MIRADA CALCULADORA

El horror no fue la única reacción. Otras miradas se cruzaron con aquella, sin duda central, la matizaron y en ocasiones específicas la dominaron. Una de ellas, calculadora y hasta codiciosa, agudizada a medida que crecía la fiebre de los negocios y el capitalismo, especulaba, en lo chico y en lo grande, sobre cómo beneficiarse con los sectores populares.

Muchos miserables reunidos constituían una fuente de beneficios. Como ocurre normalmente, el crecimiento urbano elevó la renta de la tierra, y de terrenos o casas poco productivas pudieron obtenerse crecidos ingresos a medida que la demanda aumentaba. Lo más fácil era alquilar “a piso” las hijuelas de los lindes urbanos, para que el inquilino construyera un rancho elemental, tan precario como su estancia en el lugar. Así, el barrio Sur adquirió su aire de aduar africano. Otros optaron por alquilar habitaciones en cuarterías o conventillos: los hermanos Ovalle levantaron toda una “población” en el Arenal y muchos otros siguieron su ejemplo. Todo esto podía hacerse con mayor o menor humanidad: los propietarios santiaguinos, que en su mayoría pertenecían a la élite, parecen haber sido particularmente sórdidos, a juzgar por el cuidadoso inventario de iniquidades levantado por Vicuña Mackenna, que los acusó de lucrarse “con la sangre y el dolor”. El intendente volvió a tropezar con la “miserable especulación” cuando quiso ejecutar su proyecto de remodelación del barrio Sur; los propietarios, o bien se opusieron, defendiendo su negocio “con el manto de la filantropía y la libertad” o bien, buscando beneficiarse con la venta de sus terrenos al Estado,

realizaron “un alza inusitada y verdaderamente judaica del valor de sus propiedades”.

Más allá de estas actitudes mezquinamente interesadas, a medida que se acentuaba el desarrollo del capitalismo, se pensó naturalmente en los sectores populares en los mismos términos de la economía política. Sin embargo, esta actitud no había alcanzado todavía autonomía y vuelo propio y se manifestaba mezclada con otras. Un médico podía reforzar su argumentación en pro de la higiene recordando que “todo hombre representa un verdadero capital... Así pues, la conservación de la vida de los ciudadanos es de primer interés ...De ahí resulta ese consorcio cada vez más estrecho entre la economía política y la higiene pública”.¹⁵ Marcial González, predicando la moralización de los trabajadores, sostenía que no sólo por filantropía había que esforzarse, pues “los productos del trabajo útil se obtienen tanto más barato cuanto mejor resultado dan los esfuerzos del trabajador”, que se incrementan con la educación. Así, tanto la higiene como la educación, antes que formas de la vieja actitud caritativa o la nueva filantrópica, eran en realidad inversiones realizadas por la sociedad para mejorar la fuerza de trabajo. González iba más lejos aún: una de las ventajas de estimular el ahorro de los trabajadores —que siempre fue considerado la clave de su moralización— es el acrecentamiento del capital disponible por los bancos o, en términos más modernos, el aumento de la masa de capital destinado a la inversión.¹⁶

Considerados como fuerza de trabajo, fue clara la confrontación entre dos actitudes respecto de los trabajadores, de la que se seguían dos conductas y hasta dos políticas distintas. Ambas se contrapusieron en ocasión de la larga discusión habida, entre 1868 y 1872, sobre la emigración de trabajadores al Perú. Como ya se dijo, pese a la tradicional sobrepoblación, la coincidencia de esta inmigración con un pico de actividad en las grandes ciudades y en las obras públicas alimentó el miedo a la escasez de mano de obra, un temor infundado, pero real y operante. Se discutió sobre quiénes eran los que emigraban, si eran inquilinos que “huían” de los señores feudales o si eran peones forasteros, atávicamente vagabundos. También se discutió sobre las

causas y sobre los remedios posibles. En las argumentaciones hubo cuestiones políticas implicadas y mucha argumentación especiosa. Pero también algunas imágenes muy claras sobre los sectores populares, y particularmente esa masa de rotos y gañanes que oscilaba entre la ciudad y el campo.

Predominó la imagen tradicional y prejuiciosa. Emigraban por ignorancia y espíritu aventurero, por predisposición atávica o por “redar tierras”, por “el espíritu de vagancia que poseen, herencia del indio nómada”. Marcial González, que así pensaba, creía que ni siquiera valía la pena aumentar su salario: sólo se conseguiría que agregaran el San Martes al San Lunes. ¿Cómo retenerlos? Los más osados propusieron recurrir a la coacción lisa y llana; otros a la argumentación del patrón o el cura y, para los que ya hubieran roto esos vínculos, se propuso contratar unos disuasores profesionales, que actuaran en los puertos.

Pero también cobró forma una imagen más moderna: el inmigrante es un trabajador que, siguiendo las leyes del mercado, se mueve buscando los salarios más altos, o sencillamente la ocupación, tal como enseñan los diez mandamientos de la economía política. Porque, invirtiendo la preocupación vigente, se empezó a afirmar que lo que escaseaba no eran trabajadores sino empleos. Consecuentemente, si se quería conservarlos la única forma era elevar los salarios, ya sea por una decisión altruista o aumentando el empleo en las obras públicas, ideas ambas juzgadas sacrílegas por los economistas ortodoxos.

En general esta nueva imagen se ubicó en la zona de las argumentaciones, pero se actuó en cambio en función de la imagen tradicional, como se manifestó con claridad en un caso extremo: el del servicio doméstico. La relación entre patronos y sirvientes fue cambiando realmente en la segunda mitad del siglo, como ocurrió en general con todas las relaciones laborales. En las familias había cada vez menos niños “dados” para criar, o huérfanos de la Providencia, o “chinitos de alfombra”; los deshaucios bruscos eran fre-

cuentas, así como esa forma lateral de conflicto que eran los hurtos. Los criados circulaban casi tan fluidamente como los cocheros, aunque por otra parte seguía siendo común recurrir a mujeres provenientes del fundo familiar o sus vecindades.

Se trataba de una situación transicional, y quien la mirara podía elegir entre acentuar lo viejo o lo nuevo, entre aceptar los cambios o querer volver atrás. La élite se aferró a su idea tradicional de la domesticidad, y también a la igualmente tradicional y descalificadora que tenía del mundo popular y trabajador. Se subrayaba la poca permanencia del sirviente en una casa, la escasa previsibilidad, el abandono intempestivo, la pérdida de la deferencia y, en general, del sentido de las diferencias; se temía, sobre todo, por una suerte de vasta conspiración contra la propiedad, que unía a domésticos, cocheros y propietarios de casas de prendas. La solución pasaba por un estricto control del Estado, a través de la Policía, y de un régimen contractual que limitara jurídicamente la posibilidad de la movilidad. Junto con la defensa de la relación paternalista había, con seguridad, una actitud calculadora.

La misma actitud se nota en la solución dada hacia 1870 al tema del trabajo de los presidiarios. ¿Debían estos integrarse a talleres donde aprenderían un oficio y se prepararían para la libertad? ¿Debía aprovecharse esa mano de obra muy barata para los trabajos públicos? Acuciado por la necesidad de brazos para llevar adelante su ambicioso plan de reformas, Vicuña Mackenna optó por esto último: los talleres eran fuente de ociosidad y desorden; una buena “faena de adoquines”, al aire libre, era más saludable y estimulaba la laboriosidad. Si el intendente no se explaya en este aspecto, es muy preciso en otro: el trabajo de los presos en las obras públicas “es infinitamente más productivo para la ciudad”, que “ahorrrará por ese solo arbitrio más de veinte mil pesos anuales en el jornal de los trabajadores”.¹⁷

Vicuña Mackenna argumenta con claridad sobre un tema que otros presentan con un ropaje moralizador: es útil disponer de una masa de mano de obra cautiva y escuetamente remunerada. Este argumento

debe pesar cuando se decide qué hacer con una masa trabajadora de la que, espontáneamente, no debe esperarse nada muy positivo. La mirada calculadora se combina con una imagen descalificadora y da como resultado una actitud patronal arcaica. Lo singular es que, por otros caminos, se llega al mismo resultado. El norteamericano Henry Meiggs, constructor de ferrocarriles, tenía una idea inmejorable del trabajador chileno. No sólo lo consideraba capaz y laborioso sino sensible al buen trato. En lugar de asumir el papel de “gran señor y rajadiablos”, tomó el del patrón moderno, decidido a cumplir su parte del trato —pagar bien y puntualmente— y exigente de una respuesta acorde. Además, se sentía capaz de entusiasmar y comprometer a los trabajadores en la empresa laboral. ¿Son acaso los métodos ya conocidos como “norteamericanos”? No exactamente. Cuando se trata de realizar un gran esfuerzo, una tarea importante en un plazo perentorio, que requiere del trabajo concertado y sin desfallecimiento, el incentivo y el premio es el más tradicional imaginable: el *mingaco*, la gran comilona y borrachera. Aún el moderno empresario sigue apostando a la imagen más tradicional del trabajador chileno.

LA MIRADA MORALIZADORA

Para quienes, superando la primera reacción horrorizada, podían plantearse los problemas más generales de la sociedad, la “desmoralización” de los sectores populares era extremadamente grave. La palabra, de uso tradicional, aludía entonces a la ruptura del universo de valores que cementaba la sociedad tradicional. De la escisión, que suponía sin embargo la integración en un orden cultural común, se había pasado a la segregación. ¿Cómo religar la sociedad? ¿Cómo reconstruir los puentes, restablecer los antiguos vínculos? Era evidente que las soluciones tradicionales resultaban insuficientes. Hacia 1870, quienes miraban a los sectores populares con ojos moralizadores tenían muchas dudas tanto de la eficacia como de la legitimidad de esa mirada.

La respuesta más tradicional pasaba por la caridad: los pobres, cuya existencia es natural en cualquier sociedad, tienen derecho a

la limosna; los ricos tienen el deber de darla, y con ella ganar su salvación. La caridad individual, más perfecta, se complementa con la institucional. Igualmente tradicional era la actitud hacia el sector superior del pueblo, los artesanos, a quienes se juzgaba redimibles y de los que se esperaba que obraran como ejemplo para el grueso de los pobres. Religiosos y laicos procuraban apartarlos del alcohol, el juego o la chingana; se predicaban las ventajas de la vida ordenada, la educación y el ahorro. Inclusive, valía la pena ayudarlos para que accedieran a la propiedad: era bueno “interesar a las masas en la conservación del orden, ligándolas ya por medio de la propiedad, ya por medio de una pequeña fortuna”.¹⁸

Hacia 1870 la desmoralización popular percibida —amalgamando lo material y lo moral, el hacinamiento y la promiscuidad— instala en la conciencia de la élite, como un estallido, la limitación de estas soluciones. En primer lugar, se señalaron las limitaciones morales y prácticas de la concepción caritativa. Según los médicos, sólo servía para tranquilizar la conciencia de los ricos: “basta de falsa caridad, de ostentación vanidosa con que se engaña al público”. Otros se preguntaban por su eficacia en una ciudad que crecía tumultuosamente: ¿qué podrá esa buena voluntad, que se llama ora caridad pública, ora caridad privada” cuando Santiago llegue a los 200.000 habitantes? (por entonces, 1872, ya debía de rondar los 140.000).¹⁹

En el seno de la Iglesia se advertía desde antes el comienzo de un replanteo de su estrategia moralizadora. Las Conferencias de San Vicente de Paul, introducidas hacia 1855, recomendaban unir las “buenas obras”, útiles para la salvación del benefactor, con una actividad más directa, consistente en visitas y relación estrecha y frecuente con los necesitados. La misma preocupación por los resultados concretos los movía a construir un hospital o un colegio de Artes y Oficios.

Pero pasó bastante tiempo antes de que este enfoque más social de la acción moralizadora y caritativa se expresara. En 1872, la *Revista Católica* comentaba la situación social de Santiago, en la que con agudeza

percibía peligrosos indicios de tensión. Criticando la disposición del intendente de prohibir la mendicidad, señalaba que tal medida tendía a “dar alas al comunismo... ¿No es verdad que los demagogos y exhaltados podrían valerse de estas circunstancias para sublevar a las masas y hacerlas atacar la propiedad?” Tan dramático planteo concluye, sin embargo, con una propuesta absolutamente tradicional: la reivindicación del derecho del pobre a mendigar y del rico a dar limosna.²⁰

Fuera del ámbito de la Iglesia, la preocupación por moralizar a los pobres era igualmente acuciante. La alimentaba la observación de las condiciones locales, pero también una vasta literatura europea que la asocia con la educación, considerada la panacea universal. Todo ello se repite en Chile, pero con una cierta falta de convicción y seguridad, una inadecuación entre los argumentos y las situaciones, un cierto escepticismo a veces, un aire a retórica hueca siempre.

Así, en 1872 *El Ferrocarril* repite el argumento de la propiedad como ligazón, cuando es cada vez más evidente lo lejos que están de ella las masas desmoralizadas y peligrosas. Esa falta de convicción es notoria en Marcial González, muy preocupado por el tema (escribió un libro que no se editó, titulado *La riqueza del pobre*). Yendo contra la corriente de la época, sostiene que la educación es sólo una solución de largo plazo, “obra dilatada y vastísima”; más aún, que se trata de una idea vacía de contenido concreto, algo así como “la esperanza de la edad de oro”, una fórmula convencional y repetida. Atribuye su ineficacia en parte a la dificultad de la escuela para llegar a la masa de los pobres, y en parte a lo inadecuado de lo que se enseña. El enfoque enciclopédico, abundante en conocimientos escasamente útiles, debe reemplazarse por “una instrucción reducida pero sólida (basada) en el desarrollo de las facultades industriales y morales, y más que nada en el cultivo de los buenos hábitos de orden y economía”. La enseñanza debe nutrirse de conocimientos técnicos útiles, pero sobre todo debe inculcar hábitos y reglas prácticas y una ética del mejoramiento individual que, según agregaba Zorobabel Rodríguez, podía encontrarse en los libros de Benjamín Franklin, cuya lectura recomendaba para los pobres chilenos.

Este programa moralizador se apoyaba en el eventual deseo de los pobres de mejorar su condición. Si éste existía, sobre él se podía construir un edificio de hábitos, valores, metas y premios. Quizás una intensa acción moralizadora podía generarlo, pero en realidad González era básicamente escéptico: el pobre era “vagabundo por naturaleza, ratero por inclinación, disipado por instinto”, y si bien no creía que esos atributos fueran innatos, los “hábitos adquiridos y practicados durante largos años” habían llegado a constituir un “carácter nacional” reacio a la mejora por la educación. De ahí que se incline, al menos en lo inmediato, por otra utopía de la época, la inmigración, que no sólo aportaría los trabajadores especializados sino que permitiría “educar con el precepto y el ejemplo”.²¹

Falta de convicciones y de soluciones de fondo, pero urgida por la crisis, la mirada moralizadora se vuelca al control. Si el vicio está arraigado, si es imposible inculcar y desarrollar un control interno, la vigilancia de las instituciones, la mano preventiva y correctora del Estado debe evitar al pobre los extremos del vicio. Así, el intendente Vicuña Mackenna propone reglamentar el funcionamiento de las Casas de Prendas (donde los sábados los pobres empeñan sus pertenencias para pagar la remolienda del domingo) de modo de evitar “las prodigalidades del trabajador”. Del mismo modo, si las chinganas no pueden ser suprimidas, deben ser reglamentadas, creando las “casas de diversión popular”. “Forzoso es pues no hacerse ya más largo tiempo ilusiones”, reflexiona el intendente; el adulto es irredimible: “su salvación relativa consiste en contenerlo en los límites y, si es posible decirlo así, en la moderación del vicio”.²²

Signo de la crisis, la moralización deseada concluye en acción policial y la mirada horrorizada conserva su primacía. Pasará un tiempo todavía antes de que los higienistas por una parte, y los inspirados en la nueva Doctrina Social de la Iglesia por otra, renueven la esperanza de que algo puede hacerse.

MIRADAS E IDENTIDADES

La mirada de la élite, típica de la conocida “cuestión social” del novecientos, se formó tempranamente en Santiago, en torno de 1870. Se ha dicho que Orrego Luco, que escribe en 1884, fue un precursor, alguien que se adelantó a su tiempo. En realidad, sistematiza temas e ideas que son previos y que se plantean explícitamente en los años de 1870. Éstos aparecen fuertemente influidos por una situación social específica, que la élite ve en Santiago por entonces: la ruptura del “equilibrio paternalista”, la disolución del viejo “pueblo”, la aparición de un sujeto desconocido y temible y la segregación social. Si bien la mirada es fuertemente prejuiciosa y está teñida de ideas europeas en boga, no se trata de una mera traducción: la élite deforma algo que ve y que existe realmente.

Se trata de una mirada compleja, en la que se articulan tres miradas parciales diferentes. Dos de ellas, subordinadas y endebles, limitadas por circunstancias de la realidad, matizan una tercera que es claramente dominante e informa las principales conductas de la élite. Esta mirada se constituye y organiza antes de que empiece a cobrar forma una identidad popular de nuevo tipo. Entre los sectores populares, cruzados aún por la división profunda entre rotos y artesanos, hacia 1870 todavía son incipientes los ámbitos sociales donde se constituirá una identidad diferente, y los intelectuales contestatarios que ayudarán a formarla apenas hacen oír su voz. La prelación de la mirada horrorizada sobre cualquier respuesta ideológicamente articulada de los sectores populares en transformación contribuyó a potenciar la eficacia de aquella.

La mirada de la élite que se conforma en los setenta no es, naturalmente, la misma que se conoce en el novecientos. Se desarrolló y amplió con dos o tres componentes nuevos, pero pese a que llegaron a dominar el discurso explícito, no modificaron su naturaleza central. En primer lugar el higienismo, una tendencia general en el mundo capitalista que se desarrolla ampliamente en Chile a partir de 1890 y que impulsa una acción estatal guiada por la ra-

cionalidad y el interés general. Sin embargo, en Santiago su eficacia estuvo recortada de antemano; la prevención y el saneamiento —sus objetivos centrales— habían de lograrse con acciones limitadas, referidas a objetivos específicos y con el mínimo de acción por parte del Estado, que debía repartir sus costos con los particulares. En segundo lugar, la recepción de otra tendencia ideológica general, la Doctrina Social de la Iglesia, que impulsó una reconsideración del problema de la pobreza por parte de la élite —y particularmente del Partido Conservador— y algunas medidas concretas para paliarlo. Su sustento ético y emocional fue mucho mayor que el de la mirada moralizadora tradicional, pero su atención se dirigió, como aquélla, a un sector recortado de la sociedad. La imagen del pobre redimido operó más bien como contrafigura ideal del pobre desmoralizado real, cuyos rasgos acentuaba y estigmatizaba. En tercer lugar, los grupos progresistas de clase media, particularmente en torno del Partido Radical, desarrollaron una versión laica de ese reformismo moderado, como la que expresa Valentín Letelier.

Todo ello no alcanzó a modificar lo sustancial de la actitud de la élite. La mirada calculadora no llegó a plasmar en una imagen economicista y capitalista de los pobres considerados como fuerza de trabajo, quizá por la endeblez del desarrollo capitalista chileno, en una sociedad que era casi un parásito del enclave salitrero. La mirada moralizadora no alcanzó a conformar un orden consensual que religara, en términos modernos, la sociedad, al modo como había ocurrido en la segunda mitad del siglo pasado en las sociedades europeas. Probablemente ello tenga mucho que ver con las características de la República Parlamentaria y el debilitamiento de la acción rectora del Estado en ese período.

En el aspecto específicamente político, la élite de la República Parlamentaria, que armó un juego político complejo y variado, aunque sustancialmente estable, no se preocupó mayormente por incorporar a los trabajadores urbanos en un sistema consensual, quizá —se ha señalado— porque contaba con la sólida base electoral de los campesinos. Así, frente al conflicto social creciente, la respuesta fue muy

dura y homogénea, sin intentar distinguir y negociar con los más conciliadores.

En términos más generales, puede advertirse una notoria falencia de la acción educadora del Estado, tanto en lo referido específicamente al sistema escolar —que no conservó el impulso inicial, de mediados de siglo— como más en general en su capacidad para fijar grandes principios e inculcarlos en la sociedad, y a la vez para justificar su acción en términos del interés general. No hubo, en suma, una hegemonía clara y rotunda. Probablemente esto tenga que ver, al menos en parte, con la debilidad del Estado durante la República Parlamentaria, pero quizá los orígenes de esa debilidad y falta de convicción pueden encontrarse ya en los años de 1870.

En la década final del siglo XIX, y en las primeras del XX, esa mirada, ya configurada, se aplicó a un objeto diferente: los trabajadores y el movimiento obrero organizado. Hacia 1895, muchos establecimientos artesanales se habían convertido en fabriles —tanto por el número de trabajadores que empleaban cuanto por la mecanización y la organización de la producción— y se habían instalado tres o cuatro fábricas surgidas con esas características, como la cervecera Gubler. Por entonces unos 4.000 trabajadores santiaguinos —un 3% de la población ocupada— podían ser considerados obreros fabriles. Hacia 1912, este número se había cuadruplicado, su representación se triplicó y los obreros fabriles ya emergían como un sector distinguible en el mundo del trabajo. Auténticas fábricas podían encontrarse en casi todos los sectores de la actividad —desde la fabricación de camisas o zapatos a los envases de vidrio— y en ellas ya eran manifiestas las características de la moderna economía industrial: organización científica del trabajo, control y disciplinamiento. El mundo del trabajo seguía siendo complejo. El sector artesanal mantenía su vigor, renovado por las demandas de trabajo a domicilio de las propias fábricas, y junto con los modernos asalariados, con la especialización necesaria para manejar las máquinas, perduraba la tradicional masa de trabajadores no calificados e inestables.²³

Frecuentemente se ha subrayado la combatividad y organización de los trabajadores chilenos en el siglo XIX, y la precoz constitución de una “clase”, en el sentido más clásico del término, lo que les da un perfil singular en Latinoamérica. A diferencia de la Argentina, por ejemplo, los trabajadores chilenos casi no transitaron la vía de la negociación, animaron centrales obreras politizadas y fuertemente enfrentadas con el Estado y dieron vida a partidos de tradición marxista, tan vigorosos que en el siglo XX se constituyeron en alternativa de poder. Las explicaciones de esta singularidad se buscaron en las características del mundo rural “feudal”, en el mundo del trabajo del enclave salitrero o, de manera más tradicional, en la eficacia de organizaciones e ideologías.²⁴ Recientemente, Peter de Shazo revaloró el papel que en esa historia debía asignarse a los trabajadores de Valparaíso y Santiago, y a sus dirigentes de orientación anarcosindicalista, mientras que Gabriel Salazar subrayó las relaciones entre la clase obrera del siglo XX y la experiencia trabajadora, urbana y rural, del siglo XIX, que incluye desde el bandolerismo hasta el mutualismo.²⁵

En esa vasta reconstrucción, que explicaría la “clasidad” de los trabajadores chilenos, debe asignarse un lugar a la manera como la élite percibió ese proceso de autoconstrucción de una identidad trabajadora, acuñada en los conventillos y las fábricas, alimentada por anarquistas y socialistas, fortalecida por las experiencias de la lucha. La élite empezó a verlo tempranamente, alrededor de lo que llamó la “cuestión social”, y definió su mirada, centralmente horrorizada. Carente de controles y limitaciones políticos e ideológicos, la mirada de la élite se desplegó libremente. Alimentó las políticas duras y la represión, y quitó convicción a los ensayos conciliadores. Prejuiciosa e inmisericorde, confluyó con la visión que los sectores populares empezaban a tener de sí mismos. Contribuyó, en alguna medida, a hacerlos más duros, más combativos, más inflexibles. Sobre todo, ayudó a relativizar las esperanzas y expectativas que, en otros lugares, se ponía en las arenas comunes de negociación. Contribuyó, en suma, al “clasismo” de la clase obrera chilena.

NOTAS

- ¹ D. F. Sarmiento, “La venta de zapatos”, en *Obras completas, I: Artículos críticos y literarios, 1841-1842*. Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948, p. 201.
- ² Vicente Reyes, *La Pascua de 1856*.
- ³ *La Industria Nacional*. Santiago de Chile. 1876, *passim*.
- ⁴ A. Murillo, “La mortalidad en Santiago”, *Revista Médica*, Santiago, 1892, p. 559.
- ⁵ Ann H. Johnson, *International Migrations in Chile*. Ph.D. Dissertation, University of California, Davis, 1977. Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*. Cambridge University Press, 1975.
- ⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *Un año en la Intendencia de Santiago*, Santiago, 1873, Apéndice, pp. 25-26.
- ⁷ Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*, Santiago, 1872.
- ⁸ Ambos en *Miscelánea literaria, política y religiosa*. Santiago, 1873-1876. El texto citado a continuación, en vol II, p. 345.
- ⁹ Marcial González, “Condiciones de los trabajadores rurales en Chile”, p. 333, y “Los obreros chilenos ante la protección y el libre comercio”, p. 343. Ambos en *Estudios económicos*. Santiago, 1889.
- ¹⁰ Fanor Velasco, en *Revista de Santiago*, cit. por Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Santiago, Austral, 1956, p.137. Daniel Feliu, *El trabajo y las huelgas de obreros*, Santiago, 1873. “Huelgas”, en *El Ferrocarril*, 23 de mayo de 1873.
- ¹¹ Augusto Orrego Luco, *La cuestión social en Chile*, Santiago, 1884, p. 34.
- ¹² José Antonio Torres, *Los misterios de Santiago*, Santiago, 1858. (Publicado como folletín en *El Ferrocarril*.)
- ³ A. Dagnino Oliveri, “El alcoholismo en Chile”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1888.
- ¹⁴ *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.
- ¹⁵ A. Murillo, “Los muertos por la viruela y la vacuna obligatoria”, *Revista Médica*, Santiago, 1886-1887, p. 226.
- ¹⁶ M. González, “Condición de los trabajadores...”, p. 333 y “La moral del ahorro”, en *Revista Chilena*. VII, Santiago, 1877, p. 110.
- ¹⁷ B. Vicuña Mackenna, *Un año*, II, p.436.
- ¹⁸ *El Correo de Valparaíso*, febrero de 1851.
- ¹⁹ Adolfo Valderrama, “Crónica”, en *Revista Médica*, Santiago, 1872, pp. 33-34. *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.

- ²⁰ “La mendicidad prohibida”. *Revista Católica*, Santiago, II de mayo de 1872.
- ²¹ M. González, “Condición del trabajador...”, *passim*.
- ²² Vicuña Mackenna, *Un año...*, p. 19.
- ²³ Mariano Martínez, *Industrias santiaguinas*, Santiago 1896 H. Kirsch, *Industrial Development and Traditional Society*. University of Florida Press, 1977.
- ²⁴ Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, v. 2, Buenos Aires, julio de 1969. Charles Bergquist, *Labor in Latin America. Comparative essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*, Stanford University Press 1986 Ramírez Necochea, *Historia*.
- ²⁵ Peter de Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile 1902-1907*, University of Wisconsin Press, 1983. Gabriel Salazar Vergara *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985

VII

Santiago y Buenos Aires

Tradicionalmente, la historia de los sectores populares latinoamericanos ha sido la historia de los obreros, sus organizaciones, sus luchas y sus ideologías expresas. Organizaciones y siglas, congresos, dirigentes y huelgas dominan, con monótona repetición, la mayoría de los textos. En las últimas décadas, y por influjo de historiadores europeos como Hobsbawm, Thompson, Rudé o Stedman Jones,¹ se ha desarrollado un nuevo enfoque, más amplio y comprensivo, no sólo del tema tradicional del movimiento obrero sino referido a un sujeto algo distinto: del círculo de los obreros industriales —particularmente estrecho en Latinoamérica— se ha pasado al más amplio del “mundo del trabajo”, de los “sectores populares”. Los límites atribuidos a este mundo son menos precisos que el de los obreros, y quizás allí resida la ventaja de esta categoría: casi sin solución de continuidad, se sigue hacia arriba con los empleados o los pequeños comerciantes y ciertos profesionales; hacia abajo, con el mundo de la llamada “economía informal” y aún de la “mala vida”. El paradigma de la historia del movimiento sindical retrocede hoy ante el estudio de los trabajadores, la multitud o la plebe.

Esto supuso simultáneamente una ampliación de las esferas de interés. El estudio de fenómenos singulares, y de alguna manera excepcionales —como lo es la huelga e inclusive la sindicalización—, se enmarca en los más generales y cotidianos, aquellos comunes a todos los trabajadores, politizados y sindicalizados o no: sus condiciones de trabajo, las condiciones de sus vidas fuera del trabajo, la vida material —vivienda, salud, alimentación, en especial—, la organización familiar, la educación, las formas de recreación, entre otros muchos.

De este modo comienza a dibujarse una imagen más acabada del mundo del trabajo, visto en el marco total de la estructura de la sociedad, de las relaciones objetivas, dadas, establecidas, si se las considera desde el punto de vista de quien vive en ellas. Pero junto con esa esfera existe otra, mucho menos estudiada, formada por las vivencias de esas situaciones; es el campo de la representación de las situaciones reales, de su transposición simbólica, del sentido atribuido, acuñado y transmitido. Es, en suma, el campo de la cultura. Si se lo considera desde el punto de vista de la sociedad, la función primera de esta esfera es su reproducción, la formación de los nuevos sujetos, su adecuación para las funciones asignadas, su entrenamiento en los papeles que deberán desempeñar, su íntima aceptación de todo esto. Ésta es una perspectiva posible del problema, que ayuda a entender muchos de sus aspectos, pero no la única. Si se considera esto mismo desde el punto de vista de los actores de la sociedad, protagonistas diversos, de intereses y accionar contradictorios, la función de esa esfera es incitarlos a la acción y guiarla, ya sea para transformar el orden social, para conservarlo (lo que en realidad constituye una forma especial de transformarlo) o para proyectar otro diferente.²

Entre estos dos campos, el de las situaciones y el de su representación, se constituyen los sujetos del proceso social o de la vida histórica, según la expresión de José Luis Romero,³ definidos en parte por su inserción en la estructura social (y a esto ha atendido la consideración tradicional del problema) y en parte por su percepción de esa situación y del lugar que en ella ocupan. Ciertamente, como han señalado desde distintas perspectivas tanto Lukács como Althusser, esa percepción implica un velo de la situación real, esencialmente opaca; pero sería erróneo minimizar su importancia y limitarla al campo marginal de la “falsa conciencia” o de la “ideología”. Esa percepción, que es la respuesta a la pregunta de “quiénes somos nosotros”, es central en la constitución de un sujeto social, y sin duda es la más importante guía de su acción. Una inquisición por la identidad de los sectores populares —tema ubicado en el meollo de su cultura— parece pues indispensable para comprender históricamente quiénes son realmente y cómo actúan.

Se formularán algunas precisiones generales acerca de los modos y vías de constitución de la identidad popular y se señalará la pertinencia, en relación con cada una de ellas, de ciertos aportes teóricos. Antes que un planteo de todas las posibilidades teóricas de la cuestión, es un ensayo de sistematización de los elementos necesarios para entender procesos sociales específicos, los que se desarrollan en las grandes ciudades latinoamericanas entre aproximadamente mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, y particularmente el tránsito entre dos situaciones muy diferentes: aquella en la que, en el marco de un Estado todavía débil, una sociedad homogénea se escinde en una mitad “decente” y otra popular, y aquella otra, ampliamente trabajada por el desarrollo del Estado y de las formas capitalistas de producción, en la que empiezan a ser dominantes las modernas relaciones de clase.

Se procurará luego ilustrar las distintas vías de la formación de la identidad popular a través de dos casos: el de Santiago de Chile entre 1840 y 1895 y el de Buenos Aires entre 1880 y 1940.⁴ El caso de Santiago permitirá aislar un elemento específico de este proceso: el modo en que se modifica la percepción de la élite, su “nueva mirada” y su incidencia en la reformulación de la identidad popular. La perspectiva es distinta en el segundo ejemplo, pues la distinción analítica, quizás posible en una sociedad tan polarizada como la santiaguina, es mucho más problemática si se trata de la sociedad de Buenos Aires, trabajada por una fuerte movilidad social y por definidas tendencias a la integración de los sectores populares. Por eso, con una perspectiva más general que la aplicada a Santiago, se intentará relacionar el juego de las distintas vías de conformación de la identidad con un proceso significativo, de transformación de esa identidad. Finalmente, se retomarán los planteos iniciales y se esbozarán algunas ideas en torno de la consideración de las identidades sociales como polos de condensación del proceso social y cultural, antes que como entes cerrados, estables y definitivos.

LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD

¿Cómo se constituye esa identidad? Ciertamente, son procesos históricos muy complejos, de modo que la pregunta no puede contestarse en forma sencilla. Pero analíticamente, al menos, pueden distinguirse cuatro aspectos de ese problema.

El primero se origina en la propia experiencia de los actores, la experiencia vivida, nacida de la práctica social, transmutada en representación e incorporada a la cultura. Edward P. Thompson ha subrayado ampliamente la importancia de este aspecto. Cada sujeto vive inmerso en un mundo de determinaciones propias de la estructura social: relaciones de explotación, de conflicto, de solidaridad, generadas en cada uno de los ámbitos en que transcurre su existencia. En cierto sentido son ineludibles y rígidamente determinantes de su ser social, y de ellas surgen precisos intereses objetivos. Pero la relación entre la identidad y las situaciones es mediada; las situaciones son percibidas por el sujeto a través de una cierta *forma mentis*, filtro y retícula, conformada por experiencias previas e ideas recibidas, valores, actitudes, opiniones, prejuicios y saberes, un conjunto variado y contradictorio en fin, que les da a aquellas situaciones férreamente determinadas un sentido singular e indeterminado, huidizo para quien lo estudie sin el adecuado *feeling* y que demanda, muchas veces, de las técnicas de aproximación de los antropólogos.⁵

La elaboración de estas experiencias vivas y originarias y su decantación en cultura constituye un largo y complejo proceso, eminentemente social. Se trata de experiencias comunes y compartidas: las del trabajo, las del hacinamiento o la enfermedad, la alegría en la fiesta, la evasión en la taberna; la de la huelga o el motín y muchas otras que, con trazos pequeños e imprecisos, van esbozando una imagen de la sociedad y del lugar ocupado en ella. El pasaje de lo individual a lo colectivo se realiza en ámbitos sociales específicos —un sindicato, una taberna, una casa de vecindad, la plaza— en los cuales los individuos intercambian sus experiencias, las confrontan y alimentan recíprocamente. Estos espacios sociales regidos por normas precisas —aun los más espontáneos— no sólo contribuyen a

moldear y socializar las experiencias sino que las transmiten, acuñadas y expresadas en fórmulas más abstractas, a los nuevos miembros. Se trata de un proceso largo y complejo, en el que las experiencias originarias son olvidadas y luego recordadas; la memoria, operando selectivamente, realiza sucesivas decantaciones hasta que finalmente la experiencia sedimenta, desvanecidos los elementos singulares y transformada en un modo de pensar o de sentir que se incorpora a la conciencia colectiva y vuelve a operar como filtro y retícula de nuevas experiencias.

El segundo aspecto es el de la identidad atribuida : aquello que el “otro” piensa de “nosotros” contribuye en mayor o menor medida a definir a ese “nosotros”. La idea que se hace el otro, en este caso la élite, la gente decente o las clases propietarias —los distintos nombres refieren a la cambiante configuración de la sociedad—,⁶ surge por los mismos caminos que la identidad popular: de la confluencia de experiencias e ideologías. Implica una imagen, probablemente mucho más clara, de la sociedad y de los lugares asignados a sí mismos y a los otros. Implica también unos caracteres atribuidos —con mayor o menor certeza— a ese otro: atributos, comportamientos, ideas. Es, sobre todo, el mundo del prejuicio, de la ideología deformante, de la reacción descalificadora. Intereses contrapuestos llevan a percibir al otro —la plebe, los trabajadores— como peligroso, vicioso, anormal, subversivo y, en los momentos de generosidad, como a un niño que debe ser guiado y dirigido. Con llamativa facilidad aparecen aquí ideologías justificativas de esas visiones que, primariamente, parecen originarse en el desprecio o el miedo: la concepción de castas, el darwinismo social, el patriotismo chauvinista.

De un modo u otro, esto influye en la identidad de los sectores populares. En las sociedades escindidas en una élite decente y una plebe, como lo eran las latinoamericanas de mediados del siglo pasado, ésta suele aceptar esa identificación y establece con la gente decente complejas relaciones en las que una aceptación general del lugar y la imagen atribuida deja espacio, sin embargo, para sordos disconformismos, que a veces explotan estrepitosamente en la fiesta

o el motín.⁷ En otros contextos es posible que esa identidad atribuida sea rechazada, sea aceptada parcialmente o con modificaciones o, quizá, sea asumida con una valoración invertida: somos los “sans culottes”, o los descamisados, o la barbarie. En cambio, difícilmente sea ignorada.

Naturalmente, los sectores populares tienen también una imagen de la élite, los propietarios, los patricios. Sólo que la asimetría es aquí evidente: los medios de que dispone la élite para influir con su imagen a los sectores populares son incomparablemente más fuertes y forman parte de esa argamasa de la sociedad que Gramsci definió como hegemonía. Sólo excepcionalmente ocurre a la inversa, y no sólo por falta de canales de comunicación sino porque esa imagen, para que sea eficaz, debe integrarse en otra imagen integral de la sociedad, diferente y alternativa de la de las clases propietarias. Y esto, por múltiples motivos, es muy difícil y aun imposible para los sectores populares.⁸

El tercer camino tiene que ver con el Estado educador, y en relación con él, con la Iglesia por una parte y por otra con los medios masivos de comunicación, vinculados a su vez con la industria cultural.⁹ Relacionados naturalmente con los sectores dominantes de la sociedad, tienen una acción específica: dominan la palabra escrita y los canales para transmitirla, así como los mecanismos de coacción capaces de desarrollar con ellos una acción sistemática. En los siglos XVII y XVIII esta acción se desarrolló principalmente a través de la Iglesia y de los aparatos simbólicos e institucionales que se construían alrededor de la imagen del rey. El siglo XIX agregó el poderoso aparato de la escuela y la educación pública y a esto se sumó, en nuestros tiempos, el igualmente formidable aparato de la industria cultural.¹⁰

Esta esquemática enumeración procura mostrar brevemente cómo el discurso del Estado, difundido a través de tan poderosos canales, transmite una versión mucho más elaborada y convincente (racional, en nuestros tiempos, aunque también emotiva) de la sociedad,

su funcionamiento y sus fines, las diferentes posiciones que existen en ella y los papeles que cada uno debe desempeñar, acompañado de las correspondientes actitudes que deben desarrollarse, nociones morales que deben cultivarse y valores que deben asumirse. Esta tarea educadora tiene una faz constructiva y otra destructiva: desde que se empeñó en aniquilar la brujería, hasta que se propuso desterrar el oscurantismo y la superstición, el Estado percibió que el desarrollo de estas nociones implicaba extirpar otras tradicionales, o al menos limitar el terreno de su influencia, redefinirlas quizás, incorporarlas a otro contexto. Implicaba, en los términos en que lo planteó Gramsci, reconstruir el sentido común.

Pero además, la función educativa implica paralela y simultáneamente formar a los actores, adecuarlos y adaptarlos para desempeñar la función asignada en esa sociedad cuyos fundamentos se les ha enseñado a aceptar, respetar y hasta defender. Es la formación del habitante en general, de todos los tipos y variedades de trabajadores luego, del ciudadano finalmente, del soldado quizá. A ella concurren el sistema educativo, en todas sus facetas y formas, el discurso de los medios, en todas sus variantes, de la Iglesia, de la mayoría de los partidos, y en fin de todos los aparatos e instituciones que —diferencias menores aparte— puede movilizar el Estado para asegurar el proceso de la reproducción social. Los análisis de Althusser sobre los aparatos ideológicos del Estado, y de Bourdieu sobre la reproducción, resultan pertinentes para analizarlos.¹¹

La cuarta vía es la de los intelectuales y políticos contestatarios —denominados habitualmente “de izquierda”— que buscan identificarse con los sectores populares, modificarlos y orientarlos. Su forma de operar es similar y alternativa de la del Estado. Su punto de partida es una imagen crítica de la sociedad vigente y la propuesta de un modelo proyectivo, utópico. Esto, que se ubica en el ámbito de las ideologías, tiene sin duda relaciones con las experiencias más vitales de los sectores populares, y de hecho muchos intelectuales surgen de entre ellos y las capitalizan. Pero formulado como modelo proyectivo, se distancia de aquéllos y opera desde fuera, procurando moldear

el “sentido común” de los sectores populares. Esto supone no sólo enfrentarse con el discurso del Estado sino, en muchos casos, con los mismos elementos del sentido común que el Estado busca desterrar (y aquí pueden distinguirse estrategias distintas, que dividen en los extremos a “iluministas” y “populistas”). Como el Estado, deben construir sus canales de comunicación y sus instituciones. El mensaje, menos abrumador que el del Estado, logra sin embargo instalarse en algunos ámbitos estratégicos en el proceso de conformación de la identidad: el partido, el sindicato, y muchas otras instituciones colaterales. Si en principio suele apuntar, específicamente, a la formación del militante capaz de concretar el objetivo político, rápidamente se desliza a un propósito más amplio: un cambio general de los hábitos (piénsese por ejemplo en las duras batallas contra el alcoholismo), de las actitudes, de los valores, que tiende a la formación de lo que se ha llamado “el hombre nuevo”. Es en este campo donde resulta pertinente el análisis de Lenin acerca de la función del *partido*, desde fuera y sobre la clase obrera, y sobre todo el de Gramsci acerca del moldeamiento del sentido común por la filosofía.¹²

En cualquier proceso histórico, estas cuatro vías, distinguibles en el análisis, se mezclan, compiten, se rechazan; sería imposible intentar reducir a un modelo unas relaciones que nunca son mecánicas ni determinables a priori. El producto de su acción recíproca es la reconstitución de la identidad de un actor social, inestable y cambiante como cualquier actor histórico. El análisis de dos casos permitirá formular, en términos concretos, estos procesos de constitución o reconstitución de identidades.

SANTIAGO DE CHILE: LA NUEVA MIRADA DE LA ÉLITE

En Santiago de Chile, a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, cambios sustanciales en los sectores populares supusieron el abandono de la identidad tradicional, propia y atribuida, del “roto” y la asunción de una nueva, la de “trabajadores”, o quizá “clase obrera”. Confluyen aquí procesos de distinto tipo, desde el desarrollo de industrias manufactureras y otras empresas de organización capitalista,

hasta la acción de grupos contestatarios; desde los igualitarios, a mediados del siglo pasado, hasta los anarquistas y también socialistas, pasando por el mutualismo o el Partido Democrático. Un aspecto singular de este cambio es la actitud de la élite, de la gente decente. Se trató de una “nueva mirada”, una identidad distinta atribuida al otro, que jugó su papel en la conformación de la nueva identidad.

En 1841, en uno de sus primeros escritos, Sarmiento traza un buen retrato de esta sociedad de decentes y populacho, patricios y plebe, similar probablemente a la de la mayoría de las ciudades hispano-americanas y, *mutatis mutandis*, españolas de entonces. Los criterios que separaban de manera tajante las dos mitades de la sociedad eran variados y no siempre coincidentes: la fortuna, naturalmente, aunque había demasiados decentes pobres para que fuera decisivo; el nacimiento, sobre todo; la participación en las esferas de poder quizá; la educación y las formas de vida siempre. Las diferencias étnicas —las creídas, más bien que las reales— confirmaban rotundamente esta separación, no atenuada por la presencia, sin embargo significativa, de un sector “respetable” de artesanos y tenderos.

Pese a que las distinciones eran claras, ambas mitades pertenecían a un mismo universo social y cultural. Vivían juntos, casi codo con codo: el modesto artesano instalaba su taller en los bajos de la casa señorial, y unos y otros circulaban, a las mismas horas, en la plaza o el mercado. Pero unos y otros conocían con exactitud su lugar: identidad propia e identidad atribuida se superponían con exactitud. Más aún, compartían el gusto por ciertas comidas, diversiones y paseos, coincidían en formas de vida, creencias y valores, en torno de los cuales se integraba la sociedad. La fiesta —la típica fiesta de la sociedad barroca, transformada en la patriótica del 18 de setiembre— permitía la catalización de las tensiones de esta sociedad y, a la vez, testimoniaba la comunidad de gustos y valores. Se trataba de una sociedad escindida pero integrada.

Esta comunidad empezó a disolverse a medida que Santiago comenzó a crecer, desde mediados de siglo. La masa flotante de población

campesina, que saturaba el Valle Central, comenzó a migrar, atraída por las nuevas zonas mineras, por las agrícolas del sur y también por las ciudades como Santiago. Ciudad residencial y burocrática, que paulatinamente se iba convirtiendo en centro mercantil, manufacturero y de transportes, comenzó a atraer parte de ese flujo migratorio, probablemente en cantidades mayores de las que podía absorber un mercado de trabajo con rígidos límites. La población capitalina pasó de unos 90.000 hacia 1850 a 236.000 en 1895. Como en toda ciudad que crece rápidamente, surgieron una serie de problemas nuevos, vinculados en primer lugar con la vivienda y la salud, a la luz de los cuales es posible advertir de qué modo la gente decente empezó a percibir con nuevos ojos a sus convecinos populares.

Éstos desbordaban rápidamente su antiguo habitat. Crecieron los suburbios populares que rodeaban el viejo centro: el Arenal, al otro lado del Mapocho, el bajo Yungay, y sobre todo el barrio Sur. Como en cualquier gran ciudad del mundo donde ocurre esto, la población se hacinaba en viviendas pequeñas y escasamente higiénicas: cuartos redondos, ranchos y conventillos. Ni las calles, ni el agua potable, la iluminación o la vigilancia alcanzaron a crecer al ritmo de la población, y los problemas sanitarios —particularmente algunas enfermedades persistentes, como el tifus, y otras epidémicas y violentas, como la viruela o el cólera— se prolongaron en otros problemas de índole social: vagancia, prostitución, delincuencia.

Aparentemente, son estos problemas propios de cualquier crecimiento urbano que las sociedades y sus gobiernos enfrentan con soluciones técnicas más o menos acertadas. Sin embargo, cualquiera de ellos oculta situaciones de conflicto social, de usura y explotación, mientras que las soluciones “técnicas” que eximen a unos de los problemas para descargarlos en otros implican una redefinición de las relaciones entre los actores en un campo claramente conflictivo.

La escasez de vivienda, originada en el fuerte movimiento migratorio, dio lugar a un notable fenómeno de especulación. Muchos se lanzaron al alquiler de cuarterías, de ranchos, de conventillos o aun

de terrenos pelados, donde cada uno levantaría, como pudiera, un rancho que debería abandonar al dejar el terreno. La especulación con la vivienda popular constituía un negocio habitual, aunque lateral, de la élite santiaguina. El carácter de este negocio se sintetiza en una frase común entre los contemporáneos: conventillo es sinónimo de usura. Tan fuertes eran los intereses que se anudaron, que fueron capaces de oponerse y detener el plan de remodelación que Vicuña Mackenna trazó en 1872.

Estaban, por otra parte, las acequias: en principio, eran una bendición para la ciudad, pero se convirtieron en un problema dramático a medida que la población creció y se hacinó. Se arrojaba en ellas cualquier cosa, a falta de lugar mejor para hacerlo; las calles se taponaban e inundaban. Por otra parte, y también a falta de solución mejor, el agua era usada para riego y hasta para beber. Hasta 1860 era usual limpiar las acequias del centro y arrojar el cieno y las “inmundicias” en los barrios populares. Luego, con el progreso, se canalizaron las acequias del centro. El agua corrió por ellas rápidamente... para derramarse más y más rápido allí donde el canalizado terminaba. El centro se limpiaba y los suburbios se anegaban. En éste, como en el otro caso, el problema objetivo y la solución técnica no ocultan las desigualdades y conflictos de la sociedad.

El conflicto en el plano de las prácticas sociales se trasladó con alguna demora al de las percepciones. La gente decente convivió con estas y otras dificultades ocasionadas por los sectores populares, sin mayores problemas hasta la década del setenta, cuando las descubrieron bruscamente. En 1872 y 1876 hubo epidemias de viruela, mucho más fuertes que las anteriores, y en 1886 una de cólera. Por otra parte, la crisis económica de 1875 provocó diversas manifestaciones de descontento social y comenzaron a ser familiares las huelgas. En 1887, un alza de medio centavo en el boleto del tranvía provocó un motín salvaje. Todo indicaba que el monstruo dormido comenzaba a despertarse, sacudiendo la conciencia de la gente decente. Nació la llamada “cuestión social”, puesta en discusión en 1884 por Augusto Orrego Luco en un texto admirable y arquetípico, sobre cuyos

argumentos fundamentales ensayistas, médicos y políticos tejieron infinitas variaciones.

La élite descubrió que los sectores populares santiaguinos vivían sumergidos en la miseria material y moral, sin que alcanzaran a diferenciar fácilmente una de otra. Alimentaba su juicio la experiencia cotidiana de la ciudad que crecía aceleradamente y también el conjunto de ideas propias del liberalismo, el positivismo y el darwinismo social, por entonces en boga en Europa. Allá y acá, el terror que despertaba un actor social que cuestionaba los valores aceptados velaba el juicio con el prejuicio y estimulaba la descalificación.

En esa perspectiva, el cuarto redondo o el conventillo no sólo incubaban la tuberculosis o la viruela: también la crisis familiar, la promiscuidad, el abandono y aun el filicidio. En los barrios populares se generaban las “miasmas”, origen de las mil enfermedades que hacían de Santiago una ciudad verdaderamente mortífera. El alcoholismo era signo y causa de esa doble miseria: no sólo fomentaba la holgazanería sino que causaba el debilitamiento y la degeneración de la “raza chilena”. De todo esto derivaban otros problemas, como la mendicidad y la prostitución, exhibidas impudicamente en el centro mismo, la sífilis, la tuberculosis, la verdaderamente espantosa mortalidad de los párvulos, y sobre todo las epidemias, mil veces más peligrosas porque no hacían diferencias de rango o riqueza. Por los mismos años, un alza ocasional de salarios —en la breve y espectacular prosperidad que precedió a la crisis de 1875— suscitó tales preocupaciones que se habló de obligar a los mendigos a trabajar y de fomentar la inmigración de chinos. Las primeras huelgas, a su vez, estimularon la invención de diversos tipos de control y coacción.

Esta última mención no es casual. En la conciencia de la gente decente la grave situación sanitaria —verdadero punto de concentración de todas las cuestiones materiales— era también un síntoma de la enfermedad de la sociedad toda: los sectores populares, aquella contracara plebeya de una sociedad que, aunque escindida, reconstituía su unidad en torno de ciertos valores y formas de vida comunes,

eran ahora terriblemente peligrosos, porque hacían huelgas, porque exhibían sus lacras sin que fuera fácil ocultarlas, porque difundían la enfermedad. Sobre todo, porque no estaban atados a ningún tipo de creencias compartidas. Se trataba, a sus ojos, de un grupo segregado de la sociedad.

Para enfrentar esos problemas no servían los viejos conceptos caritativos, la buena voluntad, la preocupación por el “pobre gañán”. Se requerían soluciones nuevas y radicales. La primera reacción fue alejarlos, crear una barrera entre ellos y la “ciudad propia”, como decía Vicuña Mackenna. Este notable reformador, inspirado en la obra del barón Haussmann, trazó el Camino de Cintura, que pretendía dividir la ciudad en dos, fijando los límites de la responsabilidad municipal y trazando una suerte de cordón sanitario que impidiera el avance de las “miasmas”, y quizá de las columnas de desheredados.

La segunda reacción fue prevenir, en general, y actuar allí donde los problemas eran más conflictivos. No se trataba de cualquier acción: había que obtener los mayores beneficios con el mínimo gasto, eliminar los núcleos más peligrosos, ocultar las lacras más visibles. Aquí, como en todas partes, el higienismo se ocupó más de prevenir que de curar: hubo mucho saneamiento y pocos hospitales. El alcoholismo y la prostitución fueron regulados pero tolerados, siempre que se mantuvieran lejos del centro (reservado en cambio a la prostitución de lujo). Los conventillos subsistieron, aunque se trató de reglamentar su funcionamiento.

Junto con estas dos actitudes, orientadas por la idea de la segregación, se desarrolló una tercera, más elaborada: moralizar a los sectores populares y religar la sociedad desligada. Aquí, Iglesia, Estado, sistema educativo y creencias influyeron (sobre todo a partir de la nueva orientación de León XIII). Se propuso a la “capa respetable” de los sectores populares un conjunto de valores, propios de las burguesías ascendentes, de los que —por otra parte— la élite chilena, sumida en la euforia salitrera, se apartaba ostensiblemente. Así, se fomentó el ahorro y las concepciones morales que con él se vinculaban, y se pro-

curó ampliar el número de propietarios de viviendas, convencidos de que allí se encontraba la mejor garantía para la estabilidad social. La elección de los beneficiarios es de por sí significativa: había viviendas baratas para quienes trabajaban y ahorraban, es decir tenían empleos estables, y además estaban casados.

Así, la élite elaboró la imagen del pobre desmoralizado, de la “raza enferma”, y luego la otra, ideal, del pobre redimido. Hubo un doble movimiento de segregación, muy efectivo, y de nueva ligazón, mucho menos consecuente y exitoso. Por entonces, entre los sectores populares santiaguinos la vieja identidad del roto dejaba paso a la del obrero o el proletario, en momentos en que, desde la élite, también se la destruía y se proponía una identidad inaceptable. Uno y otro proceso, sin duda, se alimentaron recíprocamente.

BUENOS AIRES: IDENTIDAD “TRABAJADORA” Y “POPULAR”

Como señalamos, la separación analítica de una variable, posible en Santiago, es desde el comienzo imposible en Buenos Aires, cuya sociedad se caracteriza por la fuerte movilidad y por el vigor de los mecanismos de integración de los sectores populares. Por ello, trataremos de mostrar, en un período más amplio, el juego de los distintos factores y poner de relieve los mecanismos del proceso de constitución de la identidad “trabajadora” y su reconstitución en torno de lo “popular”.

A fines de siglo, el pasaje de la vieja identidad popular a la nueva fue en Buenos Aires mucho menos gradual y matizado que en Santiago. La capital argentina experimentó un crecimiento mucho más brusco: entre 1869 y 1910 su población creció alrededor de ocho veces, mientras que en un lapso similar la de Santiago sólo aumentó aproximadamente cuatro veces. Producto de la inmigración masiva y del espectacular crecimiento económico de la ciudad y su región, supuso una transformación mucho más profunda de la vida urbana, desde el habitat hasta las complejas y novedosas actividades económicas. En ese cambio, la vieja sociedad patricia quedó prácticamente

sepultada, y si pueden advertirse continuidades en las élites (menos de lo que el tradicional clisé de “oligarquía” pretende) el corte es profundo en los sectores populares que, por obra de la inmigración, se transformaron sustancialmente. Sobre un conjunto fluido, diverso e inestable, algunos procesos incidieron para su homogeneización: el compacto asentamiento, en primer lugar, en las viviendas populares de la zona vecina al puerto o de la Boca; algunas profundas experiencias comunes, como el hacinamiento (y sus consecuencias en el plano familiar o sanitario) o la crónica inestabilidad del empleo. La segregación social y política, finalmente, característica de la etapa oligárquica y reforzada por su condición de extranjeros.¹³

Mientras todo esto contribuía a unificar la condición de trabajadores, otras fuerzas reforzaban su primigenio carácter heterogéneo e inestable. Desde el punto de vista del trabajo, las condiciones más diversas: entre los trabajadores había peones, artesanos, vendedores ambulantes y obreros; trabajadores a jornal, empleados relativamente estables y trabajadores por cuenta propia. La diferencia de orígenes nacionales no sólo se manifestaba en diferencias de usos, costumbres, tradiciones e ideas sino, en primer lugar, en la dificultad para comunicarse (cosa que ocurría inclusive con los italianos, separados por dialectos diversos).¹⁴ Como conjunto social, carecía de articulaciones definidas, de sistemas de relación estables, de puntos de reunión e intercambio.

Este contexto condicionó el proceso de constitución de su identidad. A diferencia de Santiago, no puede pensarse en una identidad previa, equivalente a la del roto, a partir de la cual se constituye la nueva. Si se observa a los trabajadores porteños en las décadas finales del siglo pasado se encuentran, ciertamente, trozos o retazos de la vieja plebe criolla —refugiada en las “orillas” semirurales— tempranamente hibridada, sin embargo, con los contingentes iniciales de inmigrantes y coexistiendo con otros fragmentos de identidades, diversos y hasta contradictorios, cortados por lo nacional, lo social, lo ocupacional, lo cultural... No existe allí un “nosotros”; tampoco, a los ojos de la élite, un “ellos” definido. Grupo en ebullición, magmático, se encontraba en condiciones óptimas para ser moldeado por las distintas

fuerzas en competencia; esa misma condición, sin embargo, generaba resistencias, desviaba las presiones, transformaba su sentido.¹⁵

Como en todas partes, el Estado se propuso educar y disciplinar a los sectores populares y constituir en ellos la identidad del habitante y el ciudadano; pero aquí la tarea era mucho más urgente, porque la masa trabajadora era extranjera y carecía de todo vínculo tradicional con la sociedad. Construir el Estado —el propósito de la hora— era también construir un consenso básico en una sociedad extraña; tal la imprescindible función de la escuela. Pero esa extranjería constituyó una valla difícil de salvar: ignorantes del idioma, analfabetos en su mayoría, permanecieron relativamente ajenos a la influencia de la escuela, que sólo en la etapa siguiente alcanzará a sus hijos.¹⁶

Inversamente, esta circunstancia potenció la acción de los anarquistas y, en menor medida, socialistas, empeñados en construir una identidad diferente y alternativa de la que proponía el Estado. Extranjeros en muchos casos ellos mismos, superaban más fácilmente la barrera del idioma. Sobre todo, encontraron un registro, más emotivo que racional, que enlazaba perfectamente en las experiencias espontáneas y prendía firmemente en la masa de trabajadores, extranjeros, analfabetos y escasamente integrados. Apelaron al trabajador desposeído y explotado, lo invitaron a modificar radicalmente su condición —la de la sociedad toda— y encontraron respuesta.¹⁷

Este carácter extranjero de los trabajadores incidió también en la “nueva mirada” de la élite, que surgió cuando —al igual que en Santiago, pero más tardíamente— los conflictos agudos mostraron que no todo era idílico en la inmigración. Carecía sin embargo del vigor que en Chile le daba el prejuicio étnico y, salvo en el caso de algunos contingentes nacionales específicos, claramente extraños, no hubo alusiones mayores a la degeneración racial o moral. La “nueva mirada” fue definidamente política e ideológica; se dirigió contra el extranjero que no participaba de las tradiciones nacionales ni procuraba asimilarlas, el desagradecido y el “peligroso”. Contra él se instrumentó la Ley de Residencia de 1902.¹⁸

Del juego complejo de estas tres fuerzas, las tradiciones propias de cada grupo y las experiencias acuñadas como trabajadores y como moradores de una ciudad difícil, fue surgiendo la identidad de los sectores populares porteños, en un proceso lento, contradictorio y nunca acabado. Se conformó en los ámbitos iniciales de sociabilidad; como en Santiago, y en muchas otras partes, fueron el conventillo, el taller, el grupo político; rasgo singular, en cambio, fueron las sociedades por origen nacional, que se cruzaron y combinaron con aquéllas. Efectivamente, el grupo de connacionales fue, en la inmensa ciudad, el primer refugio, la etapa inicial en la integración y, a la vez, el ámbito de pervivencia de las propias tradiciones. En esos lugares se cruzaban experiencias, recuerdos y discursos.¹⁹ Pero fue sobre todo en la acción donde la nueva identidad plasmó: el ciclo de grandes huelgas entre 1901 y el Centenario; la huelga de inquilinos de 1907 (fenómeno singular), la constitución de las primeras grandes organizaciones sindicales y políticas.²⁰ Todo ello fue conformando la identidad inicial de los trabajadores, crítica y contestataria del orden establecido; en los picos de la acción y la confrontación, coincidió con la que, simétricamente, empezaba a predominar en la élite, cada vez más temerosa. Así, por un camino diferente, se llegó a una situación de polarización social, política y cultural similar a la de Santiago.

Ese punto de convergencia, similar y provisional, torna particularmente interesante el proceso siguiente, de disolución de esta identidad trabajadora y contestataria, y de conformación de otra, popular, conformista y reformista, que plasmó y maduró entre las dos guerras mundiales, impulsada por algunos procesos de la base de la sociedad argentina. En primer lugar, la argentinización de los extranjeros, fenómeno natural que no sólo provocó cortes generacionales y culturales en la masa trabajadora —los hijos asumen identidades distintas de las de los padres— sino que, por obra de la lengua y la escuela, los hace más permeables al discurso del poder. Luego, el vasto proceso de movilidad social, que va desgranando el conjunto de los trabajadores, ubica a muchos de ellos en los primeros peldaños de la escala del ascenso (la casa propia, el hijo universitario

o empleado público) y desdibuja los límites entre los estratos. Finalmente, la movilidad ecológica de los trabajadores, que ensanchan la frontera urbana y pueblan, con ese movimiento del loteo, el terreno y la casa propia, los barrios porteños. Los alcances de estos procesos reales pueden ser relativizados, pero no la constitución de la imagen colectiva de una sociedad abierta, en la que el “nosotros” originario, segregado y contestatario, tendía a disgregarse en una multitud de sujetos singulares que pugnaban por su destino individual.²¹

La formación de estas sociedades barriales, característica de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo, es central en la reformulación de la identidad popular. Los barrios difirieron entre sí, y aun mucho, pero en todos ellos era característica la situación de sociedad en construcción, sociedad de frontera quizá, que concitó el trabajo colaborativo del núcleo originario y de la que queda testimonio en el orgullo por los logros —una calle pavimentada, quizá— y en el espíritu de emulación. Era, por otra parte, una sociedad articulada sobre bases diferentes que las densas barriadas trabajadoras originarias, en las que se confundían casi vivienda y empleo. Distantes de los sitios de trabajo —fue precisamente el sistema tranviario el que permitió la expansión— eran los lugares del tiempo libre (que aumentaba al reducirse la jornada de trabajo) y la familia, organizada por la mujer ama de casa. Sobre esa base se conformaron redes sociales más complejas, que integraban a obreros, empleados, pequeños comerciantes, profesionales, maestros. Se trataba de una sociedad más compleja, que llevaba las marcas del proceso de movilidad social y en la que fue decantando una élite barrial, a la que se accedía por riqueza pero también por ilustración.²²

En este medio se disolvió la vieja identidad y se conformó una nueva. Los ámbitos típicos de su constitución fueron los mismos donde se articulaba la sociedad barrial y cobraban forma sus nuevas élites, desde los muy informales, como los cafés de barrio, hasta los más institucionalizados: clubes, sociedades de fomento y bibliotecas populares. Allí se elaboraron las experiencias —las inmediatas de la vida barrial, y las más mediatas de la vida laboral— y se recibieron, con

nuevas expectativas y códigos renovados, los mensajes provenientes de otros ámbitos de la sociedad.

Éstos eran sustancialmente distintos de los dominantes a principios de siglo. La palabra escrita —y con ella la cultura letrada— se convirtió en el elemento central, aunque nuevas formas de comunicación, como el cine y sobre todo la radio, fueron cada vez más importantes. Los mensajes fueron más diversos y matizados, y los entrecruzamientos y superposiciones mayores.

El mensaje del Estado fue más orgánico y coherente, a medida que se estructuraban las instituciones encargadas de transmitirlo, como la escuela pública, pero sobre todo desaparecieron las vallas a su recepción. Junto a él, tomó autonomía el de la industria cultural y de los medios de comunicación, regido por normas y objetivos algo diferentes. Crecieron diarios y revistas, así como libros de edición popular, que se instalaron en lo cotidiano —la familia reunida para escuchar la radio o leer el folletín— y satisficieron la necesidad de entretenimiento y evasión. A través de estos medios se ejerció sobre los sectores populares una fuerte presión para la integración, en el marco de la movilidad, proponiéndoles modelos aceptables, como el de la familia convencional, el ascenso aceptado o los valores establecidos, tal como aparece, por ejemplo, en el cine de la época. De alguna manera, determinaron el cambio en la mirada de la élite, reconciliada con la sociedad surgida de la inmigración.²³

Las razones de este cambio se relacionan con la transformación del mensaje de los intelectuales contestatarios, el desplazamiento del anarquismo y el avance del socialismo y el sindicalismo. Después de las convulsiones de posguerra, el espacio de la contestación se redujo, en parte por los notorios fracasos y la demostración de fuerza de un Estado cuyo derrocamiento era indudablemente utópico, pero también por los efectos desmovilizadores de la movilidad y su ilusión. Así, retrocedieron las huelgas fuertemente contestatarias frente al sindicalismo reformista.²⁴

Reducido el espacio de la contestación, aumentó el de la reforma. Los intelectuales contestatarios transmitían un mensaje distinto del libertario de principios de siglo. Se dirigía al trabajador argentino y alfabeto, con empleo estable y quizá calificado, con algunas expectativas de iniciar la carrera del ascenso (por ejemplo, para los obreros ferroviarios, tener una de esas hijas maestras por las que Yrigoyen tenía particular devoción) y los unía con otros grupos más integrados e igualmente progresistas. Si bien recortaba a sus interlocutores del conjunto de los sectores populares, a la vez contribuía a generalizar esos rasgos en el conjunto, al que constituían en un sujeto nuevo.²⁵ Era un mensaje mucho más complejo, de carácter más intelectual que emotivo, en el que la educación de los sectores populares, su formación intelectual y cultural, tenía un papel fundamental, como se descubre en la literatura de difusión popular así como en las innumerables conferencias dictadas en la red de bibliotecas populares. Uno de los propósitos era hacerles adquirir lo mejor de la cultura establecida —de Platón a Darwin— unida a la cultura “de izquierda” y ponerla al servicio de un proyecto de mejoramiento colectivo, faz contestataria de la propuesta integrativa de la élite, cuyos límites no podían discernirse fácilmente. Pero al mismo tiempo —y en esta combinación está lo peculiar del mensaje— esa cultura debía servir para sensibilizar ante los problemas de la sociedad, desarrollar los valores de justicia, de progreso social, de reforma.²⁶

Por estas vías, diversas pero de alguna manera confluyentes, se conformó la nueva identidad popular. Las experiencias barriales espontáneas de la colaboración y el progreso fueron moldeadas por mensajes coincidentes, que encontraban allí campo de reconocimiento. El sujeto no se vio, ni fue visto, como la mitad segregada y amenazante, ni tampoco como la tradicional mitad escindida e integrada, sino como el núcleo de una amplia zona popular de la sociedad que, sin solución de continuidad, penetraba en las clases medias, en un arco que, al menos como posibilidad, se ofrecía a todos. Para recorrer un camino que parecía legítimo —como lo parecía el orden todo en el que ese camino se integraba— podía conjugar la capacidad o

fortuna individual y la acción reformista, atenta a la justicia social.²⁷ En cierto modo, esta identidad fue transitoria, y no había plasmado completamente cuando cambios en la base de la sociedad porteña —la industrialización de los años 30 y 40, y las migraciones internas— desgajaron ese conjunto y constituyeron un nuevo sujeto y una nueva identidad, definitivamente obrera. Es posible reconocer en ella, sin embargo, muchos rasgos de la anterior identidad popular.

IDENTIDADES Y PROCESO SOCIAL

A la luz de estos dos casos es posible redondear esta imagen de la cambiante identidad de los sectores populares. En primer lugar, y contra lo que quieren las versiones populistas, no existen esencias: se trata de identidades históricas, en permanente proceso de reformulación, en el que se combinan cambios y permanencias. En Santiago, ese cambio está unido a un proceso de características bastante comunes en el mundo occidental, que suele asociarse con la industrialización, la urbanización y el desarrollo del capitalismo; en Buenos Aires aparece, más matizadamente, como la transformación interna y sutil dentro de un proceso social continuo.

Para captar este encadenamiento de cambios y permanencias, y la singular forma en que los procesos culturales acompañan a los sociales, sin confundirse totalmente con ellos, resulta indispensable incorporar la noción de tradición.²⁸ Tanto las experiencias propias como los contenidos ideológicos recibidos se acumulan y conservan, operando desde el pasado sobre los actores. En ocasiones son los grupos los que atesoran y transmiten sus tradiciones; otras veces, unos imponen las suyas a los otros y en otras, finalmente, se manifiesta claramente la común pertenencia a una única tradición, de la que los actores realizan apropiaciones o selecciones diferentes. La larga permanencia de las identidades originarias de los grupos inmigrantes, la imposición por el Estado de una historia nacional común y, finalmente, la constitución de una imagen común del progreso, con diferentes acentos en lo individual o en lo colectivo, ilustran en Buenos Aires el juego de estas tradiciones, al tiempo que testimonian la ausencia

de definidas tradiciones de clase, como las que se manifiestan en Santiago. En cualquier caso, esa influencia del pasado sobre el presente no es rígida o mecánica: la memoria, como la historia, es selectiva, y los actores recortan, combinan y aun inventan sus tradiciones.

Si las cambiantes situaciones sociales conforman nuevas experiencias, las tradiciones permiten ensamblar lo viejo con lo nuevo y afirmar la continuidad. La identidad de los actores es, antes que una entidad estable y definida, un todo complejo y cambiante en el que, en cada momento, se combinan un núcleo central, elementos novedosos aún no estructurados —actitudes disconformistas, nuevas formas de sensibilidad— y otros residuales pero activos.²⁹ Así, es posible reconocer en todo el proceso asociado con el peronismo la huella de esa identidad popular, conformista y reformista, nacida en el proceso previo de movilización de la sociedad, en la que las propuestas de Perón hallaron pronta respuesta. Quizá, también, la presencia más lejana de aquella otra, militante y contestataria, que resuena en otra parte del mensaje, complejo y hasta ambiguo, de Perón.

En segundo lugar, queda ahora más claro el problema de la hipotética unidad de la identidad popular. En rigor, no corresponde hablar de una identidad única sino de un conjunto de identidades polarizadas. Muchos son, en los casos vistos, los elementos de fractura y disgregación: desde la estructura ocupacional, con el característico fraccionamiento del empleo, hasta el mosaico de nacionalidades presente entre los trabajadores porteños. En Buenos Aires el proceso de movilidad social, al separar a los exitosos de los fracasados, multiplicó los cortes. Esta fragmentación se reproduce en el ámbito de las identidades, conformado de trozos, desparejos y mal integrados, de identidades viejas y nuevas, de tradiciones diferentes y difícilmente integrables. Nuevamente, Buenos Aires es un caso extremo de algo que, en realidad, es constitutivo del sentido común popular: su disolución en múltiples fragmentos heterogéneos y contradictorios, en diversas identidades contrapuestas y superpuestas.³⁰

Pero, por otra parte, las tendencias a la integración de esos fragmentos

son igualmente fuertes. Fraccionados como trabajadores, los sectores populares urbanos encuentran un amplio campo de identificación en otras esferas de su existencia: la vivienda y el hacinamiento que conlleva, los problemas del barrio, claramente ejemplificados en el fomentismo de Buenos Aires en los años 20 y 30. Por otra parte, ciertas experiencias dramáticas aceleran esos procesos de integración: el motín santiaguino de 1887, o la Semana Trágica de Buenos Aires (por no mencionar el caso más obvio del 17 de octubre) sellan en una jornada muchos años de integración cotidiana. En forma igualmente eficaz actúa el “otro”, ya sea con su “mirada”, como se trató de mostrar en Santiago, o con recursos educativos de distinto tipo, integrativos o contestatarios, como se ejemplificó en Buenos Aires.

La tercera cuestión tiene que ver con la definición de la identidad popular en relación con las restantes de la sociedad, y más específicamente con la de los sectores dominantes. Hay muchos que, desde una perspectiva de base romántica, han insistido en la indestructible singularidad de la identidad popular, única e inalterable; desde una perspectiva diametralmente opuesta, se ha considerado a estos sectores populares vacíos de toda personalidad y moldeados a voluntad por el Estado, la Iglesia o la televisión.³¹ Desde la perspectiva en que se ha planteado esta cuestión, la identidad de los sectores populares se define en una relación compleja, cambiante y conflictiva con los sectores dominantes. Es indudable que, por una u otra vía, se carga con la imagen del otro, como se ilustró en Santiago de Chile; en otros casos, el discurso educacional opera sobre el sentido común popular —vulnerable por lo fragmentario— reprimiendo y exaltando, desorganizando y reorganizando o, en términos de la metáfora comunicacional, modificando los códigos de lectura de la realidad, los filtros y retículas. Pero a la vez, la identidad popular constituye una defensa ante esas presiones, aun cuando sólo sean: las “tácticas (del débil) frente a la estrategia del fuerte”.³² De lo que le dicen que son o que deben ser, los sectores populares eligen unas cosas, rechazan otras, adaptan, modifican casi todas, y aun las cambian de sentido, como se vio en Santiago. Más aún, son capaces de avanzar sobre

la identidad del otro, aunque más no sea minando su seguridad y creando la conciencia de la ilegitimidad, como ocurrió en Buenos Aires hacia el Centenario.

Así, la identidad popular, antes que núcleo cerrado, compacto y estable, debe ser vista como un cambiante polo de identidades, diferentes pero semejantes, ubicado en un campo más amplio de identidades, dentro del cual se reproducen, homológamente, los conflictos de la sociedad. Abierta y resistente a la vez, la identidad popular es ella misma un campo de conflicto, cruzado por influencias, presiones, resistencias, imágenes propias y ajenas, que se superponen, integran o rechazan. Allí también compiten los distintos discursos educadores, el del Estado o de los contestatarios, que procuran moldear el sentido común popular. Allí se constituye la hegemonía pero también la sorda resistencia, a veces manifiesta apenas en una tozuda afirmación de las formas tradicionales, que unos y otros quieren modificar, o en un sorpresivo cambio de sentido de los mensajes recibidos. En ese sentido, como ha señalado con singular agudeza Stuart Hall,³³ la identidad popular es, como su cultura, un campo conflictivo, cuyos límites avanzan o retroceden o, más exactamente, una de las manifestaciones del conflicto sobre el que se constituye una sociedad.

NOTAS

- ¹ Eric J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979. Edward P. Thompson: *La formación histórica de la clase obrera*. Barcelona, Laia, 1977. Edward P. Thompson: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1979. George Rudé: *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971. G. Rudé: *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*. Barcelona, Ariel, 1978. Gareth Stedman Jones: *Outcast London. A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971. G. Stedman Jones: *Lenguajes de clase*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1989.
- ² La dimensión de lo cultural —esto es, el universo de lo simbólico y los modos de su constitución— y su relación con los aspectos subjetivos de la acción implican por lo menos tres campos de problemas, que son objeto de una larga discusión: el de la relación entre esta dimensión y la llamada “base”; el de la relación entre

diferentes formas culturales y distintas clases sociales y el de la relación entre ideologías y cultura. Es conocida la influencia que, en estos temas, tuvo la difusión de los escritos de Gramsci que renovaron la tradición marxista. Son particularmente iluminadores los planteos, fuertemente historicistas, de Raymond Williams: *Culture and Society, 1780-1850*, Londres, Penguin 1961; *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980; *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*, Barcelona, Paidós, 1981. También los más polémicos y menos sistemáticos de E. P. Thompson en *La formación histórica de la clase obrera*, y sobre todo en *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981. Una exposición sobre la relación entre estos dos autores y Gramsci, y sobre la polémica con el estructuralismo y con Althusser, aunque planteada desde esta última perspectiva, se encuentra en Richard Johnson: "Three problematics: elements of a theory of working class culture", en John Clarke, Chas Chrichter y Richard Johnson: *Working Class Culture. Studies in History and Theory*, Birmingham, Centre for Contemporary Cultural Studies, 1979.

- 3 José Luis Romero, "Reflexiones sobre la historia de la cultura", *Imago Mundi*, Buenos Aires, 1953, incluido en *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Este punto de vista se encuentra ampliamente desarrollado en sus obras, en particular *La revolución burguesa en el mundo feudal*, México, Siglo Veintiuno, 1978, y *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1976.
- 4 Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, política y cultura. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires, Solar, 1977, Hobart, J. Spalding: *La clase trabajadora argentina: documentos para su historia, 1890-1912*, Buenos Aires, Galerna, 1970; David Rock, *El radicalismo argentino 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975; Iacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno, 1978. Esta perspectiva está ampliamente desarrollada en los trabajos de Leandro H. Gutiérrez, "Condiciones materiales de vida de los sectores populares en el Buenos Aires finisecular", en *De historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero*, México, Siglo Veintiuno, 1982; "Los trabajadores y sus luchas", en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (directores), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983; "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", *Revista de Indias*, 163-164, Madrid, 1981; L. H. Gutiérrez y Ricardo González, "Pobreza marginal en Buenos Aires, 1880-1910", en *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, Ediciones CLACSO, 1984; L. H. Gutiérrez y

Juan Suriano, “Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares. Buenos Aires, 1880-1930”, en *La vivienda en Buenos Aires*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1985. En esa línea están los trabajos de Juan Suriano: “La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires” y de Ricardo González, “Caridad y filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”, ambos incluidos en *Sectores populares y vida urbana*. De un enfoque un poco más clásico son los trabajos de Edgardo J. Bilsky, *La FORA y el movimiento obrero, 1900-1910*, Buenos Aires, CEAL, 1985, y de Ricardo Falcón, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986. En una perspectiva similar se encuentran los trabajos de Diego Armus sobre Rosario y, en general, los incluidos en Diego Armus (comp.), *Cultura política y modos de vida. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

- 5 El concepto de “experiencia” se encuentra en casi toda la obra de Thompson. Véanse particularmente *La formación histórica de la clase obrera* y *Miseria de la teoría*, así como “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?” y “La economía ‘moral’, de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, incluidos en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*.
- 6 Con referencia a las sociedades urbanas latinoamericanas me parecen adecuados los conceptos elaborados por José Luis Romero de “sociedad patricia” y “sociedad burguesa”. Cf. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*.
- 7 Sobre los márgenes que el sistema hegemónico deja para la protesta plebeya, véanse Thompson, “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, y Robert Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XV-XVIII siècles)*, París, Flammarion, 1979.
- 8 A. Gramsci: “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos”, en *Antología*, selección y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo Veintiuno, 1970. En la misma línea, el texto de E. J. Hobsbawm, “Para un estudio de las clases subalternas”, en *Marxismo e historia social*. Universidad Autónoma de Puebla, 1983.
- 9 Ciertamente no se confunden. La Iglesia tiene su propio mensaje diferente y hasta enfrentado con el del Estado, el cual en el siglo XIX trabajó para subordinarla o cerrarle los espacios en la sociedad, según lo que se denominó galicanismo y laicismo. La industria cultural, de los libros a la televisión, aspira en primer lugar al beneficio empresario, lo que establece una relación distinta con el receptor popular, en la que el

reconocimiento es esencial; sin embargo, de múltiples maneras (mayores cuanto más poderosa y concentrada es) se ata al Estado y acepta sus indicaciones.

- ¹⁰ Sobre el papel combinado de la Iglesia y el Estado en la represión y remodelación de la cultura popular europea en los siglos XVII y XVIII véanse el citado trabajo de Muchembled; Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, 1978; y R. Mandrou, *Magistrats et sorcières en France au XVII siècle*, París, 1968. Sobre el papel de la escuela, E. J. Hobsbawm, “Mass producing traditions: Europe, 1870-1914”, en E. J. Hobsbawm (ed.), *The Invention of Tradition*, Londres, 1984; M. Ozouf, *L'école, L'Église et la République, 1871-1914*, París, 1963; Pierre Vilar: “Enseñanza primaria y cultura de los sectores populares en Francia durante la III República”, en Bergeron (comp.), *Niveles de cultura y grupos sociales*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1977. Richard Hoggart, en *The Uses of Literacy*, Londres, 1957, ofrece una visión de los efectos de la acción educativa desde la perspectiva de los sectores populares. Sobre la industria cultural y los medios de comunicación la bibliografía es amplísima.
- ¹¹ Louis Althusser, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente N° 4, 9ª edición, México, 1979; Pierre Bourdieu, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia, 1977. Un planteo realizado desde esta perspectiva por un historiador se encuentra en Georges Duby, “Historia social e ideologías de la sociedad”, en Le Goff y Nora (ed.), *Hacer la historia*. Barcelona, Laia, 1980.
- ¹² Entre otros muchos lugares, esta tesis de Lenin aparece en “Qué hacer”, *Obras escogidas*, Buenos Aires, Cartago, 1965, tomo I. La de Gramsci en los textos reunidos en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Lautaro, 1960. Un excelente estudio histórico realizado desde esta perspectiva es el de Richard Johnson: “Really useful knowledge: radical education and working class culture, 1790-1848”, en Clarke et al.: *Working Class Culture*.
- ¹³ La concentración geográfica de los trabajadores ha sido analizada por Scobie: *Buenos Aires, del centro a los barrios*, y por Oscar Yujnovsky: “Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914”, *Desarrollo Económico*, 14, 54, Buenos Aires, julio-septiembre 1974. Sus implicaciones sociales y culturales han sido planteadas por L. H. Gutiérrez en “Condiciones materiales de vida en el Buenos Aires finisecular”. La segregación social y política de los inmigrantes —un tópico historiográfico— es planteada en forma extrema aunque sólida por David Rock: *El radicalismo argentino*.

- ¹⁴ La referencia es de Pasquale Villari: *L'Italia e la civiltà*, Milán, 1916, citado por Tulio Halperin Donghi, "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los inmigrantes internos", en M. Mora y Araujo e I. Llorente (comp.), *El voto peronista. Estudios de sociología electoral argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980. Sobre la heterogeneidad ocupacional, véase Hilda Sabato, "La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880", *Desarrollo Económico*, vol. 24, N° 96, Buenos Aires, enero-marzo 1985. Un elocuente testimonio se encuentra en la serie de artículos "Los obreros y el trabajo", aparecidos en *La Prensa* en 1901; cf. la edición de R. González en *Historia Testimonial Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- ¹⁵ Sobre estos temas hay abundante literatura, aunque la mayoría de tipo descriptivo o costumbrista. Adolfo Prieto analiza la dimensión cultural de lo criollo en *El discurso populista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Sobre la "mala vida" y la marginalidad, véase L. H. Gutiérrez y R. González, "Pobreza marginal en Buenos Aires, 1880-1910", en *Sectores populares y vida urbana*. El problema de la diferenciación, coexistencia e integración conflictivas de estas identidades es planteado por José Luis Romero en "Buenos Aires, una historia", Buenos Aires, CEAL, 1970, incluido en J. L. Romero y L. A. Romero (directores), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.
- ¹⁶ Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en Argentina, 1880-1914*, Buenos Aires, CEAL, 1982. H. Spalding: "Education in Argentina 1880-1914: the Limits of Oligarchical Reform", *Journal of Inter American Affairs*, 1972.
- ¹⁷ I. Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. También E. J. Bilsky, *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*. Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina*, The University of Texas Press, 1977.
- ¹⁸ Sobre la reorientación intelectual de la élite, véase José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. 2da. ed., Buenos Aires, Solar, 1983. Carl Solberg ha subrayado, quizás en exceso, las actitudes xenófobas de la élite: *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1880-1914*, Austin, The University of Texas Press, 1970. T. Halperin Donghi presenta en forma compleja el problema en "¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1880-1914)". ahora incluido en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana. 1987. Sobre la Ley de Residencia, I. Oved: "El trasfondo histórico de la ley 4.144 de Residencia", *Desarrollo Económico*, vol. 16, N° 61, Buenos Aires, abril-junio de 1976.

- ¹⁹ Sobre esta cuestión existe una controversia entre los partidarios de la interpretación del denominado “melting pot” y la del “pluralismo cultural”. La primera ha sido ampliamente expuesta por Gino Germani, Francis Korn y más recientemente Torcuato Di Tella; la segunda, entre otros, por Sofer, S. Baily y, en general, por quienes han estudiado colectividades singulares. Me parece que tal discusión se circunscribe a un aspecto del problema —el de las colectividades— que debería incluirse en el más amplio de la constitución de nuevas identidades sociales, en las que la tradición nacional es sólo un aspecto.
- ²⁰ J. Suriano, “La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires”, en *Sectores populares y vida urbana*. Sobre la relación entre grandes huelgas y condensación de identidades, el trabajo de Rock sobre la Semana Trágica rectifica una versión convencional de la misma y la relaciona con una movilización más espontánea de sectores populares no organizados. Véase “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919”, *Desarrollo Económico*, vol. II, N° 42-44, Buenos Aires, julio 1971-marzo 1972.
- ²¹ El tema de la movilidad social —otro tópico en nuestra historiografía— ha dividido a los historiadores en “optimistas” y “pesimistas”. Al respecto es ilustrativa la disímil interpretación del problema de la vivienda en O. Yujnovsky. “Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires”, *Desarrollo Económico*, vol. I4, N° 54, julio-septiembre 1974, y Francis Korn: “La vivienda en Buenos Aires, 1887-1914” (con Lidia de la Torre), *Desarrollo Económico*, vol. 25, N° 98, Buenos Aires, julio-septiembre 1985.
- ²² La investigación sobre los barrios —un tema importante de nuestra historia social— ha quedado limitado a historiadores aficionados y cronistas. Entre las escasas excepciones se encuentran las páginas de F. Korn sobre el Once, en *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1975, y sobre Flores, en “La aventura del ascenso” (incluido en J. L. Romero y L. A. Romero [dir.]: *Buenos Aires,...*). También el trabajo monográfico de Liliana Pascual, *San José de Flores, 1920-1930: la educación*, Documento de Trabajo del Instituto Torcuato Di Tella, 1970. El tema es ampliamente tratado en la literatura y, naturalmente, el tango, hasta su expresión idealizada de la década del cuarenta. De los textos de este período me parecen particularmente agudas las *Aguafuertes porteñas*, de Roberto Arlt, Sobre los usos del tiempo libre, Oscar Troncoso, “Las nuevas formas del ocio”, en J. L. Romero y L. A. Romero, *Buenos Aires,...* Sobre la nueva posición de la mujer, Catalina Wainerman y Marysa Navarro, *El trabajo de la mujer argentina: análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX*, Buenos Aires, Cuadernos del CENEP, 1979.

- ²³ Aníbal Ford, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano: *Medios de comunicación y cultura popular*. Buenos Aires, Legasa, 1985, donde se reúne una gran cantidad de trabajos, de desigual densidad, sobre estos temas. Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ateneo, 1944. Rosa María Brenca de Russovich y María Luisa Lacroix: “Los medios masivos”, en J. L. Romero y L. A. Romero, *Buenos Aires...*
- ²⁴ La estrategia de la huelga general dejó paso, luego de 1910, a la de los conflictos localizados y la negociación con empresarios y gobierno; en ella retrocedió el anarquismo y dominó el grupo sindicalista. Entre 1917 y 1921 hubo un pico de agitación, que incluyó la semana de enero de 1919, aunque se discute hasta qué punto debe atribuirse al anarquismo la iniciativa y dirección del movimiento (cf. nota 20). Luego siguió una etapa de desmovilización, al punto que —según la conocida confesión de Diego Abad de Santillán— la revolución de 1930 sorprendió a los trabajadores huérfanos de dirección y de capacidad de reacción. Cf. “El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930”, en *Revista de Historia*, 3, Buenos Aires, 1958.
- ²⁵ Sobre los diferentes “públicos” de los intelectuales contestatarios, véase L. H. Gutiérrez, “Los trabajadores y sus luchas”.
- ²⁶ Sobre estos mensajes véase Beatriz Sarlo: *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, donde se estudia la llamada “novela semanal”, de enorme difusión entre 1915 y 1925.
- ²⁷ La contraposición entre estas dos imágenes sociales, la de la movilidad y la de la justicia social, ha sido agudamente planteada por José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*.
- ²⁸ E. J. Hobsbawm, “Tradiciones obreras”, en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, y “Mass Producing Traditions”. R. Williams ha desarrollado la idea de la existencia de una única tradición social, de la que los distintos sectores realizan apropiaciones diferentes. Cf. *Culture and Society, 1780-1950*, citado.
- ²⁹ En *Marxismo y literatura*, R. Williams desarrolla la idea de lo residual, dominante y emergente, particularmente adecuada para comprender este aspecto.
- ³⁰ El concepto de sentido común, y su carácter fragmentario y contradictorio, ha sido planteado por Gramsci. Cf. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960. Sobre ese problema, en relación con los aspectos comunicacionales, puede verse Stuart Hall: “Encoding-decoding”. en *Culture, Media, Language*, Centre for

Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, 1980.

- ³¹ Una caracterización crítica de estas dos concepciones ha sido realizada por Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen, 1982. También Peter Burke, “El ‘descubrimiento’ de la cultura popular”, en Raphael Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1981.
- ³² Michel de Certeau, *L'invention du quotidien, 1. Arts de faire*, París, Uge, 1980.
- ³³ Stuart Hall, “Notas sobre la desconstrucción de lo ‘popular’”, en Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*.